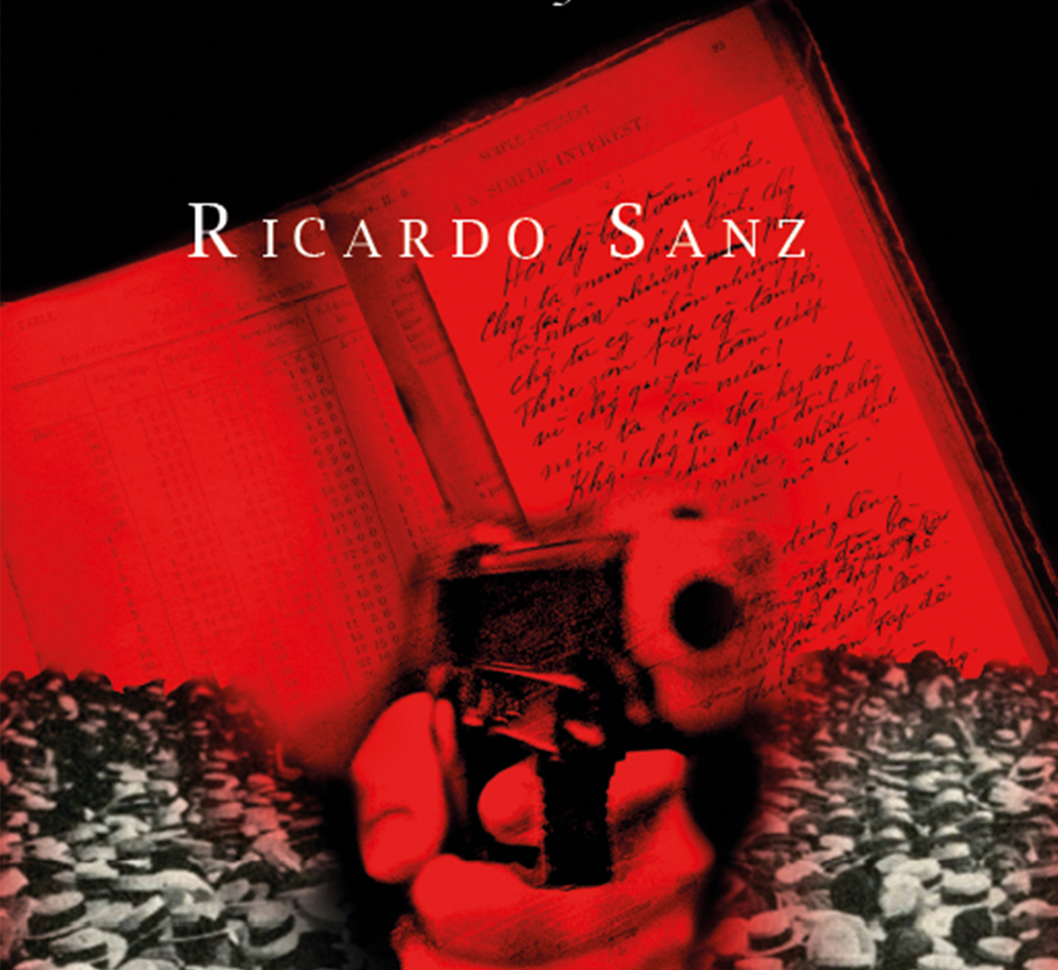
El sindicalismo y la política

Los "Solidarios" y "Nosotros"



RICARDO SANZ

EL SINDICALISMO
Y
LA POLITICA

Barcelona, septiembre del 2015
Maquetación: Descontrol Editorial.

ISBN: 978-84-16553-19-8

Editado y distribuido por:
Descontrol Editorial
(descontrol@riseup.net)

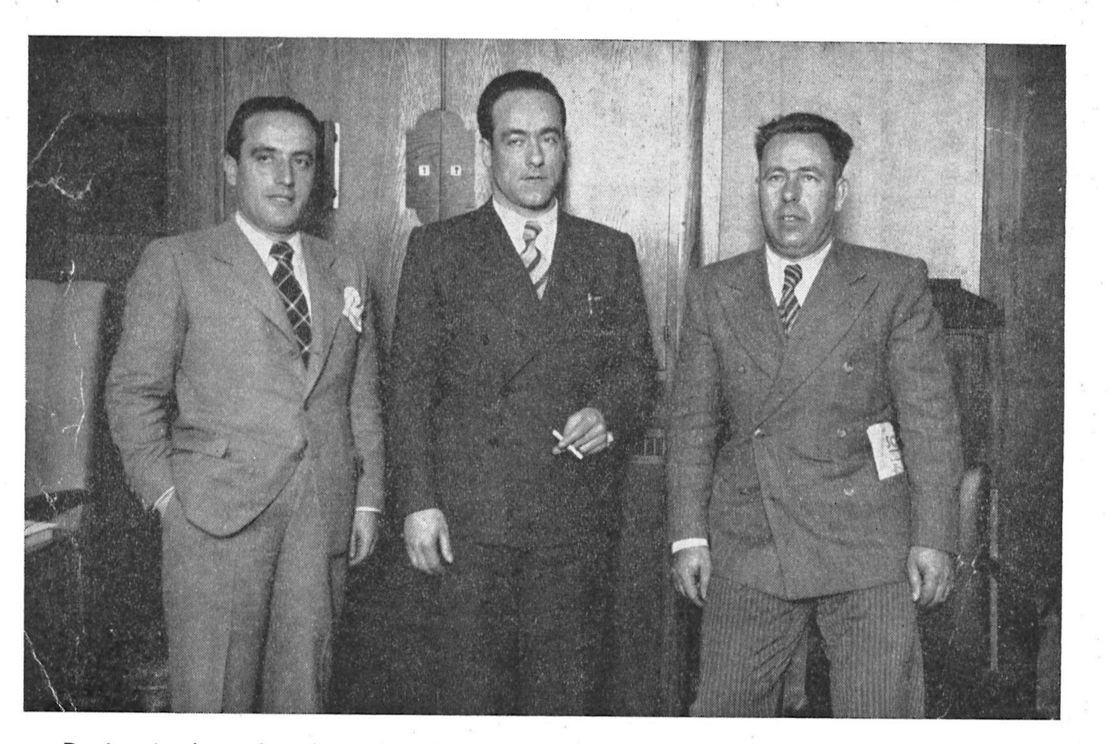
Impreso en los talleres autogestionados El Taller

EL SINDICALISMO
Y
LA POLITICA

LOS «SOLIDARIOS» Y «NOSOTROS»

Ricardo Sanz





De izquierda a derecha : Aurelio Fernández, Juan García Oliver y Ricardo Sanz

DEDICATORIA

A mi conpañera Josefina Martínez Sánchez muerta prematuramente a los 48 años de edad, en el exilio, siempre con la esperanza de volver un día, de nuevo, a su Galicia amada.

Ricardo Sanz

PRÓLOGO de la Primera Edición

Hacer un prólogo a un libro, significa, en primer lugar, una atención que nos brinda el autor y una consideración a la amistad que, necesariamente, ha de ser correspondida por el que el prólogo realiza, pero en ninguna manera, ello puede ser una coacción a la libertad interpretativa del amigo, ni menos, una indicación de dirección interesada.
Este es el sentido que me ha expresado Ricardo Sanz al hacerme el requerimiento y en esta libertad de apreciación he de expresarme, confiando que el lector ha de agradecer, en mis avances explicativos, la lealtad hacia el autor con el mismo grado que por adelantado, debo al que este libro leyere...

El libro El Sindicalismo y la Política parece estar creado en el pensamiento del autor, con la intención de presentar unos hechos y unas consecuencias de los mismos, reflejando el ayer, para poder ayudar a la construcción del mañana, sin salir del marco de nuestra Organización, aunque relacionado con ella, por razón natural de contacto, haya fuertes ensayos demostrativos, de que no siempre los que considerábamos amigos nos ayudaron ni los

adversarios y hasta los enemigos fueron siempre negativos para una obra orgánica realizada por unos hombres, a los cuales los obstáculos, los inconvenientes y las adversidades, eran acicates físicos y morales que, además de impelerles a la continuidad de una lucha altamente justa y humana (con todas las virtudes y defectos que la humanidad comporta) les obligaba a una reflexión constante, para rectificar equivocaciones y perfilar el inmediato futuro hacia el triunfo de la finalidad buscada...

En cierto modo, por tanto, este libro es la resultante, aunque el autor no lo mencione, de un análisis retrospectivo de actuación, en la cual, para llegar a una síntesis satisfactoria, la propia conciencia del narrador parece desear la apreciación de los que como él vivieron aquellos sucesos aunque no intervinieran directamente en sus ejecuciones y que con él consideren la eficiencia de los mismos o sus deficiencias, buscando el común denominador, para tener derechos físicos, morales y materiales en los esfuerzos actuales para liberar toda la península ¡banca.

¿Hasta qué punto puede ser original este deseo o teoría?

He aquí el gran problema al que debe dar solución el militante lector buscando en sus discusiones la condición objetiva para el futuro de "ser o no ser" de la cual depende seguramente la continuación de una obra a la que se dedicaron, y muchos de ellos dieron lo mejor que tenían, en la persecución de la continuidad revolucionaria del M.L.

El autor sabe buscar las hebras que unen todo el desarrollo de los acontecimientos durante la represión del fatídico Martínez Anido con sus huestes de asesinos que no pudieron, gracias a los militantes anarco-sindicalistas, a pesar de las pérdidas numéricas, ni dominar, ni menos acabar, con la Confederación Nacional del Trabajo. En consecuencia, considero que además de ser un libro de historia vivida, es también un libro de ejemplos sociológicos y hasta económicos a tono con la convicción de que la revolución social había de ser realizada, como lo fue, en circunstancias bien difíciles que la guerra impuso y que en muchos aspectos no ha sido no solo superada, sino ni siquiera igualada por ningún otro conglomerado de

productores en el mundo. El Sindicalismo y la Política, es pues, un capítulo de los más interesantes no solo de la historia del M.L. español, sino que incluso son varias páginas de la historia política y social de España que comprende desde principios de nuestro siglo hasta el final de nuestra guerra.

Historia vivida y acaso, más que historia, narración de hechos justificando su alcance y consecuencias, no por un observador más o menos imparcial, sino por uno de los actores de la misma. Historia que nunca hubiera podido ver la luz si no hubiera sido así porque los historiadores nuestros, nunca podían saber detalles que en ningún documento constan y sin los cuales, como demostró Anatole France, ninguna historia es verdadera y los hechos, o se ignoran o se convierten en leyenda... Y aún, los que de cerca o de lejos, estos hechos conocieron el propio respeto a los autores, les haría callar en vulgarización pública.

Pero uno de los actores, en conciencia y plena responsabilidad, nos demuestra el motivo, el fondo y la realización de lo que unos admiran, otros posiblemente censuran y la mayoría de nuestros militantes, no solo de hoy sino de ayer, ignoran...

Y es que a través de este libro, que se lee con interés desde el principio hasta el fin, en los hechos relatados que tienen como base el grupo de «Los Solidarios» y más tarde «Nosotros» se constata que, asumiendo por completo los servicios prestados incondicionalmente al anarcosindicalismo, pagan en su persona faltas si las ¡subiesen y dejan al M.L. los beneficios que sus esfuerzos pudieran reportar, cosa que, de nuestros días, acaso no se conciba igual...

Las evaluaciones cuantitativas que el autor nos brinda, son por lo menos tan importantes como las cualitativas, cuando nos presenta lo que podía haber cambiado radical y completamente el curso de la guerra si la columna Durruti no se hubiera tenido que parar en su marcha hacia Zaragoza o si los trabajadores, los republicanos y hasta los liberales de Aragón hubiesen realizado lo que hicieron los del Norte, los de Asturias, Valencia, Madrid,

Barcelona, etc, y hasta la demostración de un plan que, puesto en ejecución, hubiera permitido lo que después fue imposible...

Este libro además, por escapar a los ya editados, basados casi exclusivamente en documentos más o menos históricos, tiene la conveniencia y la oportunidad, de volver a estudiar problemas que creyendo haber resuelto se nos vuelven a plantear, aunque con distintos enunciados, con las mismas características y seguramente proporciones, que en los tiempos de los "Solidarios".

Con rasgos vigorosos, quedan dibujadas figuras que ya no son nuestras exclusivamente, sino que pertenecen a España entera, como Ascaso, Durruti y García Oliver, y bien reflejados los desafectos socialistas del tiempo de la Dictadura de Primo de Rivera, la lealtad de actuación anarcosindicalista, para el nacimiento y defensa más tarde de la segunda República que traicionó Franco y sus secuaces, como así mismo una versión muy especial por su originalidad, demostrando que Franco no es español.

Pero, amigo lector, todo esto y mucho más, que no cabe en un prólogo, lo encontrarás tú mismo en la lectura que estoy seguro que te satisfará si eres militante del M.L. y si no lo eres, habrás de hacer justicia a la honradez de una relación, que son memorias colectivas y disección sin piedad, de unos hechos que siempre llegaron a tí o deformados o incompletos.

También encontrarás, especialmente si eres un intelectual, algo que posiblemente no te plazca en la retórica literaria del autor que, autodidacta, al igual que el que esto escribe, su Universidad casi siempre fué la cárcel y el presidio, su formación y su lenguaje, el simple y sencillo de la fábrica o taller, saturado de la pasión discursiva de nuestras asambleas, de nuestras conferencias, de nuestros mítines...

Si eres intelectual pues, baja un poco hasta la base del obrero manual del que todo el día tiene las manos sucias, del campesino, del minero... Ponte un poco en su lugar, piensa, que al salir del trabajo, sobre todo en aquel tiempo, pocas ganas quedan para "intelectualizarse" y que se necesitaba

una fuerte convicción en las ideas y una gran voluntad de realización, para buscar la consecución de lo que nuestros intelectuales teóricos nacionales e internacionales nos habían enseñado...

Si eres un obrero manual, como el autor y yo mismo, comprenderás fácilmente el lenguaje, te encontrarás como en tu propio interior y seguramente a ello es a lo que aspira de preferencia Sanz, que como tú, si eres militante antiguo, a los primeros años de su vida, tuvo que entrar al trabajo, que como tú, es absorbido desde 1919 por la vida activa sindical que no deja reposo a los que se consagran a las luchas reivindicativas, que corno tú ha sufrido persecuciones, encarcelamientos y «boicots» de la Patronal, que llamábamos «pactos del hambre» y que como tú ha tenido que cambiar de oficio sin poder especializarse en ninguno... Fabril y Textil hoy, Metalurgia mañana, Construcción más tarde, Mercantil después, etc., para comportarse cual debía en la guerra, de acuerdo con la divisa insuperada de nuestro ideario:

— Cada cual según sus fuerzas. A cada cual según sus necesidades. Y esperar, como todos los que su única ilusión es volver con dignidad a España, que el esfuerzo que realizamos para hacer comprender a los hombres de mañana, los sacrificios de los de ayer, ha de redundar, en beneficio de todos los productores españoles que, solo así, acaso lleguen a comprender lo que el anarcosindicalismo significa y lo que queda aún por hacer en el seno de la C.N.T. y más allá de ella...

J. Juan Domenech.

PRÓLOGO de Agustín Guillamón

SANZ, Ricardo

Peón textil y de oficios varios, militante sindicalista y anarquista. Ricardo Sanz García nació en Canals en 1898. Pertenecía a una familia de campesinos pobres valencianos, que llevaban una vida primitiva y de privaciones. A los dieciocho años emigró a Barcelona, donde fue acogido por unos familiares instalados en el barrio obrero de Pueblo Nuevo. Empezó a trabajar en el Ramo del Agua (del Textil). Ingresó en la sección sindical de tintoreros de la CNT.

Se hizo amigo personal de Pau Sabater "el Tero", presidente del sindicato de tintoreros, asesinado y mutilado por los pistoleros de la patronal el 19 de julio de 1919. El 5 de septiembre de 1919 los grupos de acción cenetistas vengaron a Sabater, asesinando a Bravo Portillo, jefe de policía de Barcelona, antiguo espía alemán y responsable del terrorismo estatal contra la CNT, a las órdenes directas del capitán general Milans del Bosch. La

muerte del odiado Bravo Portillo fue festejada en todos los barrios obreros de Barcelona.

En 1920, Ricardo Sanz se refugió en su pueblo, a raíz de un atentado contra Graupera, que presidía la Federación Patronal de los tintoreros. Ricardo Sanz había formado parte del comité de huelga de los obreros tintoreros.

En 1922 participó en la fundación del grupo anarquista Los Solidarios, junto a Durruti, García Oliver, Francisco Ascaso y otros. El grupo llegó a constar con unos 20 militantes, ayudados por un amplio grupo de colaboradores e informadores, que facilitó y posibilitó sus acciones, no sólo en Barcelona, sino en toda España.

En 1923, Ricardo Sanz, y otros miembros de Los Solidarios organizaron un Comité Regional de Relaciones Anarquistas, auténtico precedente de la FAI. En septiembre de 1923 se produjo el golpe de estado de Primo de Rivera. En octubre Los Solidarios compraron armas y municiones en Eibar. Ricardo Sanz organizó un depósito de bombas en un almacén de Pueblo Nuevo. Pero, finalmente, el cerco policial se cerró férreamente sobre el grupo y Los Solidarios tuvieron que disgregarse y exiliarse.

El 24 de febrero de 1924 la policía secreta asesinó, por orden expresa del Ministro de Gobernación, a Gregorio Suberbiela y Manuel Campos, ambos militantes del grupo Los Solidarios. Ese mismo día, Aurelio Fernández, junto a su hermano Ceferino y Adolfo Ballano, habían sido detenidos en Barcelona. Aurelio y Ceferino fueron trasladados a Gijón, para ser juzgados por el atraco al banco de España de esa ciudad. Aurelio consiguió fugarse de la cárcel de Zaragoza en noviembre de 1924 y exiliarse en enero de 1925.

Los asaltos a Vera de Vidasoa y al cuartel de Atarazanas en Barcelona desembocaron en más muertes y detenciones. García Oliver fue detenido en Manresa y condenado a 7 años de prisión. Alfonso Miguel frecuentaba las cárceles como preso gubernativo.

En 1925, Durruti, Francisco Ascaso, García Vivancos y Aurelio Fernández, todos del grupo Los Solidarios, estaban exiliados en París.

Ricardo Sanz fue detenido como preso gubernativo en Zaragoza, ciudad a la que se había desplazado para disuadir y presionar a los testigos en el juicio contra Francisco Ascaso (en rebeldía), Julia López Mainar, "Salamero" y Torres Escartín (al que se pedía pena de muerte), acusados del asesinato del cardenal Soldevila.

En 1925 Ricardo Sanz fue detenido en Eibar, donde había intentado recuperar las armas compradas en 1923, sufriendo 26 meses de prisión en Madrid, donde conoció a José Romero, Mauro Bajatierra e Inestal. Eduardo Barriobero era su abogado y amigo. Salió en 1928, permaneciendo inactivo hasta 1930, cuando reanudó sus actividades sindicales bajo la Dictablanda de Berenguer.

Participó en la reorganización del Sindicato único de la construcción. Encaramado a una farola, arengó a los huelguistas de la construcción, en presencia del alcalde Joan Antoni Güell, a quien increpó, entrevistándose luego con él en su despacho, constatando su inutilidad y su total ignorancia de las causas de la huelga. Al final de un mitin, convocado por el Comité Pro-presos, declaró la huelga general de los trabajadores de la construcción.

Cumplido el plazo en que podía ser presidente del sindicato de la construcción, batalló en el Sindicato Mercantil, para intentar contrarrestar la influencia del Bloque Obrero y Campesino (BOC).

En abril de 1931 secundó a Juan Garcia Oliver en su labor por formar los cuadros de defensa. Intervino en el congreso de la CNT de junio de 1931, representando al Sindicato Mercantil. Se enfrento a los moderados trentistas, calificándolos como "Los Treinta Judas", en el folleto editado con ese titulo por La protesta de Buenos Aires. En marzo de 1932 formó parte del CN de la CNT, defendiendo la táctica insurreccional, realizando numeroso giras de propaganda por toda España.

Junto a otros compañeros de Los Solidarios, constituyó el Comité Revolucionario, que dirigió la insurrección cenetista de enero de 1933.

Ese mismo año publicó su primer libro: Ruta de Titanes, extraordinaria novela testimonial sobre la criminal persecución de los obreros barceloneses por Martínez Anido y Arlegui, prologada por su amigo Isaac Puente.

En los meses anteriores al inicio de la guerra civil estuvo trabajando en el Ramo del Agua, que realiza los acabados finales de las piezas de ropa saliendo de los telares; trabajo fácil y bien pagado al que acudían todos los "indeseables", echados al pacto del hambre por las distintas patronales, pero que no se aplicaba en el Ramo del Agua. En el textil estaban además Francisco Ascaso, Durruti, Gregorio Jover, Dionisio Eroles, Aldabaldetrecu, Aurelio Fernández y otros.

Participó en las luchas callejeras de la insurrección del 19 y 20 de julio de 1936, especialmente en el barrio de Pueblo Nuevo, donde vivía y era muy conocido, hasta el momento en que García Oliver exigió su presencia, con un cargamento de cartuchos de dinamita, en el asalto de Atarazanas.

Asumió durante cuatro meses la responsabilidad de la formación y organización de las Milicias Populares, desde el cuartel Bakunin (Pedralbes).

Fue Inspector General del frente de Aragón, hasta que a la muerte de Durruti se le confió el mando de los milicianos de la Columna Durruti en el frente de Madrid.

En mayo de 1937 estaba al mando de esos mismos milicianos, en tránsito desde Madrid y Játiva hacia el frente de Aragón, guardando una disciplinada y problemática neutralidad ante las luchas callejeras en curso Las tropas al mando de Ricardo Sanz estaban acuarteladas en los Docks de la avenida Icaria, a sólo ciento cincuenta metros del cuartel Carlos Marx, en poder de los estalinistas del PSUC, que no dejaban de acosarles.

El 1 de enero de 1938 nació su hija Violeta; seis meses después fallecía su compañera Pepita Not. Juan García Oliver publicó en la "Soli" un sentido obituario.

En mayo de 1938, la División 26, bajo su mando, alcanzó todos los objetivos encomendados en la ofensiva general del 11 Cuerpo del Ejército sobre Aragón, conquistando los pueblos de San Ramón de Abella y Bastús, capturando 900 prisioneros de la Brigada Navarra y apoderándose de mil fusiles y varias ametralladoras y cañones.

El 14 de agosto de 1938 fue ascendido a Teniente Coronel. Se vanagloriaba de haber colaborado con el general Pozas y el coronel Perea para impedir que el Ejército del Este se convirtiera en un ejército del Partido comunista.

En febrero de 1939 cruzó la frontera francesa, en perfecta formación militar, por el puente internacional de Puigcerdá, al mando de la División 26, que también atravesó la frontera por La Tour de Carol y Llivia. Fue internado como "refugiado" en el campo de Vernet con centenares de sus soldados, siendo nombrado Jefe del campo. Durante el verano de 1939 estuvo en libertad, al cuidado de sus dos hijos, rehaciendo su vida privada y familiar.

El 24 de octubre de 1939 fue internado, por segunda, vez en el campo de concentración y castigo de Vernet, como "extranjero indeseable", donde permaneció hasta el 12 de julio de 1942, cuando fue enviado a Port-Vendrés, para tomar un buque que lo desembarcó en el puerto de Argel, desde donde fue enviado al campo de trabajo de Djelfa, en pleno desierto del Sáhara.

Durante su estancia en el campo de Vernet redactó sus memorias de preguerra, y asistió al entierro de su hijo Floreal, de 18 años, acompañado de un gendarme. Floreal había enfermado en Bonnae, un pueblo a sólo dos kilómetros del campo; pero no se le había concedido permiso para visitarlo. El libro de memorias, que había titulado Los hijos del trabajo, estaba fechado en el campo de Vernet, en septiembre de 1941, pero no fue editado

hasta 1976 por las ediciones Petronio de Barcelona, con un título distinto: El sindicalismo español antes de la guerra civil.

En 1944 regresó a París. En 1945 y 1946 las Ediciones El Frente publicaron sus folletos sobre Buenaventura Durruti y Francisco Ascaso, bajo el epígrafe común de Figuras de la Revolución española.

Fijó su residencia en Golfech, donde tenía una casa con una hectárea de tierra cultivable, a 90 kilómetos de Toulouse. Durante cinco días a la semana trabajaba en una fábrica de productos químicos,.en Toulouse, desplazándose el fin de semana a su casa en Golfech, donde vivía con su nueva compañera, dos nuevos hijos y su hija Violeta.

En 1966 editó por su cuenta, en Toulouse, El sindicalismo y la política. Los "solidarios" y "nosotros", y en 1969 Los que fuimos a Madrid.

El 23 de abril de 1975 el historiador Ronald Frazer le entrevistó en su casa de Golfech.

En 1976 las ediciones Petronio editaron su libro de memorias con el título de El sindicalismo español antes de la guerra civil, y en 1979 Figuras de la Revolución española, que además de recoger ampliados y actualizados sus folletos sobre Durruti y Ascaso, publicaba las biografías de Pestaña, Seguí, Jover, Peiró y su primera compañera Pepita, entre otras.

Falleció el 25 de octubre de 1986.

*

En este libro de memorias, editado en 1966 en Toulouse, Ricardo Sanz hace una profunda y detallada narración de los años del pistolerismo barcelonés de 1917-1923, y del surgimiento y funcionamiento de los grupos de acción y de afinidad. Son constantes sus referencias a la organización de los sindicatos cenetistas en las barriadas. Cuenta de primera mano sus experiencias en el grupo Los Solidarios, que en los años treinta pasó a denominarse Nosotros, por respeto a otro grupo que había tomado el mismo nombre. No fue sólo un cambio de nombre, sino también de objetivos y de renovación de personas, con la baja de algunos por defunción, enfermedad o abandono, y la reincorporación de otros, como Antonio Ortiz. Explica, con la naturalidad de quien ha vivido los hechos, el proceso de formación de Los Solidarios, así como su disolución a causa de la persecución policial. Ricardo Sanz ridiculiza, sin apenas pretenderlo, la inutilidad de la represión del viejo régimen monárquico, aliado con la Dictadura de Primo de Rivera, cuando nos explica cómo el desprestigio del simpático Alfonso XIII, de viaje en París, es de tal calibre que el preventivo encarcelamiento de sus pretendidos ejecutores, los anarquistas Durruti, Ascaso y Jover, levanta una oleada de solidaridad a favor de quienes querían atentar contra ese rey pelele y autócrata, calificándose de provocación su viaje a la Francia republicana. En 1926, el trío Durruti-Ascaso-Jover se convirtió en un símbolo mundial de la lucha del pueblo español por su libertad.

El terror estatal y la represión policial de los obreros, como única respuesta del régimen, tenía la virtud de fomentar los preparativos insurreccionales, como única salida factible.

Ricardo Sanz explica con sencillez aspectos cotidianos, pero muy interesantes, de la luchas sindical y del grupo Nosotros, como por ejemplo la preparación de la insurrección de enero de 1933, o las razones del fracaso de la insurrección asturiana de octubre de 1934; al mismo tiempo que nos sorprende con la narrativa de hechos y peripecias divertidas e increíbles, como la compra por el grupo de una partida de armas en una fábrica privada, que acabarán armando a los "escamots" de Badía, aunque después del ridículo 6 de octubre de 1934 catalán serán recuperadas por los anarquistas, que al

recoger las armas abandonadas por los catalanistas no hacían otra cosa que apoderarse, por fin, de las armas compradas por ellos en octubre de 1923.

Estamos ante un libro de memorias, ante un libo de historia, pero sobre todo ante un libro que explica el pasado de nuestra clase desde la perspectiva de un grupo de vanguardia del proletariado revolucionario. Nada más y nada menos. Perspectiva que tenía sus limitaciones, sus miserias y sus grandezas… de las que sólo cabe, hoy, aprender y meditar. Un libro, pues, necesario e insustituible.

Agustín Guillamón. Barcelona, diciembre 2013.

CAPITULO I

Los que hemos vivido una vida activa en las luchas sociales, hemos olvidado a menudo la diversidad y también la complejidad que esa misma lucha nos reservaba por su amplitud.

Absortos por completo en el marco del quehacer diario, nuestra atención fue acaparada por una serie de accidentes circunstanciales que tuvieron la fuerza reguladora de nuestras principales actividades.

Así pasa el tiempo, que casi no cuenta para nosotros, inadvertido, para ir curtiendo nuestro temperamento, dentro de un mundo completamente ajeno al nuestro, que no es el presente, que es el mundo de mañana.

Por razones que serían demasiado complicadas de explicar aquí, por no ser este nuestro objetivo, España fue un país que a pesar de la grandeza de la aventura de sus hijos, después de los siglos, no llegó a encuadrarse dentro del marco progresivo de otros países, que lograron entrar en la vía del progreso con cierta facilidad.

Aparte naturalmente de esa propia corriente que caracteriza a nuestro país por sus destellos de avance progresivo humano, que lleva a los Españoles, individual y hasta colectivamente en ciertos momentos al borde de la temeridad y del sacrificio más sublime, el resto de su principal contenido histórico es de carácter reaccionario y absolutista.

La historia social de España, como no importa de qué otro país, arranca indudablemente desde el momento en que el hombre primitivo se revela contra la esclavitud, la opresión o la explotación del hombre por el hombre. A partir de entonces quedan rotos todos los valores humanos y el pobre queda a merced de las circunstancias que le conducen a la brega ininterrumpida.

Nuestro reducido alcance intelectual nos coloca en un terreno de inferioridad para hacer un estudio profundo de la vida social de nuestro país y por dicho motivo nos limitaremos solo a desbrozar un poco, a partir de unos acontecimientos producidos en una época, más o menos, al alcance de nuestra memoria.

Partiendo, pues, de esa época como punto de referencia pasamos rápido a continuación a nuestro verdadero objetivo.

Fue indudablemente en 1909 cuando el pueblo español recibió la primera y hasta entonces más fuerte sacudida de carácter social. La reacción del oscurantismo, la aristocracia coaligada con el militarismo y en fin, ese conglomerado de fariseos, que en España formaron legión en todas las épocas de su historia, no podían mirar con indiferencia el despertar de las humildes capas sociales, que tenían la gallardía de ponerse de pie y mirar frente a frente a sus verdugos.

Un puñado de hombres, en su mayoría modestos intelectuales, artesanas, anarquistas, y librepensadores, esparcidos por toda España, al calor del estudio sociológico y de la brisa del libre pensamiento que se respiraba y se abría paso en todas las latitudes de los pueblos civilizados del mundo entero, se concertaron en nuestro país para llevar esa corriente purificadora canalizándola hacia el despertar de las capas modestas, más que modestas, miserables de España.

La obra de este puñado de hombres conscientes, tuvo desde el principio, el asentimiento y el apoyo incondicional de otros intelectuales y hombres de diferentes países puestos ya en marcha.

Los nombres de Cardenal, de Leopoldo -Bonafulla, de Esteve, de Herreros, de Aselmo Lorenzo, de Claramunt..., y de muchos otros en Cataluña, unidos a los de Salvochea, de Sánchez Rosa, de Abelardo Saavedra en Andalucía, de Ricardo Mella en Galicia, y en fin, un número considerable de otros esparcidos por toda España, fueron la garantía de

algo serio que de proyectaba de cara a un futuro próximo de uno a otro confín del país.

La tarea no era fácil. El analfabetismo, la vida a base de limosna, el embrutecimiento por distintos procedimientos, fomentados y alimentados por todos los enemigos del progreso, tenían sometido al pueblo español en la más lamentable de la ignorancia individual y colectiva.

Para principiar, había que enseñar a leer y a escribir a todo un conglomerado de analfabetos. Había que apartar de la taberna a una legión de embrutecidos, que en el momento de reposo abandonaban el hogar miserable, buscando el consuelo de sus miserias en el fondo de los barriles de la bodega. La tarea verdaderamente era difícil, por no decir imposible. Así las cosas, en Cataluña y en Andalucía comenzaron a formarse los primeros pequeños núcleos de proletarios, que no sabían leer ni escribir y que anhelaban aprender para conocer las cosas de la vida, que en mayor parte ignoraban.

Las cosas fueron ampliándose y los pequeños núcleos de principio fueron convirtiéndose en agrupaciones familiares que despertaban el interés de los vecinos y de la gente de buena voluntad. A ese movimiento de recuperación moral de los caídos en la desgracia se le dio un nombre. El nombre fue: La Escuela Moderna.

La Escuela Moderna fue creada y animada por Francisco Ferrer y Guardia. Su único objetivo fue el que queda señalado más arriba, de enseñar a leer y a, escribir a los que no sabían, por no tener posibilidades de ir a la escuela.

El desarrollo efectivo de la Escuela Moderna no había constituido en España, ni aun en Barcelona particularmente, donde sus efectivos eran más desarrollados, ningún motivo de preocupación para los poderes públicos que pudieran ver en ello un avance social y tuvieran motivo para inquietarse.

Por otra parte, los obreros de las fábricas y de los talleres de Barcelona y en general en toda Cataluña, guiados por el cerebro genial de Anselmo Clavé, principiaron a formar sus coros, que tomaron el propio nombre de Clavé, y así, las tabernas y los centros de corrupción, en sus diferentes aspectos fueron cambiando de fisionomía, orientándose en formas más racionales y más humanas, que hasta las entonces seguidas.

No todo estaba resuelto con haber tomado otro rumbo la vida cotidiana de los desheredados. El problema cultural y moral se había orientado por senderos de redención humana, pero eso no era todo lo que había que hacer.

Se ha dicho a veces, con cierta justeza, que el pueblo lo mismo grita «Viva la libertad», como grita: «Vivan las cadenas».

Es indudable que el pueblo español entró en la vía de su recuperación en 1909, o mejor dicho, a principios del siglo presente, y que solo la fuerza represiva en sus manifestaciones más inhumanas fueron capaces de contenerlo en su marcha hacia su total emancipación.

La semilla echada en el surco por aquella legión de hombres, que ya no existen, algunos de los cuales murieron fusilados como Francisco Ferrer Guardia, fundador de la Escuela Moderna, no cayó en terreno baldío, perdura y perdurará. Si hoy el volcán permanece en estado de postración porque una losa de plomo y un mar de sangre lo ahoga, en realidad nadie sabe, y muchos temen lo que en realidad puede ocurrir en un próximo futuro.

El anarquismo español, desde sus albores, se orientó de cara a lo social, es decir, hacia el colectivismo.

Sus precursores no esperaron a que las llamadas capas bajas de la sociedad fueran a su encuentro. Fueron ellos los que buscaron el contacto con los desheredados, seguros que entre ellos encontrarían el ambiente y la comprensión de sus ideas de redención humana. De ese principio parte indudablemente lo que más tarde debía ser la base fundamental del movimiento anarcosindicalista español.

Los primeros diez años del siglo XX fueron rudos para los que se habían impuesto la penosa tarea de movilizar por la educación y por la acción al proletariado español. Los medios y las posibilidades a su alcance eran más que reducidos, nulos. La marcha emprendida aunque segura y positiva era lenta y a la par peligrosa.

Partiendo del gobierno, secundado éste por todas las capas acomodadas y satisfechas de la sociedad capitalista, cada día crecían los escollos y las dificultades, puestas a la más pequeña manifestación de avance social del proletariado. Las leyes represivas se multiplicaban a diario. Los efectivos coercitivos de cuerpos armados de la nación, al servicio exclusivo de

los poderosos, se multiplicaban. La represión sistemática de los llamados guardadores del orden capitalista se hacía cada día más insostenible por bárbara.

Los insumisos, los rebeldes protestarlos, que osaban enfrentarse con gallardía contra la desigualdad social eran masacrados, perseguidos, acorralados, como perros rabiosos. Los partidos políticos de turno, liberales y conservadores, teóricamente, cuando no estaban en el poder se combatían el uno al otro, la manera déspota de proceder desde la oposición, de cara a conseguir en las próximas elecciones, la mayoría que les tenía que llevar de nuevo al gobierno. Pero una vez en él, no se diferenciaban los unos de los otros. A pesar de los medios coercitivos empleados desde arriba, la brecha abierta de cara a la emancipación proletaria, cada día se hacía más amplia. Los obreros de las comarcas industriales, y de las cuencas mineras, iban en cabeza. Esos trabajadores registraban con más precisión que el campesinado y el resto de explotados, las corrientes modernas sociales de los otros países de Europa y de América, que saltaban como fuerza magnética por encima de las fronteras y llegaban a la puerta del taller, a la boca de la mina, o no importa donde se encontrara un explotado.

Había que organizarse en potentes sociedades de resistencia, como se hacía en otros países, para defenderse de la inhumana explotación capitalista. Había que hacerse respetar, mejorar las condiciones de trabajo y de vida. La jornada de trabajo era agotadora. El trato como hombres era inhumano, y en ciertos trabajos, salvaje.

Y mientras que el mundo estaba ya en marcha, España se ponía de pie, dispuesta a no quedarse atrás. En esa caravana de la conquista de un nuevo mundo, de un mundo mejor, más justo y humano, no podía faltar el hermano menor, el esclavo del teruño. El campesinado que también registra el latido de sus hermanos del taller y la mina, con la perspicacia de la propia naturaleza, que lo cobija atento al clarín que ya ha sonado y ha puesto en marcha a las otras legiones de explotados; suelta la azada, pasándose por la frente sudorosa la manga de la camisa o la mano callosa, piensa también que él no puede permanecer un momento más inactivo, y mucho menos indiferente, en la nueva aventura que se ha lanzado el mundo del trabajo.

La lucha social en el campo español se presenta aún mucho más difícil y antihumana que en los otros centros de explotación del país. El jornalero del campo, el campesino pobre español, es el cuerpo humano descarnado, el hombre del arroyo, la hoja seca que se lleva el menor soplo. No tiene un jergón de paja donde descansar su fatiga, ni un rincón donde morirse de hambre. Esa fue siempre la realidad, la única realidad, de la inmensa mayoría que representa el campesinado más que pobre, miserable de España.

En Andalucía, ese estado de desesperación permanente llevó al campesino andaluz al borde de la locura. Nosotros lo hemos comprobado personalmente. En una ocasión, y en el momento de la siega, nos decía uno de esos compañeros ¿Veis esas máquinas? Pues bien, dentro de unos días todos esos trigales ya secos, todas esas llanuras inmensas, serán segadas por esas máquinas. Antes era un trabajo que duraba más de un mes, porque lo hacíamos a mano y eramos centenares de segadores que hacíamos esa tarea. Ello nos permitía llevar el pequeño jornal diario a casa, hoy, ya ni eso.

Y mirando el rostro curtido de aquel campesino, veíamos el dolor de su alma. Entonces comprendimos perfectamente por qué en el campo andaluz había veces que ardían las máquinas y los trigales secos. Y mientras que la tragedia atenazaba la vida del obrero del campo, en ese campo que se extiende en una tercera parte del suelo español, el señorito, el flamenco, la manola y la guardia civil, viven y guardan el orden. Y para completar ese cuadro, que no hay pintor capaz de pintar, los fariseos que no hacen absolutamente nada para remediar el mal de los que mueren disecados por el hambre, se complacen en organizar una «carnavalada» por año, que dura toda una semana, y que le dieron el nombre de «Semana Santa».

Esa es la España de pandereta, la España que conocen los despreocupados, los atorrantes, que del extranjero la visitan, porque la otra España, la España campesina y miserable que no dura solamente una semana, que dura una eternidad, está perdida en la llanura, en Sierra Morena, donde sus cuevas cobijan a los condenados al hambre, y también a los que viven fuera de las leyes burguesas. El resto de los trabajadores del campo español, en particular los campesinos levantinos, murcianos, aragoneses y norteños, tuvieron en todas las épocas más suerte que el campesino

andaluz. Esos otros obreros de la tierra, muchos de ellos a través de todos los tiempos, tuvieron otra cosa, la posibilidad de emigrar a otros países o a las ciudades industriales de España, cosa que en realidad apenas lograron conseguir un número muy reducido de braceros andaluces, a causa de las escasas posibilidades económicas y de conocimientos variados dentro del propio dominio de la tierra.

Esa inestabilidad, esa incertidumbre del obrero del campo español, que por ser España una nación eminentemente agrícola la forman el 80/100 de los productores españoles, fue en realidad una masa de maniobra, cosa que en las ciudades industriales españolas sirvió maravillosamente de cara a todos los movimientos de emancipación y de rebeldía, que día tras día se proyectaban con más insistencia, por su actividad, su dinamismo y su combatividad.

Esos obreros que, por ejemplo, llegaban a Barcelona por centenares; que en principio eran muy mal acogidos por su conducta a veces de rompe huelgas y de mano de obra barata, cuando llevaban cierto tiempo en la ciudad condal trabajando y conviviendo con sus compañeros de trabajo, se convertían fácilmente, transformándose muy pronto en obreros conscientes y auténticos revolucionarios. Llevaban dentro de sí esos excampesinos el germen del odio y de la rebeldía, que habían acumulado en la tierra yerma, donde la conciencia del cacique, del mayoral o del capataz era aun más yerma que la tierra virgen del lugar.

Y mientras ese trasiego de energías humanas trataba por todos los medios a su alcance de situarse en alguna parte del planeta, para poder vivir, para poder anidar, como la cigüeña o la golondrina, los gobiernos españoles no querían darse cuenta de nada de ello y si se daban cuenta, en vez de hacer algo para remediar el mal, trataban por el contrario solo sacar un beneficio de ello.

Mientras que las clases productoras españolas se orientaban por mediación de las sociedades obreras de resistencia, siempre guiadas por los hombres de avanzada en el pensamiento social, hacia su mejoramiento moral y económico la Europa central se convulsionaba y vivía unos momentos de incertidumbre general.

El imperialismo germano, guiado por Guillermo II y fuertemente presionado por el prusianismo absolutista, se preparaba para lanzarse

salvajemente a la conquista de nuevos territorios de los países vecinos, para así mejor dominarlos. Solo esperaba la ocasión oportuna para dar la orden de ataque, después de haber provocado el motivo que debía justificarlo, lo que ocurrió después del atentado de Sarajevo.

SARAJEVO

El día 28 de junio de 1914, a las 10 de la mañana, se cometió el atentado en Sarajevo que costó la vida al heredero al trono de Austria-Hungría, el Archiduque Francisco Fernando de Austria, y a su mujer la condesa Sofia.

Un grupo de 6 estudiantes servios pertenecientes a la secta "Joven Bolnia", en nombre de la libertad de su país frente al imperialismo austriaco, decidió la realización del atentado, con objeto de eliminar así al presunto tirano, el heredero al trono de Austria-Hungría, que pretendía anexionarse a su pretendido imperio a la Servia.

Para realizar el hecho los 6 estudiantes, armados de bombas y pistolas, se colocaron escalonadamente en el trayecto donde debía pasar el cortejo, en su visita a Sarajevo.

Chabrinovich, el primero de los conjurados, tal como estaba previsto, dejó pasar el cortejo sin accionar; fue el segundo, Mehmedbachitch, quien lanzó la bomba sobre el automóvil, cuyo efecto fue el de herir a un oficial de la escolta.

Los otros tres conjurados, o sea, Iovanovitch, Ilitch y Mitsko, que oyeron la explosión de la bomba creyeron que el hecho estaba realizado, dándose cuenta demasiado tarde que no era así. Solo Gabrielo Princip, el último de los conjurados se dio cuenta a tiempo, logrando descargar su pistola sobre el matrimonio principesco, los cuales resultaron muertos.

De las 6 personas que intervinieron en el atentado, 5 fueron detenidas, 3 fueron condenadas a muerte por el tribunal austriaco y ejecutados; dos, Princip y Chabrinovitch por ser menores de edad, a 20 años de reclusión, los cuales murieron en presidio.

Mehmedbachitch, el único que logró escapar, que fue precisamente el que lanzó la bomba, se escondió en Montenegro. Descubierto a raíz de la segunda guerra mundial, fue asesinado por los fascistas croatas. La

declaración de guerra en el mes de Agosto de 1914 fue para España un suceso de importancia capital. Ello hizo que la opinión casi general del país, que en realidad daba la importancia que en sí tenía tan grave acontecimiento se dividiera inmediatamente en dos bandos adversos. La gran mayoría, por ser España una zona políticamente atrasada, controlada o subyugada por la reacción, era partidaria de la Alemania imperialista. En dicho sector de opinión reinaba el frenesí, la agresividad. Los partidarios de Alemania hubieran querido que España entrara en guerra contra Francia inmediatamente, al lado del Kaiser.

Por otra parte, había el otro sector de opinión, que aun siendo minoritario, lo componían todos los hombres libres y conscientes, en los que figuraba la clase intelectual y cuantos en realidad penetraban en el fondo de lo que se ventilaba en los campos de batalla. Este sector no quería la guerra y por ello no hizo nada para preparar las cosas y el ambiente de guerra contra el prusianismo alemán. No obstante, ello no impidió a 14.000 españoles, en su inmensa mayoría catalanes, se alistaran voluntarios para combatir al lado del ejército francés, los cuales murieron en su inmensa mayoría en los campos de Francia durante los 4 años que duró la guerra. Los mandos del ejército español también en casi su totalidad eran partidarios de Alemania y esperaban coger las armas para luchar al lado de los cascos de acero.

Pasados los primeros momentos de gran pasión, los espíritus fueron serenándose y comenzó a germinar en la mente de todos los españoles sensatos, la idea de neutralidad. Sobre todo los capitalistas y en particular los hombres de negocios, vieron que a pesar de todo, pasando por encima de toda idea sentimental y humanista, la guerra y la neutralidad de España solo podían traerles grandes beneficios financieros.

Los mismos alemanes, así como los franceses, llegaron a considerar que una España neutral les podía ser tan útil, como una España aliada. Claro que la neutralidad de España solo fue teórica. Fue teórica porque toda la reacción y en particular los gobiernos y el ejército, siempre estuvieron al lado de Alemania, sirviéndola como verdaderos vasallos.

Las aguas territoriales españolas, tanto del Atlántico como del Mediterráneo, estuvieron durante toda la guerra a la disposición incondicional de la flota pirata submarina alemana, que tantos estragos causó a la flota

aliada, por dicho motivo. Y en otros muchos aspectos de carácter bélico la España oficial, más que neutral, fue beligerante contra los aliados.

En diferentes ocasiones los aliados, y en particular Francia, protestó contra ciertas violaciones de la neutralidad de España, pero ello no pasó de protestas platónicas. No podía ser de otra manera. Francia, por ser frontera común con España, tuvo un apoyo vital de ésta. Necesitaba a todo trance mantener la neutralidad con nuestro país ya que de lo contrario, otra cosa hubiera sido catastrófica para ella. Un árbitro parcial siempre vale más que un enemigo.

Al socaire de la tragedia de los pueblos beligerantes, España entró rápidamente en la plenitud de sus actividades, en todos los aspectos de la vida. Jamás el capitalismo español hubiera podido soñar encontrar un manantial tan inagotable de ingresos, del que se desprendía como consecuencia de la llamada guerra europea.

Todo se puso en actividad y en marcha. No había el por qué pensar en las propias necesidades de la población nacional. Los pedidos de todo, de no importa qué, llegados de los beligerantes se amontonaban en los despachos y oficinas. ¿Los precios? no era cuestión de regateo, por parte de los que esperaban ser servidos lo antes posible. Y así, en esa verdadera ceguera, en esa locura, todo marchaba. Los talleres, las fábricas y los astilleros, y en fin, todo, absolutamente todo, marchaba a pleno rendimiento.

Los trabajadores apenas tenían necesidad de desplazarse de un sitio a otro para buscar trabajo. En todas partes había trabajo y la mano de obra era necesaria no importaba dónde, en toda España. Había que trabajar para las naciones que estaban en guerra.

Mientras que los campos y ciudades, donde pasaba la guerra eran diezmados, en pleno reinado de la muerte y la desolación, en España el capitalismo solo pensaba en aumentar sus dividendos al amparo de aquella magnífica ocasión que se les brindaba.

Llenar las arcas, amontonar riquezas, era el lema de todos los patronos españoles. No tuvieron jamás el más remoto pensamiento de modernizar los medios de producción para crear una industria de cara a la paz. Eso para ellos no tenía ninguna importancia. Se trabajó durante toda la guerra, con el utillaje ya viejo de antes, con las herramientas deshusadas, solo con los medios llamados de fortuna.

El capitalismo no tuvo en España jamás su propio concepto de clase, ese concepto de la evolución, de la modernización de todos los medios de explotación, vivió ausente de la neutralidad de los explotadores españoles, el deseo, la inquietud, de la aplicación moderna de los medios de producción. Ante el gran desorden capitalista, que los llevaba incluso a regatear a la clase trabajadora lo más imprescindible para poder vivir con decencia, mientras que ellos amontonaban enormes fortunas, dio lugar a que las simples sociedades de resistencia que habían subsistido hasta la declaración de guerra, fueran rápidamente transformándose en sindicatos. En los centros vitales de producción de toda España los obreros que no vivían como antes, ausentes de lo que ocurría, ya no solamente en España, sino en el mundo entero. Los diarios y la prensa en general llegaban a todos los rincones de España. Los obreros que sabían leer, eran muy pocos, sobre todo en las aldeas, reunían a los vecinos, a los amigos, a los familiares y les leían el periódico en alta voz.

La prensa propiamente obrera, escrita por los trabajadores mismos, fue poco a poco abriéndose paso a través de todas las hostilidades y penurias para sostenerla. Un movimiento fuerte de clase, la clase obrera, se afianzaba cada día más en España.

Indudablemente, la hora histórica de la clase trabajadora española había sonado. Ya nada ni nadie, lograría detener el reloj que la había anunciado. Los 4 años de guerra europea, es decir, de 1914 a 1918, en sentido general nacional, España fue sacudida de uno a otro confín. A la par que los valores materiales subían en flecha en las llamadas fuerzas vivas, en las otras capas sociales, los valores morales, políticos y sociales no quedaban a la zaga.

Los obreros de todas las clases, que cada día se afirmaban más en su conciencia, estaban convencidos que aquel desbordamiento sin límite, de todos los valores de la nación, duraría el tiempo justo que durara la guerra, contrariamente a la conducta patronal, egoísta sin límite ni medida, ellos trataron de poner sordina a los desmanes capitalistas. No se trataba como pretendían los patronos de trabajar una jornada de 12 horas diarias, ni de hacer horas extraordinarias. Se imponía la racionalización del esfuerzo humano.

En Cataluña particularmente, los sindicatos únicos de reciente formación, que cada día se veían más concurridos y por lo tanto potentes, a la par que se preocupaban cotidianamente de mejorar la situación económica de sus componentes, no olvidaban la cuestión moral. En las asambleas y reuniones, tanto de fábrica y de taller, como de sección o de sindicato, se tomaban acuerdos que poco después tenían inmediata aplicación en los sitios de trabajo.

Se acordó suprimir las horas extraordinarias. La jornada normal no podía exceder de 8 horas diarias. El patronato a todo eso opuso una resistencia encarnizada. No aceptaban los patronos sobre todo la reducción o la supresión de las horas extraordinarias, fundándose en la demanda de productos y en la imposibilidad de la inmediata ampliación de los talleres y medios de producción. Este problema se solucionó en gran parte favorablemente a los acuerdos del sindicato a base de la formación de turnos.

La cuestión de la jornada de 8 horas diarias fue también un caballo de batalla que costó un esfuerzo titánico. Por la conquista de la jornada de 8 horas hubo huelgas que se eternizaron y muchas víctimas que pagaron el tributo de aquella conquista. Las 8 horas se consiguieron escalonadamente. Es decir que ésta fue implantándose, primero donde los obreros estaban fuertemente organizados. Cuando en España, por decreto ley el gobierno implantó la jornada legal de 8 horas, la mayor parte de los trabajadores de la industria ya hacía años que la disfrutaban, incluso en muchas partes ya había sido sobrepasado ese límite a base de la llamada "semana inglesa", 44 horas semanales.

El proletariado español, no solamente se había puesto en pie al amparo de unas circunstancias excepcionales de carácter internacional, sino que comenzaba a sacudir una serie de atavismos que eran lo que más le habían esclavizado a través de su historia. Sus orientadores podían estar satisfechos, al ver que habían sido magníficamente comprendidos.

Los sindicatos únicos fueron en Cataluña la revelación histórica de la joven central sindical llamada Confederación Nacional del Trabajo de España, que se afianzaba por todo el suelo español donde había explotados y adquiría gran simpatía en todo el conglomerado de hombres libres.

Las sociedades obreras de resistencia habían cumplido su misión, su limitada misión de una etapa histórica del obrerismo español eran un utillaje gastado, agotado. La C.N.T., nueva máquina de lucha, joven, ágil, robusta y fuerte, venía a remplazarlas. El proletariado español había conseguido con ello hacer una verdadera revolución orgánica.

El volumen sindical y confederal de España fue creciendo y afianzándose por toda la península. Los hombres de la C.N.T. eran de los que todos los días iban al taller, a la fábrica o a la mina. En la C.N.T. de aquellos tiempos venturosos no había burocracia ni cargos retribuidos, a pesar de su considerable volumen.

Trabajar, ganar el jornal diario como asalariado era la principal virtud de los militantes cenetistas. Después de la jornada diaria, al sindicato, a hacer comisiones, para resolver conflictos de fábrica o donde fuera que éstos se presentaran. El militante confederal en realidad no tenía un momento de reposo. El domingo y días festivos era cuando había más trabajo. Reuniones de taller, de sección, y en fin, las reuniones de junta, que se hacían poco menos que permanentes.

Los locales sindicales se multiplicaban por todas partes y en cada domicilio social, a medida que las posibilidades lo permitían, se formaban los grupos culturales, cuya misión principal consistía en enseñar a leer y escribir a los adultos que no sabían; a continuación a la propaganda de libros y folletos, así como la organización de conferencias de carácter cultural y sindical.

Mientras que esta actividad febril se manifestaba en el seno del movimiento obrero español, en los campos de Europa continuaba la sangría. Los hombres se mataban a racimos por defender según la vieja tradición, su patria. Los obreros españoles, así como todos los hombres de avanzada, no eran insensibles, ni mucho menos indiferentes a aquella gran tragedia, pero todos ellos comprendían que no podían hacer nada efectivo para evitarlo.

El sector reaccionario, fanático, insensible a toda corriente humanista y sentimental, vivía sugestionado, embebido, casi ajeno a todo lo que le rodeaba, esperando el triunfo seguro de Alemania sobre sus contrarios, en cuyo caso, todo quedaría arreglado según su manera de pensar. Pensando siempre en eso, apenas concedían ninguna importancia a la trans-

formación mental de la clase productora de España cosa que consideraba importada de Francia y por tanto puramente circunstancial, cuya cuenta sería rápidamente liquidada, en el momento que la "Francia hereje" fuera liquidada en los campos de batalla.

Al unísono que la C.N.T., se constituía en España otra central sindical llamada la Unión General de Trabajadores U.G.T. Esta central obrera estaba orientada y dirigida por el Partido Socialista Obrero Español.

La actuación de la U.G.T. difería mucho de la de la C.N.T. Por ser precisamente un partido político quien la dirigía, sus hombres, los socialistas, estaban vinculados a los intereses del partido, y a la organización sindical le daban una importancia de segundo o tercer orden, y por lo general solo les interesaba servirse de ella para sus fines políticos. No obstante eso, el desarrollo tomado por la C.N.T. y el empuje que ésta tenía en sus actuaciones de la lucha de clases, consiguiendo así el logro de mejorar paulatinamente los intereses vitales del proletariado, les obligó a reconsiderar su actuación frente al problema de competencia que les presentaba la C.N.T.

En 1917, la U.G.T. decidió abiertamente entrar en el terreno de la lucha sindical. Una gran parte de los obreros ferroviarios estaban afiliados a la U.G.T., los dirigentes socialistas consideraron llegado el momento de reivindicar para los ferroviarios una serie de mejoras, pues en realidad, eran los peores retribuidos de la industria española.

Las compañías ferroviarias se negaron rotundamente a conceder las mejoras que el sindicato les había formulado. No hubo más remedio que ir a la huelga. Y la huelga general fue acordada. Esta fue decidida para el 17 de agosto de 1917.

Previamente, la U.G.T. había pedido a la C.N.T. la debida solidaridad de cara al conflicto que iba a plantearse, por ser este de carácter nacional.

Excusa decir que la C.N.T. se puso incondicionalmente al lado de la U.G.T., asegurando a ésta que todos los cenetistas pertenecientes al sindicato único ferroviario secundarían la huelga unánimemente. A más de eso, se comprometía la C.N.T. a movilizar cuantos resortes estuvieran a su alcance para que en toda España la huelga fuera lo más eficaz posible.

La C.N.T. fue en aquella huelga una unidad más que luchó a la vanguardia, mientras duró el movimiento.

Después de una magnífica y ejemplar lucha que duró varios días, la huelga fue ahogada por la intervención del gobierno y el ejército en favor de las compañías, quedando finalmente despedidos 3 000 huelguistas y detenidos y condenados después, el comité de huelga.

Por fin, en noviembre de 1918, la guerra europea que había desolado media Europa, y había arruinado a todos los beligerantes, fue terminada. Si bien en la guerra casi nunca hay vencidos ni vencedores, en la guerra europea, según Hitler, los hubo. Y los vencidos fueron Alemania y sus aliados.

Aparte de toda consideración partidista, indudablemente la derrota de Alemania en los campos de batalla fue un acontecimiento que libró la humanidad de males mayores.

En lo que a España en particular se refiere, el resultado final de la guerra fue saludable. Todo, absolutamente todo era propicio y estaba preparado para someter a los ciudadanos españoles de signo democrático a la más bárbara de las esclavitudes registrada a través de la historia, en caso del triunfo de Alemania. No queremos insistir en el comentario con respecto a dicho particular. Preferimos dejar las cosas como quedaron en aquella época histórica.

CAPITULO II

El inesperado final de la guerra europea en 1918 planteó en España una serie de nuevos problemas cuya solución en algunos de ellos no debía ser fácil. Si bien es cierto que muchos pedidos de mercancías de los países beligerantes fueron automáticamente anulados, no es menos cierto que hasta que las naciones que habían salido de la guerra, estuvieran en condiciones de prescindir de la base principal del comercio exterior, pasaría aun bastante tiempo.

La clase patronal en Cataluña, absorbida en sus negocios, había descuidado algunos aspectos de carácter diverso, cuya importancia no dejó de preocuparles una vez terminada la guerra.

Los trabajadores habían constituido sus sindicatos y sus organismos de defensa, la clase patronal en ese sentido no había aún determinado nada en definitivo, seguramente por haber tenido siempre a su lado y a su servicio a las autoridades con sus órganos represivos.

Con la posguerra pues nace la nueva federación patronal, anexa al fermento nacional del trabajo. La importancia que ésta tuvo a través de las luchas sociales y políticas la veremos posteriormente.

La C.N.T. crece considerablemente en toda España. Los sindicatos únicos se constituyen por todas partes. Ya no es exclusivamente en las

zonas industriales donde los asalariados se organizan, es en el campo, es en el mar; en fin, por todas partes. Los obreros de Cataluña van a la vanguardia. En 1918 éstos convocan un congreso regional que se celebró en la calle Vallespin de la barriada de Sans en Barcelona. El resultado de aquel congreso regional fue positivo, ya que en él se debatieron una serie de problemas de importancia capital para el porvenir del sindicalismo, ya no solamente regional, sino de carácter nacional. Allí se concretó de manera definitiva que la regional catalana se ponía incondicionalmente a disposición de la C.N.T. con todos sus medios y posibilidades, para acudir a no importa que región de España, a organizar y orientar a los trabajadores dentro de la organización nacional. Los acuerdos del primer congreso regional catalán se pusieron en práctica rápidamente a medida de las posibilidades. Sobre todo, una serie de militantes sólidamente preparados se desplazaron regional y nacionalmente para organizar y orientar a los trabajadores dentro de la C.N.T.

Un año después, o sea en 1919, la Confederación Nacional de España convoca su primer congreso nacional en Madrid. El congreso se celebró en el teatro de la Comedia del 10 al 18 de diciembre de 1919.

Mientras se organiza y se desarrolla en el plano nacional, la C.N.T. en todos los centros de trabajo mantiene su seriedad y su responsabilidad de organización de clase. Esta no tiene ninguna concomitancia ni compromiso con ningún partido político, dejando amplia libertad a sus afiliados para que éstos en ese aspecto decidan. En el terreno religioso procede de la misma forma.

Frente al anacronismo rancio de los antiguos partidos políticos, cada cual más reaccionario, de la España del siglo pasado, aparte del Partido Socialista que fue siempre el más fuerte, otras formaciones políticas de signo democrático, más o menos de envergadura, se constituyeron en todo el país ; en Cataluña la Mancomunidad dirigida por Puig y Calafac tomó una importancia muy considerable, y de ella arrancaron todos los principios más o menos de carácter democrático y constructivo que posteriormente acreditaron políticamente a la región catalana, como una cosa muy seria dentro de la política nacional. Tres acontecimientos de gran envergadura se le plantearon a la C.N.T. de España en el curso del

ario de 1919. La huelga de la Canadiense en Cataluña. La huelga minera de Riotinto y el congreso nacional del Teatro de la Comedia de Madrid.

La huelga de la Canadiense fue una prueba de fuerza entre el sindicalismo y el capitalismo. La clase patronal catalana vio en dicho conflicto el momento y la ocasión de dar la batalla, la primera, la más ruda planteada hasta entonces por la C.N.T. en la regional catalana.

La burguesía catalana no se detuvo a pensar las consecuencias que la prolongación de la huelga podía acarrear por tratarse de una compañía de fluido eléctrico. Tampoco estudió si los obreros tenían o no razón de recurrir a la huelga para mejorar su situación ante la negativa de la compañía de aceptar sus peticiones, ni además, que la compañía era extranjera y estaba explotando una fuente de riqueza nacional en beneficio de su país. En aquel caso concreto, solo se trataba de vencer la resistencia de los trabajadores, de derrotarlos, de humillarlos y en fin de demostrar a éstos, que su organización sindical era impotente y por lo tanto ineficaz ante el poderío capitalista.

Si en aquellas circunstancias, como en otras muchas, la lucha como era de razón, se hubiera planteado solo de poder a poder entre el capital y el trabajo, el problema hubiera tenido una solución más o menos normal y circunstancial, sin vencidos ni vencedores. Pero una vez más no era así. Las autoridades como de costumbre se pusieron incondicionalmente al lado del capitalismo.

A pesar de que en aquellos momentos se encontraba en Barcelona, como gobernador de la provincia, un hombre de gran altura política, de amplias concepciones democráticas, llamado Ossorio y Gallardo, a pesar de la buena voluntad e intención de dicho señor en solucionar la huelga dentro del margen que para ello daba la ley, todo fue inútil. Llamado por él, el comité de huelga, entre los cuales formaban parte Salvador Seguí, Ángel Pestaña, Piera y otros, se presentó a su despacho en distintas ocasiones, para ver la manera de dar solución al conflicto. El gobernador estaba guiado de los mejores propósitos y los representantes obreros también para encontrar una fórmula adecuada de solución al conflicto, pero la cosa no pasó de ahí. La Canadiense, respaldada y quizás presionada por la Federación patronal, se sustrajo a todo acuerdo con los representantes del sindicato en presencia de las autoridades de la Provincia.

A más de eso, el gobierno no demostraba ninguna seria inquietud por lo que ocurría en Cataluña con la huelga de la Canadiense, la cual afectaba a gran sector de la economía catalana. El gobierno esperaba sin duda lo que indefectiblemente tenía que ocurrir, para justificar lo injustificable. La huelga fue prolongándose una y otra semana. Los trabajadores, no solamente de la compañía en huelga, sino de otros sectores que como consecuencia de la falta de fluido eléctrico se encontraban paralizados, principiaron a inquietarse.

Una vez más los obreros fueron lanzados a la desesperación por el hambre. No había otra disyuntiva, o continuar la huelga con todas las consecuencias y todas las armas de combate, incluyendo como arma de combate el sabotaje, o entregarse vencidos y humillados en las manos de los capitalistas. La dignidad de la clase trabajadora fue una vez más, puesta a prueba.

Los huelguistas optaron por la continuación de la lucha. Una ola de solidaridad y de entusiasmo se desencadenó de un extremo a otro del país. En la guerra como en la guerra. Así salió la huelga del estado platónico al de la acción contundente. Empezaron los primeros actos de violencia. El sabotaje, en los conflictos de trabajo como en la guerra es una cosa lógica. Las líneas de baja como alta tensión, así como los transformadores, fueron atacados primero con prudencia, en vista de dejar abierta la posibilidad de una solución o de una justa y razonada intervención de los poderes públicos que propiciara el diálogo. Vana pretensión.

El poder público sí que intervino, como siempre. Intervino en favor de los intereses de la compañía, de la compañía extranjera.

En las primeras de cambio, el comité de huelga fue disuelto y declarado al margen de la ley y fue decretada su detención. Varios de sus componentes entre ellos Salvador Seguí, fueron detenidos y encerrados en la fortaleza del castillo de Montjuich. El capitalismo, otra vez, podía sentirse bien servido por su hermano jemelo el Estado.

Esa acción vandálica del Estado contra la clase obrera, naturalmente, no solucionaba nada, al contrario, agravó el problema. Perseguido el comité de huelga, detenidos a centenares los huelguistas por el solo hecho de estar en huelga, lanzar la fuerza armada a la calle con el pretexto del mantenimiento del orden burgués, fue contrario al sentido común. Hasta

entonces la acción de los obreros en huelga respondía a una finalidad, la de presionar a la compañía canadiense a una entente para la solución de la huelga con los interesados.

Detenidos estos por centenares, perseguido el comité de huelga, declarada la huelga ilegal, todo quedó a merced delos más decididos, de los más audaces. Los más decididos; los más audaces, esos hombres que por ser esas dos cosas y tener conciencia exacta de su situación en la actuación al margen de la ley, una vez más se convirtieron en árbitros de la situación caótica que el capitalismo y sus gobernantes con su cerrazón habían creado. Es lógico, es altamente saludable y humano que cuando el temporal proceloso creado por la desmesurada ambición, el orgullo y la ceguera de poder de los engreídos, lanzan la nave a través los escollos, a la deriva, que un puñado de marinos bien entrenados, desafiando el mar bravío tomen el timón para salvarla y llevarla a puerto seguro. Ya no hubo tregua. Había que salvar la situación. No importaba el precio. Los actos de sabotaje se multiplicaron y los actos mas heroicos fueron realizados. Y todo ellos sucedía cuando los considerados como principales responsables de aquella caótica situación se encontraban detenidos o perseguidos. Hay lecciones que no sirven para nada. Porque esa misma,idéntica situación se repitió posteriormente en España docenas de veces. El resultado definitivo de la huelga de la Canadiense fue en el plano nacional sindical, y también política, de una importancia capital. Allí se demostró de lo que sería capaz posteriormente la C.N.T. una vez sólidamente organizada en toda España, como organización de lucha y de defensa de sus afiliados y del proletariado en general.

El primer ensayo había sido altamente aleccionador. El mundo del trabajo había tomado una buena nota de ello y se preparaba para nuevas acometidas. La C.N.T. no podía en lo sucesivo esperar de la comprensión o de la benevolencia del capitalismo, el mejoramiento de su condición de explotado. Había que ser potente y resuelto para exigirlo.

Así lo habían entendido ya hacia tiempo los trabajadores del Norte de España, tanto de la mina, de los Astilleros, como de los Altos Hornos, que aun perteneciendo en una gran mayoría a la U.G.T. y otras organizaciones, no por ello habían dejado de ser conscientes y revolucionarios en

el momento de prueba. La C.N.T., aunque minoritaria en dichos centros de producción, nunca tuvo problemas con los obreros de la U.G.T.

Naturalmente, no es por azar que el sindicalismo español desde sus albores se inclina por las soluciones de la violencia y de marcado signo revolucionario. En el terreno social no hay ninguna ley que lo proteja. Si hay alguna costumbre tolerada, circunstancialmente, es porque el pueblo la impuso como ley. Pero todo ello circunstancial.

Incluso no existe ningún respeto a la propia ley del Estado reaccionario. Sin que las circunstancias sean graves en ningún sentido, infinidad de veces los domicilios fueron allanados por los agentes del servicio secreto o por la guardia civil. Los ciudadanos fueron detenidos y encarcelados sin ningún mandato judicial y por tanto sin estar sometidos a proceso alguno.

Todas esas reminiscencias bárbaras el pueblo trabajador las sufre, esperando siempre la ocasión de la contrapartida, como mejor manera de protesta. Contrariamente a eso, los mandos militares formados por una casta y por todos los fracasados de la noble causa, fueron en todas las épocas los niños mimados del poder civil. Después de haber sido derrotados en todas las latitudes y desalojados violentamente de todas las antiguas colonias, fueron concentrados en África del Norte.

La tierra africana, concretamente en el Rif, fue para la casta militar española la tierra de promisión. Mientras que miles y miles de hijos del pueblo eran muertos entre chumberas inútilmente por las balas de los rifeños, de hambre o de sed, los señoritos, los hijos de papá, iban llenándose las mangas de galones y estrellas, haciendo así una carrera fácil regada con la sangre de los humildes.

La historia más negra de todas las épocas de la España colonialista se encierra indudablemente en esa campaña, en la aventura del Rif. Los militares españoles no tuvieron en Marruecos nada más que desastres. Anotarlos aquí el uno detrás del otro sería una tarea demasiado ingrata y penosa.

Ese conglomerado de basura de presuntos sublevados cuya genuina representación fue encarnada en los guiñapos humanos que llevaron el nombre de Millan Astray, Queipo de Llano, Primo de Rivera, Franco y

otros, no sirvió para otra cosa que para deshonrar a España a través de aquella época desventurada.

La huelga de Riotinto fue, sin duda, prematuramente planteada. Se comprende que fuera así, debido a que los mineros de aquella cuenca no podían resistir más tiempo su situación infernal como explotados.

La compañía explotadora de las minas de cobre de Riotinto, por ser inglesa se creía con derecho a todo. Al igual que la Canadiense, que la General Motors, que la Ford, que la Hispano Suiza e infinidad de otras, se habían instalado en España más que en plan de aves de rapiña, en plan de protectores.

Ante la incompetencia, el egoísmo usurero del capitalismo español, que de todos los tiempos prefirió vivir de renta, del corte del cupón bancario, por miedo a exponer sus capitales en la explotación de los recursos naturales del país, el capitalismo extranjero se instaló en España como en país conquistado.

El gobernante español, sin distinción de manera tradicional, abrió de par en par las fronteras del suelo español y más que con benevolencia, con reverencia, sin regateos, sin condiciones, permitió al capitalismo aventurero de otros países instalarse en España como dueño absoluto.

Las consecuencias de esa renuncia al derecho reglamentado a la ley internacional de la explotación en país extranjero, no podía tener en el suelo español más que consecuencias desastrosas. Y los mineros de Riotinto fueron a la huelga por desesperación.

Aparte de Cataluña, donde la organización confederal y sus sindicatos únicos eran ya una fuerza positiva, un baluarte capaz de afrontar una lucha como fue la de la Canadiense, en el resto de España y en particular en Castilla, la organización estaba en embrión.

Si se añade a eso la inveterada conducta de todos los gobiernos de ponerse incondicionalmente al lado del capitalismo en los conflictos de trabajo, se comprenderá fácilmente que la lucha se había planteado en condiciones desfavorables. Sin embargo, los trabajadores de las minas de Riotinto tenían razón, toda la razón de ir a la huelga porque no podían resistir más.

Además de los jornales de miseria y de la prolongada jornada de trabajo, el trato era inhumano, bestial. Aquello era peor que un cuartel.

Los que ejercían las funciones de mando en el trabajo eran presionados constantemente por la dirección insaciable, que les exigía cada vez más, cerrar los eslabones de la cadena que como forzados, como condenados, llevaban encima los mineros.

En esas circunstancias, insostenibles, no es de extrañar que los mineros de Riotinto fueran a la huelga sin grandes posibilidades de ganarla, sobre todo por sus propias fuerzas. Hubieran ido a la sublevación, al suicidio, no importa a donde, todo menos que continuar aquel calvario.

Una vez planteada la huelga, la compañía pidió la protección de sus intereses, seriamente amenazados por los obreros. Escusa decir que las autoridades pusieron a la disposición de la empresa todas las fuerzas represivas que el caso requería.

La guardia civil tomó posición de las minas. Se desplegó un servicio de vigilancia y protección en toda la zona afectada por la huelga, donde no había posibilidades de acercarse ni de lejos. Por el solo hecho de haberse cruzado de brazos, los mineros fueron perseguidos, brutalizados, detenidos. Sus familias, lanzadas a la más ruda prueba del hambre. Los comercios presionados por la compañía se negaron a hacer crédito a las familias de los trabajadores en huelga.

Los obreros del resto de España que conocían la tragedia de los mineros en huelga, se aprestaron con diligencia a prestarles la solidaridad, cosa que hicieron a medida de sus posibilidades. Una ola de protesta nacional se desencadenó contra los verdugos del proletariado. Se intentaron emplear varios procedimientos para mantener en pie de lucha a los huelguistas. Todo fue materialmente inútil.

La zona donde se había planteado el conflicto estaba situada a gran distancia de los centros vitales de producción, no había manera de acoger parcialmente a los huelguistas o a sus familiares entre los que hubieran podido ayudarles. En cuanto a la posibilidad de poder introducirse en aquel coto cerrado, ocupado por la fuerza armada al servicio de la compañía, dispuesta a ametrallar al más audaz de los hombres que pretendieran atacarle, quedaba descartada. En esas condiciones las cosas es fácil suponer que se renunciara a un ataque suicida y que la resistencia de los huelguistas quedaría limitada a escasas posibilidades de resistencia. Una vez más los lacayos del capitalismo se cubrieron de gloria, defendiendo

los intereses bastardos de una compañía extranjera contra los mineros españoles. Pero bien dice el refrán que « quien siembra vientos, recoge tempestades».

Previa consulta de las Regionales, el comité nacional de la C.N.T. confeccionó el orden del día de su primer congreso nacional que debía celebrarse en el Teatro de la Comedia en Madrid.

Por ser dicho congreso el constitutivo de la Confederación Nacional del Trabajo de España, su importancia era verdaderamente excepcional, pues de sus acuerdos y conclusiones dependía el porvenir de dicha central sindical.

Hubo representaciones directas de todas las regionales de España. El ambiente que se respiraba en aquellos momentos entre la clase obrera era de gran optimismo y de confianza, en todo el país.

Un momento, más que de curiosidad de expectación y de preocupación, se produjo en el seno del capitalismo que veía en la marcha ascendente del sindicalismo español el freno, el arma de lucha contundente contra todas sus ambiciones. Todos los partidos políticos, por su parte, también trataron de dar la importancia que en realidad tenía el congreso constitutivo de la C.N.T.

Al lado de los viejos impulsores y creadores del sindicalismo militante, se encontraron en el congreso de la Comedia, como delegados, una serie de valores nuevos con una exuberante cantidad de ideas y de concepciones nuevas, de la lucha de clases, que fueron además de una sorpresa, una verdadera revelación. El anarcosindicalismo se reveló por primera vez, sin equívocos ni formas encubiertas como cosa constructiva. Los anarquistas, como hemos consignado al principio de estas memorias, fueron los que, buscando un radio de acción donde sembrar las ideas y sus inquietudes de manumisión, encontraron a los obreros, a los desheredados, quienes acogieran y cultivaran el eco de sus palabras y de sus ideas.

El contraste de esa iniciación se plasmó como una revelación portentosa, en la primera confrontación de valores en el congreso de la Comedia.

No fue jamás en parte alguna igual la teoría como la práctica. En realidad no había ninguna base fundamental contradictoria entre el pensamiento y la finalidad de los viejos teóricos del anarquismo y las nue-

vas legiones de luchadores que, desengañados de la política muchos de ellos, se habían entregado en cuerpo y alma a las luchas sociales por vía del sindicalismo. No habían dos concepciones ni dos ideas antagonistas. Solo había una corriente impetuosa que debía ser canalizada, pulida, desmaterializada por el concepto de una idea finalista que era lo que debía elaborar el congreso.

En la declaración de principios no hubo apenas debate y se acordaron, sin ningún voto particular, por aclamación. Se puede recurrir al texto de las Memorias de dicho congreso por ser éstas más elocuentes y más completas que nuestra simple y breve narración.

Había cierto recelo en algunas delegaciones, con respecto a la orientación a seguir en el plano internacional. Ello era bien fundamentado, el congreso se celebraba bajo la influencia de unos hechos históricos sin precedente. Se trataba de la revolución rusa. Faltos de datos precisos, de orientación concreta de lo que ocurría en Rusia, el entusiasmo por el hecho ruso era irrefrenable. La mayor parte de las delegaciones propusieron, y así se acordó, la adhesión de la C.N.T. a la tercera internacional sindical roja. Se nombró una delegación de tres compañeros del congreso compuesta por Ángel Pestaña, Andrés Nin e Hilarlo Arlandiz, para trasladarse a Rusia a llevar la adhesión personalmente y a la par estudiar la situación sobre el terreno. En aquellos momentos de pasión, y de efervescencia, todos los obreros del mundo y en particular todos los revolucionarios, sin distinción, aun desconociendo en detalle el desarrollo y la orientación dada por sus dirigentes a la revolución rusa, veían en ella la salvación manumisora de todos los esclavos del sistema capitalista.

Con respecto a la C.N.T. de España, naturalmente ese entusiasmo, esa adhesión espontánea del congreso al hecho ruso, duró exactamente el tiempo justo que tardó a aclararse el horizonte. Cuando se comprobó que la revolución rusa había caído en las manos de un partido político, llamado partido comunista, y que se había implantado un régimen llamado dictadura del proletariado, pero que ésta era la dictadura del partido comunista contra el propio proletariado, con otros muchos agravantes más, entonces la C.N.T., concretamente en 1922, en una conferencia nacional tenida en Zaragoza, donde asistió Pestaña como delegado el cual había pasado 6 semanas en Rusia, acordó rectificar el acuerdo del congreso del

teatro de la Comedia y se dio de baja de la tercera internacional sindical roja. Así quedó sancionado el error involuntario.

Aparte del acuerdo mencionado más arriba, por las circunstancias enumeradas, el congreso examinó y discutió todo el orden del día, con detenimiento y alteza de miras.

La declaración de principios que fueron sus estatutos, fue solemnemente hecha y su vigencia fue a través del tiempo por todos respetada.

Producto de una larga experiencia, bien aleccionadora en materia política, el congreso tomó el acuerdo de que la C.N.T. se mantendría al margen de toda actividad política. Dejó a sus afiliados en amplia libertad para pertenecer individualmente, si así lo deseaban, a un partido político o a una secta religiosa, pero negando a estos tener cargos en el seno de la C.N.T., si militaban como miembros activos en un partido político. Como medio de lucha se acordó la acción directa. La acción directa suponía que la C.N.T. no admitía en los conflictos del trabajo, ningún arbitraje ajeno a las partes afectadas capital y trabajo, ese punto fue infinidad de veces mal interpretado por muchos trabajadores, que su ardor subversivo les hizo concebir que la acción directa era el empleo de la fuerza sistemática para resolver los conflictos del trabajo.

Donde el primer congreso de la C.N.T. se afirma con más precisión, con más alteza de miras de cara al futuro, es en su finalidad. En sus conclusiones sobre el particular el Congreso declara: «La finalidad de la C.N.T. es el comunismo libertario». Ese punto fue acordado por unanimidad, por aclamación, con todas las delegaciones en pie.

Con ese acuerdo el congreso demuestra al mundo que la C.N.T. no será en el futuro una organización sin contenido finalista, un conglomerado de desesperados, a los que no guía otra inquietud ni interés que el de luchar por unas mejoras materiales, sin otros horizontes más vastos.

¿Cómo llegar a esa finalidad? También lo consigna el acuerdo. Por medio de la insurrección, por medio de la revolución social de las clases productoras.

La marca de este acuerdo no puede ser más esencialmente anarquista. Indudablemente el espíritu puro de la primera internacional está concentrado en ese acuerdo finalista de la C.N.T. de España. Una vez más el sindicalismo libertario español ha tomado posiciones.

En ese ambiente constructivo continúa el congreso la discusión de los demás puntos del orden del día. A medida que en la calle se van conociendo los acuerdos del comicio la expectación y el interés general crecen por todas partes, la curiosidad de principio, despertada en los sectores no afectados directamente, por lo que la C.N.T. había representado hasta entonces, principió a transformarse, a concretarse en relación o en atención, de la posición que cada uno de esos sectores ocupaba en la vida pública del país. La cosa espontánea, la cosa problemática, pasajera, que la C.N.T. había representado para la opinión general de España, desde su iniciación durante la guerra europea, que muchos sectores de la opinión española apenas se habían dado cuenta, y si se habían enterado había sido de manera confusa, sin precisión y muchas veces por la falsa información que de ella habían tenido, suministrada por los enemigos de la clase trabajadora. Principiaba a concretizarse. Todo lo falso que se había propagado sistemáticamente contra la C.N.T. y sus sindicatos únicos, por sus adversarios queda en suspenso ante la prueba que ésta está dando en la discusión de los problemas más serios y complicados por su difícil como urgente solución en su primer congreso.

Las clases liberales del país en las que se encontraban los trabajadores intelectuales, el profesorado, escritores, periodistas y en fin lo que podíamos llamar las verdaderas fuerzas vivas de España, estaban vivamente interesadas en el congreso de la C.N.T. Seguían con verdadera atención, a través de las informaciones fidedignas, los debates, los discursos de los delegados y finalmente los acuerdos condensados en los dictámenes de las ponencias.

Los hombres de la C.N.T. concentrados como delegados en el congreso del teatro de la Comedia se revelaban en la discusión de los problemas como un conglomerado de capacidades, muchas de las cuales las conceptuaban de una bien saturada solidez. No había equívocos, la realidad estaba allí. Se podría reconocer, o no por parte de los adversarios del sindicalismo revolucionario cenetista su valor constructivo, su alteza de miras en las discusiones y acuerdos. Sobre todo había en ello una parte altamente sugestiva, el concepto humanista frente a todos los materialismos.

No podía ser de otra manera. El movimiento confederal estaba compuesto solo y exclusivamente por trabajadores. Trabajadores manuales e intelectuales. Obreros del campo, de la mina, del taller, del mar etc... Donde ir a buscar un conglomerado más auténticamente sensible a todas las manifestaciones de la vida humana.

En los sitios de la vida activa del trabajo es donde los latidos del corazón humano se hacen sentir con la más ingenua placidez. Entre los compañeros de infortunio, del trabajo manual sobre todo, muchas veces, ante el peligro, el obrero se siente atado al compañero que sufre a su lado, cuya vida a veces peligra sin que ellos lo ignoren. En esas circunstancias es la solidaridad recíproca, desinteresada, espontánea, la que guía el sentimiento del hombre. Todos los delegados reunidos en el congreso confederal conocían esa vida del trabajo, del penar diario, la cual había principiado en su más corta edad, cuando sus padres prematuramente se vieron obligados a lanzarlos al trabajo sin haber podido darles una instrucción adecuada. Esos delegados que saliendo de allí, después de haber cumplido el mandato que sus compañeros de sindicato les habían encomendado, cuando los nombraron en sus asambleas respectivas, volverían de nuevo a ocupar sus puestos en los sitios de la producción que circunstancialmente habían dejado por necesidades orgánicas.

Hubo una nota marginal muy importante en el congreso. Varios centenares de delegados se habían concentrado en Madrid, de todas las regiones de España. La mayor parte no se conocían entre sí, ni por el nombre. A medida que los debates fueron desarrollándose nació entre ellos la simpatía, el deseo de conocerse mejor. Ello era muy natural si se tiene en cuenta el concepto de afinidad.

Las ideas, los conceptos, los puntos de vista, eran expuestos, más o menos elocuentemente, o rudamente, pero la idea era la misma. Y surgía enseguida la afinidad. Y se buscaba la ocasión para anudar esa afinidad. Cuando había un momento propicio, que el congreso suspendía la sesión, en la pensión, en el café, en la calle, no importa donde, los delegados, mezclados entre sí no hablaban más que de las cosas del comicio. Fuera de la sala de sesiones, muchas veces se aclaraban conceptos, expresiones no comprendidas o mal interpretadas.

A más de todo eso, los delegados se intercambiaron de unos a otros, de manera espontánea y particularmente, sus direcciones, comprometiéndose a relacionarse en lo sucesivo en las cosas orgánicas y además, a organizar actos de propaganda, que se desarrollarían posteriormente en todo el resto de España. El resultado final del primer congreso confederal fue magnífico, bajo todos los puntos de vista. Hubo delegaciones que fueron a él, apenas sin nada concreto, solo con el deseo de aprender, de saber lo que pensaban los demás compañeros del resto de España. ¿Qué importaba que hubiera bastantes delegados que no tomaron la palabra? No se trataba de exibirse, de hacer el discursito para que constara el nombre del delegado presente. Se trataba de lo otro, de construir, de aprender y de enseñar naturalmente. Construir, construir y construir. Ese fue el lema en todos de capacidad y de sentido de responsabilidad, cosa que se logró plenamente. Cuando un delegado exponía un punto de vista, idéntico al de otros delegados, éstos se adherían a lo manifestado por el compañero y asunto concluido.

Sin rivalidades ni antagonismos de ninguna clase. Sin ideas de doble fondo, sin coartar la libertad de expresión de nadie, con la franqueza que debe reinar en una familia de intereses comunes, de ideas altruistas y manumisoras, la C.N.T. se consagró en su congreso constitutivo como la esperanza más firme de la clase trabajadora de España y también como punto de mira y polo de atracción de todas las organizaciones sindicales del mundo.

Terminadas las tareas del congreso, las delegaciones que habían asistido a él se diseminaron, regresando a sus puntos de origen habiéndose antes juramentado todos cumplir y defender en todas partes los acuerdos tomados por la organización nacionalmente reunida en Madrid. La prueba de capacidad, de seriedad, de sencilla y firme responsabilidad, demostrada por los hombres de la C.N.T. en su congreso constitutivo, fue interpretada en atención a la posición que ocupaban cada uno que la examinaba. Mientras que en sentido general, las agrupaciones y los hombres de relieve o simplemente observadores imparciales, consideraban que la confederación había sabido interpretar fielmente los momentos históricos que vivía el mundo, situándose en el terreno que le correspondía. Mientras que los movimientos sociales del mundo entero se felicitaban

de la revelación, del despertar altamente consciente de la clase trabajadora española. El capitalismo español se asustó.

Producto de esa falta de comprensión, de serenidad y de altruismo, el capitalismo escogió el peor camino a seguir.

La pérdida de la guerra por Alemania, la revolución rusa, el congreso de la C.N.T., después de una serie de conflictos que ésta había planteado, sobre todo la declaración de principios, en la cual los sindicalistas, hablaban del establecimiento del comunismo libertario, que debía sustituir al capitalismo después de la revolución social, puso en vilo, no solamente a los explotadores sino también a todos los lacayos incrustados como zánganos en la colmena social. Y convinieron todos los enemigos del bien común no solamente en defenderse, sino en atacar, no importaba ni las armas ni los procedimientos. El capitalismo, la burguesía el militarismo, la iglesia, y en fin, todos los que disponían de medios coercitivos, hicieron frente común para destrozar la C.N.T., para arrancar de cuajo aquella especie de «Hidra de mil cabezas» que amenazaba su privilegiada existencia.

No se podía tolerar un momento más aquellas criadas respondonas, aquellos delegados sindicales de obra, fábricas y talleres, que vivían vigilantes y no toleraban los desmanes de los patronos contra los obreros. Había que castigar con todas las armas de la inquisición a todos los ateos incrédulos herejes. No se podía tolerar un momento más los renegados de la patria antimilitaristas, que se abrogaban el derecho de sublevar a los soldados para que se negaran a embarcar para Marruecos, donde les esperaba una muerte segura.

Aquel « caos» fomentado desde abajo por los «miserables del sindicato», «caballos desbocados de la apocalipsis», había que terminarlo a toda costa. No importaban los medios. Las cajas fuertes estaban repletas, los órganos de represión bien adiestrados. Una vez constituida la santa alianza de los poderosos. ¡Ay! de los débiles, ya que mercenarios y asesinos bien pagados y bien documentados los encontrarían por todas partes.

Bajo ese signo se montó el aparato represivo, más que represivo de exterminio, ya que se había decretado la guerra sin cuartel, la guerra a muerte, por la santa alianza.

Sin embargo, la cosa no sería tan fácil como la habían planteado los maquiavelos de la santa alianza. Los sindicalistas, los revolucionarios, los hombres machos del anarcosindicalismo, no se dejarían seguramente aplastar como seres indefensos por el fariseísmo capitalista. Al contrario, pondrían en ejecución si era necesario el eslogan, de «ojo por ojo, diente por diente».

Aunque todo se llevaba en el más riguroso secreto, no cabía la sorpresa. Al igual que la policía y la patronal, tenía un servicio de información bien montado en las filas del sindicalismo, por una red de confidentes que pagaba espléndidamente la C.N.T. que estaba instalada en todas partes, también contaba con un servicio de información seguro. No importaba en qué rincón de la actividad humana, había un hombre al servicio del anarcosindicalismo. Los unos por filiación de clase, como obreros manuales, intelectuales los otros como simpatizantes y servidores de las causas justas.

Incluso había patronos, policías, funcionarios, de no importa qué servicio que conociendo a fondo lo que se tramaba, no estaban de acuerdo en hacerse cómplices de la criminal aventura capitalista. Naturalmente el número de estos hombres era reducido y se debatía impotente ante el ambiente aplastante de los más perversos de su clase. El argumento de los dirigentes capitalistas era contundente. Si el capitalismo estaba condenado a desaparecer, su mejor defensa era el ataque. El ataque no al sindicato, porque el sindicato concretamente era un conglomerado inconcreto. El ataque a los dirigentes más destacados, más responsables, los que tenían más ascendiente entre las multitudes, tanto en el plano nacional como regional y local.

La débil resistencia opuesta a la aventura capitalista no tuvo ninguna consecuencia práctica. No hubo apelación posibles. Es más, todos los hombres que en el seno del sistema capitalista tuvieron la gallardía, la audacia de reaccionar, de oponerse con todas sus energías, a que se desencadenara la guerra fraticida entre patronos y obreros. Esos hombres que medían exactamente las consecuencias desastrosas que ello iba a traer, fueron las primeras víctimas de la ceguera de sus iguales de clase. Fueron marcados con el lápiz rojo, y fueron como se decía entonces puestos en capilla.

Los campos fueron bien delimitados. De una parte el capitalismo con todo un aparato bien montado compuesto de todos los recursos. De otra parte la C.N.T., el anarcosindicalismo respaldado por una legión de descamisados, de hambrientos, de miserables, de todo lo que el capitalismo consideró siempre como la escoria social.

La batalla iba a ser ruda, ruda y encarnizada. La confederación, como nueva Troya, como nuevo Cartago encerrado en su fortaleza, respaldada con todas sus legiones esperaba el asalto, el ataque de los bárbaros con librea y smoking, cosa que no se hizo esperar mucho tiempo.

CAPITULO III

Fue en Barcelona donde principió el combate preliminar. Era allí donde había que abrir brecha. La lucha principió como empiezan todas las grandes tormentas. Según los burgueses, los delegados sindicales no debían existir. En sus casas mandaban ellos, nadie más que ellos. Donde se prestaba más una acción encubierta contra los delegados sindicales era en el sindicato de la construcción.

Antes de terminar la obra o el tajo, ya eran despedidos los delegados. Claro que eso no resolvía nada en favor del patrono, pues como de costumbre, los obreros de la obra se reunían y nombraban nuevos delegados. Esto segundo sin embargo no era una solución tampoco para los obreros. No lo era por cuanto los delegados despedidos habían sido ya fichados por el patrono, que los había despedido, y cuando se presentaban estos obreros a pedir trabajo como tales, no importa donde, se les negaba sin más explicaciones. No era pues un simple despido era la declaración del «pacto del hombre».

Ese procedimiento directo de ataque patronal contra los representantes del sindicato se fue generalizando en todos los lugares de trabajo.

Naturalmente el sindicato tomó inmediatamente medidas contra ese procedimiento de provocación y allí donde los delegados eran

despedidos, surgía inmediatamente o bien la huelga de brazos caídos, o bien simple y lamentable, la paralización completa de la producción.

Hubo patronos que no estando de acuerdo con ese procedimiento provocativo de su organización, propusieron al sindicato de abonar el salario de los despedidos, cosa que como es natural el sindicato no aceptó, pues no era en la calle que debían estar sus representantes, sino en los puestos de trabajo.

Ese sistema de provocación fue aumentando de día en día, y como es natural las cosas fueron enconándose y complicándose. A pesar de todo, la ofensiva patronal contra los delegados sindicales estaba condenada al más estrepitoso fracaso. En su inmensa mayoría, los delegados de taller no eran militantes del sindicato. Eran obreros más o menos serios y responsables en el trabajo, queridos por sus compañeros y nombrados por ellos, sin ninguna intervención exterior. Por ese motivo, regularmente, los delegados sindicales eran apreciados por sus patronos ya que muchas veces, aparte de lo que queda dicho, gracias a su oportuna intervención, se evitaban conflictos provocados por los propios compañeros de trabajo, que por el solo hecho de estar respaldados y defendidos por el sindicato, se permitían la torcida libertad de no cumplir como debían en el trabajo u otras cosas parecidas.

Por eso la ofensiva contra los delegados sindicales fracasó rotundamente, dando una vez más prueba al sindicato de su torpeza. No por eso las juntas y la militancia en general se durmieron en los laureles. Se sabía que se buscaban los elementos adecuados, por parte de la federación patronal para dar la batalla a fondo a los militantes más destacados, hasta terminar con el más insignificante escollo.

En poco tiempo, sobre todo en Cataluña, los sindicatos habían puesto en práctica, en principio muchos de los acuerdos tomados en el congreso confederal. La mayor parte de los sindicatos habían comenzado a organizar sus escuelas propias, las cuales se desarrollaban de manera independiente, por medio de las comisiones de cultura. Se formaron también dentro de las comisiones de cultura las secciones de organización de conferencias, de excursiones de deportes, y en fin, todo lo que contribuirá a la elevación cultural de los hijos de los obreros y de los ciudadanos en general. Entre la clase trabajadora se había tomado tal entusiasmo por la

obra de los sindicatos, que éstos eran el polo de atracción de todos, jóvenes y viejos que sentían alguna inquietud. Así se explica que a pesar de la gran empresa de los sindicatos, en todos los órdenes de la vida social, estos encontraron adeptos y voluntarios para todo, llegando a formar poco a poco una cantidad de militantes que se transformaron en legión.

Los períodos de vida normal sindical fueron cortos y escasos. Por regla general la C.N.T. vivió a través de su época en la clandestinidad. Bastaba una provocación, no importa de quien para que fueran clausurados los domicilios sociales de los sindicatos. Incluso a veces fueron los mismos militantes de la organización confederal los que, aun teniendo los domicilios abiertos, se reunían y tomaban sus acuerdos y decisiones clandestinamente para evitar complicaciones.

Como debido a las informaciones que se poseían se sabía que de un momento a otro las autoridades, de acuerdo con la patronal, darían un nuevo golpe a la organización, ésta, en reuniones privadas dentro de la más prudente reserva, informaba a la militancia más activa de lo que podía ocurrir en un plazo más o menos corto. No se trataba solamente de un plan de defensa, de los derechos orgánicos, se trataba de algo más grave, se trataba de salvar la vida de los hombres más destacados de la C.N.T.

Había llegado el momento de defenderse y también de prestarse al ataque, con todas sus consecuencias.

Lo mismo que para cuestiones de carácter que podríamos llamar exterior los sindicatos habían formado sus comisiones y secciones, en las cuestiones interiores debían organizar sus mejores y más activos elementos. Se convino así y se organizaron los grupos de afinidad.

Los grupos de afinidad estaban compuestos, por eso, por hombres afines. Estos hombres y también mujeres, claro está, lo mismo estaban compuestos por militantes de su respectivo sindicato como por militantes de distintos sindicatos entre si. Es decir: por afinidad.

La federación patronal había elegido una junta fuerte. Al frente de la misma estaba como presidente Graupera. Se decía que dicho elemento no era patrono y que se había prestado a ocupar dicho cargo en las condiciones que lo había hecho, porque los demás patronos incluso Miró y Trepat, que era entonces el más duro, ni Mas Baga, también de los fuer-

tes, no habían querido ocupar el cargo en las condiciones ni intenciones que lo había hecho Graupera. Después de reclutar una partida de mercenarios y un número considerable de confidentes, dentro de los sindicatos mismos, ya solo faltaba poner mano a la obra.

Martínez Anido y Arlegui, gobernador y jefe de la policía respectivamente de Barcelona fueron los encargados de dirigir el masacre, la eliminación sin contemplaciones, de los hombres de la Confederación Nacional del Trabajo de España, tanto de Cataluña como del resto del país. El gobierno desde Madrid les había dado carta blanca.

Y empezó la caza al hombre. No señalaremos aquí los hechos ocurridos uno por uno. Ello nos llevaría demasiado espacio y además, no es este nuestro objetivo, por haberse escrito ya mucho sobre el particular.

Como actores de aquella gran tragedia, señalaremos solo hechos y sobre todo el resultado de varios de aquellos hechos, para llegar a la conclusión de lo que son capaces los hombres cuando están guiados por un ideal. Como actores pues, hablamos.

Solo una situación de suma gravedad obligó a los hombres de la C.N.T. a agruparse en el seno de la misma. Y se agruparon, no como sindicalistas simplemente, sino como condenados a muerte. Posteriormente, se ha hablado demasiado a la ligera del «grupismo» de la C.N.T. Los que tal hicieron fue porque olvidaron demasiado pronto que gracias al «grupismo», que les protegió, pudieron salvar su vida. No se trata ahora de pasar la factura, puesto que aquello ya pasó a la historia y muchos, la inmensa mayoría de los impugadores, ya no existen. Se trata solamente de consignar los hechos tal como ocurrieron, para conocimiento de las nuevas generaciones y al mismo tiempo para patentizar la satisfacción del deber cumplido, con el desprendimiento más abnegado, incluso de la propia vida.

Si el gobierno Dato primero y Sánchez Toca después, con la ciega colaboración de Anido y Arlegui, a cuya disposición estaban sin medida las cajas de caudales de la Federación patronal, no hubiera encontrado una resistencia organizada como lo fueron los grupos de afinidad constituidos, primero regional, y a continuación nacionalmente, ¿qué hubiera quedado de los hombres y de la propia C.N.T.? No fueron solo una docena de militantes cenetistas los que murieron asesinados por los ser-

vidores del capitalismo. Fueron muchos centenares y ello ocurrió entre los años 1920 y 1923.

Tal sangría solo fue capaz de soportarla la C.N.T. con un derroche tan formidable de energías, como representó más tarde los 7 años de la dictadura de Primo de Rivera, para luego, al fin de esa tempestad, de ese formidable incendio humano ver a la Confederación Nacional del Trabajo como Ave Fénix levantarse de entre sus cenizas más lozana y más potente que nunca.

En todo ese período turbulento, de terror, de caza al hombre, de destrucción incluso de sus familiares, de todo lo peor, los hombres de la C.N.T., los revolucionarios conscientes, jamás pidieron tregua ni perdón. Agrupados por grupos de afinidad, hicieron frente a todas las contingencias, las más bárbaras y a veces repugnantes.

No se contaban con medios económicos, incluso ni con armas para defenderse. Los confidentes de la policía y agentes de la patronal aumentaban a medida que las dificultades eran mayores, y que la lucha se hacía más insostenible. El confidente era por regla general la primera víctima. Cuando se descubría un confidente en el seno de un grupo de afinidad, sin pérdida de tiempo este era eliminado por sus propios compañeros. Ese caso se daba después de haber comprobado la veracidad del hecho, pues hubo veces que la policía intentó por esa estratagema suprimir a varios acusándoles de confidentes señalándolos como tales a sus propios compañeros.

Como la lucha era a muerte y sin cuartel, la patronal, que tenía a sueldo las bandas de pistoleros, les señalaba a éstos, los patronos recalcitrantes, que ellos tenían marcados como contrarios a su funesta y criminal actuación, los cuales eran el uno tras el otro asesinados. El asesinato de esos patronos tan honrados como humanos, eran cargados al haber de los militantes de la C.N.T. Cuando la policía dudaba de alguno de sus confidentes, o no se podía servir de él, por haber sido desenmascarado a tiempo, entonces este era eliminado sin contemplaciones por los perros de Arlegui.

Igual que la C.N.T. trataba de estar al corriente de lo que se tramaba contra sus hombres, la policía también en principio llegó a tener sus agentes dobles. Es decir policía en los grupos de afinidad. Ello duró hasta

que se descubrió el primer caso concreto de esa naturaleza, que fue el siguiente.

Se trataba de suprimir a Martínez Anido, principal responsable de lo que ocurría en Barcelona. El grupo Claramonte se encargó de esa delicada como difícil misión. Martínez Anido, en tal que gobernador de la provincia, debía asistir a una función de gala al teatro Barcelona, situado en la plaza de Cataluña. El grupo Claramonte, informado de ello, se reunió para preparar el hecho que debía ejecutarse al día siguiente, sábado por la noche.

Eran cuatro los compañeros que debían intervenir en el hecho. Claramonte conducía una moto sidecar, marca Luchan, de dos asientos. El sidecar debía ser ocupado por Joaquin Blanco y Alcodori. Estos compañeros tenían por misión arrojar dos bombas cada uno contra Martínez Anido y luego vaciar los cargadores de las dos pistolas que llevaban cada uno. El tercer hombre, que se llamaba Pellejero, era el encargado de vigilar la llegada del coche oficial, dar el aviso a Claramonte, que con los dos compañeros estaba estacionado en la Plaza Real, esperando el momento oportuno y una vez realizado el hecho, Pellejero debía cubrir la retirada de los ejecutores del atentado.

Pellejero, que era un agente de la policía, había sido el encargado de guardar las 4 bombas de las llamadas de piña, hasta momentos antes de utilizarlas.

Esas 4 bombas habían sido inutilizadas en la jefatura de policía, por tanto cuando Pellejero las entregó a quienes debían utilizarlas, sabía que eran inofensivas.

Claramonte, por precaución y sin que los otros 3 compañeros del grupo, lo supieran, había encargado a otro compañero del grupo que vigilara de cerca todos los movimientos e interviniera en caso de necesidad. El nombre de este compañero no lo damos por discreción y porque vive actualmente.

Momentos antes de la hora de actuar, el agente doble, es decir el policía Pellejero, irrumpió seguido de varios policías más, y al grito de «son esos» principiaron a disparar sus pistolas contra los que preparados ocupaban el sidecar. Blanco y Alcodori lanzaron una bomba cada uno a los policías, que como es natural no explotaron, pero que no obstante les

permitió sembrar el pánico entre ellos, logrando escapar. Claramonte no tuvo tiempo de poder defenderse y murió acribillado por la policía. El compañero que Claramonte había designado como reserva fue el que se encargó de descargar todo el cargador de su pistola en la cabeza de Pellejero, el cual pagó así su traición.

Después de este hecho, ya no se recuerda otro parecido, aunque es de suponer que en aquellos momentos podían ocurrir cosas parecidas.

Como caso original de la misma naturaleza citaremos otro que no es aun conocido.

En los momentos más álgidos de aquella lucha desesperada había la consigna y el compromiso más terminante de los componentes de los grupos de afinidad de no dejarse detener por la policía, ya que ello representaba la muerte. Sobre todo si se trataba de compañeros fichados o perseguidos. Había que defenderse hasta la última bala del cargador. «Después el diluvio». Cuando los militantes más o menos activos de los grupos de afinidad conocidos por la policía eran detenidos, no importaba en qué circunstancia y eran llevados a la jefatura de policía, se sabía a ciencia cierta que a la mañana siguiente de madrugada les sería aplicada la llamada ley de fugas. La ley de fugas consistía en sacar a los presos maniatados, meterlos en una furgoneta como para ser trasladados a la cárcel, y al llegar a un sitio convenido, hacerles bajar y asesinarlos a mansalva.

Al día siguiente los periódicos publicaban la consiguiente nota facilitada por la policía.

En la madrugada de hoy, cuando eran trasladados a la cárcel por la policía, fulano, fulano y fulano, intentaron escaparse, viéndose obligados los agentes de la autoridad a disparar contra ellos, los cuales resultaron muertos.

Y ahora vamos a relatar el caso original a que nos referimos más arriba. Habían sido detenidos tres compañeros en la barriada de Pueblo Nuevo, llamados Manuel Fortuny, Agustin Flor y Jordan. Estos fueron conducidos a la jefatura de policía para aplicarles la ley de fugas a la madrugada del día siguiente. No se supo por qué razón esos tres compañeros no fueron trasladados como estaba previsto a la cárcel.

El caso fue que la policía, después de redactar la consiguiente nota, la mandó a la prensa y al día siguiente los periódicos llevaban la muerte por

«intento de fuga», de los tres compañeros que aun se encontraban en los calabozos de jefatura. En verdad eso les salvó la vida, pero ello no impidió que más tarde fueran asesinados.

Mientras arreciaba el temporal, eso que se ha dado en llamar la masa, como siempre, permanecía inactiva y no hacía sentir el peso de su fuerza colectiva igual que cuando estaba organizada en período activo. La federación patronal movilizó todos sus efectivos compuestos de incondicionales holgazanes, perros falderos incapaces de ganarse la vida honradamente trabajando, para constituir una organización sindical a su imagen y hechura. A esa organización amarilla le dieron el nombre de Sindicatos Libres.

Como esa organización llamada Sindicatos Libres, a más de ser creada por la patronal y dirigida por el pistolerismo de los mismos, gozaba de la protección de las autoridades y por tanto de la impunidad, en principio no dejó de causar mucho daño a la militancia conferal dentro de los trabajos. Igual que como en la calle, los hombres de la C.N.T. luchaban con ahínco contra todos los enemigos de la clase trabajadora, en los sitios de trabajo se resistían igualmente a afiliarse a los sindicatos libres, motivo por el cual eran señalados por sus enemigos y asesinados en la calle a la salida del trabajo por las bandas de los pistoleros del Libre.

Ello tuvo la réplica adecuada, pues en el trabajo se conocían todos y se aplicó la ley del talión.

En España entera, la militancia confederal, prestaba una atención particular a lo que estaba ocurriendo en Cataluña con sus hermanos de explotación. A pesar de la clandestinidad y de la desfiguración de los hechos por la prensa capitalista. A pesar que los periódicos obreros estaban todos suspendidos, que los medios de comunicación y de traslado de una a otra región eran muy difíciles, la organización, mejor dicho, la militancia confederal sabía lo que ocurría en Cataluña. El comité nacional clandestino recibía constantemente ofrecimientos de hombres y medios para cubrir los huecos que se producían en sus filas.

Era algo increíble, algo incapaz de concebirse. A pesar de aquella constante sangría, las filas de los acosados, de los diezmados, se mantenían intactas. Allí donde caía uno, se incorporaba otro inmediatamente. La policía estaba asombrada de aquel fenómeno inexplicable, que llegó a

desorientarla. Mientras se trató de perseguir y de cazar a la gente fichada, la cosa, aunque muy problemática y peligrosa, buscando mil estratagemas se lograba el objetivo. Lo problemático, lo casi imposible, era dar con la gente que se incorporaba o que ya hacía tiempo que actuaba, sin ser conocida de la policía ni del pistolerismo patronal.

Precisamente en una ocasión, los periodistas, hablando con Martínez Anido señalándole algo extraordinario que había ocurrido aquellos días, y cual era su opinión respondió: esos son los últimos coletazos.

Seguramente como respuesta a esa afirmación de Martínez Anido, días después un grupo apostado en varias esquinas de la Reforma, Gran Vía Layetana, hizo varias descargas cerradas contra un automóvil ocupado por Graupera, presidente de la federación patronal que fue a estrellarse sobre un muro. Resultó muerto el chófer y gravemente herido Graupera.

Escusa decir que este hecho causó sensación, no solamente en Barcelona, sino en toda España. Los grupos de afinidad habían aprendido a apuntar a la cabeza. Los capitalistas y la policía principiaron a inquietarse, no sin justificada razón.

Mientras que, según decía Arlegui, jefe superior de Policía, vivía en constante delirio, soñando continuamente que los sindicalistas le acechaban por todas partes, viéndolos bajo la cama. Y no importaba a dónde Martínez Anido, insensible, ávido de sangre humana, ordenaba a todos los resortes de represión, de estrechar cada vez más la vigilancia y acentuar los golpes mortales sobre lo que aun, según su propia expresión, coleaba.

Los pistoleros a sueldo de la federación patronal emboscados en los llamados sindicatos libres, como eran perseguidos, procedían con más prudencia y trataban en lo posible de no dejarse ver por quienes les iba a la zaga.

Por otra parte, los militantes de la C.N.T., para mejor defenderse ya no iban solos, sino agrupados en dispersión. La policía raramente les daba el alto cuando se encontraba con ellos, pues sabía bien la respuesta que les esperaba. De entre los hombres activos de la confederación nadie dudaba que mientras Martínez Anido estuviera en el Gobierno Civil de la provincia, la situación no cambiaría y por tanto era cuestión de amor

propio y de dignidad eliminarle. En ese sentido se hizo todo lo imaginable. Se trató de envenenarlo, de cazarlo a lazo, de preparar una explosión en su propia casa, de secuestrarle algún miembro de la familia para seguir mejor sus pasos. Y por fin se intentó matar a Martínez Domingo, alcalde de Barcelona, seguro que iría a su entierro y una vez eso logrado, entonces la presa sería segura, no se escaparía.

Todo fue inútil, el sabía que estaba condenado a muerte y que por lo tanto debía tomar todas, absolutamente todas las precauciones. Sobre todo después del atentado contra el presidente Graupera, la cosa se planteaba muy seria. El presidente de la federación patronal, pocos minutos antes del atentado había estado en el gobierno civil conferenciando con Martínez Anido. Por tanto, alguien muy acercado a dicho centro oficial había informado a los sindicalistas la presencia de Graupera en el despacho de Martínez Anido. La cosa era grave y Martínez Anido pensaba que la fuente de información podía también llevarlo a él al alcance de las pistolas de los grupos de afinidad.

Después del atentado de Graupera se produjo una pausa en la actividad represiva. Por el contrario esa actividad se acentuó con la formación de los sindicatos libres. Los pistoleros del Libre habían establecido su domicilio social en la calle Puerta Ferrisa. En ese momento de pausa, los grupos de afinidad, reducidos sus efectivos considerablemente, algunos de los cuales habían quedado diezmados por las bajas sufridas, procedieron a su reorganización y a su fusionamiento. Las posiciones tomadas se mantenían intactas.

Los hombres de la C.N.T. pensaban que había llegado el momento de pasar al ataque, al asalto. Se estudió la posibilidad de asaltar el domicilio de los libraos en Puerta Ferrisa en el momento que éstos estuvieran reunidos. Estudiado bien el caso se vio que era imposible. La calle Puerta Ferrisa es estrecha y corta, en pleno centro de Barcelona. El domicilio del Sindicato Libre estaba guardado por la guardia civil a caballo, por la policía uniformada y secreta. En esas condiciones era una verdadera locura intentar nada ; pues los del Libre tenían también montada una guardia. Se tuvo que desistir de ello por el momento.

La Cárcel Modelo estaba repleta de detenidos, en la inmensa mayoría hombres de la C.N.T. Todas las celdas ocupadas. Las aglomeraciones lle-

nas, lo que habían sido en período normal los talleres para la confección de alpargatas, cestos y juguetes, cosa que hacían los presos condenados, también estaban repletos. El régimen interior era muy severo. Media hora diaria de «paseo» y en «galapago». El «galapago» era unos pequeños departamentos construidos en los patios, en forma de caja de muerto, donde se metía el máximo una docena de presos. Una vez llenas, se cerraban con llave hasta media hora después que sonaba la corneta para anunciar el alto del paseo.

En el interior de la cárcel había una casi perfecta organización entre los presos de la C.N.T. A pesar de la rigurosidad del régimen, los hombres de la confederación no solamente estaban bien informados entre sí, al día, sino que sabían lo ocurrido en la calle, mejor que los que estaban en libertad. Muchas veces los compañeros de la calle se enteraban de las cosas por conducto de los presos. Por regla general en España, en la época mencionada el preso representaba para todos el hombre de confianza.

Ni en la cárcel se encontraban seguros los hombres de la C.N.T. En varias ocasiones se sorprendió la buena fe de algunos que lo pagaron con su vida. Se dieron varios casos de presos que, durante la noche se les anunció la libertad, y al salir de la cárcel, de noche, se les asesinaba en la calle. El primer caso que se dio de esos fue el del militante Evelio Boal que había sido detenido meses antes en función de secretario del comité nacional de la C.N.T. y que por lo visto, por equivocación, había sido llevado a la cárcel. Inmediatamente registrados estos hechos, se dio la consigna en el interior de la cárcel que ningún afiliado a la Confederación aceptara salir de la cárcel durante la noche, y si alguien era forzado, por obligarlo a ello, debía inmediatamente dar el grito de alarma para armar el plante. Gracias a la actitud de los presos, se evitó la repetición de la «libertad para morir».

Se pretendió obligar a los presos a ir a misa los domingos, así como a asistir a los sermones del cura del establecimiento, pero no lo lograron. A los presos enfermos les estaba vedado ir a la enfermería, no había ningún medicamento para atender incluso a los casos más urgentes. El único derecho del preso era el de morirse como un perro encerrado dentro de una celda.

Afortunadamente que, a pesar de la gran penuria de aquellos momentos, el espíritu de solidaridad no decayó jamás entre los presos, sino todo lo contrario. Tenían que salvarse todos apoyándose los unos con los otros, frente al enemigo, de todos los enemigos. Esa fue siempre la máxima de los presos sociales.

Debido a la persecución en la calle y en los centros de trabajo, las cotizaciones habían quedado reducidas al mínimo. Los presos y sus familias estaban desasistidos y los grupos que actuaban en la calle, así como los militantes que, por ser muy conocidos estaban obligados a vivir escondidos, no disponían de medios económicos para poder hacer frente a aquella dura situación.

En el plano internacional no había ninguna organización hermana que pudiera venir en ayuda de la C.N.T., pues la confederación nacional del trabajo de España era de reciente formación y por tanto única en su genero en el mundo del trabajo. Se pensó ya entonces, y entre algunos compañeros fue cuestión de deliberaciones adecuadas, de conseguir fondos para continuar la lucha, aunque fuera por procedimientos ilícitos. Pero se desistió. La pureza de las ideas, la honradez de los revolucionarios, estaban por encima de su propia impotencia material. Era entonces lo que bien podríamos denominar la época del romanticismo idealista español.

Salvo raras excepciones, la prensa estaba toda al servicio de la clase capitalista. Fueron solo casos aislados los periodistas que se atrevieron a señalar los responsables de ciertos hechos materiales, asumiendo así la grave responsabilidad de la respuesta contundente de los asesinos a sueldo. Una de esas víctimas fue el periodista Fernando Pintado que fue agredido por los pistoleros de la patronal en pleno centro de Barcelona, resultando gravemente herido.

La táctica cambiaba con arreglo a la fisonomía que marcaban los hechos. La policía al servicio de Martínez Anido y Arlegui era la que llevaba en su haber el número más grande de asesinatos. El comisario Bravo Portillo era el hombre insaciable que no se hartaba nunca de sangre humana. Seguramente que también se sospechaba que un día mordería el polvo, abatido por las pistolas de los grupos de afinidad, cosa que ocurrió

una mañana quizá cuando menos se lo esperaba, en la barriada de Gracia en Barcelona.

A pesar de la impunidad de que gozaba la policía para cometer sus crímenes, ésta a través de los hechos ocurridos comprendió que ellos no eran invulnerables. Se contaban por docenas los policías que habían sido muertos por los sindicalistas y ante ello, empezaron también a reflexionar. Si los pistoleros de la patronal cobraban buenos sueldos, para matar a los hombres de la C.N.T., competía a ellos, solamente a ellos, cumplir esa misión apechugando con la debida responsabilidad.

Claro que la policía no planteó ningún problema de competencia a sus superiores, pero estos tuvieron que notar que sus subordinados, cada vez más rehuían intervenir en los casos donde se trataba de matar a alguien. Era una resistencia pasiva, que amenazaba convertirse en una huelga de brazos caídos.

Para parar la amenaza que se vislumbraba, Martínez Anido, que no podía permitir que las cosas se pararan, porque en dicho caso los hombres de la C.N.T. se lanzarían victoriosos a fondo por encima de sus trincheras, entonces, una vez más, se recurrió al soborno, poniendo precio a las cabezas de las presuntas víctimas. Se pagaría a los ejecutores, aparte de lo que ya percibían como sueldo normal, una prima que se estipularía de antemano con arreglo a la importancia de la víctima.

Tal determinación fue conocida inmediatamente en los medios confederales. Entonces se estableció por éstos un sistema especial de protección y de defensa de los hombres que constituían la mejor presa para los mercenarios a sueldo, tanto de la policía como de los pistoleros de la federación patronal.

Mientras ocurría lo reseñado, el comité nacional de la C.N.T. que actuaba en la clandestinidad, recibía constantemente ofrecimientos de muchas regionales de España de militantes activos que estaban dispuestos a trasladarse a Cataluña a luchar voluntarios al lado de los que morían diariamente por defender a la C.N.T. En verdad, no eran hombres lo que le faltaba a la regional catalana, era dinero, armas y municiones, medios para continuar la lucha. No obstante eso, continuamente se presentaban en Barcelona nuevos elementos dispuestos a cubrir bajas, los cuales eran

acogidos con el entusiasmo que se merecían y encuadrados en los grupos de afinidad, según sus aptitudes o inclinaciones.

Fue seguramente ese extraño fenómeno el que más hizo reflexionar a la policía secreta. Los grupos de afinidad, a pesar de sus sensibles bajas no daban prueba de flaqueza. Cada día eran más activos y su actuación, aunque prudente, llegaba muchas veces a la temeridad. Había algo anormal e incomprensible. Cuando la policía descubrió que entre los grupos de afinidad se habían afiliado buen número de forasteros, es decir, de gente que había venido a Cataluña, atraídos por la pelea, por el combate, entonces comprendió que aquello no terminaría jamás, era como un espiral sin fin, que se los tragaría a todos, uno detrás de otro.

Mas que retraimiento, fue miedo lo que la policía secreta de Cataluña cogió en un momento determinado. Varios de esos policías que estaban muy complicados en los hechos ocurridos, pidieron el traslado a otras regiones, cosa que se les negó, como es muy natural a causa de que una vez fuera del torbellino, se prestaran para atraerse la simpatía de los sindicalistas, a servirles de confidentes a éstos. A más de esto, hubo muchos policías de la secreta que, cuando se les planteó por sus jefes de ponerse a las órdenes de Martínez Anido y Arlegui, se negaron rotundamente y presentaron la dimisión del cargo.

La desmoralización de la policía y el pánico reinante entre la patronal, que no veía cuando terminaría aquella situación, a más de muy costosa, de continua intranquilidad, planteó a Martínez Anido el dilema de reaccionar. Y reaccionó, pretendiendo llevar el terrorismo a las otras regiones de España. La patronal catalana apoyaba dicho proyecto porque veía en ello una táctica de diversión que les permitiría un poco de tranquilidad, y a la par que generalizándose el terrorismo en toda España, inmediatamente de una manera u otra se acabaría con él.

Martínez Anido, que con el tiempo se había convertido en director absoluto del aparato represivo, mandó a varios de sus hombres, que el creía los más seguros, a varias regiones para organizar la matanza. Tal cosa la hizo sin contar con el gobierno, cosa que sentó muy mal en el Ministerio de la Gobernación.

Los hombres que Martínez Anido había desplazado de Barcelona para organizar el terrorismo en algunas regiones de España, una vez librados

del peso directo de su jefe, no mostraron gran interés en el mandato que este les había encargado.

Hubo algunos hechos aislados sin gran trascendencia, como por ejemplo el asesinato de dos jóvenes libertarios en Zaragoza, el más joven de los hermanos Navarro, y otro, el asesinato del joven anarquista Arlandiz de Valencia, y en fin, algunos otros más ; cosa que obligó después de bastante tiempo a Martínez Anido a renunciar a la nueva empresa.

Ni las deportaciones a pie por carretera, encuadrados los deportados entre las parejas de la guardia civil a caballo, ni la deportación de gran número de militantes de la C.N.T. al castillo de la Mola en Mahon, entre los cuales se encontraba Salvador Seguí, ni el Lock-out patronal que duró siete semanas, nada, absolutamente nada había logrado derribar al coloso que se llamaba Confederación Nacional del Trabajo de España. Martínez Anido, a pesar de la impunidad, de todos, absolutamente de todos los medios puestos a su disposición, tampoco lo lograría. Los grupos de afinidad estaban en pie para impedirlo.

Los españoles en general se preguntaban cuando iba a terminar aquella desventura. El gobierno de Madrid principió a inquietarse de la prolongación del terrorismo en Cataluña, pues habían llegado informes fidedignos a su alcance que la vida de Algunos ministros, entre ellos el ministro de la gobernación, estaban en peligro. Los grupos de afinidad, que hasta entonces no habían podido cazar a Martínez Anido, habían pensado que quizá sería más fácil acabar con el Ministro de la Gobernación, que en realidad era el primer responsable de lo que ocurría en Cataluña, por mantener en funciones como gobernador de la provincia de Barcelona, al asesino Martínez Anido, ya que de Arlegui apenas se hablaba.

Era una cosa de obsesión en el seno de los grupos de afinidad, la posibilidad de cazar al monstruo. Había hombres entre ellos que individualmente habían buscado la manera de llegar hasta él sin conseguirlo. Perder la vida para ellos no tenía mayor importancia, la cuestión era llegar, aunque no hubiera posibilidad de salir.

Los pistoleros de la patronal que habían sido un poco dejados a su propia suerte por la policía, comenzaron también a reflexionar. Muchos de ellos habían sido ejecutados y los nuevos reclutados esquivaban en lo

posible entrar en acción. Solo lo hacían empujados por los ya fuertemente comprometidos.

En el largo período que duraba ya la represión se habían contraído una serie de responsabilidades que no eran ni serían seguramente, después de aquel período confuso, fáciles de eludir. Y después. ¿Qué pasará después? A pesar de la gran dimensión de Barcelona, a pesar de que se podía recurrir a la solución de la emigración y, en fin, a pesar de todo la situación no se presentaba brillante.

Los que se encontraban en una posición más falsa y por tanto angustiosa eran los patronos que habían colaborado más de cerca en el asesinato de algún obrero. De estos temerarios, había muchos y ellos sabían que los hombres de la C.N.T. estaban informados de todo.

Un ejemplo, el patrón tintorero, Agustin Serra, situado en la calle Wad-Ras, de Pueblo Nuevo en Barcelona, fue el que prestó el automóvil a los pistoleros que mataron a Pablo Sabater.

Pablo Sabater era el presidente de la sección tintoreros del Sindicato Fabril y Textil. Un hombre corpulento que medía aproximadamente dos metros de alto, y de más de cien kilos de peso. Era la bondad personificada, incapaz de hacer daño a nadie. Habitaba en la barriada de San Martin.

Una noche, de madrugada, se presentó la policía en su domicilio, lo hizo levantar y se lo llevó detenido. Como fue ese uno de los primeros casos que se dieron de esa índole, Pablo Sabater no dio gran importancia al hecho, pues no era la primera vez que lo llevaban detenido.

El automóvil, que como lo hemos dicho, pertenecía al patrono tintorero Agustin Serra, en vez de dirigirse al centro de la ciudad, es decir a la Jefatura Superior de la policía se dirigió en dirección contraria, momentos después se encontraban fuera de la barriada en un sitio llamado Casa Baro. Los ocupantes del coche que eran cuatro y el chófer, hicieron descender del automóvil a Sabater y una vez apartados un poco, le hicieron una descarga, dejándolo muerto en el acto. Como el cuerpo del muerto había quedado al borde de un terraplén, los asesinos lo empujaron y lo hicieron rodar cuesta abajo hasta el fondo.

Los militantes del sindicato Fabril y Textil, sabían todos lo ocurrido y los de la sección de Tintoreros, todos amigos de Pablo Sabater, sabían

que era el patrono Serra el que había prestado el automóvil sabiendo de lo que se trataba.

Cuando terminó la represión, dos compañeros de Sabater de la misma sección de tintoreros, Ernesto Herrero y Pedro Molina, un domingo por la tarde esperaron a Serra cerca de su casa y saldaron con él la cuenta pendiente. Serra quedó gravemente herido y los compañeros Herrero y Molina fueron detenidos por la guardia civil y fueron más tarde juzgados y condenados a 7 años de presidio. No creemos necesario citar un rosario de estos hechos, que era a lo que tenían miedo los patronos comprometidos cuando se trató de terminar con el terrorismo.

Martínez Anido, como principal responsable de aquel funesto período de terror, era el más interesado en avivar la llama que lo devoraba todo. El sabía que a pesar de todo un día caería, y caería en la circunstancias más imprevistas. Si se había hecho acreedor mil veces de la muerte, si tenía que morir, no había más que aguantar hasta el último momento.

El ministro de la Gobernación, visto el cariz cada día más sombrío que tomaban las cosas, mandó un delegado suyo a Barcelona, el cual hizo saber a Martínez Anido que aquella situación no podía prolongarse un día más. Martínez Anido hizo saber al delegado del Ministro, que tal como estaban las cosas era imposible detener la marcha de los acontecimientos, pues de ellos sería víctima el gobierno en pleno, ya que no solamente lo había tolerado sino que lo había propiciado y alimentado. Él poseía infinidad de pruebas que haría conocer, si llegaba el momento. Cada palo debe aguantar su vela, dijo el verdugo. Y añadió, "*lo que ha ocurrido en Rusia puede reproducirse aquí si no somos fuertes. Y creo haber decapitado la revolución social, y si el gobierno no lo cree así, peor para él, pues en dicho caso, lo que se ha evitado hasta ahora puede desencadenarse dentro de breve plazo*".

"Una capitulación implícita por parte de la autoridad, una espantada. Un momento de pánico en los de arriba, traería como consecuencia lógica el ataque cerrado de los que hasta ahora apenas tenían fuerza y ánimos para defenderse. Si el gobierno quiere la revolución social, la anarquía, no tiene más que dar la razón simple y llanamente a esos de la C.N.T., a los que en su primer congreso han proclamado que quieren implantar el comunismo libertario por medio de la revolución social".

Martínez Anido se defendía como fiera enjaulada. Si hubiera estado más alto, es seguro que hubiera intentado el golpe de Estado que dio poco después Primo de Rivera, desde la capitanía general de Cataluña.

El gobierno no se atrevió destituir a Martínez Anido de su cargo de Gobernador de Barcelona. La responsabilidad de lo que ocurría, tal como anunciaba Martínez Anido, competía a todos. Él era el brazo ejecutor pero los otros, todos los otros, todo el gobierno, era no solamente cómplice sino el instigador de la tragedia. En aquella suciedad, en aquel crimen colectivo, no se salvaba nadie. Solo una liquidación de los que como gobernantes habían actuado en todo aquel período podía salvar de momento la trágica situación.

Martínez Anido, cuando hablaba al representante del Gobierno de una posible reacción violenta y generalizada de los hombres, de las fuerzas de la C.N.T., se equivocaba. También él, como le había ocurrido antes a Arlegui, veía enemigos por todas partes. Estaba poseído de un miedo cerval a pesar de su firmeza y crueldad en la actuación.

El movimiento confederal, la joven C.N.T., no estaba en condiciones de hacer la revolución social después de los años de continuada sangría. Habían caído centenares de sus hombres, lo más florido, mejor dicho lo más granado. Y no eran solamente los militantes de la C.N.T. de toda España los que habían recibido el golpe de gracia.

Ciertamente, la represión de Cataluña, como afirmaba Martínez Anido había decapitado la revolución social, que se incubaba a pasos de gigante en el seno del movimiento confederal. Eso solo lo sabía Martínez Anido y los sindicalistas revolucionarios. Tendría que pasar mucho tiempo para rehacer las fuerzas, para recuperar las energías gastadas.

Sin duda alguna, Martínez Anido estaba seguro, al extremo que habían llegado las cosas, que no ganaría la partida empeñada, plenamente. Pero en pleno desarrollo del combate se le ponía el veto desde arriba. Ello representaba para él la catástrofe. Si las cosas tomaban la fisonomía que él preveía, no habría un pedazo de tierra en ningún rincón de España donde pudieran cobijarse, ni él ni sus más bravos seguidores. Pero como hemos dicho, el cuerpo de la C.N.T. estaba fuertemente debilitado por la sangría sufrida en el rudo y desigual combate.

No todo había terminado, a pesar de la lucha interior en las alturas, a pesar de la desautorización implícita desde el Gobierno, Martínez Anido no se detuvo en su marcha tortuosa. Y es que en realidad no podía hacerlo. Todo el aparato represivo montado por él, de acuerdo con la Federación Patronal que permanecía en pie, y aunque con menos virulencia, los asesinatos de los militantes confederales continuaban.

Hubo un hecho, ya de los últimos tiempos de terror, que por su importancia no podemos dejar de consignar.

Había un abogado que se llamaba Pedro Homs que había estado al servicio de la C.N.T., como defensor de los hombres de la misma. Dicho sujeto, por el cargo que ejercía, conocía a la militancia confederal. Sobre todo a los hombres más destacados, por ser éste un hombre ambicioso y por tanto banal, tenía la pretensión de llevar los asuntos más importantes en materia de defensa dentro del movimiento de la C.N.T.

El comité pro presos, que era el encargado de la relación entre la Confederación y sus abogados, jamás consideró a Homs el abogado más competente y por tanto siempre se sirvió de él como un gestor de cosas de tramite. Los otros abogados, más o menos de gran prestigio, entre los que se encontraban en Barcelona Francisco Lairet, Companys Juan Rusiñol, y varios otros más, y, en Madrid Eduardo Barriobero, Serrano Batanero y otros, eran los encargados de la defensa de los casos más importantes y delicados.

No se sabe si por despecho y en qué fecha exacta, Pedro Homs se puso al servicio de la policía, primero como confidente y más tarde se convirtió personalmente en jefe de una banda de pistoleros, al servicio de la patronal y por tanto de Anido.

Pedro Homs que, como decimos, fue descubierto como traidor y pistolero en los últimos tiempos de la represión, fue el que se encargó, entre otros, de la organización del atentado que costó la vida al abogado Francisco Lairet, hombre imposibilitado e indefenso, y que precisamente, por dicho motivo, los grupos de afinidad no creyeron en la necesidad de protegerle, pues jamás imaginaron hubiera en la tierra un mal nacido capaz de matar a Lairet. También fue Homs el que preparó y ejecutó poco después el atentado que costó la vida a Salvador Segni y Pedro Paronas en la calle de la Cadena, en el distrito quinto en Barcelona. La matanza

continuaba y por la importancia de las víctimas se dedujo que la prima, por la importancia de la cabeza, estaba en plan de activa ejecución.

En la Patronal, que sabía por larga experiencia, que la ley del Talión, de ojo por ojo y diente por diente, estaba en pleno vigor, estaban aterrados. No sabían, naturalmente, donde descargarían la furia de su dolor los grupos de afinidad ante los últimos crímenes.

Pero hubo una pausa. Esta vez fueron los grupos de afinidad los que trataron de frenarse a sí mismos. Ante la importancia de las víctimas, era de esperar se produjera una reacción inmediata en todas partes donde había hombres interesados en acabar con aquella monstruosidad colectiva.

Arma al brazo, los grupos de afinidad, hombres de la Confederación Nacional del Trabajo, esperaron un momento para ver qué es lo que ocurría a continuación, pues no ignoraban que en el seno de la Federación Patronal, de manera generalizada, se quería terminar de una vez, y lo más pronto posible, con aquella situación de angustia ininterrumpida, que ya duraba demasiado tiempo.

El día 8 de marzo de 1921, es el día de gloria del proletariado revolucionario español. El parto que se gestaba desde hacía mucho tiempo en las mismas entrañas de los grupos de afinidad ve la luz. Eduardo Dato, Presidente del Consejo de Ministros, es ejecutado en Madrid por un grupo que, a tal fin, se había desplazado desde Barcelona a la capital de España.

El grupo en cuestión era del Sindicato de la Metalurgia y lo componían, Pedro Mateu, Luis Nieolau y Ramón Casanellas.

Verdaderamente el atentado no se había organizado contra Dato, pues se consideraba que el Jefe del Gobierno no era el principal responsable del mantenimiento de Martínez Anido y Arlegui en Barcelona. Fue preparado contra Bugallal, ministro de la Gobernación, hombre perverso y de baja categoría moral.

Hacía muchos días que el grupo metalúrgico se encontraba en Madrid siguiendo la presa, pero no había medio de llegar hasta ella. Bugallal en Madrid, como Anido en Barcelona, sabían la responsabilidad que habían incurrido y por tanto debían tomar todas las precauciones. A más de eso, como ya hemos señalado más arriba, el Ministro de la Gobernación sa-

bía lo que se tramaba contra él y estaba ojo avizor. Ante las dificultades, mejor dicho, ante la imposibilidad de poder ejecutar el plan Bugallal, el grupo metalúrgico que había estudiado también el plan Dato, determinó no perder más tiempo y el día 8 de marzo de 1921, como dejamos dicho, fue muerto a tiros en Madrid Don Eduardo Dato, Presidente del Consejo de Ministros. Era así como escribían la historia los anarcosindicalistas en España.

La muerte de Dato cayó como una bomba en las altas esferas. Ello demostraba con toda evidencia que los hombres de la C.N.T. sabían llevar el combate, dirigiendo su peso a la parte cumbre del mal. Por eso decimos más arriba que el día 8 de marzo de 1921 fue el día de gloria del proletariado revolucionario de España.

La partida que se jugaba era demasiado fuerte para que se terminara ante un hecho determinado, por muy importante que este fuera.

Después de la muerte de Dato, éste fue sustituido en la Presidencia del Gobierno por Sánchez Toca.

Sánchez Toca aceptó la responsabilidad de mantener a Bugallal en el Ministerio de la Gobernación a condición de que éste, en el plazo más breve posible liquidara la cuestión de la represión en Cataluña, cosa que Bugallal se comprometió cumplir.

A partir de entonces, el Ministro de la Gobernación hizo saber a Martínez Anido y Arlegui que el nuevo jefe de gobierno les exigía la liquidación inmediata de todos los hechos de violencia perpetrados oficialmente por los agentes civiles o policiacos, y que haría responsables a las autoridades civiles y a la Federación Patronal de cuanto en ese sentido ocurriera a partir de aquel momento.

La Federación Patronal que es la primera interesada en liquidar aquella pesada situación de peligro e intranquilidad para ellos, intenta frenar la marcha de los acontecimientos de cara a los hechos de violencia, cosa que no logra plenamente, a causa de haber creado un aparato muy costoso y complicado, cosa que los llamados Sindicatos Libres no pueden sostener, pues éstos son el instrumento de la propia Federación Patronal y ésta teme que se vuelvan contra ella.

Se establece una especie de guerra de posiciones que las dos bandas aceptan voluntariamente, mientras llega la solución definitiva. ¿Cuál so-

lución? Nadie lo sabe, pero los más comprometidos, las cabezas visibles del pistolerismo oficial se repliegan y no solamente se repliegan sino que inician la desbandada, para ponerse a cubierto ante el declive. Solo quedan en activo los últimos residuos. Es Pedro Homs el que no arría bandera, por ser el más comprometido. Entonces Martínez Anido pone a la disposición de Homs todo lo que queda aun en pie. Los atentados continúan de manera más o menos esporádica y descontinuada contra los militantes de la C.N.T., sobre todo contra los hombres más destacados.

En lo que podríamos llamar la última etapa del pistolerismo oficial, dirigida por Anido y ejecutada por la banda de Pedro Homs, se perpetraron los asesinatos de Salvador Segui y Paronas que lo acompañaba. Igualmente fueron asesinados los compañeros Pep Albaricias, Felipe Manero, y varios otros.

En realidad, Martínez Anido no puede mantenerse en el Gobierno Civil de Barcelona de cara a la normalización de la situación, como pretende el nuevo Jefe de Gobierno Sánchez Toca. Bugallal, que sabe era él el elegido para ocupar el lugar que ocupaba Dato, en aquel momento pretende terminar desde el Ministerio de la Gobernación con el pistolerismo en Cataluña, pero no tiene la suficiente autoridad para oponerse o destituir a Anido, pues sobre él recae la responsabilidad directa de infinidad de crímenes cometidos en toda España.

Tanto Martínez Anido como Bugallal no ignoran que se está preparando un golpe de estado o sea, una sublevación militar e intenta alargar en lo posible su mandato en vistas a facilitar el triunfo de la sublevación. Por otra parte, su propia seguridad personal es más garantizada en los cargos que ocupan a causa de la protección oficial, cosa que saben les faltaría al día siguiente que dejaran o se les suplantara en el cargo.

Los grupos de afinidad, que ven próximo el final de aquella penosa situación, tratan de controlarse lo más posible a sí mismos. Buscan la manera de preparar una emboscada a la banda de Homs, para aniquilarla por completo. Se establece una vigilancia estrecha, cerca del café "La Esquerre del Ensanche" de la calle Aribau, que Homs y su banda acostumbraban frecuentar.

Los grupos de afinidad encargados de la operación permanecían noche y día esperando el aviso; el golpe de teléfono de los centinelas para

desplazarse y entrar a saco en la guarida. La consigna era: que no quede uno con vida. Pero nada. Nadie frecuentaba dicho café. Ni los pistoleros de Homs, ni nadie más. Se diría que todo el mundo esperaba el golpe.

Se buscaba por toda Barcelona la banda de Homs, pero nadie sabía nada, parecía que se los había tragado el mar. Los mismos servicios de información, deseosos de facilitar a los sindicalistas los detalles más o menos precisos que les pusiera sobre la pista de Homs y su cuadrilla no lograban averiguar nada en concreto. Homs no ignoraba que la más pequeña indiscreción los llevaría a todos a "Casa Antunez".

El 14 de agosto de 1922, es atentado en la ciudad de Manresa, por los pistoleros de Martínez Anido, Ángel Pestaña. Nunca con más propiedad que en aquella fecha, se podía repetir la frase del monstruo Martínez Anido, pero en sentido adverso. "Son los últimos coletazos". Los últimos coletazos del pistolerismo de Martínez Anido, frente a la resistencia inquebrantable del sindicalismo revolucionario.

El atentado contra Ángel Pestaña fue la gota que desbordó el vaso. Sánchez Toca, comprendió que no lograría normalizar la situación en Cataluña y que todo sería inútil mientras Martínez Anido y Arlegui continuaran en Barcelona. Por tanto, el Gobierno Sánchez Toca, cayó en el ridículo y fue Sánchez Guerra el que lo sustituyó.

El 24 de octubre de 1922, poco más de dos meses después del atentado en Manresa contra Ángel Pestaña, Sánchez Guerra, Presidente del Consejo de Ministros, destituye de sus funciones a Martínez Anido y Arlegui.

Fue así como terminó momentáneamente el "reinado del crimen" que duró más de dos años en Cataluña, cuyo estigma quedará para siempre registrado en la historia, para vergüenza de toda la reacción española coaligada.

CAPITULO IV

Como es natural, se ha hablado del carácter español, para definirlo cada uno con arreglo a su concepción de las cosas. No obstante, el criterio predominante en este hecho concreto se generaliza al apreciar el carácter de los españoles en la órbita cervantina, que se condensa en su inmortal obra, el Quijote.

Claro está que a continuación vemos como la realidad de los hechos en la vida española es tan variada que llega a veces a poner en duda el acierto de Cervantes. Por eso la idea del individualismo español se hace carne en el ambiente y en la concepción general para, a continuación, aceptarla todo el mundo como cosa real.

No, no se puede admitir en la vida del español solo dos concepciones bien definidas, como lo hace el gran Cervantes, la del idealismo soñador y la del materialismo cazurro. Porque si bien el español ha demostrado a través de la historia en general, que su idealismo lo lleva muchas veces al borde de lo absurdo, no es menos cierto que su materialismo, también por lo general, no lo hunde en el lodazal de una digestión morbosa y embrutecedora, capaz de negar la espiritualidad humana.

El árbol genealógico español es tan exuberante, tan robusto, que su frondosidad constituye un ramaje tan denso, capaz de dar cobijo en su

seno a todos los pensamientos, a todas las concepciones de la vida, desde la más altruista a la más perversa.

Y todo eso ocurre en todas las capas sociales en el suelo español. ¿Cómo definir pues el buen y el mal español en ese laberinto de realidades y contradicciones? El poeta ya lo dijo: "nada es verdad ni es mentira", y el pensador, el sabio moderno afirmó: "todo es relativo".

Como todos los mortales de no importa qué latitud de la tierra, el español considera que sus ideas, su punto de vista, su pensamiento es el más acertado de todos los demás. Y en esa totalitaria concepción de la vida no tolera, no puede concebir que otros seres humanos como él no piensen igual, y discrepen en lo más fundamental de su pensamiento.

Es quizá esa falta de elasticidad, de comprensión, de tolerancia, de respeto mutuo, lo que llevó a los españoles, a todos los españoles, al borde del absurdo, al apreciar la capacidad y la grandeza de los demás países del mundo, en relación con ellos mismos y a la rutina de su propia razón de ser, cuando se trata de analizar las cosas dentro del marco de sus limitadas fronteras.

Señalar los defectos no es una falta. Corregirlos es una virtud. Ese es nuestro lema.

Pero vayamos al fondo de la cuestión. En ese mar de contradicciones y de realidades que encarna el pensamiento español, éste se diluye para condensarse en hechos reales en todas las manifestaciones de la vida. No es todo positivo pero tampoco negativo. Y sería mucho menos negativo aun si el nivel cultural, si la instrucción del ciudadano español, no sufriera una mengua aterradora, que no logra conjugar la inteligencia natural del ser humano.

El pensamiento de aventura español queda más que frenado, paralizado con la muerte del siglo pasado. Esa quiebra de todo un pasado que se revela negativo a través del tiempo induce al español a poner su vista sobre nuevos horizontes para canalizar sus pensamientos y sus actividades. El mundo ha tomado una orientación moderna de las cosas. Una quiebra de valores caducados requiere una nueva máquina de recambio que las remplace. España no puede estar ausente en ese concierto internacional de la vida. Frente al fracaso, a la caducidad de la aventura colonialista que muere, una nueva concepción se manifiesta en el pensamiento hu-

mano, cuyo eco se llama siglo XX. Es la filosofía subversiva que nace potente, que penetra en la mente humana con la convicción impetuosa de la piqueta demoledora, es el eco que no se extingue en la mente de los hombres de la época, que se llama socialismo. Socialismo integral, mejor dicho, anarquismo,

Max Estimer es el precursor, con su libro «El Único y su Propiedad». Schopenhauer, Federico Nietzsche y otros de sus discípulos buscan afanosos el superhombre, seguros de encontrarlo.

Su eco repercute en todas partes, en Rusia Bakunin, Kropotkine, Tolstoi. En Francia Proudhon, Grave, Sebastián Faure, Han Riner. Malatesta en Italia y en fin por todo un poco.

En España el pensamiento de avanzada, que no va a la zaga del resto del mundo sino por el contrario, abre vasto horizonte en la clase trabajadora artesana, se manifiesta con profusión entre los espíritus inquietos. Es una sola corriente, la corriente de emancipación que se transforma en múltiples afluyentes que todos pugnan por llegar lo antes posible a una sola finalidad. La redención de todos los humanos.

Los unos, Mateo Morral, Paulino Pallars, Rull, Pardifías, Angiolillo y otros, aceptan como sistema de lucha, de protesta, el hecho individual de suprimir por la violencia del atentado personal los responsables visibles de la tragedia de los de abajo. Los otros, ya en número mucho más crecido, como ya hemos dicho en otro lugar, se acercan, se funden entre los desheredados y forman el bloque que les ha de permitir abrir brecha en la ruinosa fortaleza capitalista.

La filosofía anarquista, por su simplicidad seguramente penetra con gran facilidad en las mentes sencillas que la comprenden sin gran esfuerzo y la siguen de corazón porque forma parte de su conciencia. El principio de la Escuela Moderna o Racionalista se adapta completamente por estar ausente de ella el dogmatismo religioso y el concepto de patria que embrutecen al hombre.

Nosotros no pretendemos señalar errores, fueran quienes fueran que los cometieran. Solo nos limitamos a reseñar los hechos que por regla general son los que hablan con más elocuencia e inducen al hombre a pensar por su propia cuenta. En nuestro país, frente a una fuerza de voluntad aun no superada por los desheredados de ninguna parte, frente al

espíritu de sacrificio de los menos, hubo siempre un sistema de represión organizado casi a la perfección, motivo por lo cual en múltiples circunstancias, se tuvo que recurrir a la improvisación, tanto de la defensa como del ataque.

Fue más que otra cosa, un caso de necesidad el sistema de agrupación de voluntades, la unificación de fuerzas dispersas que formaron el bloque resistente.

Es indudable que en ninguna parte del mundo el anarquismo tuvo que hacer frente, como el anarquismo español, a una serie de ensayos y modalidad de lucha que le permitieron hacer frente a una situación que jamás se les planteó al anarquismo de los otros países.

El anarquismo español fue en todas las circunstancias un anarquismo diferente de los otros anarquismos y lo fue porque el anarquismo español fue anarquismo militante en todas las épocas y en todas las circunstancias, lo que no fueron los otros anarquismos en el plano internacional.

A los anarquistas españoles, en sentido global, no les afectó para nada, jamás, la definición contundente que del anarquismo hizo Lenin, cuando dijo que "el anarquismo era un ideal pequeño burgués". En España esa calidad de anarquistas, si bien existía, se podían contar con los dedos de una mano. Además, todo el mundo los descubrió, los conoció y los señaló con el índice.

No basta llamarse anarquista para serlo. O dicho de otra manera, no todos los que se llaman anarquistas lo son. También hay muchos, muchísimos que lo son sin llamárselo. Nosotros no estamos autorizados para dar ni quitar la patente de anarquista a nadie. No obstante, nosotros hemos consumido muchas velas de noche estudiando en la soledad lo que es la filosofía anarquista, la hemos aprendido y hemos procurado respetarla. Es en la conducta, queridos amigos, donde se aprecia la calidad de los verdaderos idealistas. No basta llamarse anarquista para conducirse luego como un redomado jesuita. De esa manera no se sirve al ideal anarquista.

Es así como nos hablaba más o menos Leopoldo Bonafulla, en la galería 6 de la cárcel de Barcelona una vez, siendo nosotros aun muy jóvenes.

Los que además de estudiar en los libros, hemos tenido ocasión de estudiar en los hombres, por haber estado por la fuerza de las circunstan-

cias obligados a hacer la vida común con ellos, hemos aprendido cosas muy curiosas y provechosas a la vez. Aquellos tiempos venturosos no se borrarán jamás de nuestra memoria.

Por regla general, entre los hombres que profesan una misma idea, hay una coincidencia de pensamientos muy comprensible que no altera en lo fundamental el contenido del mismo. Sin embargo, el contraste se aprecia enseguida cuando se trata de la aplicación del método. Entre anarquistas convencidos vemos que mientras que hay quienes no fuman ni beben alcohol, ni incluso comen carne por sentimiento y convicción, hay quienes fuman, beben y comen de todo. Lo que queda reseñado no tendría nada de particular si no hubiera una segunda parte que es el verdadero contraste. Lo que hemos podido apreciar en la vida en común, es decir de la cárcel, cambia por completo en la vida cotidiana de la calle. Así vemos al que podríamos apreciar más cerca de una inclinación determinada, en un sentido determinado también, comportarse en la realidad de la vida de manera, no distinta, sino opuesta no a lo que podía parecer en principio su propia razón de ser. Por eso una vez más repetimos la vigencia de que "nada es verdad ni es mentira" y de que "todo es relativo en la vida". Contrariamente a lo que siempre creyó la reacción española, el anarquismo español no es una mercancía importada del extranjero. El anarquismo español es la resultante lógica de una conducta mil veces detestable del capitalismo y la reacción española.

El anarquismo español se incuba, crece y se desarrolla en las cárceles y presidios en España y en la vida miserable de hambre y privaciones del proletariado español. Los que hemos vivido la vida, por qué no decirlo, floreciente del movimiento anarquista español, en la calle y en la cárcel, hemos podido apreciar ese fenómeno con toda su intensidad y en toda su magnitud. Fue tan ciega la reacción española, fue tan torpe el capitalismo hispano, que creyó ingenuamente podía dominar las ansias de libertad, la sed de justicia y el hombre del pueblo español por medio de la fuerza represiva de la cárcel y sobre todo de la ignorancia.

Nosotros hemos visto a miles de hijos del pueblo entrar en la cárcel, acusados de perturbadores, de revolucionarios, de enemigos del orden o simplemente de herejes. Esos hombres la mayor parte de ellos jóvenes, en su inmensa mayoría entraron en la cárcel sin saber leer ni

escribir. Y como una vez fichados como tales, volvieron a ser detenidos una y otra vez, en la cárcel, ayudados por sus compañeros, aprendieron a leer y escribir, y los que ya sabían aprendieron a eso, a ser anarquistas, porque aún no lo eran.

En ese ambiente y en el transcurso del tiempo, el anarquismo y las ideas anarquistas se familiarizaron tan profundamente en la mentalidad del pueblo español, que hablar de anarquismo o en anarquista no espantaba a nadie. Todo lo contrario, había personas de cierta buena posición social que justificaban y alentaban aquel ambiente que más que subversivo era cuestión de un deber, de un derecho y de justicia.

No le sirvió para nada a la iglesia y al capitalismo ultramontano español fusilar a Francisco Ferrer Guardia, creador en España de la Escuela Moderna. Un vez muerto Francisco Ferrer, el espíritu del Racionalismo ,del anarquismo, se afianza más y más en los seguidores del maestro sacrificado.

Así vemos que, mientras que los partidos políticos de todas las tendencias permanecen putrificados o en estado de descomposición, como le ocurría al radicalismo lerruxista, el anarquismo aumenta la simpatía y el volumen de sus seguidores, en perjuicio de los demagogos de la política. El paria español había sido siempre timado, por los profesionales de la política y cuando tuvo la primera ocasión les abandonó en signo de airada protesta. No hubo jamás en España una política de izquierda capaz de contrabalancear a la reacción. Por eso las clases populares se declararon abstencionistas, es decir, apolíticas.

Los anarquistas, que en España no son pequeños burgueses, que forman grandes núcleos que se agrupan por docenas, por centenares de grupos específicos, que van al trabajo todos los días, porque es ese su único medio de vida, que sienten la explotación capitalista en el fondo de su conciencia, de hombres libres que luchan diariamente por despertar la conciencia de los oprimidos, de los desheredados conocen donde reside el mal de toda la humanidad, que sufre y trabaja, no prometen nada a sus compañeros de explotación porque como ellos nada poseen, pero les señalan el camino, les dan el ejemplo desafiando el peligro, todos los peligros, yendo a la cárcel, a la deportación, al destierro, no importa a qué ni a dónde.

Fue siempre la conducta, el ejemplo, lo que convenció a los humildes. Y los anarquistas españoles siempre estuvieron en primera fila en la línea de combate, antes que nadie y después que todos. Un balance, una factura que nadie como ellos puede presentar jamás tan completa en España. Por eso en aquellos tiempos, en todos los tiempos, hablar de anarquismo y de los anarquistas representaba una tarjeta de libre circulación, un salvoconducto de honradez. El anarquismo militante no buscó jamás redimirse a sí mismo. Su línea de conducta fue la redención de toda la humanidad. No pensó desposeer a los capitalistas de sus mal adquiridas comodidades para acomodarse él y los suyos en perjuicio del prójimo. Buscó de manera racional y altruista el bien para todos, para todos sin excepción. Esa fue, esa debe ser, según nuestro concepto, la conservación de una sociedad nueva, donde el anagrama Libertad, Igualdad y Fraternidad no sea una ficción o algo peor.

El anarquista revolucionario sabía ayer, y no ha olvidado aún, que el régimen capitalista, que la sociedad del privilegio no desaparecía por la sola acción de la evolución. Los que viven bien no tienen nada en cuenta en beneficio de los que viven mal. Solo piensan en mejorar más y más su bienestar, cosa que como es natural repercute y agrava el mal del conjunto de la sociedad. Por eso los sindicalistas revolucionarios de la C.N.T. en 1919 acuerdan en su primer congreso ir a la implantación del comunismo libertario, por medio de la revolución social.

Hoy, en 1966, a 47 años de distancia, vemos que jamás en España los acuerdos de 1919 reclamaban con más vigor ni más urgencia ser aplicados sin contemplaciones, pues si bien 47 años apenas cuentan para la vida de un pueblo, para la vida de los hombres cuenta mucho.

Claro está que mirando las cosas en el plano internacional vemos que en esos 47 años la fisonomía geográfica, en el aspecto político, ha cambiado fundamentalmente, sobre todo en Europa y África, y al paso que marchan los acontecimientos, otras sacudidas de carácter social mucho más fuertes son de esperar en plazo más o menos breve. Mirando el panorama de hoy vemos que los anarquistas de hace 47 años atrás no eran unos ilusos, sino unos iluminados, eran la vanguardia, la avanzadilla que se había lanzado a la descubierta de una realidad, la realidad de hoy y de mañana sobre todo.

Los anarquistas españoles, y con ellos todo el pueblo obrero, no tuvo suerte. La adversidad les acompañó en todo su largo camino de lucha y 80 de sacrificios, fueron el yunque donde se forjó el hierro un tanto frío. La fragua donde se alumbró la llama que debía servir de guía para alumbrar el mundo entero. Después de las breves anteriores consideraciones, pasamos de nuevo al tema de nuestro principal propósito.

Aunque a simple vista parezca que las fuerzas en presencia estaban equilibradas, en realidad no fue jamás así. Lo que ocurrió fue que capitalismo y reacción en el plano nacional creyeron que combatiendo y destruyendo en Cataluña el germen de la revolución social española, el resto vendría solo a continuación sin grandes sacrificios para ellos. El foco de infección para ellos estaba allí y había que reducirlo primero para luego extirparlo de raíz en el resto de España.

Pero la fuente parecía inagotable. Con un instinto de defensa y combativo a la vez, el anarquismo español que ha comprendido las intenciones perversas de todos los enemigos del pueblo. formando la santa alianza, apretando sus filas, reuniendo todos los recursos, no rehuyen el combate. Un afluyente asombroso de nuevos voluntarios se concentran día tras día en lo que podríamos llamar teatro de operaciones. Los grupos llamados de afinidad de ayer, compuestos en su casi totalidad de obreros catalanes, se transforman en grupos heterogéneos, es decir, en grupos específicos, compuestos de una juventud impetuosa que llega de todas las regiones de España y que toman el nombre de grupos anarquistas. La lucha llamaba al combate a todos los revolucionarios españoles en una latitud determinada de España y ellos respondían presentes.

Los grupos anarquistas, después de una nueva reestructuración en Cataluña, sin abandonar la lucha, en pleno combate, han formado sus comités de grupo de barriada en el plano local, de comarca en el comarcal y de región en el plano regional. Sin jerarquías, sin jefes, sin mentores, con una disciplina voluntariamente aceptada y respetada porque emanaba de los acuerdos de las reuniones, todos los grupos cumplían cada uno con su misión. Los comités de relaciones eran los encargados de poner en comunicación los grupos entre sí. Las reuniones donde se tomaban los acuerdos en todos los escalones eran clandestinas y dependía de las circunstancias que éstas fueran más o menos restringidas. Por regla general,

las reuniones se celebraban al aire libre, en la montaña, o en el bosque, cuando éstas eran numerosas y el tiempo lo permitía.

Las reuniones de delegados de grupos o de comités se verificaban por compañeros designados de antemano por las reuniones restringidas, éstas llevaban los acuerdos de cada núcleo, que defendían en las reuniones generales.

Más de una vez, enterada la policía por confidencia, que iba a celebrarse una reunión de importancia en la montaña, en el bosque, destacaban a la guardia civil, para dispersar impedir la celebración de la misma. Por regla general, los que debían reunirse veían el desplazamiento de fuerzas y se daban inmediatamente cuenta que había « chivatazo », entonces se aplazaba la reunión sin más graves consecuencias. Pero no era siempre así, sobre todo cuando la reunión debía celebrarse urgentemente, en particular de noche, entonces la cosa cambiaba de aspecto. Hubo veces que se fue a tiro limpio con la guardia civil, o con el somatén, antes, después o en plena celebración de la reunión.

Cuando las reuniones se celebraban en local cerrado, público privado, entonces las cosas cambiaban de aspecto. No fueron pocas las veces que ocurrió de ser sorprendida una reunión por la policía, en los sótanos de un café o en un domicilio particular y detener a los reunidos, siendo éstos llevados a la cárcel y a continuación, procesados por reunión clandestina.

Se puede afirmar que la totalidad de los componentes de los grupos anarquistas eran militantes más o menos activos de la C.N.T. Había una sincronización en la actuación que permitía el desdoblamiento de las actividades de la militancia anarquista y confederal. Eso se explica fácilmente si se tiene en cuenta que los sindicatos, la mayor parte del año, y a veces varios años consecutivos, permanecían clausurados por orden gubernativa. Contrariamente, no todos los militantes de la C.N.T. pertenecían a los grupos anarquistas. Los grupos anarquistas estaban por regla general compuestos por hombres maduros, cuya energía y dinamismo no tenía nada que envidiar a la de la juventud. No obstante, eso no era una regla, era una excepción.

Por ser en una proporción casi generalizada anarquistas los militantes de la C.N.T., no había interferencia de unos a otros, en la actuación dentro de los sindicatos, cuando éstos actuaban legalmente. Cuando la

actuación era clandestina, la cosa era normal, es decir, que los componentes de los grupos, más que de la cosa específica de su ideología peculiar, estaban absorbidos por la constante preocupación de la marcha de los acontecimientos sindicales del trabajo, y sobre todo de la cuestión candente de esos períodos casi ininterrumpidos, los presos. Los presos, siempre los presos.

Los detenidos constituían la plaga permanente de la organización sindical. El capitalismo, la reacción mancomunada, mantenía en la ignorancia más rudimentaria a las clases menesterosas, privándolas de la posibilidad de enviar a sus hijos a la escuela, las cuales apenas existían en el país. Las universidades permanecían cerradas con siete llaves al acceso de los hijos de los trabajadores. En recompensa, construía cárceles, presidios, donde amontonar a los delincuentes ¿de delito común ? No, de «delito político», a la par que fusilaba sus maestros.

Hay un refrán español que dice: «a falta de pan buenas son las tortas». Y los obreros que no pudieron frecuentar las escuelas y mucho menos las universidades, frecuentaron conducidos por la fuerza bruta del capitalismo, las cárceles, los presidios de España, donde con el tiempo aprendieron lo que jamás pudieron aprender en la calle. Magnifico contraste.

Los españoles se indignaron cuando Dumas dijo que África empezaba en los Pirineos. Nosotros no aprobamos esa desconsiderada apreciación hacia el pueblo español, es más, la condenamos con la protesta más solemne y vigorosa de nuestra dignidad de españoles conscientes.

El pueblo español en su conjunto no fue jamás responsable de la actuación nefasta de un conglomerado de fariseos que en nombre de Dios, de la ley burguesa, del orden desordenado del capitalismo, o de las buenas costumbres sumió a España en un lodazal vergonzoso en una especie de tribu de cafres.

En España no fueron jamás las clases trabajadoras, las llamadas revolucionarias, las primeras en atacar. Fueron siempre las llamadas a defenderse frente a" la provocación de los de arriba. Si se recurre a las páginas de la historia de todas las convulsiones, de todas las desgracias, de todos los desastres ocurridos en España, encontramos el origen en la provocación de los poderosos. Los de abajo no tuvieron jamás fuerzas para

prestarse al ataque, fueron siempre demasiado débiles y hasta demasiado ingenuos.

Fue esa una escuela, una táctica, que a fuerza de sufrimientos de reveses y de constantes caídas, llegaron a aprender los revolucionarios de abajo, preparándose para dar el golpe final a la santa alianza. No fue posible, no se les dio tiempo. No existían aun los más imprescindibles medios, para dar el asalto definitivo, con posibilidades de éxito, a la fortaleza capitalista. Los ensayos hechos, la especie de gimnasia revolucionaria hecha, buscando el punto vulnerable del enemigo, además de no encontrar el verdadero objetivo, debilitó demasiado las fuerzas de choque, las cuales se encontraban casi siempre a merced del alcance enemigo.

Una vez más repetimos que no tratamos de señalar errores ni de buscar defectos. No es eso lo que nosotros buscamos. Nos interesa ante todo, sacar una o las conclusiones que sean, asumiendo nuestra parte adecuada de responsabilidad, como actores. Quede para los pusilánimes, para los débiles, para los vencidos sin entablar combate, la tarea de la queja, del gemido pordiosero. Nosotros no arriaremos bandera jamás, como no lo hicieron los que ya no cuentan desgraciadamente entre nosotros. En eso reside nuestra fuerza de convicción.

Contrariamente a lo que se podría suponer, y lo que incluso se ha dicho, sin gran convicción, los grupos anarquistas no se opusieron ni obligaron a la organización confederal a seguir caminos y derroteros en contra de la voluntad de sus componentes. El respeto más absoluto fue observado colectivamente por los grupos, a los acuerdos de la organización.

Fue así y no podía ser de otra manera. Los acuerdos de la organización se tomaban en las asambleas generales por mayoría de votos. El hecho de llevar el carnet confederal en el bolsillo daba derecho a todo afiliado a pedir la palabra en las asambleas y exponer su punto de vista en la discusión de los temas. Siendo así, a nadie, cuando pedía la palabra, se le preguntaba como pensaba en el terreno ideológico. Todo el mundo hablaba y discutía sin la menor coacción. Cuando se agotaba el tema, si no había coincidencia más o menos general, en un punto determinado, eran los reunidos los que en última instancia zanjaban la diferencia con su voto.

Siendo la mayoría de los reunidos con entera libertad, sin coacciones y por voluntad espontánea, la que tomaba los acuerdos, si esos acuerdos

eran normalmente escrupulosamente respetados por todos, no se puede decir que los grupos impusieran su voluntad a la marcha de la organización sindical que en todo momento actuó al margen de la organización específica.

Aparte de la cuestión sindical, como se verá más lejos, los grupos anarquistas tenían por misión otras actividades que no competían en nada a los sindicatos. En principio el movimiento anarquista consideraba que los jóvenes próximos a ser llamados al servicio militar no debían incorporarse a filas, debían permanecer ausentes de los cuarteles, en estado de prófugos. Esa táctica tenía dos fallos : a saber, el primero el no tener contacto con los soldados, que en un momento determinado podían servir maravillosamente a una sublevación militar en el sentido revolucionario, y segundo, que el prófugo estaba constantemente amenazado de ser descubierto y una vez detenido y llevado por la fuerza al cuartel, o a un batallón disciplinario, su acción y actuación posterior posible quedaba anulada. Se convino ante ese dilema dejar una amplia libertad a los presuntos reclutas para que ellos decidieran si debían presentarse, o no hacer el servicio militar. En caso afirmativo se recomendaba a la juventud militarizada que estableciera contacto con la organización específica donde fueran destinados, y si esta no existía, con la organización sindical.

Es posible que, como se ha dicho posteriormente, en el extranjero el anarquismo español no fuera un anarquismo integral, de pura solera filosófica anarquista. Los anarquistas españoles, ya desde los albores de las luchas sociales en España, lo admitieron así implícitamente al denominarse a sí mismos anarcosindicalistas. A este respecto se podrían hacer muchas consideraciones de carácter diverso, para llegar a la conclusión si ese desviacionismo anarquista de España fue práctico y saludable o pernicioso para las propias ideas anarquistas. Es por eso por lo que decíamos más arriba que en España no hubo anarquismo «pequeño burgués», en primer lugar porque la casi totalidad de los anarquistas eran trabajadores y por tanto explotados y a más de eso eran militantes y revolucionarios. A nuestro parecer, es más fácil, más cómodo, vivir encerrado en la torre de marfil de la filosofía anarquista vendiendo zapatos, comerciando con una parroquia más o menos reducida, dando conferencias de carácter ideológico y sentimental a tanto la pieza, o explotando a los que escriben

por afición y a los que leen por sentimiento, desde una editorial, que no levantarse todas las mañanas para ir a trabajar, que renegar de la explotación capitalista, que defender a los débiles compañeros de trabajo, que de ser despedidos seleccionados de los centros de explotación por actos de sabotaje y por último de ser una y otra vez encerrados en la cárcel por combatir no teóricamente, sino prácticamente, el sistema capitalista, la corrupción, el latrocinio y cuantas lacras mantiene la sociedad burguesa.

Los primeros son indudablemente los «anarquistas pequeños burgueses», los segundos son los anarcosindicalistas revolucionarios. Entre ambos, la elección no puede ser dudosa. Nosotros dejamos al lector amigo para que, a conciencia, imparcialmente, haga la selección y escoja de entre ambos al que considere el mejor.

CAPITULO V

El gobierno Sánchez Guerra procedió a la normalización de la C.N.T. Se abrieron los locales de los sindicatos y una vez más éstos se vieron invadidos por los trabajadores.

Para nada había servido la cruenta represión de los servidores del capitalismo, que no fuera para destruir centenares de hogares, por la muerte violenta de sus deudos, tanto de una clase como de la otra, tanto de un bando como del otro. La Confederación comenzó de nuevo su reorganización. Muchos de los militantes que durante la represión, por diferentes motivos habían permanecidos inactivos, volvieron de nuevo a la brecha al llegar la normalidad. Los centenares de presos gubernativos, algunos de ellos llevaban varios años encarcelados sin proceso alguno, recobraron su libertad y se reintegraron a sus sitios de trabajo y por tanto a la tarea de reorganización. Una verdadera resurrección se operó en toda España en los medios sindicales confederales.

Solidaridad Obrera, diario, órgano de la regional catalana, volvió a reaparecer en Barcelona, y tanto en Cataluña como en el resto de España, el diario confederal era leído con verdadera avidez por parte de la clase trabajadora. Más de una docena de semanarios de los sindicatos de las distintas regiones de España volvieron a su publicación.

Fue sin duda la Confederación Nacional del Trabajo de España la organización sindical del mundo que tuvo un servicio de prensa más prolijo. Igual ocurría con el servicio de librería, de revistas, folletos y demás medios de propaganda.

Los grupos anarquistas tenían también su órgano semanal «Tierra y Libertad». El esfuerzo de cultura y de propaganda era en España algo que se salía de la regla, en sentido general. Y se comprende que fuera así. Un pueblo inculto, con un porcentaje del 75 % de analfabetos, tenía que ser nutrido de todos los medios de cultura, de propaganda, tanto por mediación de las letras, como por el grabado y el dibujo, para despertar el interés, la preocupación de los que por no saber leer y escribir se encontraban en un terreno de inferioridad con respecto a los demás ciudadanos, inclinándolos así al deseo, a la necesidad de aprender.

Los pistoleros de la Federación Patronal, emboscados en los llamados sindicatos libres, comprendieron que no les sería posible continuar por más tiempo viviendo sin el amparo de los patronos y sobre todo de las autoridades policíacas e iniciaron la desbandada. Los que aún no eran conocidos, lograron pasar más o menos desapercibidos sin salir incluso de Barcelona. Los que se habían dado a conocer en los sitios de trabajo o no importa donde, se vieron obligados a esconderse. Desalojaron voluntariamente el local de Puerta Ferrisa, no apareciendo más por allí, y el café Lion d'Or, sitio de reunión de otros tiempos, también fue evacuado por ellos, pues no ignoraban que los grupos de la C.N.T. les iban a la zaga con malas intenciones.

Los mismos patronos que en otras ocasiones les habían utilizado con razón o sin ella, se los sacaban de los sitios de trabajo, para evitar complicaciones. La policía no solamente no les protegía, sino que a veces de manera velada o confidencialmente, indicaba a los militantes de la C.N.T. donde podían dar con algunos de ellos.

Todo eso fue sin embargo circunstancial. Anido y Arlegui así como las personas comprometidas con Graupera en la patronal, habían montado un aparato a la par que costoso complicado, cuyas raíces y reminiscencias tenían que ser muy difícil de extirpar en un plazo breve. Por eso a pesar de la relativa calma que en sentido general se observaba, de manera más

o menos esporádica y circunstancial aún se cometían atentados o se daba caza a algún que otro pistolero o confidente caído en desgracia.

Al igual que los Sindicatos, los Grupos Anarquistas que habían llevado el peso de la brutal represión, se orientaron de cara a una reorganización que les permitiera recobrarse así mismos ante posibles eventualidades, ya que en realidad la normalidad, por regla general, fue en España siempre lo anormal.

Un número muy considerable de jóvenes anarquistas de toda España afluían a Cataluña, «tierra de promisión» como dijo Francisco Ferrer en el momento de ser fusilado en el castillo de Montjuich. Estos se agrupaban a medida que sus relaciones y amistades se lo permitían. Cada grupo adoptaba su nombre y por regla general no había límite en el número de sus adheridos.

Entre los grupos de reciente formación, a fines de 1922, se formó uno denominado «Los Solidarios». Este grupo estaba integrado por los compañeros siguientes: Francisco Ascaso, Buenaventura Durruti, Juan García Oliver, Aurelio Fernández, Rafael Torres Escartín, Ricardo Sanz, Gregorio Suberviela, Alfonso Miguel, Miguel García Vivancos, Manuel Campos, Eusebio Brau y el «Toto» de León.

Los grupos anarquistas siempre actuaron en la clandestinidad. A principios de 1923 tuvieron una reunión para formalizar dicha organización en el plano regional en Cataluña y acordaron constituir su primer comité regional de relaciones anarquistas de Cataluña.

Formaron parte de dicho comité regional los compañeros siguientes Aurelio Fernández, Ricardo Sanz, Antonio Perra, Picos y Sebastián Clara.

La misión de este comité regional, como lo indica el nombre, era la de relacionar entre si todo el movimiento anarquista de Cataluña, tanto de grupos como de individualidades. Por regla general, los grupos estaban compuestos por la juventud. Era raro ver en un grupo un hombre mayor de 30 años. Todos frisaban entre 18 y 25 años. Esa juventud tenía ya una experiencia bien formada de las luchas sociales, pues en su totalidad habían vivido largos períodos de clandestinidad y de persecuciones a través de todo el país y, los más, habían pasado frecuentemente por las cárceles y presidios.

Casi todos ellos poseían una cultura bien formada, pues su ansia de saber, de aprender, era para ellos una obsesión. Apartados del vicio, de la corrupción, frecuentaban las bibliotecas, los museos, se interesaban por la música, la pintura...

En la cárcel, en la persecución, escondidos, no importa dónde, leían, estudiaban se capacitaban de cara al mañana.

Los teóricos del anarquismo internacional, traducidos al español por las Editoriales Prometeo Muci, Sopena, Cenit, así como los clásicos griegos, desde Hornero, Aristóteles, Pitágoras, Diógenes, fueron dados a conocer al pueblo español. Desgraciadamente un número muy reducido de los hijos del trabajo pudieron llegar a conocer todo ese manantial del saber humano, pues la inmensa mayoría de los obreros no sabían leer ni escribir.

Sin disciplina impuesta, los grupos anarquistas con amplia libertad de acción, tomaban sus acuerdos, acuerdos que cumplimentaban en todo lo posible, haciendo honor a los compromisos adquiridos.

El Sindicato era su centro de expansión. Allí encontraban su ambiente una multitud de descontentos, de protestarlos, de explotados, víctimas del capitalismo inhumano. El día que aquella masa de maniobra se diera cuenta de su propia fuerza, de su propia razón de ser, todo quedaría liquidado. Se levantarían todos como un solo hombre, y la revolución social sería un hecho triunfante. Así pensaba aquella juventud impetuosa.

El mundo entero después de la guerra europea permanecía en estado de ebullición. Rusia, el país más vasto de Europa, continuaba rumbo hacia adelante, frente al capitalismo mundial que buscaba por todos los medios extrangular su revolución triunfante. A pesar de que los anarquistas españoles sabían que la Revolución rusa, por las circunstancias que fueran habían desviado su curso, siendo el partido Bolchevique quien se había apoderado momentáneamente de ella, implantando la llamada dictadura del proletariado, contra el propio proletariado; a pesar de que la C.N.T. en 1922 había acordado separarse de la Tercera Internacional, Sindical Roja, a causa de conocer ya lo que políticamente ocurría en Rusia contra los no conformistas con el partido Bolchevique, que eran eliminados sin contemplaciones, sin tener en cuenta que fueran revolucionarios; a pesar del confusionismo reinante en aquellos momentos y apreciar la

cosa rusa, la juventud anarquista ardía en deseos para que el triunfo definitivo de la revolución rusa fuera un hecho.

Aparte de las consideraciones de carácter doctrinal las juventudes anarquistas españolas no podían vivir ausentes de una enorme realidad que los hechos descubría a su vista.

El capitalismo mundial coaligado, estaba dispuesto a ahogar la revolución rusa, ante todo y por encima de todo. Todos los procedimientos fueron puestos en práctica, desde la asfixia por el bloqueo, al ataque armado directo, sin contemplaciones.

Una serie de generales mercenarios, entre los que figuraban Daniquine, Calchak, Udonik, Wrangel y otros, se prestaron a realzar su repugnante empresa. Todos al unísono convergieron sobre sus fronteras y sus posiciones con el ánimo de asfixiar la más grande revolución de la Historia.

Ese hecho contaba mucho para los anarquistas españoles que sabían luchar y sabían que en el fragor de la lucha muchas veces se cometen errores y hasta injusticias. Por eso, sin aprobar en todo lo que estaba ocurriendo en el interior de Rusia, relacionado con su revolución, lamentaban en el alma que muchos revolucionarios fueran devorados por la propia revolución, entre los que figuraban muchos anarquistas.

Después de constatar todo lo que queda reseñado, las juventudes anarquistas españolas, pensaban que la revolución española que llegaba a paso de gigante, debía ser más justa, más comprensible y más humana en lo posible para bien de la humanidad.

Los sindicatos por su parte no perdían el tiempo. Durante la represión y clausura de los mismos, la patronal había aprovechado la ocasión para dejar incumplidas muchas de las clausulas del reglamento de trabajo. Los salarios se encontraban en considerable retraso. El trabajo a destajo fue terminantemente abolido, las horas extraordinarias suprimidas y los despedidos de nuevo readmitidos en sus puestos anteriores de trabajo, después de ser indemnizados por los patronos.

Era cosa clásica en los sindicatos de la C.N.T. de no existir los cargos retribuidos en ninguna escala. El presidente o el secretario de no importaba que sindicato, por ejemplo, el más importante en número de afiliados en el Fabril y Textil de Barcelona, todos los días de la semana se

encontraba al pie de su máquina desde que sonaba la sirena de entrada hasta el toque de salida. El ejemplo estaba por encima de todo. Por regla general, los cargos de máxima responsabilidad de la junta administrativa de los sindicatos, como era el de presidente, secretario y tesorero, recaían siempre en los compañeros más serios y responsables. La asamblea general del sindicato, que era la que los nombraba, tenía siempre en cuenta de escoger a hombres maduros y experimentados. En ello no había competencia y pocas veces hubo equívocos, pues en la fábrica o sitio de trabajo se conocían todos, y a más de eso, no había ambiciones personales, pues el cargo no representaba par el titular otra cosa que una enorme responsabilidad.

Como los acuerdos y decisiones a seguir se tomaban en las asambleas generales, a veces éstas eran muy agitadas. Sobre todo cuando se trataba de tomar decisiones de grave responsabilidad. La juventud, toda la juventud, por regla general se inclinaba por las resoluciones extremas del todo o nada. Afortunadamente luego era por mayoría de votos que se tomaban los acuerdos y los reunidos, en general los que no hablaban,con su voto decantaban la balanza en el medio más justo y razonable.

En esas condiciones era igual tener un cargo importante en una junta de sindicato.

Pero contaba mucho el ejemplo. Por eso, al ser nombrados los cargos de los sindicatos, sobre todo de las juntas generales y comités, siempre se escogía y se designaban los compañeros de edad madura y de probada honradez. Como ya dijimos más arriba; en las actividades del sindicato había para todos. Los jóvenes de ambos sexos podían acoplarse y actuar en las comisiones de cultura, cuadros artísticos y comisiones de giras campestres.

El Comité Nacional de la C.N.T. era requerido por varias regionales para que, a ser posible, los militantes que habían marchado a Cataluña volvieran de nuevo a sus puntos de origen, pues tenían necesidad de ellos para proceder a la reorganización de los sindicatos.

Se intentó algo en ese sentido, pero no se consiguió apenas nada. Hubo solo algunos militantes de la regional catalana que de manera circunstancial se comprometieron a hacer giras de propaganda en las regiones más necesitadas de ello, pero de manera circunstancial y en espera de ver

el resultado de ciertos manejos de carácter militar que presagiaban algo poco tranquilizador.

Se hablaba en aquellos momentos, a mediados del año 1923, que se iba a nombrar o se había nombrado ya una comisión de investigación para «aclarar» las responsabilidades militares derivadas del llamado «Desastre de Anual», donde más de 20.000 soldados, con sus respectivos estados mayores, entre ellos varios generales, habían sido hechos prisioneros o masacrados. Se denominó esta comisión con el nombre de «Expediente Picaso».

Un vez más los militares al orden del día. En España se puede hundir el firmamento y coger debajo no importa a quién, se puede masacrar, robar, deshonrar, prevaricar, todo está permitido, todo menos sacarle la guerrera a un militar para ver que es lo que lleva debajo. La casta militarista en España es invulnerable. Todos deben estar sometidos ante la espada. El sable permanece siempre en alto, dispuesto a caer, a caer sobre las cabezas de los ciudadanos españoles. Jamás fue de otra manera. Pobre España,

El desastre de Anual, la palabra estaba bien aplicada pero hubiera sido más justa, más completa la expresión si se hubiera dicho: «los desastres de Marruecos». Porque no fue un desastre, fueron una cadena interminable de «desastres»,lo que la casta militar española cosechó en Marruecos.

Y claro está, cuando alguien en España se atrevió a levantar la vista para mirar cara a cara a los comerciantes de la cuartelada, la sublevación, la rebelión de los entorchados ya asomaban las dos orejas.

En España no hubo jamás un poder civil con la debida autoridad como tal, para hacer frente a la «sublevación permanente». Ello se explica perfectamente por cuanto todos los gobiernos, en todas las épocas, fueron más que conservadores reaccionarios, prefiriendo vivir de prestado o de rodillas ante la constante amenaza de la casta militarista, que no vivir respaldados en la fuerza cívica del pueblo, única capaz de enfrentarse con el enemigo n° 1 del pueblo español y derrotarlo de una vez para siempre.

Por eso el proletariado español, desde hacía mucho tiempo. vivía divorciado completamente de la política, declarándose mayor de edad, confiando sus intereses en si mismo dentro de sus sindicatos, preparando

para un próximo futuro el levantamiento de los desheredados contra todos los privilegiados.

Se vivía en la época a que nos referimos en una normalidad de prestado. Nadie creía que la legalidad gubernamental podía prolongarse largo tiempo. La conspiración hacía su camino y todos los residuos, todos los despojos del ayer se preparaban afanosos para el mañana inmediato. En privado, clandestinamente, los hombres militantes de la C.N.T., y del anarquismo, se interrogaban sobre lo que se podía hacer para parar el golpe que iba a ser descargado. Si los militares se sublevaban contra el poder civil se daba por descontado que su triunfo sería un hecho, ya que no encontrarían ninguna resistencia, ni oposición por parte de los gobernantes. Por tanto, la única víctima a enumerar sería, una vez más, la clase trabajadora. Hay un refrán que dice que «los lobos no se muerden entre sí».

En Marruecos, Ab-el-Krim con una partida de rifeños había logrado derrotar en diferentes ocasiones a los arrogantes hijos de papá, terminando una de sus operaciones de la caza al invasor, con el conocido copo, denominado «el Desastre de Anual» de que hacemos referencia. Más de 20.000 españoles encontraron la muerte y muchos otros fueron hechos prisioneros, entre los que se encontraba el general Navarro que mandaba las fuerzas, y todo su estado mayor. El gobierno español de aquella época tuvo que pagar una fuerte suma de dinero para rescatar a los prisioneros. Así quedó de momento arreglada la situación.

Más tarde la cosa del «Desastre de Anual», por tratarse de algo muy raro, repercutió en el Parlamento y se nombró una comisión investigadora para aclarar los hechos. Fue la llamada «Comisión Picaso».

Con referencia a la cuantía del dinero que el gobierno español tuvo que dar al cabecilla rebelde Ab-el-Krim, hubo alguien que en broma o en serio dijo que «en Marruecos se pagaba muy cara la carne de gallina». Esa carne de gallina fue la que a través de todas las épocas se creyó con el derecho de dominar y masacrar al sufrido e indefenso pueblo español.

El grupo los Solidarios, aunque de reciente formación, era un grupo más de los ya existentes en Barcelona. Todos sus componentes eran jóvenes, no había ninguno de ellos que llegara a los 25 años. A más de eso

el grupo era heterogéneo, es decir, que sus componentes pertenecían a diferentes regiones de España.

Con el tiempo, el grupo los Solidarios, por su dinamismo y su actividad logró crear a su alrededor una verdadera ola de simpatía. Sus colaboradores, espontáneos en principio, se sentían cada vez más ligados moralmente al grupo, y hubo muchos de ellos, los que podríamos llamar colaboradores directos, que por ambas partes se consideraban de derecho sino de hecho, como componentes del mismo.

Todos los componentes del grupo eran trabajadores y por tanto, como tales, vivían de un jornal diario. El grupo no tenía ningún ingreso en ningún sentido, por no tener tampoco ningún gasto, este era cubierto con arreglo a las posibilidades de cada uno de sus componentes. El tuyo y el mío apenas existía en el seno del grupo, sobre todo cuando se trataba de actividades relacionadas en el plan colectivo. Individualmente cada miembro del grupo era libre de hacer lo que creyera por conveniente, bien entendido siempre que su actuación no estuviera en contradicción con la pureza de las ideas.

A continuación damos la relación y la filiación de cada componente de los Solidarios, así como de sus colaboradores directos para dar una idea de la composición y alcance del mismo.

Francisco Ascaso, camarero; Buenaventura Durruti, mecánico ajustador; Juan García Oliver, camarero; Manuel Torres Escartín, pastelero; Aurelio Fernández, mecánico; Ricardo Sanz, fabril y textil; Alfonso Miguel, ebanista; Gregorio Soberbiela, mecánico; Eusebio Brau, fundidor; Manuel Campos, carpintero; Miguel García Vivancos, chofer; Antonio del Toto, jornalero. María Luisa Tejedor, modista; Julia Lopez Mamar, cocinera, Pepita Not, cocinera; Ramona Berni, tejedora.

Colaboradores directos: Jaime Palau, Adolfo Bailan Bueno, María Rius, Hilario Esteban, Antonio Boada, Pablo Martín, Joaquín Blanco, Antonio Pérez (Valencia), Antonio Sane, Paulino Sosa, Antonio Martín, C. Flores, Mas, Enrique; dejamos de consignar otros muchos nombres de colaboradores directos, para evitar complicaciones siempre perniciosas.

Antes de ser refundidos en los Solidarios, algunos de sus componentes que residían desde hacía mucho tiempo en Barcelona, tenían el delibe-

rado, por no decir el ciego propósito, de dar con el paradero de Martínez Anido.

No cabía la menor duda que Anido, consciente del mal que había causado, una vez desposeído del mando y de la protección personal creada por sí mismo, la situación resultaba para él muy peligrosa y cualquier imprudencia por su parte le podía ser fatal. Por eso desapareció de la escena pública, en espera de reaparecer, si las circunstancias lo aconsejaban así.

El grupo en su totalidad consideraba que era una cuestión de amor propio encontrar donde fuera a Martínez Anido, para ajustarle las cuentas. Por mucho que en ese sentido se hizo, todo fue inútil de momento. No parecía sino que la tierra se había tragado al monstruo.

En ese trabajo de investigación se terció que por mediación de una fuente de información que no es ahora el momento de señalar públicamente, el grupo se enteró de que uno de los principales colaboradores de Anido en los asesinatos de Barcelona, llamado Ramón Laguía, se escondía en la ciudad de Manresa.

Hechas las oportunas averiguaciones y en colaboración con los compañeros del grupo de Manresa,' se acordó que dos compañeros del grupo se desplazarían a dicha ciudad a «visitar» al que fue el principal jefe de pistoleros del sindicato libre.

Todos los componentes de los Solidarios se prestaron espontáneamente voluntarios para hacer dicha comisión, pero, como nada más debían ir dos, después de argumentar unos y otros el deseo y la necesidad de ir a Manresa, se convino fueran Francisco Ascaso y García Oliver.

El día y a la hora convenida entre los que directa o indirectamente debían intervenir en el hecho, se encontraban estos en su sitio. Ramón Laguía y algunos otros de su banda frecuentaban un café, donde los compañeros Aseas° y García Oliver fueron a encontrarlos.

De la refriega Laguía, que se había dejado por muerto, desgraciadamente, no fue así, resultando solamente gravemente herido, así como muchos otros de sus compañeros.

A través del tiempo, posteriormente como es natural, hubo quien pretendía ver en el grupo los Solidarios una especie de jerarquía, que no existió jamás. No existió porque el ambiente que envolvía a los componentes del mismo, no se prestó jamás a ello. Para que sirva de aclaración

diremos, por una sola vez, que los Solidarios era un grupo de individualidades. Con esto estaría dicho todo, pero por si acaso eso no fuera lo suficiente añadiremos que en el seno del grupo, ni García Oliver, ni Ascaso, ni Durruti, no fueron ni más ni menos que no importa que otro componente del grupo. Y no era por esa máxima más o menos problemática, de que todos somos iguales, no. Era por respeto, por convicción, por ética.

Después del tiempo, los hechos y la convivencia diaria había demostrado cuales eran las aptitudes de cada uno y también el sitio que cada uno debía ocupar. El respeto mutuo del uno al otro, fue siempre la acrisolada linea de conducta de todos y eso fue sin duda el motivo principal de que jamás ocurriera nada grave entre los componentes del grupo los Solidarios.

Y naturalmente, como no eramos perfectos, hubo a veces problemas interiores de más o menos importancia, cosa que se solucionó sin mayores consecuencias que las familiares. Lo que no hubo jamás en los Solidarios fue ni cobardes ni traidores.

En esa preocupación constante de los Solidarios, de poder un día dar con el paradero de Martínez Anido, por fin nuestra fuente de información, que era segura, dio en el clavo. Supimos con todo detalle el paradero del verdugo.

Se encontraba en San Sebastián. Habitaba en Ondarreta, cerca de la cárcel e iba acompañado de dos policías de la secreta cuando salía de su casa. Todos los días, cuando no por la mañana por la tarde, salía de paseo, siempre acompañado de los agentes. Su itinerario era, después de atravesar el pequeño túnel que separa Ondarreta de San Sebastián, bordeando la carretera que sigue el trazado de la playa de la Concha, se dirigía al centro de la ciudad.

El día que se tuvo esta información en el grupo, fue un verdadero acontecimiento. Reunido en pleno, se acordó que tres compañeros del mismo debían desplazarse inmediatamente a San Sebastián, pues se sabía que a menudo Anido cambiaba de domicilio.

Un vez más se planteó el problema. En el momento de designar los tres compañeros que debían marchar a San Sebastián no había manera de ponerse de acuerdo. El principio de voluntarios quedó descartado porque lo eran todos, cada uno argumentaba por qué.

Entonces se convino que dado el caso de que muchos componentes del grupo al hablar en castellano se les conocía el acento catalán, éstos automáticamente quedaban descartados.

Por fin, con muchas dificultades y varios contrariados, se convino fueran a San Sebastián "en misión especial" los compañeros Rafael Torres Escartín, Francisco Ascaso y Aurelio Fernández.

No se creyó oportuno avisar a los compañeros de los grupos de San Sebastián, por miedo a "levantar la liebre".

El grupo disponía de dos pistolas ametralladoras Mauser con culatín y varias bombas, por si acaso. Nosotros a las pistolas las denominábamos "los violines" a causa de que se podían colocar en un estuche prefabricado como el de un violín.

Dos días después, los tres compañeros indicados se encontraban en San Sebastián. La organización, o sea, sus militantes de allí no sabían absolutamente nada de lo que se tramaba. Esa era la consigna del grupo, pues del secreto más riguroso dependía el éxito del hecho en si.

Antes que nada, había que explorar el terreno con arreglo a los informes que se tenían. Después de comer los tres "forasteros" fueron a tomar café, antes de empezar los trabajos de exploración.

Mientras se encontraban tranquilamente tomando café, alguien que pasaba por la calle, a través de los vidrios, sin abrir la puerta, miró al interior, ¿fue una coincidencia? Es posible, pero ese hecho llamó la atención de nuestros compañeros.. Torres Escartín, de manera un poco brusca se levantó de la silla y salió a la calle. Él, que conocía al verdugo por haberlo visto infinidad de veces en fotografía, cual no sería su sorpresa al encontrarse de cara al propio Martínez Anido, pues iba detrás de los dos policías secretas, que eran los que habían mirado al interior a través de la puerta cerrada.

En realidad, este hecho inesperado, jamás soñado por los recién llegados fue un verdadero trueno..., sobre todo para Escartín. El primer impulso del aludido compañero fue tirar mano a su cintura que era donde llevaba habitualmente su pistola, pero no pudo terminar el gesto, pues como medida de precaución, los tres habían dejado las armas con las pequeñas maletas que llevaban, en donde se hospedaban.

Es posible y más que posible casi seguro, que Anido no conocía a Torres Escartín, pero el caso fue que nuestros compañeros, por mucho que buscaron y rebuscaron, no pudieron ya dar con el monstruo.

En realidad, Martínez Anido y sus acompañantes, habían desaparecido de San Sebastián. Dos días después, por una verdadera coincidencia, los Solidarios, se enteraron que Anido había marchado a La Coruña.

Aquel mismo día sin esperar más y sin confiar a nadie su misión en San Sebastián, los tres Solidarios salieron con sus maletitas para La Coruña.

Al llegar a La Coruña, como medida de precaución, Torres Escartín se separó de los otros dos compañeros para así poder de común acuerdo trabajar conjuntamente pero separados, ya que Anido había tropezado en San Sebastián con Escartín y por tanto podía reconocerlo en La Coruña, en perjuicio de los otros dos compañeros.

Al día siguiente de llegar a La Coruña. Ascaso y Aurelio Fernández fueron detenidos como traficantes en drogas. Aclarado el error fueron puestos en libertad, pues ellos habían ido a La Coruña a trabajar de camareros. Ante tal incidente los tres inmediatamente se pusieron en camino para Barcelona, por medio de transporte de ocasión para así despistar. No estaban equivocados, el día siguiente la policía de La Coruña, con sus fichas de identidad en la mano buscaron y rebuscaron para detenerlos.

Así lograron escapar con todo lo que llevaban y llegar a Barcelona.

A su llegada de Rusia Ángel Pestaña escribió un libro titulado: "Siete semanas en Rusia. Lo que yo vi". El compañero Pestaña, que era un hombre muy inteligente, y sobre todo, ponderado y sincero, desarrolló en su libro que fue publicado poco después, el tema pasional de aquellos momentos. A los que conocíamos a Pestaña de cerca por haber convivido con él, no nos cabía la menor duda que aparte de los detalles más o menos de apreciación personal, que en país desconocido a veces se prestan a interpretación equívoca, el resto, el fondo, era lo que en realidad el compañero Ángel Pestaña había visto en Rusia.

Relacionado con ese hecho concreto, jamás se establecieron polémicas ni discordia en el seno de los sindicatos de la C.N.T., pues nadie pensó en ningún momento alterar ni modificar su declaración de principios que

recaban que la Confederación Nacional del Trabajo de España propugnaba la implantación del comunismo libertario por la revolución social.

No obstante eso, en el seno de la C.N.T., ya desde su creación como en todos los movimientos humanos, se manifestaron dos tendencias, que sin ser antagonistas ni irreconciliables, eran bien definidas, las tendencias que podríamos denominar con el nombre de puritana y reformista.

Siempre dentro del respeto mutuo y de la cordialidad, estas dos tendencias salían a flote cuando se trataba en el seno de la Confederación, cosas de principios.

Ángel Pestaña mantenía el criterio puritano y con él se alineaba toda la juventud. La otra tendencia, la reformista, era mantenida por Salvador Seguí.

Antes de nada, debemos aclarar que conocíamos a fondo a Salvador Seguí y que éste fue hasta que murió asesinado, anarcosindicalista revolucionario. Lo que resultaba era que Seguí era más abierto, menos dogmático, un verdadero demócrata dentro del sindicalismo. Seguí no tenia ninguna simpatía, sino que por el contrario condenaba de todo corazón, a lo que en aquellos momentos estaba de moda y llamaban la dictadura del proletariado.

En noviembre de 1920 Salvador Seguí y una treintena más de compañeros fueron deportados por Martínez Anido al Castillo de Mola en Mahón, Islas Baleares. Seguí, que era el más formidable orador de su época, dio una conferencia a sus compañeros y amigos de cautiverio que la tituló Anarquismo y Sindicalismo. Dicha conferencia fue cogida taquigraficamente y luego publicada en un folleto.

Recomendamos a los que no conocieron al malogrado Seguí y que por no conocerlo se permitieron hablar de él sin ningún fundamento de causa, que busquen este documento histórico, lo lean con detenimiento y así aprenderán a saber quien era Salvador Seguí, "Noi del Sucre", y cómo pensaba en las cosas fundamentales que agitaban las corrientes de avanzada en sus tiempos.

Excusa decir que la tendencia táctica de Salvador Seguí era compartida en el seno de los sindicatos por la inmensa mayoría de la militancia confederal ya granada.

Por su parte, el grupo de los Solidarios se había impuesto la tarea a si mismo de actuar con toda la intensidad posible tanto en el plano sindical como específico.:

Como ya hemos señalado más arriba, todos sus componentes eran trabajadores y por tanto vivían de su jornal diario, sin ninguna subvención especial, sin ingreso de ninguna clase, estando incluso vacías las cajas de los sindicatos que hubieran podido ayudar a los gastos extraordinarios. Los Solidarios se dieron cuenta de que su actividad quedaría reducida solamente a Barcelona y que no podrían actuar durante las horas de trabajo.

El panorama económico no podía ser más deplorable. Los últimos hechos relatados más arriba en Manresa, San Sebastián y La Coruña, demostraron al grupo que no podría continuar actuando por falta de medios económicos. Planteado el problema tal como en realidad era, los Solidarios sólo vieron un camino de salida. Buscar los medios económicos necesarios para su libre actuación donde éstos se encontraran.

A partir de entonces se estableció un fondo del grupo, que no pertenecía a nadie de sus componentes particularmente. Así quedó solucionado de manera definitiva el problema económico del grupo, que a partir de entonces jamás sintió la penuria económica, pues sabía donde encontrar lo necesario para su sostenimiento.

Los gobernantes de turno en España habían condenado a los trabajadores a vivir fuera de la ley, de esa ley frágil que se rompía por todas partes, cuando los poderosos estaban obligados a respetar y cumplir los primeros, sin hacerlo jamás.

Al unísono de la organización sindical, los grupos anarquistas se organizaban por toda España. En Cataluña el Comité Regional de Relaciones activaba cada vez más en vista de hacer cumplimentar los acuerdos que tomaba la específica. Uno de esos acuerdos, por su importancia tenía una preferente atención en dicha organización.

Se trataba de ir a la creación de los grupos y comités de obreros y soldados. Los nuevos reclutas, pertenecientes y simpatizantes de los grupos anarquistas, al llegar a los puntos donde eran destinados debían ponerse en contacto con los movimientos afines. Les serían facilitadas las direc-

ciones a tal fin, las cuales debían utilizar con toda discreción, sin hacer ostentación para evitar toda sospecha.

A continuación se les iría informando de la misión a cumplir, con arreglo a las circunstancias y a las contingencias que se pudieran presentar.

No era un secreto para nadie que los militares preparaban un golpe de estado para ahogar en la ignorancia las graves responsabilidades por ellos contraídas en Marruecos y sobre todo en el hecho concreto llamado "el Desastre de Anual".

El expediente Picaso seguía su curso. Antes que ese escandaloso caso saliera a la opinión pública había que ir al pronunciamiento.

Las llamadas Juntas Militares no permanecían inactivas. en los cuartos de banderas de los cuarteles, entre las botellas de licores y cajas de cigarros puros, se hablaba en alta voz, sin recato ni vergüenza, de lo que en breve iba a ocurrir.

El gobierno lo sabía todo, pero no hacía nada para evitar el levantamiento. No había en esas condiciones ninguna posibilidad de hacer abortar el movimiento subversivo.

La organización sindical y específica conocía en detalle lo que iba a ocurrir en breve. Estaban bien informados por personas, no solamente allegadas a los cuadros militares, sino por los mismos interesados, que eran contrarios al movimiento y buscaban la manera de hacerlo abortar.

Pero la clase trabajadora en 1923 no estaba en condiciones por sí misma de enfrentarse en los cuarteles y en la calle contra una eventual sublevación militar. Sus cuadros se encontraban en pleno período de recuperación y sus efectivos de maniobra aun muy débiles. La sangrienta represión del gobierno Dato-Bugallal, con sus perros de presa, Anido y Arlegui, había debilitado tanto el movimiento libertario español que no cabía pensar emprender ninguna acción inmediata de envergadura con posibilidades de éxito. Se pensó en la posibilidad de organizar una huelga general en toda España. Y si bien eso se podía intentar, no podía ser una huelga indefinida. Se buscó todo lo imaginable para evitar o hacer frente a la cuartelada, sin encontrar una posibilidad de solución. El movimiento libertario se hubiera aliado con no importa quien, que hubiera sido una garantía para hacer frente a aquella situación, pues sabía que al

fin y al cabo, como siempre, serían los trabajadores quienes sufrirían las consecuencias del golpe militar.

En ese plan, el grupo los Solidarios buscaba objetivos. Activaba en lo posible, multiplicando la relación y el contacto con los otros grupos e individualidades para llegar a conclusiones factibles y positivas.

Martínez Anido había circunstancialmente escapado de morir en San Sebastián y en La Coruña en mayo de 1923, pero no ocurrió lo mismo con Regueral semanas más tarde en León.

Regueral fué gobernador de Bilbao durante el gobierno Dato-Bugallal. Como Anido en Barcelona, se propuso exterminar todo la más florido del movimiento obrero revolucionario bilbaíno. Su actuación nefasta y criminal le colocó en la línea de un verdadero verdugo de la clase trabajadora.

Igual que Anido, Regueral, después de haber sido destituido de sus funciones de gobernador de Bilbao, consciente del mal que había hecho durante su mandato, desposeído de la protección oficial, iba de un sitio a otro como judío errante, para esquivar la ira de los martirizados. Era como una sombra que se proyectaba sobre el recuerdo oscuro del pasado aun reciente.

Los Solidarios se enteraron que Regueral se encontraba circunstancialmente en León. Y fueron a buscarlo. Regueral no llevaba escolta, y eso facilitó la tarea de los compañeros encargados de ajustarle las cuentas.

En aquel entonces Durruti tuvo que trasladarse de Barcelona a Madrid. La policía inmediatamente vio que el viaje de Durruti a Madrid correspondía a algo; a algo naturalmente que ella ignoraba; en el trayecto de Barcelona a Madrid fue detenido.

A la mañana siguiente la prensa daba la nota policíaca de su detención. Como no había ninguna justificación válida que motivara la detención de Durruti, la nota de la policía decía "que se suponía que Durruti iba a Madrid a preparar el asalto de uno de los establecimientos bancarios de la capital". Que su detención obedecía a que estaba reclamado por el juzgado de San Sebastián por robo a mano armada en las oficinas de los señores Mendizabal de dicha ciudad, donde iba a ser trasladado.

El mismo día un componente de los Solidarios, por encargo del grupo, se trasladó a San Sebastián para convencer a los señores Mendizabal que Durruti no había intervenido en el asalto de su despacho.

Sometido a reconocimiento en rueda de presos, en San Sebastián, Durruti no fue reconocido por los señores Mendizabal como uno de los atracadores de su casa.

Aquel mismo día el Juzgado lo puso en libertad.

Un día antes de ser puesto en libertad Durruti en San Sebastián, el Cardenal Soldevila de Zaragoza era muerto a tiros, por unos desconocidos, en el lugar denominado «El Terminillo».

Alrededor de la muerte del cardenal Soldevila de Zaragoza se hicieron muchas suposiciones y comentarios. Los que no estaban al corriente de la parte activa que la jerarquía eclesiástica y la Iglesia en general, tomaba en la vida política, y sobre todo social de España, no comprendían lo ocurrido. Consideraban que era una cosa de rivalidad jerárquica o algo oscuro e incomprensible.

Por el contrario, los que conocían los manejos y la intromisión de la Iglesia española en la vida pública y privada de la nación, comprendían que, por vez primera, la acción de los de abajo se orientaba de cara a un factor cuya impunidad les había permitido todo, absolutamente todo.

La acción de la policía en principio fue un tanto desconcertada; fue solo de momento. Inmediatamente se orientó de cara a la fuente segura, claro está. En Zaragoza todas las personas que vivían el movimiento y las contingencias políticas y sociales, sabían la parte activa que el cardenal Soldevila tomaba en la vida material de todo lo humano, olvidando a menudo lo divino. Hicieron una revisión de hechos como se hace una revisión de cuentas y el activo era abrumador.

Después de haber sido detenido, y puesto en libertad el día antes, un día después fue detenido nuevamente Francisco Ascaso, esta vez ya acusado por la policía como autor del atentado al Cardenal Soldevila en «El Terminillo».

Como la policía tenía antecedentes de que habían sido dos personas las que habían intervenido en el hecho, se puso en activo para detener el segundo agresor.

La situación económica del grupo los Solidarios era muy precaria. Sin embargo, necesitaban medios económicos de manera urgente. La casi totalidad de los componentes del grupo debían trasladarse al norte de España para una determinada misión. Había pues que buscar los medios necesarios en Barcelona.

Se sabía que diariamente unos empleados del municipio de Barcelona, acompañados de un guardia urbano, trasladaban una determinada cantidad de dinero desde el Ayuntamiento a una entidad bancaria, situada en las Ramblas. El itinerario lo hacían siguiendo la calle Fernando.

Cinco miembros del grupo, a la hora fijada, se estacionaron en la calle Fernando y cuando los empleados acompañados del guardia urbano llegaron a donde se les esperaba; de manera rápida, sin que estos tuvieran tiempo de reaccionar, se les desvalijó de una cartera de cuero donde llevaban el papel moneda. Los dos saquitos de plata que llevaban los funcionarios no formaron parte del botín. La prensa dijo que el total robado ascendía a 95.000 pesetas. No hubo ninguna víctima, pues el guardia urbano se desmayó de miedo. A último del mes de Agosto de 1923 la mayor parte de los componentes del grupo los Solidarios se encontraban en Asturias. El día 1 de septiembre de 1923 fue asaltado el banco de España en Gijón.

En el asalto del banco no hubo ninguna víctima, pero días después, en Oviedo la guardia civil se encontró con algunos de los que habían intervenido en el asalto del banco de Gijón, entablándose un tiroteo, en el cual fue muerto Eusebio Brau, componente del grupo los Solidarios, y detenido Rafael Torres Escartín también del grupo.

Una vez detenido Torres Escartín, a más de ser acusado como autor del atraco del banco de Gijón, se le acusaba también de la muerte del cardenal Soldevila en Zaragoza.

El muerto, o sea Eusebio Brau, de Barcelona, jamás fue identificado por la policía. Su madre, que vivía en Barcelona, fue visitada por los compañeros de Brau, los que la pusieron en antecedentes de lo ocurrido. Como la madre de Eusebio Brau era viuda y además, tenía más de 50 años de edad, el grupo le puso un puesto de venta en la plaza del mercado de la barriada de Pueblo Nuevo, donde ella residía y así se le aseguró una manera de subsistencia a la pobre madre dolorida.

En cuanto a Rafael Torres Escartín la cosa fue mucho más grave, la guardia civil se ensañó con él de la manera más vil y cobarde. Antes de ser detenido, Escartín con una pistola les había tenido a raya, junto con su malogrado compañero Eusebio Brau, que fue muerto y eso no tenía perdón para los del tricornio.

Lo apalearon, lo patearon, lo flagelaron en fin, lo destrozaron materialmente. Cómo quedaría, que varios días después los presos comunes de la cárcel de Oviedo que tenían preparada una fuga colectiva, cuando le avisaron para escaparse junto con los demás presos, si bien logró salir de la cárcel, no pudo seguirles en la huida a causa que tenía los pies destrozados y sufría un magullamiento general. Debido a eso, Torres Escartín fue detenido nuevamente al día siguiente muy cerca de la cárcel de donde había logrado escapar.

Hubo dos nuevos encartados en el proceso del Cardenal Soldevila: Julia Lopez Mainar y Salamero, a éste último le faltaba una pierna.

Eusebio Brau era de Barcelona. Tenía 23 años de edad, de oficio fundidor en hierro. Habitaba con su madre en la barriada de Pueblo Nuevo. Fue el primer muerto que tuvo el grupo los Solidarios, de toda una lista que daremos a continuación.

Poco antes de morir en Oviedo había sido herido en Barcelona de una bala que le atravesó el pie izquierdo, en un encuentro que tuvo con los pistoleros del Sindicato Libre en la barriada de Pueblo Nuevo, y de la que resultaron dos muertos del bando contrario.

No cerraremos este capítulo sin rendir un merecido homenaje a la madre de Eusebio Brau, la cual cuando su hijo fue herido y curado clandestinamente por un médico amigo en su casa, nadie se enteró de lo ocurrido, nadie más que las personas interesadas en ello.

Fueron varias mujeres de ese temple, de una entereza espartana, que colaboraron directa e indirectamente con el grupo los Solidarios, desinteresadamente, alguna de las cuales, como por ejemplo Julia Lopez Mainar, fueron a presidio a purgar largas condenas.

Conscientes de los momentos que se vivían, ya en el mes de septiembre de 1923, los hombres de la C.N.T. y los grupos anarquistas en general, no descansaban un momento. Los informes que se tenían eran alarmantes. La sublevación era cuestión de días, quizás de horas.

El grupa los Solidarios, ya hacía meses que estaba en plena actividad. Sus componentes se trasladaban de uno a otro confín de la Península, con misiones concretas, de cara a hacer frente a la situación sin importar por qué medios, ni procedimientos. Los esfuerzos de unos y otros, de todo el Movimiento Libertario, mancomunado para evitar la sublevación militar, fueron inútiles. Fueron inútiles porque frente a los presuntos sublevados solo se encontraban los menguados cuadros del anarcosindicalismo, salidos de la más barbara represión que registraba hasta entonces la historia de las luchas obreras en España.

Lo demás, las otras fuerzas políticas y sindicales del país en realidad no contaban para nada frente a la insurrección.

Esa era la realidad. La única realidad, cosa que sabían de antemano, los enemigos del pueblo revolucionario consciente.

CAPITULO VI

No se hizo esperar. Tal como estaba previsto, el día 13 de septiembre de 1923 el general Primo de Rivera, con mando de capitán general de la cuarta región, desde Barcelona, secundado por toda la casta militarista del resto de España, se levantó contra el poder civil de la nación.

Una vez más el pronunciamiento en la calle. Una vez más los "bravos" mandos militares de la nación se levantaron bizarramente contra los propios españoles, cubriéndose de gloria.

No hubo ninguna resistencia, ni colectiva ni individual. El gobierno Garcia Prieto se plegó, dejando paso a los sublevados, que se instalaron cómodamente en sus puestos, después de haber fijado en todas las esquinas de los pueblos de España el Bando de la declaración de la «cuartelada».

Alfonso XIII. «El rey felón», Alfonso «el Africano» como lo llamaban sus adversarios políticos, tampoco tuvo nada que decir contra la bravura de los jefes de su bizarro y aguerrido ejército. Hubo quien afirmó en aquel momento que era el promotor del golpe de estado.

Así, con toda la gloria de la victoria conseguida por Primo de Rivera, "el jerezano", se implantó en España la dictadura militar, "dictablanda", como la llamaron muchos a causa de que no hubo efusión de sangre y

que a más de eso, a que todos los que no se enfrentaron con la nueva situación política de manera resuelta se les toleró y a los que se arrimaron a ella como al sol que más calienta, esos participaron de la piel del león. No fue igual, como veremos a continuación, para los que se enfrentaron con la nueva situación con todas las consecuencias. Primo de Rivera al sublevarse, como justificación, decía en su programa a realizar que lo hacía para terminar con el desorden imperante: contra los atentados y atracos, contra todas las violencias e inmoralidades de donde fuera que estas vinieran, y sobre todo contra el separatismo.

Dicha justificación no podía ser más burda, por cuanto todo el mundo sabía, como ya lo hemos consignado en otro capítulo, que el motivo principal del golpe militar consistía en enterrar el «Expediente Picaso» pues el mismo, además de las responsabilidades del llamado desastre de Anual, había consignado un rosario de inmoralidades administrativas así como el no menos desastre del Barranco del Lobo, en el que murieron sitiados de hambre y de sed, millares de soldados españoles. Se afirmaba entonces que en el capítulo de esas responsabilidades estaba también consignado el nombre de Alfonso XIII, rey de España.

A más de eso, el hecho de haber escogido Primo de Rivera en su directorio militar, como ministro de la gobernación al general Martínez Anido, al monstruo, como lo denominaba Torres Escartín, autor, ejecutor del terrorismo en Cataluña, demostraba claramente cuales eran las intenciones de los militares coaligados con toda la reacción, el señoritismo y la iglesia española.

En realidad, de todo el programa a realizar por la dictadura (decimos nosotros), solo dos objetivos quedaron vigentes a combatir por parte de los dictadores, contra el anarcosindicalismo y contra el separatismo. Todo lo demás quedó enterrado pues como se sabía en toda España, el golpe de Primo de Rivera tenía como objetivo principal el de salvar a todos los perversos de todas sus perversidades.

En principio todo el mundo creía que la pervivencia de la dictadura de Primo de Rivera sería corta. Después de "liquidado" el problema de las responsabilidades de Marruecos, todo lo demás no eran problemas de carácter militar a dilucidar. Por otra parte había una promoción de oficiales e incluso jefes del ejército que no compartían el criterio de la su-

blevación permanente contra el poder civil constituido. Si esos oficiales y jefes un día lograban unificarse y mancomunar sus esfuerzos, relacionados como ya lo estaban con los elementos subversivos y revolucionarios, podían fácilmente también sublevarse a su vez contra los otros jefes y oficiales que vivían en permanente sublevación.

Y ocurrió algo parecido a eso. No se sublevaron inmediatamente estos oficiales y jefes, contra los que se servían de la sublevación como norma legal permanente, pero se aprestaron a la actuación más o menos activa, aun sabiendo que ello era susceptible de la pena de muerte y ser fusilados.

Para no hacer interminable nuestra lista, daremos a continuación algunos nombres de los jefes y oficiales que estaban en relación permanente con los grupos anarcosindicalistas solo en Cataluña, predispuestos a actuar si las circunstancias lo exigían.

Lopez Ochoa (general), Diaz Sandino (coronel), Ramón Franco (comandante), Juan Perea (capitán), Fermin Galán (capitán), García Hernandez (capitán), Eduardo Medran() (capitán), E. Sancho (capitán), Reisat (capitán), Ponce de León (capitán), Sediles (capitán), Ramos (capitán), Meana (capitán), Gimenez (capitán).

El capitán Sancho fue el primero de ellos, el que murió estando preso en el castillo de Montjuich, Fermin Galán y García Hernández, los dos capitanes fueron fusilados en Jaca como sublevados, por la dictadura de Primo de Rivera, el capitán Medrano, fue fusilado en Barcelona después de la guerra civil.

Ese puñado de jefes y oficiales antifascistas son los que recordamos en estos momentos por haberlos tratado personalmente. Aparte de eso, había en Cataluña varios jefes y oficiales controlados por los políticos catalanistas. Lo mismo ocurría en las demás regiones de España. Ello demuestra que en aquella época había grandes posibilidades de triunfo en caso de un levantamiento popular revolucionario, de cara a una transformación social. El grupo los Solidarios estaba convencido de ello y con nosotros todo el anarquismo militante y todos los revolucionarios del país.

La dictadura de Primo de Rivera, contrariamente a lo que se creía generalmente, duró 7 años. A través de este largo período estudiaremos

varios de los hechos ocurridos, así como los actores algunos ya conocidos y otros completamente ignorados.

La dictadura militar planteó al sindicalismo cenetista el eterno problema. El problema de la clandestinidad. Al anarquismo organizado no se le planteó esa cuestión, pues éste siempre había actuado clandestinamente.

Por principio la C.N.T., central sindical revolucionaria, no podía aceptar la modalidad impuesta por el régimen dictatorial, como previa condición de actuación a las organizaciones sindicales que consistía en la organización corporativista, de signo fascista importada de Italia. Los estatutos de la carta sindical confederal dicen que la C.N.T. solucionará o tratará de solucionar todos los conflictos del trabajo entre las partes afectadas, es decir, entre el capital y el trabajo sin injerencias ajenas a las mismas.

Desde el principio de la implantación de la dictadura militar, la C.N.T. en el plano nacional se negó a formar parte de los llamados comités paritarios. Estos comités estaban formados por una delegación patronal y otra obrera, con un delegado directo de la autoridad que era el que en definitiva de manera más o menos autoritaria zanjaba los «acuerdos», siempre en beneficio de la burguesía como es muy natural.

La otra central sindical, la U.G.T., de contenido político y reformista, aceptó sin discusión la táctica gubernamental del corporativismo y la colaboración entre sus dirigentes y los dictadores militares fue tan estrecha y cordial, que Primo de Rivera les concedió, además de muchas prebendas o enchufes como se decía en aquellos momentos, en los comités paritarios y delegaciones llamadas de trabajo, un puesto eminente en el Consejo de Estado, cargo que desempeñó su secretario nacional, Largo Caballero.

Y mientras la «dictablanda de Primo de Rivera procedía de tal manera con los dirigentes de la U.G.T. y del Partido Socialista, la dictadura de Primo de Rivera perseguía y encarcelaba en masa a los militantes de la C.N.T. porque éstos no se plegaban a sus exigencias.

Al amparo de dichas circunstancias creció en volumen la U.G.T., mientras la C.N.T. y sus hombres permanecían perseguidos y encarcelados. A pesar de lo que queda dicho, sin temor a que nadie pueda desmentir nuestra afirmación, en las zonas donde la C.N.T. tuvo formados sus

cuadros de militantes antes de la dictadura de Primo de Rivera, durante ni después de ésta la U.G.T. ni el partido socialista no lograron abrir brecha, ni avanzar un paso. No, porque al anarcosindicalismo no fue posible por nadie desalojarlo de sus posiciones.

La prueba, la ruda y sangrienta prueba había sido ya hecha en Cataluña y ni con eso, nadie, absolutamente nadie, logró doblegar a los hombres de la C.N.T. porque estos siempre tuvieron por lema de romperse antes de doblegarse.

Al amparo de la nueva situación política de España se operó una ofensiva general por parte del capitalismo contra la clase trabajadora. Ya no solamente los salarios quedaron bloqueados, sino que en muchos casos fueron rebajados, rompiendo así acuerdos y bases firmadas entre patronos y obreros.

La cosa en Cataluña, y sobre todo en Barcelona, no era fácil. Los obreros de la C.N.T., aunque ésta perseguida y declarada al margen de la ley, contra viento y marea mantenían su dignidad de clase y hacían frente a los abusos de los patronos, más egoístas y por tanto explotadores.

Como no era fácil rebajar los salarios, ni aumentar la jornada de trabajo, ya que nadie lo hubiera tolerado individual y mucho menos colectivamente. Por citar un solo ejemplo, diremos que la principal empresa de construcción de Barcelona llamada Fomento de Obras y Construcciones, que empleaba entonces más de tres mil obreros, cuando alguien se presentaba a sus oficinas a pedir trabajo, si no se trataba de obreros especializados, como por ejemplo albañiles, yeseros, canteros, marmolistas, etc..., tratándose de peonaje no se les ocupaba sin antes advertirles que el jornal que la casa pagaba era de 8 pesetas y no de 9, que era lo establecido.

Si se trataba de obreros residentes ya de tiempo en la ciudad condal, ni que decir tiene que estos, a más de no aceptar el ofrecimiento, se marchaban indignados. Pero el caso no era el mismo cuando el obrero que buscaba ocupación llegaba de provincias a Barcelona en busca de trabajo. En ese segundo caso, el solicitante aceptaba el ofrecimiento y a más de eso, se cuidaba en lo posible de decir en el tajo que había aceptado entrar en la empresa por una peseta menos de jornal de lo que estaba establecido, entre patronos y obreros sindicados.

La organización anarquista había vivido un breve período de relativa tranquilidad que fue el que medió entre la liquidación del terrorismo en Cataluña y el golpe de estado de Primo de Rivera. En ese corto período, la organización específica trabajó activamente en el sentido de organización y coordinación de los núcleos ya organizados.

La federación regional de grupos anarquistas de Cataluña, convertida en hermana mayor de las otras regionales que iban formándose en el resto de España, trabajaba sin descanso en el sentido ya no solamente orgánico, sino también más que subversivo, revolucionario.

Por otra parte, como ya hemos dicho más arriba, hablar en España de anarquismo, de revolución, de transformación social, era una cosa corriente en todas partes. Esa dialéctica general popular, que todo el mundo comprendía, después del desengaño, de todos los desengaños que en política sana, existía de uno a otro confín de la península.

El grupo los Solidarios, avanzadilla de ese movimiento precursor, lanzado a la descubierta y recuperación de posibilidades en todas las latitudes, no solamente de la vida española sino saltando las fronteras, buscaba el objetivo final. La sublevación de todos los descontentos, de todos los hambrientos, de todos los descamisados, que se condensaban en la transformación social.

Había ya mucho hecho de efectivo cuando Primo de Rivera dio el golpe de estado. No se trataba por eso de hacer marcha atrás o esperar tiempos mejores, al contrario, había que proseguir sin olvidar que lo que para otros representaba la «dictablanda», y hasta agradable, para el anarquismo como para el sindicalismo revolucionario representaba la cárcel o quizás la muerte.

Sin duda alguna, por la actividad desplegada tanto individual como colectivamente, los componentes del grupo los Solidarios estaban bien relacionados, hasta en los medios más inaccesibles. La discreción más elemental nos vedará en algún caso revelar alguno de los hechos ocurridos a través de nuestro historial, sin que ello altere para nada ni mucho menos desfigure esta biografía.

A este respecto, solo diremos que el hecho de ser consultados en ciertas circunstancias, de ser advertidos en ciertas alturas, o el ser solicitados

en momentos cruciales nos dieron la convicción y hasta la confianza de que pisábamos seguros el camino del triunfo.

La residencia habitual del grupo los Solidarios era Barcelona. El día 13 de septiembre de 1923, que Primo de Rivera se levanta contra el poder civil, aparte los componentes del grupo que estaban presos, el resto circunstancialmente no se encuentran en Barcelona ¿Dónde estaban? No tiene importancia.

Planteado el hecho consumado por los militares, en reunión plenaria del grupo, después de estudiados los aspectos principales del hecho en sí, se acordó tomar una serie de medidas más o menos urgentes, que afectaban a la organización específica y por tanto a sus afiliados.

Los Solidarios resueltos dijeron en esa memorable reunión: «en la guerra como en la guerra».

La ley había sido violada por los que debían defenderla; en ese caso y a partir de aquel momento, todos los ciudadanos españoles tenían derecho a vivir fuera de la ley o al margen de la misma.

Sí, porque los anarquistas revolucionarios, viviendo continuamente fuera de la ley burguesa, cumplían con un deber de ciudadanos libres, ya que todas las leyes elaboradas en el régimen capitalista estaban hechas para explotar y oprimir a los desheredados.

En ese plan las cosas, los Solidarios se aprestaron a lo peor. No importaba a que.

Había una coincidencia unánime entre los componentes del grupo. Después del triunfo de la sublevación militar, y a las primeras de cambio, sin dar tiempo a las reacciones naturales en tales hechos, cuanto se intentara de cara a lo inmediato frente a los vencedores sin resistencia, estaba condenado al fracaso. Había que esperar, esperar el tiempo que fuera, para que el conjunto de los ciudadanos por sectores de opiniones tomaran una orientación, y por tanto, las determinaciones adecuadas al caso consumado. Los autores del pronunciamiento eran sin duda una fuerza preponderante, respaldada por todo lo más gastado de la nación. Pero el resto, que era la nación entera, estaba ausente, permanecía al margen de aquel juego sucio. Había que esperar el tiempo necesario para que el conjunto, defraudado, engañado una vez más, dijera su palabra. Solo hacía falta una cosa, coordinar esfuerzos, prepararse para la batalla defi-

nitiva. Hasta entonces el enemigo había ganado siempre. El triunfo del proletariado sería solo uno, pero definitivo.

Había que buscar los medios. Había que acumular y preparar todos los elementos útiles y necesarios para el combate.

El grupo los Solidarios hacía mucho tiempo, desde su constitución, que, por su propia cuenta, trabajaba sin descanso cara al hecho revolucionario.

Unas cuantas pruebas. En octubre de 1923, solo un mes después de la sublevación militar, por mediación de un tal Zulueta de Mondragon, los Solidarios compraron a los fabricantes Garate y Anitua de Eibar, 1.000 rifles de 12 tiros de repetición con una dotación de 200.000 cartuchos, 200 por arma. Por tal cantidad de armas el grupo los Solidarios pagó la suma de 250.000 pesetas.

Ya mucho antes, los Solidarios habían comprado en la barriada de Pueblo Nuevo en Barcelona, una fundición de hierro que costó 300.000 pesetas. En dicha fundición, de manera clandestina, se fundían los cascos de las granadas que debían ser empleadas en el momento de la revolución. El encargado de dicho trabajo era un miembro del grupo llamado Eusebio Brau. El grupo estableció un depósito de bombas de mano en la barriada de Pueblo Seco en Barcelona, el que contenía ya cuando fue descubierto por la policía, a causa de una confidencia, más de 6.000 bombas.

A más de eso, los Solidarios tenían depósitos de armas cortas y largas en casi todas las barriadas de Barcelona.

Las armas procedían casi todas de compras hechas en Francia y Bélgica. Todas ellas entraban en España como es muy natural, clandestinamente. La frontera de Puigcerdá era la que generalmente se utilizaba para ese objetivo. En Puigcerdá el grupo tenía dos colaboradores directos, Antonio Marifh y C. Flores. Estos compañeros estaban en relación con dos otros residentes en Font-Romeu, también colaboradores del grupo, que eran los encargados de guardar en depósito las armas adquiridas en Francia y en Bélgica para ser introducidas en España. El uno se llamaba Mas y el otro Enrique. Además de eso se recibían -otros envíos por mar. La compra de las armas se hacía directamente por los afiliados al grupo.

En principio todas esas gestiones se realizaban con cierta facilidad a causa que la mayor parte de los componentes del grupo no eran conocidos de la policía, por no estar aún fichados. Los Solidarios tenían por línea de conducta la absoluta precaución de no comunicar a nadie las cosas que podríamos denominar interiores. Solo estaban al corriente de los asuntos los que debían intervenir.

Como ya hemos dicho más arriba, en el grupo no había jefes, ni mentores, ni dirigentes. Cada uno de sus componentes tenía su misión personal, cuando no se trataba de una misión colectiva naturalmente.

En el aspecto cultural, es decir de propaganda o difusión de las ideas ácratas, los Solidarios no escatimaban el menor esfuerzo. Ya mucho antes de la dictadura de Primo de Rivera existía el proyecto, de acuerdo con los anarquistas franceses, de hacer en el terreno intelectual y cultural algo en París.

Ese proyecto se realizó tal como estaba previsto. En 1924 se constituyó en París el grupo internacional de ediciones anarquistas. Se organizó la librería internacional, con domicilio en la rue Petit 14, al frente de la cual se encontraba como administrador Severino Ferandel. Anexa a la librería se forma la enciclopedia anarquista, que dirigía Sebastián Faure. A más de eso, ese mismo grupo editaba la Revista Internacional y otros periódicos.

Escuso decir que esa obra costó varios centenares de miles de pesetas, dinero que aportó íntegramente el grupo los Solidarios. En España el grupo tenía imprentas y editores a su disposición, los cuales editaban hojas y hasta folletos clandestinos. Todo eso se hacía dentro de la más estricta reserva y con toda discreción, por cuyo motivo casi nunca ocurrió nada grave.

También contaban los Solidarios en Barcelona con un abogado defensor que se ocupaba de todos los asuntos y procesos de sus componentes, el cual no pasó la nota de sus honorarios jamás. Este abogado era Don Juan Rusiñol de familia ponderada, en Barcelona y Cataluña, como abogados. Don Juan Rusiñol, era uno de los más expertos juristas del colegio de Abogados de Barcelona.

El problema separatista, planteado en Cataluña y Euzkadi, la dictadura militar pretendió ahogarlo por la fuerza bruta. Ello hizo que una

razón de interés, el interés de la defensa de la libertad mutua, unificara en el combate contra el absolutismo a las dos fuerzas directa y sañudamente atacadas por el equipo de Primo de Rivera, que eran el anarcosindicalismo y el separatismo regionalista. En ese caso concreto se puede afirmar que «los extremos se tocaron».

Una promoción de jóvenes separatistas entre los que se destacaban Pedro Conte, Gonzalez Alba, Granier, los hermanos Badia y varios otros, se concertaron para hacer frente por todos los medios a los atropellos de arriba ,entrando por la puerta ancha en la fortaleza de la clandestinidad. Naturalmente, no hubo jamás interferencias en la actuación específicamente hablando entre el movimiento separatista y sindicalista, cada uno actuaba dentro del marco de su propia razón de ser.

Solo en el caso de aunar fuerzas para el combate contra el enemigo común, la dictadura, era cuando los hombres de la C.N.T. y los militantes separatistas, en estrecha solidaridad actuaban mancomunadamente.

Indudablemente, sin quererlo, la dictadura había logrado limar asperezas y hasta antagonismos que podríamos llamar de vecindad entre catalanismo y sindicalismo. En la clandestinidad, en la lucha, en la persecución y en la cárcel, los hombres eran todos iguales. En esa igualdad de intereses vitales, a más de la solidaridad, nacía la simpatía, el afecto mutuo y la confianza recíproca, sin la cual no se gana jamás ninguna batalla.

La inmensa mayoría de los separatistas eran obreros, por tanto, como tales, conocían la vida de explotados. Pertenecían como no importaba quien a sus respectivos sindicatos. Algunos de ellos incluso desempeñaban cargos.

Por otra parte los anarcosindicalistas, cuando más cultos y capacitados mejor, conocían por haberlo estudiado, el llamado problema separatista.

Siendo catalanes o no de nacimiento, los militantes confederales considerando que lo fundamental de la vida no se encontraba para ellos en el primer plan de lucha, la cuestión denominada (con varios nombres) separatismo, regionalismo, nacionalismo, sino que era la transformación social lo inmediato, consideraban también que ese problema planteado en Cataluña y Euzkadi, por un sector de opinión, más que preponderante, arrollador, debía ser respetado y tratado con la consideración que se merecía por su importancia, hasta llegar a una solución nacional y justa,

cosa que se realizó más tarde aún sin haber desaparecido el régimen capitalista, desgraciadamente.

Frente a la dictadura militarista, los elementos revolucionarios del separatismo catalán no se conformaron a vivir de rodillas, pasando a la acción subversiva, desde la propaganda escrita al atentado organizado.

Producto de esa actuación espartana, un grupo de separatistas catalanes, en los que figuraban entre otros Pedro Conte, Granier, los hermanos Badia y otros, organizaron un atentado contra un tren especial que debía conducir a Barcelona a Alfonso XIII, rey de España.

Días antes de la visita, en el sitio denominado «Las Costas de Garrafa», los separatistas colocaron una «máquina infernal», compuesta de una fuerte carga de dinamita, la cual por mediación de un dispositivo debía hacer explosión al entrar en contacto el tren especial.

Estaba colocado de tal manera el artefacto que de haber hecho el efecto deseado, nadie de los que viajaban en dicho tren se hubiera salvado. Se trataba de la voladura de un terraplén situado a la salida de un túnel, en plena montaña, situada en una gran altura, que inevitablemente el convoy debía caer en el mar, el cual, por su profundidad, se los hubiera tragado.

Los Solidarios no tuvieron en ese hecho otra intervención que la de facilitar la dinamita. Descubierto dicho complot por la policía, se desencadenó una represión fenomenal en toda Cataluña. La cárcel de Barcelona, que solo tenía capacidad para 900 personas, vio aumentar su población en más de tres mil detenidos. Las celdas individuales, en un momento determinado contenían cada una cuatro detenidos.

Fue una redada de la que no se salvó nadie, nadie que no fuera un adieto al régimen naturalmente. Todos los fichados de no importa qué filiación de oposición, pasaron por la cárcel.

Se instruyó un proceso que se hizo eterno por falta de pruebas en materia delictiva, en el que no obstante eso, se juzgó y condenó a graves penas a los presuntos autores.

Esa falta de método, de seriedad y también de sentido de responsabilidad del aparato represivo de la dictadura en Cataluña, poco a poco fue reforzando la desconfianza de la opinión al régimen. Ya nadie tomaba en serio las constantes amenazas y palos de ciego del régimen contra sus

opositores. Estos, en su mayoría, platónicos, aceptaban ir a la cárcel o ser molestados por el aparato represivo que cada día era menos contundente y por tanto ineficaz.

Huérfano el poder central de los soportes necesarios a su sostenimiento en las regiones de Cataluña y Euzkadi, éste buscaba por todos los medios de complicar en todos los órdenes la situación de las dos regiones más prósperas de España. En cambio, dicho régimen se mostraba complaciente con todo lo decadente, con todo lo gastado, sobre todo con la Iglesia, el señoritismo chulo y en particular los suyos, es decir los entorchados.

La dictadura de Primo de Rivera vivió muchos años en lo artificial, la mayor parte de las veces, dando palos de ciego. No estaba respaldada por hombres inteligentes. Todos los hombres de valía le dieron la espalda ya en las primeras de cambio, porque sabían a qué venía, que no era otra cosa que a borrar inmoralidades. Por eso no quisieron comprometerse.

Como siempre, sólo los ambiciosos y los cretinos se embarcaron en la galera dictatorial.

Cataluña parecía un país conquistado por el invasor. Las inmoralidades del régimen dictatorial salían a flor de tierra. Un conglomerado nauseabundo, dirigido por un deformado de nacimiento, un hijo del entonces capitán general de la Cuarta Región Militar, general Barrera, con la carta blanca que le daba el cargo que desempeñaba su padre, tenía aterradas a todos los de su estirpe en Barcelona.

Dicho elemento, que era también oficial del flamante ejército español, se convirtió en emperador de los barrios bajos de la ciudad condal y no toleraba la competencia de la chulería por ningún otro que pretendiera ser más crápula que él.

Dicho energúmeno, rey de la macarronería de Barcelona, cobraba el barato de infinidad de prostitutas. Dichas desgraciadas estaban obligadas a ser condescendientes con él, o de lo contrario se les retiraba el carnet profesional, por decisión del «1er chulo del barrio».

En el contubernio de gente de mal vivir, el energúmeno hijo del general Barrera tuvo que dar una demostración que él era más que los otros.

En una ocasión, un macarrón de poca categoría prohibió a su novia que tuviera contacto con Barrera. La muchacha se llamaba Lolita Bernabeu.

Lolita Bernabeu, que no calibró bien lo que tal decisión representaba, le comunicó al cretino de Barrera su resolución.

Tal lance se desarrolló en la azotea de una casa en la calle de Escudillers. El perverso de Barrera, que gozaba de la impunidad más completa, no pudiendo disuadir a Lolita Bernabeu de su decisión, la cogió y la lanzó por encima de la balustrada a la calle.

La muerte no fue instantánea y la desgraciada pudo declarar a las autoridades y a sus familiares la verdad de lo ocurrido.

El comunicado oficial, publicado en toda la prensa relacionado con dicho incidente, decía simple y llanamente que se trataba de un suicidio.

«Bagaria», el célebre dibujante de aquella época, publicó una caricatura que representaba una barrera muy alta con una inscripción que decía: «a ver quien se atreve a saltar la barrera».

Hechos parecidos o de otra índole se sucedían diariamente. La opinión pública a pesar de la censura draconiana de la prensa y de todos los medios de expresión, estaba bien al corriente de lo que ocurría. Ello hacía que una corriente muy pronunciada en todas las capas sociales de desconfianza y de hostilidad se manifestara por encima de todo el aparato represivo. A través del tiempo en ese tejer y destejer, en ese tira y afloja, en esos palos de ciego, a que nos hemos referido ya, la policía lograba a veces desarticular la acción subversiva y revolucionaria.

Las grandes redadas de detenidos eran muy peligrosas. Lo eran a causa de que muchos que aún eran «blancos» después de fichados y registrados sus domicilios personales por coincidencias casuales, comprometían a veces, desarticulaban planes bien preconcebidos.

El grupo los Solidarios, que como ya hemos dicho en su inmensa mayoría no estaban fichados, cosa que les favorecía mucho en su actuación y movimiento, lo fueron uno tras de otro durante la dictadura de Primo de Rivera, de la manera más ridícula.

Como en dicha época no existía ninguna garantía del ciudadano, una simple detención gubernativa de una provincia o simplemente un capricho policíaco, retenían en la cárcel a no importa qué número de ciudadanos.

La batalla más ruda que tuvo que librar nuestro abogado señor Rusiñol fue la de conseguir la libertad cuando nos encontrábamos pre-

sos gubernativos. Todos los días, nuestro abogado visitaba al gobernador para interesarse por nuestra libertad, pues solo con una llamada telefónica a la jefatura de policía era suficiente para salir de la cárcel.

La vida en la cárcel durante la dictadura era penosa, como no lo había sido jamás. La comida era mala y escasa. Una persona solo con lo que daba el establecimiento no hubiera podido resistir mucho tiempo. Afortunadamente en la cárcel, como en ninguna otra parte, el espíritu de solidaridad era la razón de ser del preso. Sobre todo del preso político-social.

En la época a que nos referimos los presos políticos y sociales constituían la gran masa de la población penal. Solo existía un número muy reducido de presos comunes. En el interior de la cárcel los presos sociales tenían una comisión clandestina que era la encargada de la relación con el exterior. Esa comisión todos los días comunicaba sus impresiones con el exterior haciendo las debidas sugerencias a la organización de la calle.

Hubo épocas, cuando el contingente de presos era muy crecido, que en la cárcel se determinaban muchas cosas que luego tenían inmediatamente efecto en la calle. En realidad, ello era una cosa natural. La comisión interior de la cárcel era por regla general por sus fuentes de información la primera que captaba las noticias de lo que iba a producirse en la calle.

Así se explican los fracasos de la policía. La relación de los presos con la organización de la calle, ya no al día sino no importaba a qué hora, era perfecta. Aparte de una serie de abogados de toda confianza, que la organización tenía a su servicio, los cuales diariamente estaban en contacto con los presos y por tanto podían transmitir al exterior el sentir diario de los presos, los detenidos por su cuenta tenían una doble red de comunicación.

Se trataba de tres oficiales de la prisión, que estaban incondicionalmente al servicio de la organización clandestina, los cuales prestaban servicio escalonadamente, es decir, en los tres grupos que constituían las 24 horas de servicio.

Cuando había algo urgente, tanto de fuera a dentro, como de dentro a fuera, el oficial de turno comunicaba por el medio más discreto posible en el interior lo que interesaba. Lo mismo ocurría cuando se trataba de comunicar algo al exterior, en cuyo caso el servicio se prestaba directamente y a mano.

Dos de esos oficiales de prisiones eran jóvenes relativamente y trabajaban para la organización por afinidad, el tercero era un hombre de cierta edad, que tenía una familia numerosa. Lo hacía por simpatía y por alguna que otra propina que recibía tanto en la calle como en la cárcel.

Ese servicio fue siempre el más seguro y eficaz, pues jamás hubo que lamentar el más pequeño contratiempo. Desde luego, los empleados entre si no sabían ni conocían a los otros que estaban comprometidos.

La dictadura militar a todo lo largo de su existencia no logró por ningún procedimiento domesticar a los sindicatos de la C.N.T. El anarcosindicalismo se mantenía en pie dentro de la clandestinidad. En las zonas donde éste era preponderante frecuentemente surgían conflictos entre patronos y obreros y para su solución jamás los obreros recurrieron a la comisión de arbitraje, por no tener en dicha comisión llamada comité paritario, ninguna representación.

Infinidad de veces los conflictos se eternizaban a causa de la imposición oficial a que la solución fuera dada en la llamada delegación del trabajo. Finalmente, la solución llegaba sin que los obreros confederales tuvieran que reconocer los organismos oficiales de los cuales no formaban parte.

Las dificultades de desenvolvimiento sindical en los sitios de trabajo, eran las mismas que en las otras épocas de clandestinidad. No obstante, en Cataluña se operó un cambio saludable en la conducta de muchos patronos. El espíritu regionalista estaba muy arraigado en todas las capas sociales como hemos dicho y ello hacía que los patronos convertidos a esa ideología predominante, en sus casas fueran un tanto tolerantes con sus obreros cuando se trataba, naturalmente, solo de cotizar para el sindicato o hacer suscripciones para sus compañeros presos.

En cambio había otros patronos, los «cavernícolas» como se les denominaba, que favorecidos por el régimen, subían como la espuma, doblando sus dividendos, estos eran unos verdaderos auxiliares de la policía, denunciaban a los trabajadores cuando estos cometían la más insignificante indiscreción en el trabajo.

Claro está que la conducta observada por los confidentes al servicio de la policía tenía un reverso y fuera quien fuera el «judas», tenía la adecuada recompensa en el momento oportuno, cuando menos se lo esperaba.

El cerco se iba estrechando cada día más alrededor de los componentes del grupo los Solidarios. Y no era porque la policía tuviera informes más o menos precisos de las actividades de los mismos. Era por razón natural de las propias circunstancias.

La policía no conocía a los componentes del grupo y aunque más o menos pensara la capacidad de acción de la militancia en activo no podía calibrar en detalle el punto neurálgico de la actuación.

Cuando la policía, por circunstancias aún ignoradas, descubrió el depósito de bombas, ningún componente del grupo fue molestado en ningún sentido. Si en dicho caso hubo confidencia, el confidente debía ser un hombre inteligente, el cual supo cubrirse de todas las malas consecuencias. El componente del grupo encargado de dicha actividad había sido muerto en un tiroteo con la guardia civil en Oviedo, en el mes de agosto de 1923, es decir, antes del golpe militar, por tanto los otros componentes del grupo eran ignorados por los que hacían de intermediarios.

De esos intermediarios, que nosotros hemos calificado de colaboradores directos, fue detenido uno de ellos. El individuo en cuestión estaba al corriente de la existencia del depósito y además de ello, sabía que en aquellos días iba a verificarse un traslado de un número determinado de bombas a otro lugar. Ese colaborador fue puesto en libertad poco tiempo después de ser detenido, cuando todo hacía pensar que sería traducido en consejo de guerra y condenado lo menos a ocho años de presidio.

Como los Solidarios no tenían ninguna prueba que fuera él el confidente y no había habido otras consecuencias graves, la cosa quedó «archivada».

Se aseguraba en aquella fecha que se había constituido un comité de resistencia o de acción revolucionaria en Barcelona. Se afirmaba que ese comité estaba compuesto por miembros anarcosindicalistas y separatistas. A continuación se señalaban una serie de nombres, algunos de los cuales eran completamente imaginarios.

La policía tomó en serio el rumor y otra vez la redada. Esta vez el éxito policiaco fue de menor cuantía, pues los presuntos detenidos tomaron la precaución de cambiar de domicilio o de no hacerse visibles.

El descontento, y por tanto la conspiración al régimen, cada día captaba nuevos adeptos que se sumaban a los cuadros de activistas contra el régimen.

Hay que reconocer, y por tanto nos remitimos a ello, que Primo de Rivera en los primeros años de su gestión como dictador y también como jefe militar tuvo un éxito parcial en el plano militar, en la campaña de Marruecos. El había borrado la amenaza que pesaba sobre el ejército español en cuanto a sus graves responsabilidades del pasado, pero no había bastante con ello, ya que el problema de Marruecos continuaba en pie y se prestaba a nuevas inmoralidades. Había pues que abordar a fondo el problema de Marruecos de cara a una pacificación real o aparente que calmara a las capas humildes españolas en su constante inquietud.

Primo de Rivera concibió un plan en Marruecos. El plan consistió en una operación militar de prestigio que él mismo dirigió.

Puso en pie todas las posibilidades de ataque previamente de acuerdo con Francia en vistas a esa acción de guerra de gran envergadura. Se trataba de rechazar al enemigo de toda la costa al interior del Rif. «La operación de Alhucemas»; ese fue su nombre.

Primo de Rivera, como jefe de operaciones, puso en línea a las mejores unidades de la marina de guerra, ya que la operación era de costa. Ab-el-Krim, jefe rebelde, verdadero patriota que jamás hizo la sonrisa al invasor español, hombre duro y decidido, una vez más dijo no al enemigo cuando éste le propuso la sumisión. La campaña fue relativamente corta y se terminó con la derrota de Ab-el-Krim.

Los franceses ayudaron en esa especie de operación combinada a los españoles hasta la rendición del cabeza rifeño, pero Ab-el-Krim, que no luchaba contra Francia, sino contra España, cuando no le fue posible resistir más se rindió a los franceses, como último desprecio a los españoles. Por eso decimos que el éxito de Primo de Rivera fue solo parcial, pues la otra parte del mismo le correspondió a los franceses.

Esta pausa de las actividades que precedió la rendición de los rifeños en Marruecos no fue una molestia, ni vino en perjuicio de los jefes y oficiales del ejército español, ya que estos pudieron encontrar y encontraron

en la península la manera de pasar la vida cómodamente al amparo de una situación de privilegio que les daba la dominación militar contra todos los ciudadanos españoles.

CAPITULO VII

El éxito parcial en Marruecos de Primo de Rivera le indujo a creer que en la península las cosas se inclinarían en su favor de manera más o menos satisfactoria.

Tal como lo había hecho constar en su programa de gobierno en el momento de sublevarse, había que acabar con los atentados y toda clase de desórdenes. Él no ignoraba lo que representaba en España la fuerza trabajadora revolucionaria organizada, y en particular el anarquismo militante, que estaba invadiendo los cuarteles, preparándolos para una insurrección general.

Ya en el mes de enero de 1920, cuando la nefasta campaña de Marruecos, es un anarquista, Chueca, el que en Zaragoza intenta sublevar el cuartel de Artillería del Carmen, el cual murió como un bravo.

El 24 de febrero de 1924, por orden expresa del ministerio de la gobernación de Madrid, son asesinados en Barcelona por la policía secreta del estado los anarquistas Gregorio Suberbiela y Manuel Campos, los dos miembros del grupo los Solidarios. Suberbiela formaba parte del comité revolucionario que se creó en Barcelona por las fuerzas antidictatoriales formadas por los separatistas, la C.N.T., y los grupos anarquistas.

Campos se dijo había intervenido en el asalto del banco de España en Gijón. Como se ve en esa ocasión, la policía estaba bien informada.

En diciembre de 1923 Durruti, que estaba perseguido a muerte por los perros de presa de la dictadura, se ve obligado a pasar la frontera francesa para evitar una muerte segura.

Poco después que Durruti, Francisco Ascaso, que se encontraba preso en la cárcel de Zaragoza, acusado de la muerte del cardenal Soldevila, logró con varios otros detenidos escapar de dicha prisión y llegar a Barcelona en un tren ganadero, vestido con una blusa negra que le llegaba a los pies, como si verdaderamente fuera un conductor del tren de ganado.

Seguido de cerca por la policía especial, tuvo que marchar a Francia, pues Ascaso estaba fichado por todas las policías.

Aurelio Fernández, que llevaba la sección de relaciones militares, y estaba en contacto con la gente adicta de los cuarteles, también había sido detenido en Barcelona el día 24 de febrero de 1924, junto con su hermano Ceferino y Adolfo Ballano.

Aurelio y Ceferino Fernández, después de pasar dos meses en la cárcel de Barcelona fueron trasladados incomunicados a Gijón, también acusados del asalto del banco de España, y más tarde absueltos por el tribunal de Derecho.

Acusado por actividades de carácter militar, Aurelio Fernández fue trasladado de Asturias a prisiones militares de Zaragoza, de donde se fugó el día 7 de noviembre de 1924, logrando pasar la frontera francesa en el mes de enero de 1925.

Como consecuencia del triunfo del golpe militar de Primo de Rivera habían pasado la frontera francesa, buscando refugio en Francia, infinidad de españoles que se consideraban presuntas víctimas del nuevo sistema draconiano establecido en España.

Todo ello naturalmente era el resultado circunstancial, por cuyo motivo el contacto y la relación estrecha entre los enemigos de la dictadura del interior de España y de Francia se mantenía y se estrechaba cada vez más. De ello resultó el primer intento revolucionario fustrado conocido con el nombre de los sucesos de Vera del Bidasoa.

El 5 y 6 de noviembre de 1924, un fuerte grupo armado de revolucionarios españoles residentes en Francia, de acuerdo con los del interior

de España, pasan la frontera en Vera del Bidasoa con la intención de levantar a su paso al pueblo contra la dictadura militar.

Esa operación estaba combinada con otros levantamientos que se producirían en el interior de España de manera sincronizada.

Efectivamente, en esa misma fecha un grupo de revolucionarios en Barcelona intenta el asalto del cuartel de artillería de Atarazanas, empleando para el ataque la bomba de mano. Tanto el intento de Vera del Bidasoa, como del cuartel de Atarazanas de Barcelona fracasaron y las consecuencias fueron terribles para los revolucionarios.

En Vera del Bidasoa fueron detenidos por la guardia civil varias docenas de revolucionarios que fueron encerrados en la cárcel de Pamplona. Juzgados en consejo de guerra sumarísimo, varios fueron condenados a la pena de muerte, siendo inmediatamente ejecutados, Gil y Santillan. Pablo Martín, también condenado a muerte se suicidó, echándose de lo alto de la galería en la cárcel.

En Barcelona, en el intento frustrado contra el cuartel de Atarazanas, fueron detenidos los anarquistas Llacer y Montejo, los cuales también fueron condenados a muerte en consejo sumarísimo, celebrado en la cárcel, siendo ejecutados inmediatamente.

En esa situación de persecuciones, de crímenes y de ejecuciones, el grupo los Solidarios que sufre en su propia entraña las duras consecuencias, se encuentra de luto y en precario.

Juan García Oliver, detenido en Manresa, con el compañero Figueras de dicha localidad, pasa por el tribunal y son condenados a 7 años de presidio, condena que cumplieron en el penal de Burgos.

Alfonso Miguel y Ricardo Sanz, son los dos únicos componentes del grupo los Solidarios que quedan en Barcelona, y si bien no están sometidos a ningún proceso se pasan la mayor parte del tiempo en la cárcel, detenidos como presos gubernativos. Quedan además dos compañeras en libertad, Ramona Berni y Pepita Not, pues Julia Lopez Mainar y Torres Escartin se encuentran en la cárcel de Zaragoza, en espera de ser juzgados en el proceso del cardenal Soldevila.

El cuadro no podía ser más sombrío, pero aun a pesar de ello, el grupo los Solidarios continuaba actuando. En plena barbarie dictatorial, se intentó una delicada operación, cuyo resultado si no fue definitivamen-

te positivo, tampoco fue negativo: Se trataba de la recuperación de los 1.000 rifles que los Solidarios habían adquirido en Eibar a los fabricantes Garete y Anitua. Dichos rifles con los 200.000 cartuchos no habían podido ser retirados de la fábrica, en atención a la situación creada con el advenimiento de la dictadura. Se imponía encontrar la fórmula para entrar en posesión de las armas.

La fórmula fue la siguiente. Las armas saldrían de la fábrica, vía puerto de Barcelona con destinación a un país de América Latina. Una vez en Barcelona, el grupo los Solidarios con los medios que allí contaba, no le sería difícil sacar las armas depositadas. Así se hizo en principio.

Las armas llegaron al puerto de Barcelona y puestas en depósitos en espera de ser embarcadas. Lo más difícil estaba conseguido.

En Barcelona había un comité revolucionario constituido, del cual formaban parte también los elementos separatistas.

Los Solidarios no creyeron oportuno poner en antecedentes a dicho comité en lo que hacía referencia a las armas por miedo a posibles indiscreciones. Estaba aún reciente el asesinato de uno de sus componentes por la policía, Gregorio Soberbiela, miembro de dicho comité revolucionario.

Por otra parte, la gestión de sacar las armas del depósito no era difícil pero como se trataba de un gesto de audacia, el problema se plantearía a continuación, cuando el gobierno se enterara de lo ocurrido.

Se consultó con una personalidad de máxima importancia que vivía en Barcelona en la clandestinidad y que estaba llamada a serlo todo en el plano político después de caída la dictadura, y previa reflexión, se convino que de momento había que dejar las armas donde estaban, por ser el sitio más seguro. Si en el curso del tiempo no se presentaba el clima oportuno para ir a buscar las armas con todas las consecuencias, seguramente que pasado un límite de tiempo en que el importe de derecho de almacenaje se haría muy importante, las armas volverían de nuevo a su punto de partida, en previsión de lo cual, había que advertir a los fabricantes que debían admitirlas y les serían reembolsados todos los gastos.

Tales contrariedades ocurrían en el curso del año 1925, cuando la dictadura estaba en una posición de acabar a sangre y fuego con no importa que oposición y sobre todo con el anarcosindicalismo y el separatismo.

Como queda dicho, no hubiera sido nada difícil sacar las armas del puerto de Barcelona, pero esa solución de principio engendraba graves consecuencias si las armas a renglón seguido no se empleaban en una acción revolucionaria. No se podía dar la voz de alarma a los poderes constituidos con el hecho de apoderarse de los rifles de donde estaban, ya que después a continuación hasta que la policía no descubriera el paradero de las armas, no hubiera habido un momento de tranquilidad. La cosa era clara.

Después de mucho tiempo que las armas se encontraban almacenadas, como estaba previsto, volvieron a su punto de origen y la casa Garate y Anitua las admitió, como mercancía devuelta.

La organización de los grupos de obreros y soldados en los cuarteles también había sufrido una especie de enfriamiento. Se comprende que fuera así a causa de si no la liquidación, la pausa de la campaña marroquí.

El problema de la guerra en África ya no constituía un constante motivo de preocupación para los soldados que deseaban cumplir lo antes posible para marchar a sus casas una vez licenciados.

El descalabro sufrido por los exiliados españoles en Francia al intentar la liberación de España, en su paso por la frontera de Vera del Bidasoa, no fue suficiente para que estos renunciaran a sus propósitos. En París, donde había el núcleo más importante de refugiados, donde se publicaban periódicos y revistas editados en español, se desencadenó una vigorosa campaña oral y escrita contra la monstruosidad de la represión militarista en España. Esa campaña estaba respaldada por un buen número de intelectuales franceses, sobre todo por libres pensadores. Ascaso, Durruti, Aurelio Fernández, García Vivancos, todos del grupo los Solidarios, vivían en la capital de Francia absorbidos en sus actividades de cara a la liberación de España.

La rue Petit 14, donde estaba instalada la librería internacional, era el centro de las actividades escritas de cara a España. Liberación, Iberión y otras publicaciones en español eran introducidas clandestinamente en España, creando un clima de descontento y de oposición al régimen dictatorial.

Primo de Rivera y Alfonso XIII, el rey felón, creyéndose invulnerables, desafiando la ira de los desterrados españoles, tuvieron la osadía de preparar un viaje a París del rey de España. De este viaje, que se realizó en junio de 1926, ya tendremos ocasión de hablar más adelante por las consecuencias del mismo.

Alfonso XIII continuaba, como siempre, sin querer enterarse de nada, de todo lo malo que acontecía en su reinado. Su única preocupación era la caza y las consiguientes bacanales. Los dominios del conde de Romanones, del Duque de Veragua y otros, eran sus sitios favoritos de expansión. Lo demás, todo lo demás no contaba para él. Así se explicaba el abandono de España, la penuria general del pueblo español durante su reinado.

Los latifundistas; las jerarquías católicas, la alta banca, el militarismo, la aristocracia, y, en fin, todas las aves de rapiña de España eran su corte.

Mateo Morral, el anarquista de Sabadell, supo captar a tiempo el punto de referencia. Lástima que no tuviera suerte en su enaltecedor intento. Naturalmente que hay un proverbio español que dice: al rey muerto, rey puesto.

En Zaragoza, el proceso de la muerte del cardenal Soldevila, que hacía varios años dormía en Auditoría, se puso en activo e iba a celebrarse la vista de la causa.

Había cuatro procesados: Francisco Ascaso, Rafael Torres Escartín, Julia Lopez Mainar, y otro compañero cuyo nombre se nos escapa en este momento, conocido familiarmente con el apellido de Salamero.

Solo quedaban tres procesados detenidos, pues Ascaso había logrado evadirse de la cárcel y pasar la frontera francesa.

En aquellos momentos el grupo los Solidarios solo contaba en Barcelona dos de sus componentes, Alfonso Miguel y Ricardo Sanz. Uno de los dos debía desplazarse a Zaragoza para atender en lo posible a los asuntos relacionados con la vista de la causa.

Fue Ricardo Sanz quien se desplazó, en atención a los conocimientos que este tenía de la capital aragonesa.

Serrano Batanero, abogado del colegio de Madrid era el encargado de la defensa de Ascaso y de Torres Escartín, el señor Castrillo, abogado de Zaragoza, aseguraba la defensa de Julia López y de Salamero.

Dos días antes de la vista del proceso Ricardo Sanz llegó a Zaragoza. Después de verificar varias gestiones con los compañeros de dicha ciudad, los cuales debían visitar los testigos principales, sobre todo de cargo, cosa que ya estaba hecha, se entrevistó con el abogado señor Castrillo en cuyo despacho debía encontrar la tarde del mismo día al señor Serrano Batanero que debía llegar de Madrid.

La segunda entrevista que debía reunir a Sanz y al señor Serrano Batanero, en casa del señor Castrillo, no fue posible celebrarla. No fue posible celebrarla a causa de que Ricardo Sanz fue detenido por la policía al salir de la casa donde habitaba el abogado Castrillo, en la visita de la mañana.

Sanz fue llevado con muchas precauciones a la jefatura de policía. Se trataba por lo visto de una presa de gran valor.

Una vez en los calabozos, en los sótanos de la jefatura, Sanz fue desposeído de toda la ropa que llevaba encima, la cual fue examinada minuciosamente, pieza por pieza por los de la secreta. Terminada esa operación vino el interrogatorio.

El interrogatorio consistió en una soberbia paliza, que duró mientras el detenido tuvo fuerzas para resistirla, pues no podía defenderse por encontrarse maniatado.

La oportuna llegada del abogado señor Serrano Batanero a la jefatura de policía evitó lo peor. Éste, sin más ceremonias, se presentó en el despacho del jefe y suponiendo lo que ocurría en aquellos momentos con el detenido, pidió ser confrontado con él. El jefe le respondió que el detenido estaba incomunicado, a lo que respondió el abogado que él solo deseaba ver a Sanz. La cosa estaba clara y el jefe de la policía comprendió que debía terminar la brutalidad y demás, debía tranquilizar al abogado, permitiendo que éste viera a Ricardo Sanz en su propio despacho, pues de lo contrario, tal como le había anunciado el señor Serrano Batanero, al día siguiente en la audiencia y en plena vista de la causa, él expondría al tribunal lo que ocurría en la jefatura de policía de Zaragoza.

La entrevista se celebró entre el abogado y el detenido y no fue de presencia ni formularia, pues el jefe de policía salió un momento de su despacho, dejando completamente solos al abogado y al detenido.

Cuando el abogado marchó de la jefatura, despidiéndose del jefe amigablemente, éste pasó a interrogar personalmente al detenido. Después de excusarse de lo ocurrido y decir a Sanz que había sido sorprendido en su buena fe por sus subordinados, preguntó al preso si era cierto que era portador de 90 000 pesetas para comprar a los testigos de cargo.

Naturalmente, Sanz contestó que tal rumor era incierto y que su ida a Zaragoza no tenía otro objetivo que confortar el ánimo de los procesados, pues él estaba seguro que estos serían irremisiblemente condenados, con arreglo a la petición fiscal. El policía pareció comprenderlo así también, falta de pruebas de ninguna acusación, Sanz fue detenido gubernativamente y pasó 6 meses en la cárcel de Zaragoza.

La condena de los procesados por la muerte del cardenal fue con arreglo a la petición fiscal: Cadena perpetua contra Torres Escartín y Francisco Ascaso (éste en rebeldía), 9 años de prisión para Salamero y 7 años para Julia Lopez.

Torres Escartín cumplió la condena en el penal del Dueso, Santoña, Salamero en la isla San Fernando, Cádiz, y Julia Lopez Mainar en la penitenciaría de Ocaña.

En España en todos los tiempos hubo una basura en política que infestó de un confín a otro de la nación. Así las cosas es fácil comprender que al directorio militar de Primo de Rivera no le fue difícil amontonar todo ese estiércol y ponerle una etiqueta que decía «Unión Patriótica».

En dicho partido político se concentró todo lo peor de la nación. El antiguo caciquismo clásico quedó eclipsado ante ese aborto natural de la época.

Todo quedaba concentrado en ese conglomerado de tartufos. Ellos lo querían todo. Si había latrocinio, ellos los ladrones. Si había terrorismo y asesinatos, ellos los terroristas y asesinos, y si había que mantener a toda España en la categoría de una penitenciaria, ellos los carceleros.

Era el tiempo de «Las Corsarias». «Como el Vino de Jerez y el Vinillo de Rioja», decía la copla.

Y mientras tanto, la policía asesinaba a mansalva, los magistrados condenaban y el verdugo ejecutaba.

La España de la chulería, de la estafa, de la prostitución, del analfabetismo, del pedigüeño y del uniforme galoneado, estaba bien servida.

Esa era la España de Primo de Rivera y de su librea: «La Unión Patriótica». Zaragoza era un bastión de la C.N.T. La regional de Aragón* Rioja y Navarra, formaba a la vanguardia del anarcosindicalismo español.

A raíz de la vista de la causa del procesa Soldevila, «como medida de precaución», se hicieron infinidad de detenciones para asegurar el orden. Familias enteras como la de Ejarquellos, Castanera, los Navarros. Y un número considerable de militantes de primera fila fueron detenidos gubernativamente.

Victoriano Gracia, Miguel Abos, Servet Martínez, Cenon Canudo, Valeriana, Sanagustín, Meseguer, Muniesa, Joaquín Aznar, los hermanos Riera, entre otros, se encontraban ya en la vieja cárcel de Predicadores, cuando llegó Ricardo Sanz. El último de la redada.

En aquellos momentos la espaciosa sala de la cárcel de Predicadores, que era donde estaban aglomerados los presos gubernativos, estaba completamente llena. Era una causa excepcional naturalmente, y los gubernativos, pasados unos días comenzaron a inquietarse, proyectando una huelga del hambre si no eran inmediatamente puestos en libertad.

Por otra parte, los familiares de los detenidos frecuentemente se presentaban en el gobierno civil, en la Jefatura de policía a pedir la libertad de sus deudos. Se hablaba con insistencia en la calle de una huelga general si los presos gubernativos no eran inmediatamente puestos en libertad. Dicha huelga sería declarada en toda la región a renglón seguido que los presos gubernativos declararan la huelga del hambre.

La cosa se arregló a tiempo, pues todos los presos gubernativos salieron en libertad. Todos menos uno Sanz, que continuó en la cárcel, a disposición de la Dirección General de Seguridad de Madrid.

En distintas ocasiones el abogado señor Serrano Batanero estuvo en la Dirección General interesándose por la libertad de Ricardo Sanz, cosa que después de insistir mucho logró pasados seis meses.

La puesta en libertad de Sanz en Zaragoza fue una cosa puramente formularia. Un policía secreta lo acompañó de Jefatura a la estación

donde debía coger el tren, cosa que hizo. La policía de Barcelona había sido avisada por la de Zaragoza del tren y hora de llegada de Sanz a la estación del Norte en Barcelona. Cuando llegó el tren, la policía de la ciudad condal ya estaba preparada para recibir al presunto detenido con todos los «honores». Pero...

Pero pasó una cosa, y fue que Sanz no llegó con el tren a la estación del Norte de Barcelona. Se apeó en San Andrés, cogió el autobús y antes de que el tren llegara a la estación, Sanz ya estaba en casa, pues habitaba en la barriada de Pueblo Nuevo. Fueron solo unos minutos los que estuvo en casa, el tiempo justo de abrazar a sus familiares y avisar para su relación con ellos en lo sucesivo.

La policía, al verse frustrada, reaccionó inmediatamente yendo al domicilio de Sanz. Este aún no hacía un cuarto de hora que había salido de casa. Sabiéndose perseguido, era muy difícil que la policía detuviera a Sanz en Barcelona.

La consigna dada por los dirigentes del Partido Socialista Español y de la U.G.T., a sus afiliados de colaboración con el régimen dictatorial era escrupulosamente seguida par éstos. Nada de oposición abierta incontrolada al régimen. Para eso estaban las Delegaciones del Trabajo, con sus Comités Paritarios. Para eso tenían su representación en lo más alto, en el Consejo de Estado.

En Asturias, donde de todos los tiempos los obreros mineros asturianos habían ido a la vanguardia de la lucha social, de clase, en la época de la dictadura de Primo de Rivera los mineros, en su mayoría controlados por el Sindicato Minero Asturiano, de filiación ugetista, se mantuvo en la más completa inactividad.

Su secretario, Llaneza, afiliado dirigente del Partido Socialista Obrero Español, a falta de algo útil que hacer, se pasaba el tiempo en el café Astur de Mieres, explicando anécdotas en tertulia de amigos.

En cambio en la Duro Felguera y la mina del Fondón, donde los obreros eran en su inmensa mayoría anarcosindicalistas afiliados a la C.N.T., estos trabajadores estuvieron siempre frente a la dictadura y no reconocieron jamás las instituciones oficiales de la misma.

En Gijón, otro centro importante del anarcosindicalismo asturiano, ni los militantes ni los afiliados aceptaron jamás las leyes de la dictadura.

Naturalmente que, como en todas partes, donde los obreros se declararon en rebeldía contra el régimen imperante, las consecuencias fueron funestas.

Había en Gijón un capitán de la Guardia Civil que se llamaba EIisardo Doval, discípulo predilecto de Martínez Anido, que tenía aterrorizada a toda la oposición de la cuenca minera. Sobre todo a los hombres de la C.N.T. y en particular el fuerte grupo de anarquistas de la Felguera del cual hablaremos detalladamente en otro capítulo.

Doval estuvo siempre al servicio personal de Anido. Más que como oficial de la Guardia Civil, Boyal era una especie de detective rural. El era el que desempeñaba todas las funciones de policía y era personalmente el que intervenía en todas la cuestiones cuando se trataba de realizar detenciones, interrogar los detenidos y hasta de apalearles en muchas circunstancias.

El capitán Doval más que un oficial era un energúmeno, un verdugo. Todos le temían por su manera brutal de comportarse con los detenidos y sus familiares, cuando éstos iban al cuartel de la Guardia Civil a interesarse por ellos.

En los tiempos de su actuación activa, en la represión de las luchas sociales en Asturias, se contaban hechos horrorosos cometidos por él con los detenidos.

A pesar de las persecuciones, de la mordaza por la censura, del soborno, de todos los medios de información de que se valía la dictadura, en el mundo entero se conocía lo que ocurría en España.

Sobre todo en Francia, donde la emigración política española, además de ser muy numerosa, contaba con hombres de la talla intelectual de Miguel de Unamuno, Blasco Ibáñez, coronel Francisco Maciá, e infinidad de otros que eran la garantía de una campaña de condena contra el régimen militarista reinante en España.

El descrédito, la repulsa a la dictadura cada día se hacía más ostensible, tanto en el extranjero como en el interior del país.

Producto de esa situación de hostilidad creciente, para acallar ciertos rumores y también en plan de desafío, como ya había ocurrido anteriormente en Cataluña, el proyectado viaje del rey Alfonso XIII a París, se convino con el gobierno francés se verificaría en el mes de junio de 1926.

La situación era embarazosa para el gobierno francés, habiendo el precedente de lo ocurrido en Marsella, hacía poco tiempo. La policía francesa, a pesar de su organización, del control riguroso de los extranjeros en Francia, no había podido evitar el atentado de Marsella, que costó la vida al rey de YugoesIavia y al Presidente del Consejo de ministros, señor L. Barthou, llevado a cabo por un yugoeslavo, que fue muerto en el acto del atentado.

En 1926, en Francia y Bélgica se contaban por millares los exilados políticos y era muy difícil en esas condiciones asegurar que nada ocurriría al rey Alfonso XIII en su visita a París. La policía no ignoraba tampoco la calidad de los elementos emigrados, y por tanto era de suponer y más que de suponer, era seguro, que se intentaría algo muy serio contra Alfonso

En aquellos momentos, huyendo de la bárbara represión en España, todos los compañeros del grupo los Solidarios que no estaban presos, ante la imposibilidad de una actuación eficiente, decidieron marchar a Francia.

García Oliver, que había salido del penal de Burgos después de haber cumplido la condena, así como Alfonso Miguel, que se pasaba la mayor parte del tiempo en la cárcel de Barcelona, detenido gubernativo, decidieron también marchar a París, a reunirse con el resto del grupo.

Así se dio el caso que, en la fecha que Alfonso XIII llegó a París, 6 de los componentes del grupo los Solidarios se encontraban en la capital de Francia.

El día antes de la llegada del rey de España a París, fueron detenidos Francisco Ascaso, Buenaventura Dunuti y Gregorio Jover por la policía. Se les encontró a cada uno de ellos una pistola.

Escusa decir que la noticia fue algo sensacional en el mundo entero. Aunque los detenidos negaron la acusación de la policía de que se proponían atentar contra la vida de Alfonso XIII, por no haber logrado realizar el hecho, era de suponer que su propósito era ése.

El atentado estaba preparado por partida doble, pues había otros tres conjurados que esperaban el paso del rey de España, armados de rifles, por un itinerario que éste no hizo, sin duda alguna hecho adrede para desorientar o fustrar la realización del atentado.

Una vez más, el último rey de España estuvo de suerte, paseándose por Francia sin que le ocurriera nada grave.

«Le rol charmantn», el rey simpático como lo llamaban los franceses, de cartón, volvió a España cubierto de gloria.

A partir de entonces, más que nunca ya no solamente los exilados españoles sino todos los hombres de espíritu liberal, franceses o no, emprendieron una campaña de crítica y más que de crítica, de condena contra la dictadura española, confabulada con la monarquía.

La detención de Ascaso, Durruti, Jover, según la opinión general más que un hecho de prevención había sido un hecho de provocación por parte de la policía francesa, confabulada con los verdugos que decían gobernar a España en aquella época.

El gobierno dictatorial de Madrid, inmediatamente hizo una demanda de extradición de los tres detenidos, para ser juzgados en España, cosa que puso en vilo a toda la opinión francesa, pues ello demostraba que efectivamente el hecho del viaje del rey a Francia había sido una burda provocación ya no solamente a los refugiados españoles, sino al pueblo libre de Francia.

El prestigioso abogado Henri Torres se hizo cargo de la defensa de los detenidos.

El proceso de Ascaso, Durruti y Jover en Francia fue en realidad el proceso contra la dictadura de Primo de Rivera en España. Dicho proceso tuvo una repercusión y una resonancia mundial. Hablar de Ascaso, Durruti, Jover, no importa en qué reunión de descontentos, en qué manifestación de protesta, en qué mitin de propaganda, era lo suficiente para poner en vilo a las multitudes.

Jamás hubieran podido soñar los tres detenidos en una aureola y en una celebridad tan efectiva.

Ascaso y Durruti eran bien conocidos en los medios sindicales y revolucionarios de España. Jover lo era en el Sindicato de la Madera de Barcelona, si bien no pertenecía hasta entonces al grupo los Solidarios. Decimos hasta entonces, porque a partir de su detención los Solidarios lo consideraron como uno de los componentes del grupo.

La ola de indignación en Francia, Bélgica y otros países, contra el régimen dictatorial de España fue ganando posiciones de día en día por

doquier. En el interior de España repercutió a base del descrédito que llegaba a la rechifla. El gobierno francés no solamente no dio la extradición de los detenidos sino que toleraba en Francia una campaña bien orquestada, en todos los aspectos, contra el gobierno y contra la monarquía.

Producto de esa agitación, los elementos más activos y sobre todo los más decididos, en la lucha por la libertad, principiaron de nuevo a inquietarse mirando hacia España. El clima que se respiraba en el extranjero había que trasladarlo al interior. Era allí donde se debía librar la batalla final.

Después de la detención de Ascaso, Durruti y Jover, el grupo los Solidarios, quedó de nuevo dislocado en Francia. García Oliver, trabajando de barnizador, Alfonso Miguel de ebanista y Aurelio Fernández, que había permanecido imposibilitado durante muchos meses a causa de la rotura de un tobillo, cuando escapó de las prisiones militares de Zaragoza, también estaba trabajando en un taller de mecánico.

Reunido el grupo, después de examinada la situación en París, tomaron la determinación de volver a España. La defensa jurídica de los tres detenidos, Ascaso, Durruti y Javer corría a cargo de Henri Torres, y la campaña de agitación y de protesta, contra todas las cosas relacionadas con la dictadura militar de España, continuaría sin interrupción bajo los auspicios de Sebastián Faure, escritor libertario francés, y de los intelectuales de todas las tendencias, tanto españoles como extranjeros que se habían impuesto la misión de luchar por la libertad de España.

La Librería Internacional y la Enciclopedia Anarquista continuarían funcionando según la orientación dada en el momento de su fundación, teniendo en cuenta que el objetivo principal, consistía en el aspecto primero, de la liberación de los tres detenidos, de la campaña contra la dictadura militar de España y por último, de la propagación de las ideas anarquistas a través de las fronteras.

Mientras se tramitaban las cosas para emprender el viaje de regreso a España, Ricardo Sanz, único componente de los Solidarios, aún en libertad en España, ante la imposibilidad de hacer nada práctico, y ante la posibilidad de ser detenido, decidió marchar a Francia a reunirse con el resto del grupo.

Llegado a París Sanz, se reunió con el grupo, tratando las cosas pendientes de solución. Como el ambiente y la decisión de los componentes del grupo residentes en Francia, era la de volver a luchar en España, lo demás fue fácilmente decidido.

A Sanz se le encargó la misión de volver inmediatamente a España, acompañado de un compañero que no pertenecía a los Solidarios, si bien actuaba como colaborador de los mismos. Este compañero se llamaba Paulino Sosa.

La misión era la siguiente; ir a Eibar, a visitar los fabricantes de armas Garate y Anitua, y ver la manera de gestionar la recuperación de los rifles y las municiones pertenecientes al grupo los Solidarios.

Dos días después Sanz y Sosa pasaban clandestinamente la frontera española por la parte de Irún. Llegados a Eibar, se entrevistaron en el despacho de la fábrica con los fabricantes, señores Garate y Anitua, planteándoles la cuestión.

Como Ricardo Sanz era conocido de los fabricantes la cosa no tuvo complicaciones de índole representativa. Los fabricantes se comprometieron con los comisionados que mandarían las armas al sitio que se les indicara.

Convenido así, Sanz y Sosa salieron de la fábrica donde en la puerta les esperaba la guardia civil que los llevó detenidos al cuartel. De Eibar, después de un largo interrogatorio, fueron trasladados a la cárcel de San Sebastián.

Unos días después fueron trasladados a la Dirección General de Madrid, y desde allí, a la cárcel de la Moncloa, donde pasaron 26 meses, detenidos gubernativamente.

CAPITULO VIII

Antes de marchar a Francia, Ricardo Sanz, a pesar de estar perseguido, aprovechando la circunstancia de la preocupación y del trastorno existente, tanto en España como en Francia, a causa del viaje de Alfonso XIII a París, hizo un viaje de enlace al norte de España.

Visitó Vitoria, San Sebastián, Bilbao, Oviedo, Micras, Sama de Langreo, la Felguera y otras poblaciones de la cuenca minera asturiana.

Sanz no ignoraba lo difícil que resultaba en aquellos momentos viajar por España, pero los Solidarios tenían hechas muchas experiencias y sabían que camuflándose un poco con nombre supuesto, y viajando en vagan de primera clase, o en coche cama, había posibilidades de viajar, aún estando fichado o perseguido.

En Vitoria se entrevistó con el doctor Isaac Puente y Orille. En San Sebastián con Moisés Martín y un numeroso grupo del Sindicato de pintores, con los cuales estaba de acuerdo sobre la actuación futura a realizar. En Bilbao conectó con un numeroso grupo de anarcosindicalistas, entre los que figuraban los hermanos Vergara, Teófilo y Germán, el primero ciego, Agapito Gonzales, Vallejo, Alvarez y otros.

Ese grupo de militantes actuaba en Bilbao con grandes dificultades frente a los colaboradores de la U.G.T. La dictadura impedía por todos

los procedimientos el desenvolvimiento sindical y político no oficial. En materia sindical todos debían someterse a las Delegaciones del Trabajo y a los comités paritarios. En la política una represión draconiana contra el separatismo. La U.G.T., como la Unión Patriótica, tenían el beneplácito oficial y podían dormir tranquilos, mientras que los opositores con motivos o sin ellos, se pasaban la vida en la cárcel, cuando no procesados gubernativos.

Algo parecido ocurrió en la cuenca minera Asturiana, En Oviedo, Amador Fernandez, Belarmino Tomás, Gonzalez Peña y otros, hacían la vida de santones. En Mieres, Llaneza era una especie de pastor, más que secretario del sindicato minero asturiano. El capitán de la guardia civil de Gijón, Elisardo Doval, que era el árbitro de todo lo relacionado con el orden público, no tuvo necesidad de meterse jamás con los dirigentes de la U.G.T. en Asturias. Estos, como buenos discípulos y disciplinados, seguían las consignas de Madrid, de colaboración.

No ocurrió igual en Gijón y la Felguera, donde el movimiento anarcosindicalista era mayoritario. Boyal aprovechaba todas las circunstancias ya no solamente para molestar a los hombres de la C.N.T. sino para castigarles, ensañándose con ellos.

En una ocasión tuvo la confidencia o la sospecha de que residía en Gijón el comité clandestino de la C.N.T. A partir de entonces no hubo un momento de tranquilidad en casa de los militantes más destacados de Gijón. El capitán Maquiavelo lo ensayó todo para lograr descubrir quienes eran los componentes del comité nacional clandestino de la C.N.T., desde el registro domiciliario de noche, la detención inopinada, hasta el simulacro de fusilamiento de los detenidos fue puesto en práctica.

La obsesión más grande del «civilón» fue siempre La Felguera. El capitán Rocambole sabía que La Felguera era enteramente anarcosindicalista, que los obreros de los Altos Hornos de la Duro Felguera igual que de la mina El Fondón eran de la C.N.T., y que por nada dejarían de serlo, renunciando a su ideario. Por eso, el capitán fantoche no se atrevió jamás a atacar La Felguera, porque sabía que aquello era un fortín.

El grupo los Solidarios había estado siempre en contacto con los revolucionarios de la Felguera. Por eso Sanz no quiso marchar a Francia sin entrevistarse con el grupo de la Felguera una vez más. Su llegada fue

de incógnito y sin llevar equipaje. Medio desfigurado, sin preguntar nada a nadie, fue a una dirección de él conocida, donde como es natural no esperaban tal sorpresa.

La reserva fue absoluta. Ni durante la estancia, ni después de la misma nadie supo que Sanz había estado en La Felguera. Nadie naturalmente, menos los que tuvieron que reunirse con él varias veces. La impresión de la visita fue excelente, tanto del visitante como de los visitados. En aquellos momentos los revolucionarios de la Felguera estaban ocupados en la tarea de montaje de fusiles; explicaron al recién llegado que ya tenían varias docenas de ellos completamente terminados.

La operación consistía en que estaban en relación con varios compañeros que trabajaban en la fábrica de armas de Oviedo. Éstos sacaban las piezas de las armas y luego se montaban en un lugar habilitado a tal fin, donde Sanz pudo comprobar que no solamente hacían fusiles sino también dos ametralladoras pesadas «Honts Kiss», casi terminadas.

Después de tratados todos los asuntos de interés con el visitante, se tuvo una última reunión de despedida. Asistieron a la misma la mayor parte de los que se requirió su presencia, entre los que se encontraban, Eladio Fanjul, Gerónimo Riera, Pedro Martín, Gerónimo Martín, Teofilo Gutierrez y algún otro más.

En dicha reunión, Sanz les prometió que su estancia en Francia sería muy breve, lo más breve posible. Un fuerte abrazo a cada uno de los asistentes selló aquella memorable reunión. Tal como había entrado en el pueblo, salió de la Felguera, de noche, medio camuflado y sin equipaje, el último componente del grupo los Solidarios que quedaba en España, en libertad, en dirección de San Sebastián, donde le esperaban los compañeros de la localidad para indicarle el paso seguro de la frontera francesa, cosa que hizo Ricardo Sanz momentos después de su llegada al sitio indicado.

Lo que ocurrió después ya está consignado en el capítulo anterior, por cuyo motivo no hay necesidad de añadir nada más. Sanz fue a la cárcel una vez más con la satisfacción del deber cumplido.

El ambiente español en Francia de cara a un esfuerzo común por la libertad en España, era magnífico. Todo el mundo deseaba ser útil y aportar su esfuerzo para liberar a España. Eso, sin embargo, no era sufi-

ciente. Había que crear en el interior de España el clima que permitiera la posibilidad de un golpe de fuerza, de varios golpes si era necesario, que permitiera la efectividad de una acción mancomunada de todos los opositores al régimen dictatorial.

En Francia se había hecho, se estaba haciendo todo lo posible, todo lo necesario en el propósito de condena de la dictadura militar de España, cosa que en el interior tuvo una gran repercusión.

A partir del año 1927 la oposición al régimen dictatorial principió a canalizarse de cara a la acción colectiva. La opinión iba de día en día haciéndose más consciente y decidida. Aunque de manera graduada, el miedo iba desapareciendo poco a poco y la necesidad de un cambio político se hacía sentir cada vez más.

Los mismos que hasta hacía poco habían colaborado con el régimen imperante, si no estaban muy comprometidos procuraban situarse de cara a un cambio más o menos próximo.

A pesar de los medios represivos con que contaba la dictadura, a pesar de la censura, de la mordaza y de toda la acción draconiana de los medios represivos, en España se conocía la campaña de descrédito y de condena que en muchas partes del extranjero se hacía contra la dictadura militar española.

En los cuarteles, los oficiales no afectados, aunque en proporción muy reducida, no escondían su opinión de condena al régimen. Ello hizo que varios de ellos fueran detenidos y encarcelados por rebelión. En un momento determinado, solo en el castillo de Montjuich de Barcelona había varios oficiales presos por distintos hechos de indisciplina. Entre ellos se encontraban el capitán Juan Perea Capolino, Fermin Galán, también capitán y el capitán Sancho, que murió en dicha prisión.

Ello no impedía que los comités regionales estuvieran informados de todas las cosas y hechos importantes, tanto en el plano nacional como internacional, cuando se trataba de cosas relacionadas con España. Las cárceles, siempre las cárceles, eran las primeras que captaban las noticias importantes fuera donde fuera que los hechos se produjeran. La fuente de información más segura y fidedigna era siempre la cárcel.

El aparato policíaco y represivo no encontró jamás la manera de impedir que las noticias llegaran a la cárcel. En la cárcel estaban todos presos,

allí no se podía ya detener a nadie. Las fuentes de información, además de naturales, eran justas. Nadie más que los presos tenía el derecho al privilegio de conocer al día las cosas que ocurrían en la calle.

En distintas ocasiones se intentó por la policía de desmantelar el sistema de información de la cárcel. Ni presos pagados ni detenidos postizos, ni oficiales de prisiones confidentes. Nada, absolutamente nada, de todos los ensayos tuvo ninguna efectividad. Y no podía tenerla, si se tiene en cuenta que había presos que estaban muy bien relacionados con la dirección del establecimiento, con el médico, con la monja que servía el rancho, con el jefe del economato, con el cartero, y en fin, con toda la gente bien informada, cosa que como es natural revertía infaliblemente en el seno de la comunidad, de los privados de libertad. Había otros varios procedimientos que la discreción nos aconseja silenciar.

Por todos esos medios de información se sabía que Juan García Oliver había sido detenido en Navarra, después de haber pasado la frontera y que había sido encarcelado en la cárcel de Pamplona.

También se sabía que Aurelio Fernández había sido detenido en Bilbao, días después de haber pasado la frontera y su compañera María Luisa Tejedor.

A más de Aurelio Fernández, fueron detenidos en Bilbao Saturnino Aransaez, Generoso Trucheros y Mariano Pelaez.

En Oviedo fue detenido Ceferino Fernández, hermano de Aurelio.

En Gijón fueron detenidos Segundo Blanco, Amalio Sarabia y un compañero de Canarias que días después fue asesinado por Doval en el puerto de Pajares, al ser trasladado en tren a Madrid.

En la Felguera fue detenido Eladio Fanjul. En Santander Lázaro Sierra.

En Madrid fueron detenidos, en el barrio de Vallecas, Urbano Cafiardo, Manuel Gómez, Joaquín Aznar y otros.

Todos esos detenidos fueron llevados incomunicados a Madrid, menos García Oliver que quedó en la cárcel de Pamplona, y encartados en un proceso de gran resonancia. Según la policía achuchada por el "monstruo", lease Martínez Anido, Ministro de la Gobernación, como autores de un complot para atentar contra la vida de Alfonso XIII y Primo de Rivera.

Los detenidos y procesados por la jurisdicción militar eran en total unos veinte. Conocidos los hechos en España y en el extranjero, la campaña de protesta contra la dictadura en España tomó la forma de un diluvio.

Todos los exiliados políticos buscaban la manera más rápida para marchar a luchar a España. Un verdadero desbordamiento de entusiasmo se apoderó sobre todo en los medios libertarios. La consigna era «a casa».

No obstante, la hora definitiva no había sonado aún. A medida que se recibían las noticias y también las orientaciones, las pasiones se serenaron, entrando en la vía de la serenidad y de la reflexión, estudiando los planes a realizar en vistas a hechos tangibles.

En España las cosas de la resistencia activa al régimen cada día se formalizaban más. Se dice en un proverbio campesino español que el miedo guarda la viña. Pero no se ha dicho aún que cuando se pierde el miedo el hombre puede ir directamente al abismo. Es lo que había que evitar a toda costa.

Hechos parecidos a los ocurridos en Vera del Bidasoa y en el cuartel de Atarazanas de Barcelona, con sus dolorosas consecuencias, debían evitarse a toda costa.

La atención general del país se concentraba sobre Madrid. En realidad, los observadores se daban cuenta que la Dirección General de Seguridad más que un centro oficial en normal funcionamiento, parecía un cuartel general de estado mayor, en guerra. ¿Qué pasa? ¿Qué ha ocurrido? se preguntaba la gente de la calle, esa gente que por regla general no se ocupaba de nada.

El estado de preocupación duró en la opinión cierto tiempo, pasado el cual, pareció llegada la calma y la tranquilidad, sobre todo en los que no estaban implicados directamente en la partida capital que estaba en juego.

La cárcel de Madrid se convirtió por algún tiempo en centro neurálgico de la situación nacional en lo político y conspirativo.

Los presos que habían sido complicados en el llamado complot de Vallecas, recientemente detenidos, estaban incomunicados con guardias exteriores a la vista. No había ya confianza ni con los oficiales de prisio-

nes. El juez instructor de la causa estaba casi permanente en la cárcel y aún así la incomunicación de los detenidos duró más de dos meses.

A pesar de las rigurosas medidas tomadas por la policía para impedir que se comunicaran entre sí los encartados en el proceso, no hubo grandes contradicciones ante el juez en las declaraciones de unos a otros.

En el pasillo, en la enfermería, en la ducha, en el cruce de miradas y en fin, en el ambiente, se notaba que no había gravedad y que el proceso se haría voluminoso e interminable.

Daremos a continuación la relación aproximada de los procesados con algunos pequeños detalles para completar nuestra información.

Procesados que comparecieron ante el consejo de guerra celebrado en el mes de febrero de 1931:

Urbano Cafiardo, Joaquín Aznar, Manuel Gómez, Mariano Pelaez, Aurelio Fernández, María Luisa Tejedor, Saturnino Aranzaez, Segundo Blanco, Eladio Fanjul, y Lazaro Sierra.

Para Generoso Pruchero y Sarabia se retiró la acusación y Ceferino Fernández, como durante la incomunicación perdió sus facultades mentales, estaba internado en el manicomio; desde luego en concepto de detenido, desde el 26 de diciembre.

Parecerá hecho adrede, que hasta ahora a lo largo de esta biografía, no hayamos hablado del movimiento comunista en España, y decimos del movimiento comunista porque hay que denominarlo de alguna manera. En España, ni antes ni durante la dictadura de Primo de Rivera, existía el partido comunista. Se habla mucho del oro ruso. El oro ruso no fue capaz en España de atraer el proletariado español. Se explica que fuera así. A pesar de los esfuerzos que el equipo de Stalin hizo para lograr la formación del partido comunista español, nada efectivo logró durante muchos arios.

La información que se tenía en España, sobre la marcha de los acontecimientos políticos y sociales en Rusia, confirmaron plenamente lo que Ángel Pestaña había dicho y escrito a su regreso de dicho país.

La dictadura del proletariado era la dictadura del partido comunista, cuyo secretario indiscutible era Stalin. Este Stalin tenía en Rusia poderes ilimitados.

El hecho de la eliminación de Bujarine, autor célebre del A.B.C. del comunismo, de los revolucionarios de primera línea como Sinovieff, Kemenef y otros, envolvían en una nebulosa nefasta a la dirección del movimiento de la postrevolución rusa.

Los revolucionarios españoles que habían vivido casi permanentemente en dictadura con todos los partidos reaccionarios confabulados con el militarismo, la iglesia y la aristocracia, no aceptaban de ninguna manera eso de la dictadura, aunque esta se llamara del proletariado. Es por esto seguramente por lo que la C.N.T. en su definición finalista dice que preconiza la implantación del comunismo libertario, después de la revolución social.

Seríamos injustos sin embargo si no dijéramos que en España había unos débiles cuadros, no eran creados por los mismos comunistas españoles, ya que estos no existían.

En la cárcel de Madrid en 1928-29 habían varios de ellos, todos jefes, Bullejos, Arroyo, Jésus Hernández y Gallo. En Barcelona habían menos, Joaquín Maurin, David Rey. En Bilbao, Pérez Solís, Perezagua. En Sevilla, Ademe. En fin, apenas nada. En Valencia, Hilario Arlandis, y el doctor Bolívar en Málaga. Éste contaba solo con sus clientes.

Hay que tener en cuenta que la mayoría de los hombres que contaba el movimiento comunista español eran ramas desprendidas o bien del partido socialista, de la U.G.T. o de la C.N.T., todos ellos aspiraban, cambiando de residencia, a una posición de jefes dispuestos a imponer la disciplina del partido, tal como éste la dictara.

Fue una lástima. Nosotros lo hemos dicho en otros lugares muchas veces, a la dirección del comunismo ruso que el segundo país de Europa, después de Rusia, debía ser España el que hiciera la revolución social y estableciera el comunismo. El comunismo sí, pero no el comunismo ruso, el comunismo español. Es decir, el comunismo libertario. Como seguramente estaremos obligados a insistir sobre la materia más tarde, entonces expondremos nuestro punto de vista más concretamente.

Los Socialistas y la U.G.T. por su parte no daban fe de vida, es decir, vivían encantados como si nada ocurriera en España. En la cárcel había de todos los sectores de opinión, sindicalistas, separatistas, abogados, escritores y hasta «chisteras». Sobre todo éstos, en la cárcel de Madrid y

Barcelona, abundaban, así como los estudiantes desafectos al régimen. A propósito de una idea genial de Primo de Rivera, se hicieron por todas partes muchos chistes. La idea consistió en llamar a todos los alcaldes de España a Madrid.

Convocados por el dictador, se presentaron en Madrid todos los alcaldes de todos los pueblos de España. Los gastos de viaje y estancia en la villa y corte iban a cargo de los respectivos Ayuntamientos.

Como la asistencia era obligatoria, Madrid fue invadida por todos los energúmenos y caciques de España. Toda la unión, la unión patriótica claro está.

Fue un caso único. Seguramente el más cómico cometido por la dictadura militar. Fue un verdadero desorden organizado. Las calles principales estaban intransitables. Las casas de prostitución abarrotadas. Los cines y teatros invadidos y los cafés más que al completo.

Los carteristas trabajaban a pleno rendimiento y los patrioteros iban buscando las comisarías para presentar las denuncias de la cartera desaparecida. Uno de los chistes: Camarero, «traiga un directorio». El Camarero aparecía poco después con una copa de vino de Jerez, que representaba Primo de Rivera y 12 percebes, que representaban sus ministros. Otro menos chistoso: En un anuncio del producto del «Regenerador paz de caballo», en Madrid, en la orla de dicho anuncio se leía perfectamente ((Primo de Rivera es un marica y algo más». Excusa decir que los ejemplares de la revista que publicaba el anuncio no solamente se agotaron enseguida sino que se vendían a precio de oro. Su autor, un joven dibujante que se apellidaba Melendreras, se pasó una larga temporada en la cárcel por dicho motivo.

Contrariamente a lo que ocurría en los primeros arios de dictadura, que los enemigos del nuevo estado de cosas procuraban salvarse, pasando la frontera o viviendo discretamente escondidos en España, a partir de 1928, se operó la corriente contraria. Los opositores y enemigos de la dictadura ya no se escondían, ni se resignaban a vivir en el extranjero. Una saludable resurrección se operaba por doquier.

Las cárceles estaban repletas de conspiradores. La vigilancia del paso clandestino de las fronteras era considerablemente reforzada para

impedir la entrada en España tanto de extranjeros como de los propios españoles.

La consigna dada era, « enemigo que huye puente de plata ». « Enemigo que se acerca hay que meterlo fuera de combate ». La salida de España era libre, la entrada implicaba la cárcel.

Ya a nadie le hacía miedo la cárcel. Bastaba que se diera una orden para que todo el mundo se creyera obligado a no cumplirla. Todo el mundo no, todo el mundo no colaboracionista, entre los que no se encontraban los dirigentes socialistas de la U.G.T.

En los cuarteles la disciplina estaba resquebrajada. Aquel ímpetu, la soberbia de antaño estaban en quiebra. Los soldados se mofaban de las clases de tropa y estas hacían el desentendido cuando los oficiales y jefes de servicio pretendían dar cumplimiento a ciertas órdenes emanadas de arriba, que no tenían nada de común con las cosas estrictamente de carácter de la vida común del cuartel.

Cuando se trataba de conflictos obreros, de actos de sabotaje, o de ocupar los sitios de trabajo por huelgas, los soldados decían que ellos eran militares movilizados y no voluntarios. Que para ello estaba la guardia civil o la policía. Si había que ir al calabozo, irían al calabozo, pero ellos no harían de esquiroles, de rompe huelgas.

Cuando después de cinco años de dictadura, cuando ésta como ave perdida no sabía donde posarse para escapar a una situación de franca liquidación, cuando el ambiente se caldeaba de día en día frente al desbarajuste político, cuando, a más de los indiferentes, los aprovechados de todos los tiempos, se aprestaban a crear toda clase de dificultades al régimen para presentarse después como luchadores de primera fila y vencedores de la última batalla. Un verdadero estado de agotamiento se apoderaba ya de la selección de combatientes del primer día.

Los hogares deshechos, los familiares presos o perseguidos, el hambre, la miseria, estaba al orden del día, pues si bien existieron siempre los comités propresos, que no dejaron de actuar jamás, el radio de acción, la eficacia de los comités propresos quedaban en infinidad de casos reducida a sus posibilidades económicas, cada vez más precaria. Las cotizaciones en los lugares del trabajo se hacían cada día más difíciles a medida que la situación anormal política se prolongaba. Las suscripciones pro presos,

solamente a las personas que conocían de cerca la tragedia económica de los privados de libertad. Por regla general, se atendía antes que nada, a los perseguidos, pues estos, en la calle, aunque en libertad precaria, eran los que dirigían el movimiento de resistencia y conspiración.

Donde la tragedia revestía caracteres catastróficos era en los presidios españoles. Los condenados políticos se cifraban en muchos centenares. En todos los penales había un buen número de ellos.

Había presos políticos en el Penal del Dueso, Santoña. Había en San Miguel de los Reyes, Valencia, en el Reformatorio de Adultos de Ocaña. En Alcalá de Henares. En el Puerto de Santa María. En la Isla de San Fernándo, Cadiz, en Cartagena, en el fuerte de la Mola se encontraban los condenados por delito militar. En el penal de Burgos, los condenados como peligrosos e incorregibles. En el penal de Chinchilla. Y en fin por todo pues en España todos los desafectos al régimen vivían en libertad limitada o provisional.

En la mayor parte de esos « Centros de Purgatorio », la vida de los condenados era una prisión para los que los vigilaban, las celdas de castigo siempre estaban llenas, cuando no existía un motivo para castigar al preso, lo provocaban, ya en la comida, en el aseo, en las practicas religiosas o no importa. Se aplicaba incluso, en aquellos tiempos, el castigo corporal por medio de los llamados «cabos de vara». Ello, sin embargo, no hacía perder las esperanzas y el humor de los penados.

El rumor estaba al orden del día, en el penal, falta de otras fuentes de información se rumoreaba que iban a dar un importante indulto en una fecha más o menos breve. Un penado optimista le dice a otro: Parece ser que van a dar un indulto, que no vamos a quedar nadie aquí dentro. El otro preso de manera pesimista responde: Seguramente que vamos a salir todos. Unos detrás de otros. Si, entre cuatro tablas y con los pies delante.

La existencia en algunos penales de España era dantesca. El presidio de Burgos estaba considerado por todos, como un centro penitenciario de castigo. Había Directores de Cárcel que eran unos verdaderos verdugos, entre los que se encontraba un tal Alfonso Rojas. Ello no impedía que también en los penales había plantes y protestas ruidosas.

Difícilmente se tenían noticias en el exterior de lo que ocurría en el interior de los presidios. La censura era rigurosa. Las comunicaciones casi nulas. Se conocían los hechos solo cuando un penado que cumplía condena en un penal y debía responder de otro delito, era trasladado al lugar de referencia para ser juzgado; Entonces claro, el secreto quedaba roto. El penado, una vez en la cárcel preventiva, al lado de sus antiguos compañeros, aún no juzgados o gubernativos, se consideraba como en libertad. La cárcel preventiva, como hemos dicho ya, no asustaba a nadie. El Penal, sin embargo, todo el mundo lo temía.

Los abogados defensores de los presos políticos actuaban como tales, con una menguada libertad de acción. Aparte de eso, sus honorarios no eran regularmente por ellos percibidos a causa de la penuria económica de la Organización. El Comité Propresos no podía atender a las enormes necesidades que el volumen del movimiento jurídico les planteaba. Recurría a todas las buenas voluntades, ayudado por los familiares de los detenidos, lograba reunir algunos fondos agobiado por el déficit.

El movimiento de solidaridad por los presos de España era bastante considerable en el extranjero. Sobre todo en Francia y en América Latina. Cuando se trataba de aportaciones por vía organizada de grupos o entidades, éstas iban a parar más o menos al Comité Propresos que, aunque clandestino, en lo posible tenía sus enlaces en cuyas direcciones se recibían los donativos.

También había quienes recibían dinero para los presos de una manera particular. Entre ellos citaremos a Tomás Herreros y la Revista Blanca en Barcelona. Tomás Herreros tenía un puesto de venta de libros usados en Atarazanas. Anarquista militante de toda la vida, estaba en relación con el Comité Propresos y todos los donativos que recibía, no importaba de donde, los entregaba a dicho Comité, bajo recibo.

La Revista Blanca, o sea, la Familia Urales, por el contrario, no quiso jamás entregar el dinero al Comité Propresos, negándose así a reconocer dicho Comité. Siempre tuvo la pretensión de ser ella la que hiciera la entrega del dinero a los presos directamente, haciéndolo así.

Es lógico fuera así, si se tiene en cuenta que la Familia Urales no pertenecía ni a la C.N.T. ni a la Organización específica. A más de eso, actuaban perfectamente dentro de la ley dictatorial, por cuyo motivo no

fueron molestados en sus negocios de editores de libros y folletos, así como de la Revista Blanca por estar todo sometido a la Censura militar.

Jamás ningún miembro de la Familia Urales fue perseguido; ni encarcelado por oposición a la Dictadura.

Ocurrió con la Familia Urales una cosa parecida a lo ocurrido con el Partido Socialista Español y la U.G.T.

En una ocasión, por indicación del Comité Propresos de Barcelona, el Comité Nacional de la C.N.T., que entonces residía en dicha ciudad, encargó a uno de sus componentes de visitar la Familia Urales, al efecto de lograr que ésta entregara los fondos de los presos al Comité designado para los mismos. El delegado por el Comité Nacional, que a la par formaba parte del mismo, no solamente no logró sus propósitos, sino que un miembro de la Familia Urales lo sacó de su casa a empujones. Dicho compañero se llamaba Pedro Foix (Delaville).

Nos limitamos a señalar el episodio, sin hacer ningún comentario.

En cuanto a la honradez de la distribución a los presos del dinero recaudado por la Familia Urales, no podemos decir nada, ya que estos jamás admitieron el control de nadie, ni dieron cuenta detallada de nada. Por eso nos encontrábamos en período de clandestinidad. Lo que sí podemos asegurar que hubo presos que se negaron a recibir el dinero mandado por ellos.

A final del año 1928 hecho un recuento de la situación interior del grupo los Solidarios y el balance no podía ser más desconsolador. Tres de sus componentes muertos en la lucha. Tres presos en Francia. Tres cumpliendo condena. Tres presos en la cárcel de Madrid y uno preso en la cárcel de Pamplona. Quedaban dos en libertad en Francia, que por su inactividad, habían perdido todo contacto con el resto del grupo. Estos eran García Vivancos y Alfonso Miguel.

En la cárcel de Madrid la situación de los detenidos políticos era poco envidiable sobre todo de los presos que no tenían familia en Madrid o alguien que se cuidara de ellos en el sentido de lavarles la ropa y sacarles alguna vez a comunicar.

El Comité Propresos de Madrid mucho más aún que el de Barcelona se veía imposibilitado de atender a los presos en lo más imprescindible

a causa del enorme contingente de presos y a la escasez de ingresos en el mismo.

La mayor parte de los presos estaban obligados a lavarse ellos mismos la ropa. Nadie los sacaba a comunicar, encontrándose incluso con dificultades para poder conseguir el sello necesario para escribir al exterior.

La comida era de calidad inferior e insuficiente para los presos que no tenían otra cosa que recompensar su alimentación.

Había sin embargo algunas cosas buenas en la cárcel de Madrid. Los patios de las galerías, sobre todo de la primera, eran muy amplios. El servicio de duchas muy asiduo y sobre todo había una biblioteca que era obra de los mismos presos, cosa verdaderamente extraordinaria. Había en dicha biblioteca varios centenares de volúmenes todos de autores más o menos seleccionados.

Entre otros, se encontraba Unamuno, Valle Inclán, Pío Baroja, Pedro Mata, Pérez Galdós, Ortega y Gasset, Ramón y Cajal, Vargas Vila, Lope de Vega, Calderón de la Barca.

Todo lo más selecto de la literatura clásica se encontraba al alcance de los privados de libertad, y ello era la obra de un día y otro día de trabajo, de los presos y de sus simpatizantes del exterior.

Cuando se publicaba un libro interesante, inmediatamente uno y a veces varios ejemplares iban a los presos. El encargado de la biblioteca estaba en relación directa con las editoriales y en algunos casos con los propios autores que mandaban los libros gratuitamente y a veces con dedicatorias.

También se organizaban conferencias, todas ellas muy interesantes. En las horas del paseo se reunían en el patio por grupos, las conferencias por regla general eran muy concurridas, a más había también cursillos de geografía, historia y también se enseñaba a leer y escribir a los analfabetos. Estos abundaban mucho entre los presos comunes.

En las cárceles preventivas de España hay en ellas un departamento de «Celdas de Pago», por regla general éstas celdas de pago se encuentran habilitadas al efecto en una de las galerías. En Madrid las «Celdas de Pago» se encontraban en la primera galería. Por allí pasaban médicos, abogados, ingenieros, toreros, escritores, de todo menos curas y militares. Había algunos de esos presos que se pasaban la vida sin salir de la celda,

pero había la mayoría de ellos que inmediatamente se familiarizaban con el resto de los detenidos, sin olvidar que allí dentro todos eran iguales.

En esas conferencias y cursillos a que nos referimos más arriba se daban casos bien edificantes. Como es fácil de suponer, los conferenciantes y profesores por regla general eran ingenieros, escritores, ahogados, etc. El resto eran trabajadores manuales, revolucionarios que algunos de ellos llevaban presos hasta 4 años. Cuatro años que habían pasado estudiando noche y día.

Al terminar el conferenciante su conferencia o el profesor su curso, eran interrogados por esos compañeros de cautiverio, sobre aspectos no bien definidos que solían ser la admiración de todos, sobre todo de los que ocupaban las celdas de pago.

Una vez un conferenciante para terminar su peroración dijo: Aquí entre los que escuchan hay muchos, muchísimos que sin haberse dado cuenta saben tanto como nosotros que hemos pasado por las Universidades.

El complot de Vallecas que tanto revuelo había dado durante muchos meses quedó en el ostracismo. Ya nadie hablaba de ello. No obstante todos los detenidos con motivo del mismo continuaban en la cárcel procesados.

El Juez Instructor, después de haber agotado todos los recursos a su alcance, no había podido encontrar ningún motivo de delito lo suficientemente sólido para llevar a los procesados delante del Tribunal Militar que debía inexorablemente condenarlos.

Ante la falta concreta de pruebas convincentes, optó por archivar el proceso, en espera de algo que no llegaba que le permitiera de nuevo desenvolver el voluminoso alegato.

Y mientras tantos, a lo largo del recinto de la vieja Cárcel de la Moncloa se oía durante la noche «Centinela Alerta» — «Alerta está».

Hacía muchos días que reinaba un malestar general en la cárcel. Se aseguraba que para descongestionar el establecimiento de la enorme cantidad de detenidos, un número determinado de presos comunes serían trasladados al Penal de Alcalá de Henares. Inmediatamente que se supo ésto, los presos políticos y sociales se pusieron en acción para evitar se cometiera tal atropello e injusticia.

Las notas pasaban de una a otra galería y las reuniones y acuerdos eran concretos. Nadie debía prestarse a ejecutar tal orden si es que llegaba. No se podía aceptar el precedente ya que primero serían los presos comunes y a continuación serían los demás. Los presos comunes debían negarse a tal maniobra y el resto de los presos por solidaridad declararían un plante en toda regla. Se negarían a salir de la celda e ir a la comunicación, a comida y en fin, a obedecer las órdenes. Cuando el Director tuvo conocimiento del propósito de los presos, de todos los presos, éste encargó a su ayudante que explorara el ambiente general.

Cuando el ayudante en conversación particular con uno de los presos más representativos por su conducta y su seriedad alegaba que la operación favorecería a la población reclusa en general, el preso en cuestión le respondió:

En esta cárcel hay infinidad de presos que no están sometidos a proceso alguno. Es decir, que están a disposición de la Dirección General de Seguridad. Con ordenar la libertad de esos detenidos, el problema queda definitivamente resuelto.

Excusa decir que el argumento era de peso y el ayudante no hizo ninguna objeción a lo dicho por el preso. El traslado quedó sin efecto.

Ese mismo problema estaba planteado en Barcelona, aun con carácter más agudo. Sin embargo allí hubo solución. Por orden gubernativa se habilitaron dos transatlánticos en el Puerto. El Manuel Arnus y el Uruguay, dos cárceles flotantes con más de 600 presos cada uno. Los presos que contenían estos dos buques eran todos gubernativos. Se encontraban muchas personalidades políticas, entre ellas, los Abogados Luis Companys y Juan Casanovas. Los dos de la Izquierda Republicana de Cataluña. La vida en la cárcel flotante era más agradable que en la prisión celular, más aire, mejor comida y más libertad de acción. No había ningún sistema de comunicación organizado y por dicho motivo la comunicación era permanente. Los familiares y amigos de los presos tenían la posibilidad de acercarse a los presos bien por mediación de botes a remos o bien por los muelles cerca de los dos navíos. La vigilancia interior era casi nula, los presos se acostaban o levantaban cuando lo creían conveniente.

Las Bodegas habían sido habilitadas para dormitorios. Los comedores eran magníficos y se servían de cubierta para paseo, tomar el sol y el aire marino.

Era una atracción para los presos la entrada y salida de buques en el puerto, el vuelo de las gaviotas chillonas y carnívoras que revoloteaban constantemente alrededor de los barcos en espera de recoger sobre el agua los restos de la comida que se les lanzaba.

La vista de la causa del proceso Ascaso, Durruti y Jover en París fue, después de tanto ruido, una cosa secundaria. Se condenó a los procesados por tenencia ilícita de armas y a la expulsión de Francia.

Cumplida la condena escogieron como país de residencia Alemania. En Alemania no les fue posible por diferentes razones residir, cogiendo como nuevo punto de residencia Bélgica. Fue en Bruselas donde se instalaron definitivamente.

García Oliver y dos compañeros más que estaban procesados en la cárcel de Pamplona por paso clandestino de la frontera y por propaganda clandestina también fueron condenados.

Juan García Oliver a 8 años de prisión y los otros dos compañeros a 2 años cada uno. García Oliver cumplió la condena en el Penal de Burgos. Como queda consignado más arriba, a partir de 1925 el anarquismo organizado en España virtualmente está casi completamente desarticulado. Los anarquistas, «sus grupos», no existen como tales a causa de la encarnizada persecución que son objeto los hombres calificados como revolucionarios.

La ficha policíaca es la única ley que impera. La policía no se detiene en hacer distinción entre anarquistas y sindicalistas. Por eso, cuando se habla del anarcosindicalismo español ellos representan el denominador común de todas las fuerzas revolucionarias y activas residentes en España, en el período histórico que estamos comentando.

Aparte de un número relativamente reducido de jóvenes militantes no fichados y de algunos otros que trabajan y actúan con mucha discreción, el resto ha tenido que pasar la frontera, esconderse en España y los más están encarcelados. El caso del grupo «Los Solidarios», que en un momento dado no había ninguno de sus componentes en libertad en

España, era el caso de la totalidad de grupos anarquistas en el territorio español.

En esas condiciones en 1927 se reúnen en Valencia un puñado de anarquistas, cuya cantidad aproximada no podemos precisar en estos momentos, con el premeditado propósito de vigorizar la organización anarquista, ya que los antiguos Comités Regionales como tales no dan fe de vida ni actúan de manera coordinada entre sí.

En dicha reunión o pleno se acuerda constituir la F.A.I. (Federación Anarquista Ibérica). La palabra Ibérica era porque incluían en dicha organización al movimiento anarquista de Portugal.

Esa Organización y sus acuerdos quedaron «en pañales». Decimos eso porque en realidad no tuvo continuidad. Solo en 1929 cuando se perfila un resurgir efectivo en el conjunto de la opinión española el Comité Peninsular de la F.A.I. lanza su primer manifiesto a la opinión pública, manifiesto que no tuvo como es natural otro valor positivo que el de darse a conocer públicamente por vez primera e interesar a todos los iniciados.

CAPITULO IX

Al entrar en el año 1929 se perfila en todos los resortes que mantienen en pie la dictadura militar una debilidad que cobra poco a poco los síntomas de una caída vertical irremediable. La opinión pública capta, sin grandes esfuerzos, el declive que de día en día se opera en la fortaleza minada por la vejez, sus errores y su ineficacia en la vida de la nación y se presta voluntariamente no ya al comentario más o menos desfigurado o aumentado en volumen, sino a la curva y al refrán más atrevido.

Los enemigos del régimen, los descontentos y los relajados sin proponérselo siquiera, forman el bloque que constituye la muralla infranqueable de la continuidad simple, sin obstáculo, del régimen. La conspiración se formaliza y toma cuerpo de gigante a medida que los obstáculos y los resortes del poder patinan ante la certeza de que la nave que ellos pilotan hace aguas por todas partes y está condenada al hundimiento infalible.

El mismo Primo de Rivera, Marqués de Estalla, se considera fracasado por el abandono de los suyos, la aristocracia que busca salvarse abandonando el viejo navío que la conduce a la deriva, al naufragio seguro.

Fue tan grande el esfuerzo realizado por el propio régimen para dominar la calle, que el descontento, las ansias de vivir de todo el pueblo español que seis años después, cuando el objetivo parecía logrado, era la

dominación de unos y la domesticidad de los otros, el régimen se encontraba agotado y gastado, mientras que nuevas fuerzas opositoras a la dominación nacían y cobraban brío y convergían con las dominadas encadenadas y casi moribundas, que remozadas por la nueva savia resucitaban y se incorporaban de nuevo llenas de esperanzas, seguras de que el día de la resurrección se acercaba a pasos agigantados.

El ambiente se saturaba de día en día, la mirada del guardia civil ya no era tan inquisitorial, el aire del carcelero menos marcial, y casi reverente. En la comisaría, y sobre todo en la Dirección General de Seguridad, se recibía a los presos según la categoría que ellos les tenían catalogadas, con la debida amabilidad familiar, cosa no acostumbrada hacía ya mucho tiempo.

La cárcel de Madrid marcaba como verdadero termómetro el punto de la vida política española. Ya no era el Centro que acumulaba, cual almacén central, a todos los detenidos en la frontera y a todos los sospechosos del territorio nacional, lo que podríamos llamar los detenidos de marca mayor, eran llevados a Madrid para ser interrogados en la Dirección General de Seguridad, de ese hecho la descongestión del establecimiento se operaba por sí solo, con la debida lentitud.

Los hechos llamados del Prats de Molló, llevaron a la cárcel de Madrid a un solo detenido, éste se llamaba Gonzalez Alba, activo militante separatista, profesor de la lengua catalana en Barcelona.

Por tanto los hechos de Prats de Molló tuvieron resonancia internacional, a pesar del fracaso inicial de los mismos.

Sin que nosotros podamos precisar en detalle lo que ocurrió, se supo que el coronel Francisco Macía, exilado en Francia, primer opositor separatista catalán al régimen dictatorial de Primo de Rivera, concibió el propósito de hacer una concentración de fuerzas en la frontera francesa para invadir España por la frontera de Cataluña.

A esas fuerzas de invasión, compuestas no solamente de separatistas catalanes, sino de todo un conglomerado de patriotas españoles, una vez pasada la frontera debían unirse en territorio catalán a otras fuerzas armadas que debían proclamar el estado libre de Cataluña independiente.

Se dijo entonces que el motivo del fracaso de la audaz empresa de Maciá se debió a la confidencia de un tal Garibaldi que se hacía pasar por

coronel y por familiar del otro célebre Garibaldi «autor de las camisas rojas y defensor de la unidad italiana».

Ese falso y confidente Garibaldi puso en antecedentes a la policía francesa, de lo que se preparaba en Prats de Molló, cosa que hizo abortar el proyecto de invasión, a causa de las detenciones y de la intervención preventiva de la policía francesa que quería evitar a toda costa los conflictos de frontera con España.

Gonzalez Alba, al que conocimos en la cárcel de Madrid, era un hombre convencido de sus ideas. Militaba en primera línea de las fuerzas separatistas de Barcelona junto con Jaime Conte y otros, que con su sacrificio hicieron que el ideal que ellos sustentaban se convirtiera en una especie de religión.

Nadie dudaba ya que el año 1929 sería el año de la caída de la Dictadura. Sin embargo el desorden y las ambiciones en política de todos los tiempos en España no dejaban de vislumbrar un equipo de recambio sólido, serio y responsable, capaz de heredar una sucesión que se decía en puerta.

Los Socialistas estaban incapacitados para entrar en escena como algo nuevo y seguro por su conducta complaciente y colaboracionista con la Dictadura. Los partidos republicanos como tales no habían actuado frente al Dictador. Aparte de varias individualidades, todas valiosas, el resto nada. En España lo mismo que no había partido comunista, porque nadie le siguió hasta entonces, no había partido republicano, porque el equipo de Lerroux lo había corrompido todo.

Solo había en España una cosa. Una clase trabajadora que asqueada de la política ramplona y corrompida, se había agrupado en potentes sindicales al margen de la política pretendiendo conseguir la emancipación por ellos mismos. Esa clase era la que luchaba, la que caía en las encrucijadas, la que permanecía encadenada medio muerta de hambre en las cárceles y presidios.

Por eso es lógico pensar que esa clase proletaria, cuando podía expresarse en reuniones, en actos públicos, o en manifestaciones espontáneas, expresaba su convicción más absoluta, que solo la revolución social por el impulso de los de abajo podía y era capaz de hacer posible la justicia entre los humanos.

Cuando todo parecía en compás de espera y cuando la calma era más completa en medio de la noche, un movimiento de puertas, de pasos, de palabras quedas, rompió el sueño de los que ocupaban las celdas de la primera galería de la Cárcel Modelo. ¿Qué pasa? interrogó un preso a uno de los ordenanzas de las celdas de pago. Este respondió : ingresos, muchos ingresos.

Era la llamada noche de San Juan. Habían sido detenidos varias docenas de intelectuales en Madrid, todos enemigos políticos del régimen, escritores, abogados, médicos, ingenieros, dibujantes, arquitectos, de todo había, e incluso un nutrido grupo de profesores y estudiantes. Todas las celdas de pago estaban ocupadas y aun no habían bastantes de las solicitadas por los nuevos ingresos.

Un movimiento extraordinario se operó tanto dentro de la cárcel como a la entrada de la misma.

El patio de la primera galería parecía en fiesta. La mayor parte de los detenidos no habían estado nunca presos y a pesar de ello su moral era excelente. Otros sin embargo los primeros días de detención no salieron de la celda y apenas tomaron alimentos. Estos desde luego, en un número muy reducido. Los días de comunicación con el exterior era un verdadero acontecimiento. Los visitantes se apiñaban con el fin de comunicar con los detenidos, cosa que a veces no podían lograr por no reunir las condiciones reglamentarias. En más de una ocasión en la calle se formaron alborotos entre los visitantes y el servicio de orden.

Mientras que en la cárcel habían presos que se pasaban muchos meses sin comunicar con el exterior, incluso ni por correspondencia, a los nuevos detenidos eran por docenas las personas que venían a visitarles, y recibían un correo voluminoso.

Todo ese movimiento duró poco tiempo, no había ocurrido nada en la calle, todo había sido una falsa alarma, sin fundamento. Los detenidos ,cada uno por su cuenta hacían las gestiones oportunas para recobrar la libertad, recurriendo a las amistades y a las influencias personales.

La Dirección General de Seguridad en dicha ocasión, como no había proceso, no podían retener en la cárcel a los presos de la redada de la llamada noche de San Juan.

La corta estancia de los presos de la noche de San Juan en la cárcel sirvió para mucho. En la calle era muy difícil reunirse por el peligro de ser detenidos y procesados por reunión clandestina. Una vez en la cárcel ya no existía el peligro y las reuniones fueron frecuentes y prolongadas, con la ventaja que a ellas acudían las personas designadas por sus compañeros. Excusa decir que jamás la policía sorprendía ninguna de dichas reuniones las cuales no nos atrevemos a calificar de clandestinas.

Era así como la dictadura por todas partes cavaba su propia fosa.

Era el momento de las sorpresas. Un día por la mañana Ricardo Sanz, que hacía más de dos años se encontraba en la cárcel de Madrid, sin que ninguna autoridad se acordara de él, fue trasladado a la Dirección General de Seguridad. Cuando se le comunicó que era solo para una cuestión de interrogatorio éste pensó que le iban a complicar en algún nuevo proceso.

Nada de eso. El Jefe de la Brigada Social de dicho Centro, Señor Luís Funoll, que ya le esperaba en su despacho, lo hizo pasar y después de ofrecerle una butaca para sentarse y un cigarrillo, que no aceptó, le dijo estas palabras: Vd. ya sabe que yo soy Valenciano como Vd. mismo. En plan de paisano he pensado muchas veces como yo podría lograr su libertad, pues aunque Vd. crea lo contrario su libertad no depende de mi sola voluntad, de lo contrario haría mucho tiempo que Vd. habría salido ya de la cárcel.

Hay una posibilidad de que Vd. salga de la cárcel de Madrid, para que luego pueda recobrar más fácilmente la libertad. La posibilidad existe a base de que Vd., por mediación de un abogado se haga reclamar por uno de los juzgados de Barcelona para la Instrucción de diligencias. Una vez salido de Madrid nosotros daremos por liquidado su asunto y Vd. en Barcelona podrá más fácilmente recobrar la libertad, pues allí ahora hay pocos presos gubernativos.

Le respondió Sanz que aceptaba su iniciativa y que haría las gestiones oportunas para hacerse reclamar por Barcelona.

Ocho días después Ricardo Sanz, acompañado de dos agentes de la policía secreta de vista, fue trasladado a la cárcel de Barcelona.

Una vez en Barcelona, su abogado Sr Juan Rosiñol, que era el que había hecho todos los trámites de reclamación y traslado a dicha Ciudad

del preso se ocupó de la gestión de su puesta en libertad, cosa que logró pocos días después.

Los frenos del aparato represivo de la dictadura estaban ya tan gastados que no lograban un funcionamiento eficaz.

Los colaboradores, que durante muchos años habían obedecido con celo las órdenes ultramontanas recibidas del monstruo enjaulado en el Ministerio de la Gobernación, se creían en el derecho de no ejecutarlas ahora al pie de la letra, justificando siempre algún motivo de no poderlo hacer. Los perros fieles servidores de Martínez Anido, que hubieran querido continuar la caza del hombre a ultranza, ya no eran secundados por sus subordinados, aquello era el fin.

Primo de Rivera era el que desde lo más alto del poder captaba con más precisión el declive de todo su sistema. él menos que nadie contaba con posibilidades de piezas de recambio que le permitieran renovar el aparato en perdición. Para él todo estaba perdido irremediablemente.

Y mientras el confusionismo más álgido invadía la nación, Alfonso XIII, aun rey de España, permanecía emboscado en espera sin duda del milagro que a última hora lo iba a salvar. Pobre España. Y cuanto cretino.

A últimos de 1929 Primo de Rivera dimitió ante su propio directorio militar, pasando a sustituirlo otro general, Damaso Berenguer.

Berenguer era un general cuya historia había también retoñado en Marruecos. Más perspicaz seguramente que Primo de Rivera, no quiso cargar con el peso de la responsabilidad de la larga gestión de éste en el poder y desde el principio prometió al pueblo español ir inmediatamente a la normalidad civil por medio de la convocatoria de elecciones.

Pero el Caballo de Troya que ya galopaba dentro de la fortaleza antes de la dimisión de Primo de Rivera no podía detenerse en su carrera por un sólo cambio de decoración en el escenario político.

La conspiración y el descontento hacían su camino.

Aflojadas un poco las bridas de la represión, los conjurados y los descontentos cobraban bríos. Había que acabar lo antes posible con aquella situación de vergüenza y de sufrimiento que ya duraba demasiado.

Siempre dentro de la clandestinidad, los sindicatos comenzaron a actuar ostensiblemente. En Cataluña y concretamente en Barcelona por vez primera después de más de seis años, el Sindicato de la metalurgia

hizo una petición de mejoras seguida de una huelga que fue general en los grandes talleres de la Maquinista Terrestre, la Vulcano, Casa Girona, Casa Torres, Hispano Suiza y otras.

A la par la conspiración política, sobre todo en el orden militar se condensaba cada día más de cara al hecho de la sublevación en la calle. Los jefes y oficiales que a lo largo del mandato de Primo de Rivera habían permanecido víctimas de todas las humillaciones, de todas las persecuciones y de todos los escarnios, por fin habían roto las amarras que los tenían casi inactivos, consignados, vigilados o encarcelados, lanzándose de lleno abiertamente a la lucha activa.

Los hombres anarcosindicalistas eran solicitados en todas partes donde había algo en proyecto contra el régimen imperante, pues era notorio que sin la intervención de la C.N.T. y de la F.A.I. no había posibilidad de hacer nada serio en el plano regional como nacional.

El tiempo pasa y Berenguer, o es prisionero del aparato que él no ha creado o no se da perfecta cuenta que hay problemas en puerta que urgen la solución que no llega. No se ha notado ningún cambio sustancial con la dimisión de Primo de Rivera. Todo continua igual que antes. Si se respira un poco más de libertades la consecuencia lógica de un régimen en descomposición, cosa iniciada ya antes.

Nadie se resigna a esperar más. Ni los exiliados políticos en el extranjero, ni los presos y perseguidos, ni los militares, purgando castigos injustos e inmerecidos, ni los Sindicatos clausurados. Nadie absolutamente nadie se resigna a esperar más.

El descontento aumentaba cual bola de nieve. En poco tiempo Berenguer se hizo más impopular que lo había sido jamás Primo de Rivera, si se tiene en cuenta que no había ningún motivo que justificara aquel largo período de interinidad que nadie aceptaba.

El Comité de acción del movimiento anarcosindicalista, creado exclusivamente para coordinar las fuerzas opositoras al régimen en vistas a un movimiento subversivo residente en Barcelona, redoblaba sus esfuerzos buscando las relaciones oportunas al caso.

Donde este Comité tuvo una acogida más entusiasta fue en las cuadros militares de categoría relativa. Es decir de sargentos a comandantes. Los que ostentaban la graduación de capitán eran bastante numerosos.

Las entrevistas primero y las reuniones después, se tenían por regla general en un bar de la calle Aribau y en un Restaurante de la barriada de la Barceloneta. Todo esto en Barcelona,Zaragoza por ser el centro neurálgico de la cosa militar de España permanecían en el primer plano de la conspiración.

Madrid debía dar el golpe de gracia al régimen. Las fuerzas prestas a sublevarse eran las de aviación concentradas en Cuatro Vientos y el Jefe del movimiento insurreccional era el Comandante Ramón Franco.

Mientras que en Cataluña y Vizcaya se daba por descontado el triunfo total de la insurrección ya desde la iniciación, en Zaragoza la cosa se presentaba más difícil y problemática. Navarra, aunque muy reaccionaria y comprometida con el régimen dictatorial, no constituía problema por encontrarse, a más de aislada, prisionera del propio movimiento, teniendo en cuenta que éste debía iniciarse en Jaca, provincia de Huesca.

Era por la frontera de Canfranc que debían converger los exilados de Francia después de la sublevación de la guarnición de Jaca.

El General López Ochoa, residente entonces en Barcelona, contrario del régimen de Primo de Rivera, acudía frecuentemente a las entrevistas con los hombres de la C.N.T.

El problema principal a debatir era siempre el mismo, sin que en realidad jamás hubiera debate. Se trataba de derribar la Dictadura e implantar una República. Una República Democrática que sería la encargada de convocar a unas elecciones generales, cuyas Cortes Constituyentes se encargarían de elaborar la nueva Constitución.

La monarquía se había suicidado aceptando complaciente el advenimiento de la Dictadura militar, desde entonces ya nadie se atrevería a defender la monarquía, todo lo contrario. La monarquía debía desaparecer junto con la dictadura. Los hombres del anarcosindicalismo no mostraban en las reuniones ningún interés particular por el régimen político a implantar, después de la revolución aceptaban de grado la implantación de la República, porque creían que dentro del Régimen Repúblicano se podía avanzar mucho en lo social, pero eso y nada más.

Lo que sí exigían, sobre todo los hombres de la C.N.T., era la libertad de asociación, de huelga, de propaganda escrita y oral, así como la

intervención de los sindicatos en los problemas de la economía que les afectaba directamente.

No hablaban de la reapertura de los locales sindicales ni de la libertad de los presos ni de nada de lo que afectaba a la Dictadura; pues estaban convencidos que esos problemas quedarían resueltos automáticamente al día siguiente de la sublevación, pues nadie se opondría a ello.

Por las razones que fueran, los militares rebeldes tenían mucha más confianza con los sindicalistas revolucionarios de la C.N.T. que con los políticos. Ellos explicaban a su manera esa inclinación hacia los medios sindicalistas, decían que tampoco ellos eran políticos y que consideraban que el sindicalismo tenía una base constructiva y creadora, mientras que la política era el arte de engañar, era la parte negativa de la vida.

Ramón Franco era un entusiasta partidario del sindicalismo revolucionario. Era si se quiere hasta un poco sectario. También el explicaba esa inclinación hacia los medios sindicalistas. Un día con aquella sinceridad que le caracterizaba en su casi brutal franqueza decía: Jamás una sola vez he recibido una decepción entre los medios obreros. La palabra por ellos dada fue cumplida, el compromiso ejecutado y la razón justificada. Con ellos se puede ir no importa a dónde, con la seguridad de no ser engañado.

Su conducta se ajustaba siempre a este lema. En los momentos difíciles, cuando precisaba del auxiliar valioso y seguro siempre recurría a los de la C.N.T.

Una vez había que desplazarse a distintos lugares de provincia, por necesidades de la propia conspiración, el carácter de la gestión era puramente militar. Por voluntad propia de Ramón Franco, que era el que personalmente daba las ordenes escritas a sus compañeros de armas, fueron los hombres del anarcosindicalismo quienes se encargaron de dicha misión. Esa era para Ramón la mayor garantía de seguridad. Su domicilio particular en Barcelona, situado cerca de la Avenida del Tibidabo, era frecuentado por alguno de sus amigos sindicalistas revolucionarios. Periódicamente en los momentos decisivos se celebraban reuniones clandestinas en el Restaurante las Delicias de la Barceloneta, cuyo propietario era un anarcosindicalista .

Cuando se encontraban presos en el Castillo de Montjuich los Capitanes Sancho, Galán y Perea, estos estuvieron siempre en relación con el Comité de Acción anarcosindicalista residente en Badalona. Los Capitanes Medrano, Jiménez Reixat y varios otros actuaban siempre en relación con la C.N.T. y F.A.I.

Por otra parte en Barcelona el Comandante Pérez Farras y el Capitán Escofet estaban incondicionalmente al servicio de la política catalanista. Es decir, de Maciá y Companys. La retirada estratégica de la Dirección del aparato Dictatorial de Primo de Rivera había causado en general una especie de río revuelto entre los que le seguían y amenazaba convertirse en desbandada.

Pero existía aún un hombre capaz de mantener el aparato Gubernamental en pie, si se esperaba que de manera platónica cambiaran las cosas. Ese hombre era el Ministro de la Gobernación, Martínez Anido. El monstruo, durante más de seis años había formado un aparato represivo en el plano nacional capaz de hacer abortar no importaba qué plan de sabotaje al poder dictatorial. Todo lo había centralizado en sus manos en lo relacionado con el orden público. Berenguer se creía seguro de que nada ocurriría mientras que Martínez Anido estuviera en el Ministerio de la Gobernación. Por eso se entretenían buscando la manera de salvar la Monarquía de una caída irremisible.

Sánchez Guerra, que en otra ocasión ya se había enfrentado con el monstruo siendo éste Gobernador de Barcelona, se creyó una vez más capaz de desafiarlo y fue uno de los políticos que abiertamente se dispuso a terminar con la dictadura militar. En relación estrecha, de manera ya coordinada con la conspiración, Sánchez Guerra pasó a la acción, escogiendo como centro de sus actividades Valencia. Si la insurrección hubiera tenido un punto de partida favorable, la ciudad del Turia, la cuna de Blasco Ibáñez, se habría consagrado de nuevo ante la historia como lo hizo en otra época con la epopeya del Cid Campeador.

A medida que el tiempo transcurría, el vacío alrededor del poder dictatorial era más amplio. La llamada Unión Patriótica daba la impresión de un comercio en franca liquidación. Nadie quería asumir la responsabilidad de la fin de gestión; por las graves consecuencias que ello les podía acarrear. Se dejaba hacer y en muchos casos se colaboraba y se

indicaba el pasaje más fácil del camino a seguir, para llegar al fin de aquella situación caduca. Los enlaces de la conspiración se trasladaban de una parte a otra sin grandes dificultades. La fiera, sin embargo, daba coletazos y golpes de cabeza que paralizaban la acción. Se actuaba con dificultad y había que evitar las imprudencias o las precipitaciones para no malograr la eficacia en la acción.

Claro está que en aquellos momentos la paciencia no podía ser ilimitada. Hacía demasiado que se esperaba el fin, que al parecer el momento era oportuno para ir al toro. Como siempre, los más decididos, los más impetuosos solo pensaban en un objetivo, terminar lo antes posible con la dictadura y con ella todas las inmoralidades que la rodeaban. Los exiliados en Francia y Bélgica esperaban el momento oportuno para intervenir sin pérdida de tiempo. Vivían al corriente de todo lo que ocurría y muchos de ellos, los menos conocidos o comprometidos, se introducían poco a poco individualmente en España; los otros, los que estaban reclamados o perseguidos, permanecían cerca de la frontera, lo más cerca posible. Se estaban ultimando los detalles para fijar la fecha de la sublevación. Claro que esta vez la conspiración no se hacía en sitios confortables, como las otras veces, que servían como punto de reunión los cuartos de banderas, las Capitanías Generales y los Ministerios. Las entrevistas se celebraban en los sitios reservados de algún café, en los sótanos de alguna bodega, en el bosque o en algún domicilio particular.

La misión reservada a los sindicatos de la C.N.T. era la declaración de la huelga general nacional, para apoyar el movimiento. El Comité Nacional que en aquella época residía en Barcelona, ya había imprimido un manifiesto invitando a los trabajadores españoles, a sumarse al movimiento, advirtiéndoles que si había lucha en la calle se pusieran de parte de los sublevados, empuñando las armas que éstos pondrían a su disposición.

La primera misión de los trabajadores una vez el movimiento en la calle debía ser abrir las puertas de las cárceles y presidios, poniendo en libertad a todos los presos, sin distinción alguna, igualmente se procedería a la apertura de todos los domicilios sociales de los sindicatos clausurados, así como de las imprentas y escuelas clausuradas por orden de los dictadores.

Las llamadas Delegaciones Oficiales del Trabajo y las locales de los Comités Paritarios debían ser asaltadas, incautándose de la documentación, que podía comprometer a los funcionarios del departamento llamado de trabajo por si procedía su detención y procesamiento.

En ese aspecto no cabía duda que en las zonas donde el movimiento era anarcosindicalista la consigna sería respetada y seguida escrupulosamente al pie de la letra. Todo estaba ultimado en cuanto se refiere a la eventual participación de los trabajadores en el movimiento. La palabra de la fijación de fecha y hora del movimiento les estaba reservada a los militares.

Todos esperaban impacientes la hora de la verdad, sobre todo los militares de carrera que habían sido castigados, maltratados y hasta escarnecidos por sus propios compañeros de profesión. Producto de esa impaciencia, sin duda, se produjo la catástrofe. Un día inesperado se corrió el rumor que la guarnición de Jaca (provincia de Huesca) se había sublevado. A continuación llegaron los detalles aclaratorios. Efectivamente, los capitanes Fermín Galán y García Hernández de la guarnición de Jaca, al frente de la tropa se habían sublevado contra el Gobierno de Madrid.

Parece ser que el enlace mandado a dar la fecha definitiva de la sublevación había dado la fecha anticipada, motivo por el cual los capitanes Galán y García Hernández se lanzaron a la calle antes del día exacto. Fracasado el intento, el caso fue sancionado con todo rigor. Detenidos los capitanes Fermín Galán y García Hernández por el delito de rebelión militar, se les juzgó en consejo sumarísimo, siendo condenados los dos a la pena de muerte. La condena fue ejecutada acto seguido, siendo fusilados los dos.

Fue un hecho de verdadera consternación nacional. La opinión en general no llegaba a comprender como un régimen que se encontraba más que condenado a muerte en la agonía se atrevía a fusilar a dos oficiales de ejército por el delito de rebelión militar, cuando todos los que formaban el directorio eran unos sublevados contra la nación.

Y es que la opinión pública no se había enterado aún que en el Ministerio de la Gobernación se encontraba un monstruo, un monstruo que llegó hasta dicho ministerio porque desgraciadamente Torres Escartín, Francisco Ascaso y Aurelio Fernández, cuando iban en busca suya

y se encontraron inopinadamente con él en San Sebastián, no llevaban encima las armas que debían servir contra él. De lo contrario, Martínez Anido habría pagado la deuda contraída con el movimiento obrero de Barcelona, cayendo en el suelo como un guiñapo, como un perro rabioso bajo las balas de los hombres que formaban el grupo los Solidarios.

El movimiento insurreccional hizo un alto circunstancial, una breve pausa para calibrar en realidad la importancia de los hechos ocurridos.

La técnica realista ya dio la opinión pública en general. La condena, la repulsa al régimen por el fusilamiento de Galán y García Hernández fue general. El pueblo entero, de manera unánime, condenó el régimen, elevando a la categoría de Mártires de la Libertad a los dos héroes.

No eran dos ejecuciones, eran dos crímenes lo que se había cometido. Sin sordina, sin miedo a nada, el comentario de la calle de todas partes era el mismo. Asesinos y asesinos.

Berenguer y su gobierno se habían cubierto de gloria fusilando a dos patriotas. El estigma infamante de tales crímenes les seguiría hasta la muerte.

El sol de la libertad ciudadana, que en España fue eclipsado por la soldadesca el 13 de septiembre de 1923, principiaba a vislumbrarse a través de una neblina tenue, pronta a disiparse.

La conspiración se anudó aún más con nuevas aportaciones que se unieron a ella, en serial de condena al régimen y por espíritu altruista y sentimental. Con los dos crímenes cometidos por el régimen en las personas de los capitanes Fermín Galán y García Hernández, la dictadura se había suicidado definitivamente. La monarquía no se salvaba a la repulsa general pues todo suponía que tras cortina movía todo el juego de marionetas.

No pudiendo un momento más, ante la repulsa general, Berenguer optó por retirarse, presentando la dimisión de Presidente del Directorio Militar.

En sustitución de Berenguer fue designado el Almirante Aznar. Aznar, que sin duda alguna había estudiado el problema político español, sobre el angulo realista, al hacerse cargo del Gobierno lo hizo con la aclaración previa que lo hacía a condición lo más rápidamente posible a

la convocatoria de elecciones municipales que precederían las generales, que se celebrarían a continuación.

Efectivamente, con un relativo margen de garantías, y de libertad, se abrió la campaña electoral para las elecciones municipales. Las elecciones municipales, que en época normal constitucional hubieran revestido como siempre una importancia secundaria, en el plano nacional en aquella ocasión y circunstancia se hizo lo posible por los enemigos del régimen por convertirlas en una especie de plebiscito contra la dictadura. No se trataba de votar a los hombres de uno u otro partido que como concejales y alcaldes debían administrar el consistorio de los pueblos. Se trataba del régimen. En presencia solo había dos listas. Republicanos y Monárquicos.

En la lista de Monárquicos se encontraban muchos pertenecientes a la Unión Patriótica, etiqueta detestable e impopular, en la lista de los Republicanos formaban los enemigos de la Dictadura, era pues el régimen que estaba en juego.

El panorama general de la oposición y sobre todo de la conspiración, cambió de fisonomía y de orientación. Se creyó que si existía la posibilidad de derrotar al régimen por mediación del sufragio universal, había que dedicar todos los esfuerzos a tal fin una vez que las circunstancias se prestaban a ello.

Ante esta nueva coyuntura, la organización sindical por su parte advertía que ella no intervendría en las elecciones por ser apolítica, y que si por las circunstancias que fueran la palabra dada desde el Gobierno no se cumplía, cosa que había ocurrido frecuentemente, entonces la C.N.T. y F.A.I. obrarían en consecuencias desligadas en absoluto de los demás sectores.

La totalidad de los militares enrolados en los cuadros de la conspiración se mostraron de acuerdo con la actitud del anarcosindicalismo y propusieron de manera colectiva continuar estrechamente relacionados, al efecto no ya de no perder el contacto sino de pensar los acontecimientos de la nueva situación creada por la convocatoria de las elecciones.

Sin amnistía, sin libertad absoluta de acción, sin garantías constitucionales y en fin, sin pruebas tangibles de máxima responsabilidad, por parte del nuevo Presidente del Gobierno no se podía fiar solamente con

la palabra dada, ya que en múltiples ocasiones, incluso eso que pomposamente se denomina palabra de honor, se las había llevado el viento.

Se dice y se afirma que la historia se repite. En la vida política y social española los hechos muchas veces han tenido una similitud por no decir una repetición.

En septiembre de 1923 era público y notorio que un golpe de estado, a modo de sublevación militar iba a producirse, cosa que ocurría y ocurrió sin que nadie se opusiera a ello.

Las únicas fuerzas capaces de oponerse al levantamiento militar eran la clase trabajadora organizada en los sindicatos revolucionarios, los cuales como ya se sabe estaban más que agotados, diezmados.

Después del primer Congreso de la C.N.T. en 1919 ésta no había tenido un momento de reposo, ni de tranquilidad que le permitiera poder fortalecerse ni prepararse para afrontar una situación decisiva.

La prueba más dura que tuvo que afrontar el anarcosindicalismo fue la represión seguida del pistolerismo oficial en Barcelona, que queda reseñado en otro lugar de estas memorias.

Cuando Primo de Rivera a la cabeza de los militares se dispuso a dar el golpe de estado, ni la C.N.T., ni los Grupos Anarquistas estaban en condiciones de oponerse a la aventura militar con la mínima posibilidad de éxito. Por eso se resignaron ante el hecho consumado aún a sabiendas que serían ellas las primeras víctimas.

Mucho de lo ocurrido después queda ya registrado anteriormente.

Siete años no bastaron para terminar con el espíritu revolucionario ni mucho menos con el ímpetu combativo del anarcosindicalismo español, el cual a pesar de los muertos, los condenados, perseguidos y encarcelados continuaba el desigual combate, seguro del triunfo, negándose a colaborar y a vivir de rodillas ante una banda de fariseos convertidos en gobernantes.

Y después de siete años de verdadera tragedia, cuando se vislumbraba ya el fin de una situación caótica, desastrosa, cuando podía existir la posibilidad de entrar en escena como actores de primer plano, una vez más haciendo un recuento y un examen de conciencia, la situación del anarcosindicalismo era tan deplorable como en el mes de septiembre de 1923.

Los unos en la cárcel o perseguidos, los otros en el exilio forzado y así todo, todo en ruinas, incluso los escasos medios de combate que en otra época habían existido en proporción considerable, todo había quedado en situación de inutilidad y de perdición. Era una verdadera derrota cuando se vislumbraba la posibilidad del triunfo.

Nadie, absolutamente nadie más que el movimiento sindicalista revolucionario estaba llamado a entrar en la vida pública española por la puerta ancha, sin embargo había que rendirse a la evidencia, dejando paso a algo inconcreto, a algo inseguro, con la esperanza que en la espera de un tiempo limitado se llegaría a la finalidad deseada.

Al amparo de una situación de interinidad, de una libertad más que legal, tolerada a causa del declive de arriba y de la fuerte presión de abajo, ya mucho tiempo antes de abrir la campaña electoral, los sindicatos actuaban casi sin dificultades por parte de las autoridades.

En Barcelona el Sindicato del ramo de la construcción, que había sido el más afectado a lo largo de la dictadura por la explotación capitalista, se organizó en un tiempo record, imponiendo en obras y tajos los delegados sindicales encargados de hacer cumplir las bases firmadas entre Patronos y Sindicato antes de la Dictadura. En poco tiempo el sindicato de la construcción logró agrupar en su seno a casi la totalidad de los obreros del ramo, 42.000 carnets se extendieron entre las diferentes secciones del mismo. A pesar de la consigna dada por la Junta del Sindicato de evitar en lo posible los conflictos, estos surgían a menudo causa de las reminiscencias de la dictadura.

Barcelona era la que con su actuación marcaba el camino a seguir al resto de España en el aspecto sindical.

En el aspecto político todo quedaba al libre albedrío de cada uno, ya que la organización no se había reunido para tratar el nuevo aspecto que las circunstancias le marcaban. Por tanto había que atenerse a lo que era norma en el seno de la Organización, pues si bien ésta estaba en estrecha relación con los políticos y militares, los compromisos no iban más allá de la cosa circunstancial y provisional.

De todos modos la organización sindical en el plano nacional se comprometió como siempre a cumplir los compromisos contraídos con los

organismos de oposición al régimen a condición que los demás hicieran lo propio.

Era de sentido común que ante la imposibilidad momentánea de ir a por el todo de manera particular que el anarcosindicalismo buscara la manera de una salida digna de la situación a fin y efecto de conseguir llegar a una situación normal legal, que le permitiera a más de hecho, de derecho, poder actuar libremente.

En cuanto a las elecciones no hubo un solo militante de la C.N.T. que se presentara en una lista electoral. Todos permanecieron al margen de la política electoral. Su actitud fue correcta y de plena responsabilidad. Sin acuerdo previo se coincidía por lo general en que sin necesidad de intervenir en las urnas, la C.N.T. formaría en primera fila en el momento solemne de la implantación de la República.

Eso, claro está, era una apreciación al margen de todo acuerdo y de todo compromiso. Y lo era así porque todo el mundo sabía que no podía ser de otra manera. Los hechos confirmaron esa razón. cerrarse a la banda, la organización sindical y específica ante la posibilidad de un cambio, aunque éste fuera logrado por medio de unas elecciones, hubiera sido verdaderamente insensato.

Había una cuestión más que sentimental, humana. Centenares de presos que esperaban la amnistía para recobrar la libertad. Millares de expatriados que soñaban con el retorno a sus hogares. Muchos perseguidos amenazados de la pérdida de libertad. Todo un cúmulo de reparaciones justas exigían a la par energía y comprensión para lograr el fin de la gran tragedia.

La primavera del año 1931 se presentaba preñada de esperanzas y de incógnitas. Los pescadores de río revuelto se preparaban para asaltar las posiciones de los caídos en desgracia en el preciso momento que éstos las abandonaran.

Los Socialistas, que con su franca colaboración habían sostenido al régimen dictatorial, comenzaban a presentarse si no como campeones de la resistencia, sí como enemigos de la Dictadura que tanto les había mimado en detrimento del sindicalismo revolucionario de la C.N.T. que había sido masacrado.

Los hombres de brega esperaban impacientes el acto final del drama que ya hacía siete años estaban viviendo.

El 14 de abril de 1931 estaba señalado para marcar dos puntos opuestos en la vida de España. El fin de una gran tragedia y el principio de una gran esperanza.

Una vez más se les presentaba el dilema de elegir. Ser o no ser. Ese era el dilema, el gran dilema.

CAPITULO X

Tal como estaba anunciado, el día 12 de abril de 1931 se celebraron las elecciones municipales. Al día siguiente por la tarde ya se sabía en toda España que la derrota del régimen, y por tanto el triunfo de la República, había sido completo. Alfonso XIII, que había permanecido silencioso en su madriguera, inmediatamente se puso en activo al efecto de parar el golpe, de manera desaprensiva como siempre. Llamó a varias jefes políticos a consulta al efecto de formar un gobierno de circunstancia. Lo esencial para él era de salvar la carona.

Aún no se había dado cuenta el último de los Borbones que todo sería inútil.

Sánchez Guerra intentó lo imposible. Ninguno de los políticos capaces y en condiciones de poder intentar gobernar el país se comprometió a hacerlo, aun a pesar de tener carta blanca por el Rey de hacerlo como lo creyera conveniente y sin condiciones.

La Monarquía estaba muerta virtualmente desde hacía siete años. El día 12 de abril de 1931 el pueblo español, por medio del sufragio universal, le dio el golpe de gracia.

Ante la imposibilidad de continuar reinando en paz, aconsejado por sus allegados, en particular por el Conde de Romanones, Alfonso XIII

optó por abdicar. Un barco de la Marina de Guerra lo trasladó de Cartagena a Marsella. Ningún mal nacido se atrevió a defenderlo. La sangre de Fermín Galán y García Hernández estaba aún en la memoria de todo el pueblo, que de manera pacífica exigía una reparación.

El día 14 de abril de 1931 fue el día de la resurrección popular. Todo el pueblo humilde de España se lanzó a la calle delirante de alegría. Los edificios oficiales izaron la bandera republicana. Las cárceles y muchos presidios fueron abiertos de par en par. Sin violencias pero con energía se fue desalojando de sus poltronas a los emboscados que no habían tenido la delicadeza de marcharse a tiempo.

Los hombres de la C.N.T. estaban en la calle. Particularmente en Barcelona fueron ellos los que llevaban la iniciativa. Las cárceles, el Gobierno Civil, Capitanía General, Ayuntamiento, Palacio de Justicia y así todo fue barrido por ellos. En el Gobierno Civil se había instalado cómodamente un desaprensivo de la baja política. El segundo de a bordo de Alejandro Lerroux, llamado Emiliano Iglesias.

La C.N.T. le invitó a dejar el sitio, el cual ocupó a continuación Luís Companys. En la Alcaldía fue Jaime Aiguade. En Capitanía General, el General Batet y así en todos los Centros Oficiales de importancia. La C.N.T. estaba en todas partes. En todas partes desbrozando el camino de los que no contaban apenas en ninguna parte.

España estaba en fiesta, del uno al otro confín. Los Socialistas como es muy natural, se sumaron al movimiento de entusiasmo popular. Había muchos, muchísimos que no querían, ni aceptaban el nuevo régimen, por ser enemigos del mismo, que aparentemente se adhirieron a él para mejor situarse, logrando así camuflarse al amparo de la nueva situación.

Claro, naturalmente, una transformación política por el sufragio universal no podía seguramente hacer otra cosa que eso. Cambiar el color de la bandera.

Hay quien ha dicho que la República vino a destiempo, sin que hubiera republicanos para defenderla. En realidad la República no la implantaron en España ni los Republicanos ni los Socialistas. Fue una cosa natural nacida de unas circunstancias excepcionales creadas por la indisciplina del Ejército.

En España en el momento de implantarse la República no había una masa consciente que políticamente fuera republicana. La República la aceptó con agrado la clase trabajadora española como mal menor. No solamente la aceptó, sino que la impuso.

Si bien es cierto que en España no había una masa electoral propiamente republicana, a causa de que la clase obrera vivía alejada de la política, no es menos cierto que había una gran cantidad de hombres políticos e intelectuales de izquierda, que bien secundados por el complicado engranaje del poder ejecutivo, hubieran podido hacer de la República Española un estado democrático modelo. Enumerar aquí uno por uno a los hombres de gran valía capaces de regir un régimen democrático en España en aquella época nos sería difícil después del tiempo y las cosas transcurridas.

Dichos hombres no fueron ni los más audaces ni los más decididos. Disgustados, indecisos, apáticos, dejaron vía libre a otros políticos menos capaces, menos honrados que ellos, que sembraron el descrédito y la desconfianza, una vez más, del conjunto electoral contra el régimen.

Aparte de eso, el engranaje que hacía funcionar la máquina republicana era el mismo que durante tiempo inmemorial había funcionado en Monarquía y Dictadura. Una máquina gastada, inservible, incapaz de adaptarse a las nuevas exigencias creadas por las propias circunstancias. Fue sin duda ese el fallo más grande que tuvo el nuevo régimen por cuyo motivo no fue posible su afianzamiento.

El anarcosindicalismo que no había dejado de actuar durante la dictadura, una vez entró ésta en el declive empezó de manera activa a su reorganización y recuperación de efectivos. El 14 de abril de 1931 la C.N.T. en Cataluña estaba ya casi completamente organizada. A más de eso había logrado que los patronos, que habían vulnerado las bases de trabajo en perjuicio de los trabajadores durante la dictadura, volvieran a respetar las mismas.

Los patronos del ramo de la construcción de Barcelona que se negaron a cumplir las bases firmadas antes de la Dictadura y que a más de eso algunos de ellos habían despedido a los Delegados del Sindicato sin ninguna otra razón, tuvieron que enfrentarse con el Sindicato que declaró una huelga general del ramo que duró varias semanas y que se terminó

con el triunfo de los trabajadores. La libertad de los presos y perseguidos con motivo del advenimiento de la República reforzó poderosamente la vitalidad del movimiento sindical y específico.

Los grupos anarquistas se organizaron rápidamente, como siempre al margen de la organización sindical, dentro de su organización nacional, la F.A.I.

Excusa decir que ésta, igual que la C.N.T., aumentó sus efectivos considerablemente, constituyendo la fuerza de propulsión más considerable en el seno del movimiento revolucionario español.

Cataluña, concretamente Barcelona, era un punto de atracción de las actividades subversivas de toda España. La F.A.I. contaba solo en Barcelona con varias docenas de grupos con ramificaciones en otras regiones de España.

En esa segunda época de gran actividad del anarquismo español los Solidarios se vieron obligados a cambiar sus efectivos y hasta el nombre del grupo.

Ya antes de implantarse la República, Ascaso, Durruti y Jover se encontraban en Barcelona, García Oliver y Torres Escartin se encontraban cumpliendo condena en Burgos y Santoña respectivamente. Una vez recobrada la libertad se reintegraron a Barcelona. Julia Lopez Maynar fue a Zaragoza donde tenía la familia y Salamero libre también se quedó en la Isla de San Fernándo, donde se estableció como sastre. Hubo un nuevo ingreso. Se llamaba Antonio Ortiz Carpintero, del Sindicato de la Madera de Barcelona.

Juan García Oliver en el sentido de la popularidad no había tenido ocasión de darse a conocer y demostrar en público su recia personalidad.

Obrero camarero como ya se ha dicho, García Oliver poseía una cultura y una preparación intelectual poco común entre los trabajadores. Enamorado de la antigua cultura griega se dedicó al estudio de los clásicos griegos, intentando no ya a imitarlos sino superarlos. Omero, Aristoteles, Pitagoras, Diógenes, Aristófanes y, en fin, la antigua escuela griega era su manantial intelectual.

Su carrera hacia la altura intelectual fue obscura como la de un verdadero revolucionario, reuniendo las dos principales cualidades, la del

brazo y la del cerebro. Brazo y cerebro fue su gran virtud, por no decir su única virtud.

Rafael Torres Escartin, como obrero manual, aunque en su vida pública no haya aparecido así, Torres Escartin era un sentimental. Un sentimental rayando en lo infantil.

Nosotros sabemos que en el penal del Dueso, cuando se encontraba cumpliendo condena, todo lo que se recibía del exterior o lo que podía recoger de él mismo, lo daba a los demás. No importaba a quien, sin darse cuenta que él también necesitaba cuidarse para sobrevivir a la gran tragedia. Salió del penal completamente agotado física y moralmente. Con todo el dolor en el alma, sus propios compañeros de grupo tuvieron que internarlo en el manicomio, pues su locura era agresiva y peligrosa cuando se trataba de gente uniformada. Aurelio Fernández y sus compañeros del proceso de Vallecas detenidos en la cárcel de Madrid fueron puestos todos en libertad al advenimiento de la República.

En una de las reuniones convocada por la Federación Local de Grupos Anarquistas de Barcelona hubo una pequeña sorpresa. Uno de los grupos de reciente formación había cogido por nombre «Los Solidarios». La representación del antiguo grupo los Solidarios no hizo ninguna observación en atención a que la nueva Federación Local era de reciente creación y a más de eso porque no había patente y el nombre no hacía la cosa.

Tratada la cuestión en la primera reunión del grupo se acordó que se denominaría en lo sucesivo «Nosotros».

El grupo «Nosotros» fue compuesto por los compañeros siguientes: Francisco Ascaso, Buenaventura Durruti, Juan García Oliver Rafael Torres Escartin, Aurelio Fernández, Ricardo Sanz, Gregorio Jover, Antonio Ortiz, Julia López Maynar, Pepita Not, Ramóna Berni y María Luisa Tejedor.

Colaboradores Adolfo Ballano Bueno, Paulino Colet y Jaime Palau.

La segunda actuación de los compañeros mencionados en la nueva época del anarquismo en nombre del grupo «Nosotros» fue idéntica a la anterior. Es decir, de los Solidarios solo había una variante: la experiencia del pasado, así como la nuevas Situación creada al anarquismo con el cambio de régimen político.

En lo esencial nada había cambiado. Existía como antes el régimen capitalista y por tanto la desigualdad social y económica, existían todos los privilegios como antes, y por tanto la base esencial de lucha del anarquismo consistía en la abolición de todos los privilegios, base de todas las injusticias sociales.

No había pues nada nuevo a dilucidar. El anarquismo se encontraba en su punto de partida. Había que preparar ideológicamente y moralmente al más gran número posible de proletarios para que estos comprendieran el cometido por ellos a desempeñar y su misión a cumplir después de la revolución social.

Había igualmente que orientar a la clase productora, para que esta se aprestara a romper todas las cadenas que la esclavizaban hasta lograr destruir al capitalismo, no importe por qué medios y en su lugar sobre sus ruinas implantar un régimen de justicia social, donde cada ciudadano tuviera asegurada la existencia.

Había que organizar el máximo posible de mítines, conferencias, cursillos de oradores y hasta el manejo de las armas. Todo, absolutamente todo lo que pudiera resultar útil para derrocar al sistema capitalista.

El ambiente de transformación social fue llevado a todos los centros de producción y de distribución. Ya no se trataba de una peseta más de salario y una hora menos de trabajo. Ese sistema de lucha era legitimar la perpetuidad de la explotación y por tanto de la esclavitud de los trabajadores.

España fue siempre un país que se prestó mucho a las soluciones extremas. El hambre, la esclavitud, la falta de libertad, la explotación, la incultura. En fin, todas las lacras sociales se desarrollaron a profusión en España en beneficio de la clase privilegiada.

Oradores, muchos oradores hacían falta. En los pueblos y aldeas la inmensa mayoría de los habitantes no sabían leer ni escribir. Había pues que hablarles, hablarles en lenguaje sencillo que ellos comprendieran y pudieran asimilar.

Tal misión le estaba, le había estado siempre encomendada al anarcosindicalismo. Si los obreros de la fábrica, del taller, de la obra y de la mina habían ya comprendido todo eso, y se habían agrupado en potentes sindicatos, si en un momento determinado esos obreros se encon-

traban en condiciones de paralizarlo todo, y hasta de ocuparlo todo, solo faltaba que los pueblos y aldeas secundaran a los obreros de la ciudad para terminar de una vez y para siempre con el capitalismo y el estado, hermanos gemelos.

La prensa obrera y anarquista surgió al advenimiento del nuevo régimen político como floración primaveral. Centros de estudios sociales, agrupaciones libres. Todo ello era la resultante natural, la explosión del deseo contenido de libertad después de tantos años de mordaza. En Barcelona ya desde el principio de la República la actividad en la propaganda era sin interrupción. Los mitines se sucedían y los locales de concentración de público por muy espaciosos que fueran resultaban insuficientes cuando se trataba de mitines o conferencias cuyos oradores eran conocidos.

Ante la imposibilidad de relatar uno por uno los actos celebrados en aquella época, solo recordaremos uno de ellos por su repercusión histórica.

Fue un mitin organizado por la Federación Local de Barcelona, celebrado en el Teatro del Bosque de la Barriada de Gracia. Entre otros oradores figuraba Juan García Oliver. Este dijo que, frente a todas las tiranías y todas las represiones organizadas de los de arriba contra el proletariado, se encontrarían los aguiluchos de la F.A.I. para entablar batalla. Desde aquel día los aguiluchos de la F.A.I. entraron en la historia de la revolución española y García Oliver en la vanguardia de la misma, pues él jamás fue un «Capitán Araña». Todo lo contrario, siempre estuvo en primera línea ocupando el sitio de más peligro.

No pasó mucho tiempo sin que Ascaso, Durruti y García Oliver aparecieran en la escena social y revolucionaria española como poco menos que tres ídolos. Naturalmente, ese galardón lo habían ganado en la encrucijada, un día y otro día, durante muchos años de lucha y de prueba.

Todas las regionales de la C.N.T., aun en plena reorganización, los solicitaban de preferencia para tomar parte en actos de propaganda. En muchos sitios los anunciaban sin tener la seguridad de que el día del acto tomarían parte en el mismo. Era la mejor manera de asegurar el lleno.

Los que habían escuchado hablar en público a Salvador Seguí y a Ángel Pestaña decían que García Oliver era aún mejor orador que ellos,

afirmaban que era el mejor orador de la organización. Ascaso era también buen orador, más que de mitin, de conferencia. Durruti no era orador, era un tribuno, es decir, con su presencia de hércules llenaba la tribuna y no tenía necesidad de esforzarse para quedar siempre en buen lugar.

Eran los tres pies fundamentales del coloso. Los conflictos parciales del trabajo se sucedían sin interrupción. Era la resultante lógica de un largo período, cuya defensa de los trabajadores en ciertos lugares se hacía más que difícil, imposible. Los patronos desaprensivos habían usado y abusado de toda clase de circunstancias para explotar a sus obreros. Estos, naturalmente, en el momento en que la organización sindical se encontraba en condiciones de atenderlos, no vacilaban en lo más mínimo de hacerlo. Era la cosecha de una natural tempestad cuyos vientos habían sembrado el egoísmo capitalista.

Lo peor del caso fue que ya desde el principio los mantenedores y defensores del nuevo régimen político intentaron desfigurar la propia realidad de los hechos acusando a su vez a una sola parte en litigio, a la clase trabajadora, que se declaraba en huelga, perturbando así la vida de la República, decían ellos.

Nada más lejos de la realidad. Los Sindicatos Obreros fueron los que más aportaron individualmente y colectivamente al advenimiento y a la implantación de la República en España, por tanto, ellos, más que no importa quién, estaban interesados en la salvaguarda del nuevo régimen. No eran ellos los responsables de la perturbación en el trabajo. Todo lo contrario, eran los patronos, los verdaderos enemigos de la República, los que provocaban a la clase obrera. Los intereses de la clase trabajadora eran muy dignos de ser defendidos por ella misma dentro de la legalidad y dentro del reconocido derecho de huelga. Los trabajadores organizados sabían mejor que no importa quién, que los enemigos de la República se habían juramentado y le habían declarado la guerra a muerte. No importaba el procedimiento. Había que impedir por todos los medios la consolidación del nuevo régimen.

Esa consigna fue llevada escrupulosamente en todas partes por los enemigos de la República. Fue sin duda alguna por eso por lo que los nuevos gobernantes crearon una nueva institución armada para su defensa: La Guardia de Asalto. Pero la Guardia de Asalto podía ser eficaz en

manos del poder político para reprimir un movimiento en la calle, cosa que seguramente no intentarían los enemigos de la República.

El peligro existía en realidad en la Administración del propio Estado, pagada y mimada por éste mismo. En cambio, este peligro que era el único peligro real, los defensores obligados de la República se negaban a descubrirlo. Era más fácil ver las pequeñas cosas de la calle, que al fin y al cabo eran la resultante del propio plan de ataque del enemigo del régimen para luego, éste largar la responsabilidad sobre la clase trabajadora que seguramente sería a no tardar, la única llamada a defender la República. La C.N.T. no pidieron jamás favor de ninguna clase a esos gobernantes de la República. Hicieron uso solamente de sus derechos como ciudadanos, de asociación, de reunión, de expresión oral y escrita, de huelga y, en fin, de sus derechos. Todo lo demás quedó reservado para los buscadores de enchufes. En ese plan de seriedad y decoro, la C.N.T. al margen siempre de la política, se organizaba y pre paraba sus sindicatos en el plan local, regional y nacional con vistas a la celebración de su segundo congreso nacional.

Las circunstancias de la vida política de España en pleno desbarajuste, de continua ilegalidad constitucional, habían impedido a la C.N.T. su funcionamiento normal, y por lo tanto, la posibilidad de actuación dentro de la propia ley de asociación. En España hacía ya más de diez años, al advenimiento de la República, que regía la soberana ley del embudo, lo ancho para los políticos, los militares y los capitalistas, lo estrecho para los proletarios.

En su reorganización, la C.N.T. se había encontrado con sorpresas que sin serlo realmente, en algunos sitios cambiaban por completo su fisonomía orgánica. Había zonas donde la C.N.T. en otras épocas apenas contaba con efectivos considerables. Después de la Dictadura los trabajadores decidieron afiliarse espontáneamente a dicha Central Sindical en Madrid. Por ejemplo, donde la C.N.T. había sido siempre minoritaria por ser el feudo del socialismo y por tanto de la U.G.T., la C.N.T. vio aumentar sus efectivos de manera considerable en detrimento de la U.G.T.

Era ello sin duda la merecida repulsa que la clase trabajadora madrileña daba de manera contundente a los colaboradores de la dictadura.

Examinando en su conjunto el panorama que presentaba la nueva situación política, el anarquismo español, éste tiró sus conclusiones. El grupo «Nosotros» estudió repetidas veces el problema desde todos los puntos de vista. Una República que descansaba, confiando su existencia con no importaba quien que se acercara a ella, como por ejemplo empezando por su Presidente, Alcalá Zamora, Queipo de Llano, Jefe Militar de la Presidencia de la República, General Sanjurjo, Jefe de la Guardia Civil, y para muestra hay suficientes, no podía emprender ninguna reforma importante en la política, y mucho menos en lo social, por ser prisionera de sus propios dirigentes.

Pero lo peor del caso era que los verdaderos republicanos que se daban cuenta de ello no hacían nada con vistas a acercarse a quienes aun sin ser políticos, podían respaldar la República, defendiéndola como mal menor.

Los enemigos de la República estaban convencidos que al paso que iban las cosas, no pasaría mucho tiempo sin que los defensores del principio de la República se encontraran a su lado para combatirla aún por caminos y motivos distintos que ellos.

Los anarquistas aceptaban por principio y por necesidad el régimen republicano. No lo atacarían directamente y hasta lo defenderían si alguien lo hacía, pero era muy difícil conciliar su posición como revolucionarios, frente al poder político que admitía en su seno, con todos los derechos y prerrogativas de privilegiados a los enemigos de la clase trabajadora.

Sin renunciar a nada, el anarquismo se proponía no enfrentarse abiertamente con el nuevo régimen político para combatirlo con todas las armas y consecuencias, pero no por ello dejaría que éste, impunemente, atropellara a los ciudadanos como lo habían hecho sus antecesores monárquicos.

En el aspecto social el anarquismo, como siempre, se consideraba en primera fila de combate a fin de conseguir una transformación a fondo. Por principio, su finalidad era el comunismo libertario. Como se comprenderá claramente, en estas condiciones, las cosas eran muy difíciles, casi imposible de conciliar la situación del anarcosindicalismo revolucionario dentro del desenvolvimiento de la República burguesa. No obstante, había que dar una tregua a los nuevos Gobernantes, al efecto de ver si este tiempo aclaraba el horizonte político en favor de la República.

La C.N.T., por su parte, deseaba también no crear dificultades al nuevo régimen, había recomendado prudencia y moderación a sus afiliados con vistas a no crear conflictos innecesarios, y sobre todo, conflictos de carácter de alteración de orden público.

Claro está que ello era, más que difícil, imposible, por cuanto que la provocación de los enemigos de la República, era moneda de cambio en todos los órdenes de la vida pública, cosa que escapaba la mayor parte de las veces a la vista de quienes tenían la obligación de proceder con justicia.

Tenía razón Francisco Ascaso, cuando en un mitin de la C.N.T. en uno de los Palacios de la Exposición en Barcelona, decía: «hay que ir a la conquista del poder económico».

El poder económico en manos del capitalismo demostraba sin gran esfuerzo al poder político republicano, que era más fuerte que él y que a más de eso podía, si lo deseaba, terminar con la República, con solo bloquearla.

Si la parte económica de un país gira la espalda a su hermano gemelo, el estado éste no tiene ninguna posibilidad de subsistir. El estado político dependerá siempre del poder económico si quiere subsistir. La prueba era bien patente en España en la época que estamos describiendo. Los estados políticos pobres tienden a desaparecer uno tras otro en la vida moderna actual. Comprendiéndolo así, los socialistas, en primera fila, desde hace ya casi medio siglo, se esfuerzan en crear estados políticos económicamente fuertes, a base de las nacionalizaciones de las grandes empresas y compañías explotadoras en beneficio del estado patrón. En nuestros tiempos el estado, sin distinción de etiqueta política, yendo del socialista al fascista, tienden todos a la nacionalización de los medios de producción y por tanto de la riqueza pública, en beneficio del poder político. Es así como logran asegurar su existencia política que antes vivía permanentemente de manera precaria frente a la economía privada.

Excusa decir, pues está bien a la vista, que ese nuevo sistema de estado patrón no favorece en nada la existencia de la clase trabajadora, tan explotada hoy en los estados patrones como lo eran ayer en las empresas privadas, de esa innovación sólo se benefician los altos empleados del

estado patrón, encargados de la administración de los intereses, que se dicen públicos pero que en realidad no lo son.

El burocratismo del estado patrón en todos los escalones de la administración es la polilla que devora lo creado, es decir, la riqueza que representa el esfuerzo de los que trabajan en trabajos productivos útiles.

La explotación privada hoy, menos costosa y menos complicada que la explotación del estado patrón, a pesar de los impuestos y cargas costosas del estado, que pugna por su desaparición, logra pagar y tratar en condiciones más ventajosas a sus obreros o empleados que el Estado patrón.

El estado patrón es hoy ya el enemigo número uno de los sindicatos obreros. Para reforzar nuestra tesis de guerra al estado patrón, añadiremos que Ascaso cuando pide la posesión del poder económico, siendo como era enemigo del estado, naturalmente no lo hacía con la intención de poner en manos del estado toda la riqueza social para que éste la malgastara. Quería el poder económico para ponerlo a la disposición de los sindicatos obreros, para que éstos, conocedores de lo que representa construir, edificar, crear las cosas útiles, pudieran de manera concienzuda, administrar mejor que nadie sus propios intereses. Esa era su idea.

Ha tenido que pasar un cuarto de siglo para que los hechos dieran la razón, en su concepción de la vida administrativa de la riqueza social, a un hijo del pueblo que se llamó Francisco Ascaso.

La A.I.T. en España. La A.I.T. en España quiere decir Asociación Internacional de los Trabajadores. Fue la primera internacional que reunió, entre otros, en su seno a los dos grandes colosos de la prerevolución social. Carlos Marx y Miguel Bakunin. Por ser muy importante este problema lo trataremos a vuela pluma, pues de lo contrario nos llevaría demasiado lejos y no es éste nuestro propósito.

Carlos Marx y Bakunín, si bien en lo fundamental parecen de acuerdo, en lo táctico chocan entre si. Los dos están de acuerdo en que hay que unir en una masa compacta a todos los trabajadores y su eslogan es «Trabajadores del mundo: Uníos».

Los dos son revolucionarios y consideran que la transformación social debe hacerse por medio de la insurrección armada del proletariado.

En la táctica a emplear para llegar a la finalidad deseada, Carlos Marx considera que hay varios medios para llegar al fin, entre otros el del em-

pleo del sufragio universal y la toma del poder político, para luego, dice él destruirlo. Preconiza la dictadura del proletariado, una vez tomado el poder, para defenderse de los enemigos del nuevo sistema social. Admite el, principio de clases y se muestra partidario, de la desigualdad económica en atención a la importancia de la función desempeñada por cada uno en el nuevo estado socialista.

A más de todo lo expuesto, hay una gran serie de consideraciones, todas ellas consignadas en lo que podríamos denominar la biblia del marxismo, su obra cumbre titulada «El Capital».

Bakunin por el contrario, no admite la ingerencia política ni como transición a la revolución social. Este pugna por la insurrección permanente, al objeto de debilitar al capitalismo y agotar la resistencia de sus defensores. Para ello da el ejemplo vivo de su concepción revolucionaria y se encuentra casi en todas partes donde surge la insurrección.

En la finalidad es igualmente contundente, después de la revolución social —dice— es el pueblo libremente reunido, quien debe determinar la manera más apropiada y justa de su desenvolvimiento. El Estado y la Dictadura del mismo solo sirve para coartar la libertad de iniciativa del proletariado, añade; por tanto se muestra partidario de las comunas libres de productores.

También Bakunin tiene varias obras escritas, todas ellas muy interesantes en las que fundamenta su tesis.

Es posible que en todo eso interviniera un poco la cuestión temperamental, pues no hay que olvidar que Carlos Marx era alemán, mientras que Bakunin era ruso.

En esa pugna doctrinal, la Asociación Internacional de los Trabajadores «A.I.T.» se dividió para a continuación desaparecer. Esa pugna tuvo una doble repercusión, a saber: reducir a una proporción poco importante la tendencia libertaria de Bakunin y a más de eso partir en dos fracciones la propia concepción marxista.

Carlos Marx tuvo un discípulo, un adepto contumaz en Rusia, precisamente fue Lenin. Lenin supo interpretar y hasta cierto punto superar la propia concepción marxista.

Fue sin duda alguna el estado psicológica de su pueblo quien le facilitó las posibilidades de ambiente de su propio camino a seguir.

Si Lenin en vez de ser ruso hubiera sido inglés, alemán, francés, es decir occidental, seguramente que el marxismo-leninismo no habría tenido un desarrollo tan preponderante como el que tuvo en Rusia, aún a pesar de la situación favorable que le brindó el cataclismo de la primera guerra mundial sobre la cual hemos ya hablado un poco al principio de estas memorias.

Ante el hecho de la revolución rusa, el marxismo-occidental hizo marcha atrás. En general sus dirigentes cogieron miedo. Aparte de algunas individualidades que ya desde el principio se adhirieron al movimiento revolucionario ruso, en la Europa occidental los socialistas, no solamente no lo apoyaron sino que ni lo saludaron. Les fue más cómodo reforzar la Segunda Internacional de Ámsterdam que coger las armas para ayudar a los marxistas rusos.

Desde entonces la concepción marxista occidental quedó virtualmente dividida en dos fracciones: los marxistas revolucionarios y los marxistas colaboracionistas. Ambas conocidas hoy por el nombre de Comunistas los primeros y de Socialistas los segundos.

La C.N.T. Española, de concepción libertaria, que como se sabe se adhirió en su primer congreso nacional de 1919 a la Tercera Internacional sindical roja, acordó como queda dicho, darse de baja de dicha internacional en una conferencia nacional sindical celebrada en Zaragoza en 1922, por incompatibilidad ideológica, pues la C.N.T. no aceptó jamás como principio la dictadura del proletariado, adhiriéndose a la A.I.T. que en el mismo año, 1922, se organizó en Barcelona.

La situación anormal por la que atravesó la organización sindical anarcosindicalista en España, dejó las cosas en suspenso en lo que se refiere a su ingreso en una de las Centrales Sindicales Internacionales durante muchos años.

Es al abrirse el período de normalidad que facilita el advenimiento de la República, que la C.N.T. después de hecho un examen del panorama sindical internacional, se adhiere a la llamada Asociación Internacional de Trabajadores A.I.T.

Excusa decir que la elección fue magnífica, por cuanto la C.N.T. escogió como Central Sindical Internacional la cuna de Bakunin, es decir

la A.I.T., que recordaba al anarcosindicalismo español el origen de su propia formación libertaria y antidictatorial.

La A.I.T. reforzó su personalidad con el traslado del Secretariado de la misma a España, y durante algún tiempo su funcionamiento, en tanto que Central Sindical Internacional, al lado y al calor de la C.N.T. pareció llenar las necesidades deseadas.

La cuestión del burocratismo sindical en realidad no fue jamás un problema para la C.N.T. en España, pues ésta obligada constantemente a vivir en la clandestinidad, iba siempre con el morral al hombro con los pocos papeles existentes pues ni muebles poseía su Secretariado, en cambio, un Secretariado de una Central Internacional no era lo mismo, la A.I.T. pasó en España años enteros sin que apenas nadie se diera cuenta de ello.

Los efectivos de la A.I.T. eran completamente desconocidos incluso por los militantes más destacados de la C.N.T., cosa que éstos no trataron de averiguar jamás, por respeto y confianza al Secretariado Internacional. Sus dos primeros Secretarios, Suchy y Schapiro, trabajaban en su secretaría en el mismo local del sindicato de la metalurgia de Barcelona. Ninguno de los dos tenía auxiliar alguno, lo que demostraba que la Secretaría Internacional no estaba cargada de trabajo ni apremiada de cuestiones por las Centrales Sindicales adheridas.

Al correr del tiempo fue un miembro de la C.N.T. de España Eusebio Carbo el que se encargó de desempeñar el cargo de Secretario de la A.I.T.

Naturalmente Eusebio Carbo, una vez en posesión de los datos y secretos de la Secretaría pudo comprobar sobre todo el efectivo real de las Centrales Sindicales Internacionales que componían la A.I.T. y el número de afiliados de cada una de ellas.

Sin ningún comentario que pudiera complicar las cosas se supo que la A.I.T. no era otra cosa que un apéndice de la C.N.T. de España y que gracias a ésta, la A.I.T. constaba en el mundo como tal Internacional. El resto de efectivos era insignificante. No se trataba de centrales sindicales nacionales lo que componía la misma sino núcleos orgánicos sin gran importancia.

La cosa del número reducido de efectivos de la A.I.T. en el plano internacional hubiera tenido solo una relativa importancia si hubiera existido la posibilidad de captar hacia la Internacional otras centrales sindicales nacionales de cierta importancia para reforzarla, pero momentáneamente esta posibilidad quedaba descartada en atención a la estructuración política internacional.

Mientras que la A.I.T. tuvo su residencia en España no hubo ningún problema mayor que pudiera inquietar a los militantes de la C.N.T., pues éstos se sentían bien representados por la misma.

Fue posteriormente, cuando ésta salió de España, que los militantes del anarcosindicalismo de la C.N.T. empezaron a preguntarse cual era la misión desempeñada por la A.I.T. en el plano internacional, ya que en el plano nacional lo conocían perfectamente.

La A.I.T. fuera de España, desligada de la influencia directa de la C.N.T., se encontró en precaria situación. Mascarell encargado de las cosas de la A.I.T. en Francia y Bélgica, desbordado por las propias circunstancias, fue impotente para conciliar los intereses orgánicos y hasta económicos entre la A.I.T. y la C.N.T.

A continuación las cosas no lograron más que empeorarse. Trasladada la residencia de la A.I.T. a Suecia (Estocolmo), las cosas se embrollaron de tal manera que uno de sus Secretarios, Anderson, con su manera sectaria e incapaz de conducirse, logró que la A.I.T. cayera en el vacío en los pocos sitios donde se le había escuchado.

Era de esperar que sin el soporte del potencial orgánico de la C.N.T., la A.I.T. caería en el vacío y por tanto en la inactividad.

Nosotros, que no nos aferramos a la tradición del pasado por considerarla perniciosa, consideramos que debemos renovarnos en todos los órdenes de la vida, si no queremos perecer.

En realidad nosotros no estamos seguros que la A.I.T. cumpliera su misión histórica. De ser así, los que la sostuvimos tenemos la misión, no de renovarla porque eso no será posible. Tenemos el deber de sustituirla por algo nuevo que sea capaz de adaptarse en el plano internacional a las concepciones modernas del sindicalismo. Con la segunda guerra mundial desaparecieron dos centrales sindicales internacionales, la segunda

Internacional Socialista y la tercera Internacional Sindical Roja, de obediencia comunista.

Después de la guerra, ni la una ni la otra respondían a las necesidades de la nueva estructura política y económica del mundo. Por eso se disolvieron sin reticencias de ninguna clase. Como se sabe, a continuación, dado el ambiente de aquellos momentos se constituyó una sola central sindical internacional. La Federación Sindical Mundial. A dicha central internacional se adhirieron la mayor parte de las Centrales Nacionales en principio. Fue la Organización Sindical más numerosa que jamás existió en el mundo.

Se ha dicho, se dice y repite todos los días por doquier, y los propios comunistas hacen gala de ello, que las organizaciones sindicales deben actuar al margen de la política. Ese fue siempre el principio y la conducta observada por la C.N.T. en España.

Sin embargo internacionalmente jamás fue así. La prueba más evidente de ello fue la escisión producida en el seno de la Federación Sindical Mundial. Las Centrales Nacionales Norteamericanas primero, y a continuación varias otras más se dieron de baja de la F.S.M. alegando que estaba mediatizada por el partido comunista.

Nosotros no vamos a discutir esa cuestión. Sólo diremos que eso de la independencia política de las Centrales Sindicales hoy es solo teórica.

Es cierto que la F.S.M. en las llamadas democracias populares responde a la disciplina que le impone el partido comunista. En los países capitalistas donde existen centrales sindicales afectas a la F.S.M., como por ejemplo la C.G.T. francesa, ésta no está sometida a los dictados del Gobierno francés como es lógico y natural, pero está mediatizada sobre todo individualmente por los militantes del Partido Comunista Francés.

Suponemos que otro tanto debe ocurrir en las demás naciones de régimen capitalista donde existen filiales de la F.S.M.

En cuanto a la pretendida independencia política de las centrales sindicales nacionales e internacionales de los países capitalistas resulta un verdadero timo para la clase trabajadora afiliada a las mismas. Tal como están planteadas en estos momentos las cosas, en los países capitalistas, en esa carrera que todos los estados siguen de cara a las nacionalizaciones para mejor reforzar su propia existencia, es posible que un día no muy

lejano los trabajadores se den perfecta cuenta que son doblemente víctimas, víctimas del Capitalismo y víctimas del Estado opresor.

El Estado Patrón no libera al obrero de la explotación capitalista, todo lo contrario, lo esclaviza aún más, negándole una serie de derechos, que el capitalismo privado está obligado por las propias leyes del Estado a cumplir.

Es de esperar y será muy saludable que tal como van las cosas, en el plan económico mundial, los trabajadores manuales e intelectuales se den cuenta de que el enemigo común de todos los que trabajan, desaparecido el capitalismo privado, no es otro que el Estado Patrón.

El Estado Patrón ha declarado la guerra a muerte al Capitalismo privado, deben estar los trabajadores fuertemente organizados en potentes sindicatos para dar la batalla definitiva al Estado Patrón, antes o después que éste haya vencido al Capitalismo.

La economía, la riqueza social, debe ser administrada sólo y exclusivamente por los sindicatos de productores.

CAPITULO XI

En ese espíritu de comprensión, de tolerancia y hasta de colaboración de los hombres de la C.N.T. hacia el nuevo régimen republicano, las cosas siguieron el curso natural hacia un nuevo resurgimiento de valores que afianzara la nueva conquista. La conquista de la libertad.

En el plano regional, la C.N.T., que por principio era federalista, tenía que afirmar su propia razón de ser, de cara a la nueva política a desarrollar por el Estado en relación a las Regiones Españolas.

Cuando se votó el Estatuto Catalán, la Regional Catalana de la C.N.T., que entonces estaba en buena relación con los hombres de la política regionalista, a pesar de que no tuvo ninguna intervención en las elecciones, no hizo ninguna manifestación de hostilidad de cara a las mismas, dejando al libre albedrío de los ciudadanos pertenecientes a la Confederación en el momento del voto. Así se explica que el Estatuto de Cataluña fue votado por una aplastante mayoría del cuerpo electoral. La idea del filósofo Pi i Margall, maestro impulsor del federalismo español, obtuvo la primera gran victoria en su país natal: Cataluña.

Como se verá más tarde, a pesar de lo que queda dicho, el establecimiento de la Autonomía de Cataluña no fue una cosa de madurez polí-

tica. Fue el estallido sentimental de la época. El segundo acto del drama republicano.

Los partidos republicanos de izquierda iban dando bandazos sin llegar a orientarse en una línea de conducta seria, que les permitiera constituir un bloque o formación, que fuera una garantía capaz de atraer hacia ellos a todos los hombres verdaderamente democráticos que aún creían en la política.

El partido socialista era el más cohesionado, a causa de que sus cuadros habían permanecido en reserva sin gastarse. A más de eso, una serie de intereses, propios de la colaboración con la Dictadura, les había situado en un plano de preferencia a todos los demás partidos que habían tenido que comenzar poco más o menos que a cero cuando se instauró la República.

Por otra parte, quedaban las reminiscencias de la Dictadura que aun no habían sido eliminadas y que ellos, más que nadie, tenían interés en conservar dentro de la República, por ser ellos los mayores beneficiarios. Los aventureros de la Unión Patriótica, que en tal de sacar su particular beneficio habían sostenido a Primo de Rivera, no tuvieron ningún inconveniente en acercarse al Partido Socialista, logrando así situarse una vez más «al sol que más calienta». Todo eso era la política en España, como en todas partes.

Claro está que en España, en la época a que nos referimos, era muy difícil crear un partido político de izquierda. Los trabajadores organizados en potentes sindicatos en los Centros industriales se habían desinteresado por completo de la cuestión política. Era la respuesta lógica a todo un pasado que ellos no podían olvidar.

La República hubiera podido lograr, con una actuación de atracción y de sentido de responsabilidad, la simpatía de los trabajadores en la cual debía apoyarse, pero no lo logró. Tuvo miedo de aliarse con las organizaciones obreras pues al parecer estas iban demasiado lejos, en materia social. La carencia de arraigo político o decepción política de la clase obrera española se demuestra en un hecho concreto.

El partido comunista, que en todas las latitudes se presenta como la salvación de los trabajadores, en España es completamente rechazado por los trabajadores. Y lo es porque en España, mejor que en ninguna

otra parte, los trabajadores saben lo que representa para ellos el Partido Comunista.

Como ya hemos dicho en otro lugar, antes del advenimiento de la República no existía en España el Partido Comunista.

En la implantación de la República, el 14 de abril de 1931, el Partido comunista no interviene, como es natural.

Solo después, cuando se abre la campaña electoral para las Cortes Constituyentes, en Málaga hay un ciudadano, el Dr Bolivar, que se presenta solo, en una lista del Partido comunista español.

Parece ser que el Dr Bolívar no tuvo gran oposición; y que por el contrario, su candidatura, dadas las circunstancias, fue apoyada por el grueso de la opinión pública. En esas simples circunstancias fue elegido diputado por el Partido Comunista en Málaga el Dr BoIivar. Desde luego el único Diputado comunista que hubo en las Cortes Constituyentes. Y mientras que los partidos políticos históricamente republicanos se debatían en la esterilidad, no logrando encuadrarse en una formación capaz de enfrentarse con la situación precaria que vivían, frente a la reacción, que no se resignaba a dar el visto bueno del nuevo régimen, los partidos dudosos o reaccionarios como la C.E.D.A. (Confederación Española de Derechas Autónomas) cobraban bríos y ganaban posiciones frente al propio gobierno en funciones.

Todo ello era conocido por la clase obrera, la cual se interrogaba a si misma si valía la pena seguir por más tiempo los consejos de los Comités Superiores, que les aconsejan evitar en lo posible de plantear conflictos en los sitios de trabajo.

Jamás en la larga actuación del anarcosindicalismo español hubo antagonismos ni diferencias de importancia en su seno, capaz de quebrantar la unidad de acción entre sus componentes. Sin embargo, existió siempre la diferencia de criterios, las tendencias internas incluso, pero siempre con el debido respeto y tolerancia malta.

Como ya hemos consignado en otro lugar, no todos los militantes de la C.N.T. pertenecían a los grupos específicos. No obstante ello, el respeto mútuo, la tolerancia y más que eso la franca fraternidad, fue siempre la divisa de cambio entre los hombres que andaban juntos, que sufrían juntos y que morían juntos también.

Se habló mucho fuera de los medios confederales de la indisciplina del anarcosindicalismo. Nada más lejos de la realidad. Los acuerdos tomados en asambleas y reuniones tuvieron siempre fuerza de ley. Naturalmente que hubo indisciplinados. Los hubo y los habrá siempre en todas las formaciones. Ello fue rara excepción, jamás una grande excepción. De no ser así la C.N.T. no habría llegado jamás a la altura que llegó ni hubiera adquirido el prestigio que consiguió.

Los militantes maduros del sindicalismo confederal conocían por la experiencia vivida, la impetuosidad de la juventud que lo arriesga todo muchas veces sin reflexionar. Era un defecto de origen que ellos, la mayor parte de las veces disculpaban por no estar obligados a justificar. Por eso hasta la implantación de la República jamás hubo fisuras en el seno del movimiento confederal.

Al igual que la C.N.T. creció en proporciones considerables en efectivos al advenimiento de la República, los grupos anarquistas se multiplicaron. No hubo límite ni gran control en los nuevos ingresos. Ello hizo que en ambas organizaciones hubiera infiltraciones dudosas y hasta indeseables.

La vida pública de los sindicatos se desenvolvía de la misma manera que en otras parecidas épocas de normalidad. Aparte del enorme contingente de nuevos afiliados que invadían los domicilios sociales reclamando, quien más, quien menos, ser atendidos ante ciertas injusticias patronales, el resto todo continuaba igual.

En tiempo de normalidad, el trabajo de los grupos era casi inexistente. Sus componentes reintegrados al trabajo se fundían en el sindicato con el resto de compañeros de explotación. No era igual que cuando actuaban en clandestinidad.

Claro está que en los sindicatos había mucho que hacer. Siete años de clandestinidad habían impedido toda intervención directa de la organización sindical frente al egoísmo capitalista, que había borrado todo vestigio de consideración hacia la clase trabajadora. Era una necesidad ineludible la confección de nuevas bases de trabajo con las correspondientes peticiones de aumento de salario y de condiciones en general.

En este nuevo enfrentamiento, el capitalismo liberal era el menos afectado por haber seguido una línea más flexible en relación con los

obreros. Las grandes empresas, las grandes compañías y trusts, eran las más afectadas. Estas no escaparían fácilmente pues también estaban al alcance del sindicato.

La petición de mejoras de los sindicatos, que era una cosa natural y lógica, una vez más no lo era al parecer para la clase capitalista y para los nuevos gobernantes. Los patronos decían no al sindicato y éste, como es natural, recurría a su arma legal de defensa, respondiendo con la huelga. A eso en todas partes se le llama la lucha de clases.

En España, por razón de temperamento, de educación social, o de lo que fuera, la huelga platónica era de limitada duración y lo era porque ya desde el principio de producirse la misma en todos los casos y circunstancias, el Estado se ponía de parte del capitalismo.

Ya podía estar toda la razón de parte de los trabajadores.

Las autoridades sistemáticamente se ponían al servicio del patrono o de la empresa, mandaban la fuerza pública con órdenes de defender sus intereses.

Respaldado de esa manera por el Estado, el Capitalismo se sentía fuerte y seguro, y las cosas que en principio se hubieran podido arreglar sin grandes dificultades, no solamente se alargaban indefinidamente, sino que se complicaban hasta el extremo de convertirse muchas veces en conflictos de orden público. Conflictos de orden público provocados por los llamados guardadores del orden.

Los gobernantes republicanos, que conocían los procedimientos reaccionarios que en materia social y sindical habían empleado sus antecesores, hubieran podido intentar cambiar de actitud con la clase trabajadora en los conflictos de trabajo, pero no lo hicieron. No lo hicieron seguramente para congraciarse con sus enemigos. Estos sin embargo no se lo tuvieron en cuenta.

Los conflictos del trabajo se complicaron progresivamente, se complicaron por la intervención, la mayor parte de las veces inoportunas de las autoridades.

Durante la República, ya lo hemos dicho, y no nos cansaremos de repetirlo, los obreros jamás intentaron perturbar la vida política del país con acciones deliberadas contra la forma de Gobierno. Ello hubiera resultado insensato, por cuanto los trabajadores eran los primeros intere-

sados en la pervivencia de la legalidad republicana que se habían dado asimismo el 14 de Abril de 1931 y de la cual solo pedían un margen de libertad que les permitiera vivir dentro de la legalidad, con arreglo a la Ley de Asociaciones. Por lo tanto, luchar contra el capitalismo no era un delito. Los grupos anarquistas no actuaban como tales en el seno de los sindicatos, sino que como trabajadores, en las asambleas, en las reuniones y en los sitios de trabajo exponían sus puntos de vista que a veces eran contradictorios entre ellos mismos. En lo fundamental desde luego todos estaban de acuerdo. Y lo fundamental era la transformación social del régimen capitalista por el comunismo libertario. Si los gobernantes de la República se creían en el deber de defender al Capitalismo, en ese caso concretamente, era fatal y natural de encontrarse los unos frente a los otros.

Queda pues bien aclarado que los trabajadores de la C.N.T. jamás se levantaron contra la República con el ánimo de destruirla por considerar que dentro de la República se puede implantar el comunismo libertario después de haber desaparecido el capitalismo y el Estado opresor.

Ese fue siempre su lema, comunismo y libertad.

Los anarcosindicalistas no se declararon jamás enemigos de la República, por ser la encarnación de la igualdad social. Fue en esas condiciones y bajo ese lema que se abría el período que podríamos llamar período de ensayos revolucionarios prácticos.

Poco podía importarles como idealistas revolucionarios a los hombres de la F.A.I. que los proletarios ganaran una huelga para conquistar un mezquino aumento de salario. No era ése su objetivo final. Se trataba de otra cosa. De la movilización de los efectivos de maniobras subversivas.

Para lograr tal objetivo que no era otro que la movilización permanente, se necesitaba un punto de partida sin el cual no habría justificación ni posibilidad de la puesta en marcha de la idea finalista. Si todos los trabajadores hubieran sido conscientes y revolucionarios, la movilización general hubiera sido espontánea, pero no era así, había pues que usar del motivo, y el motivo estaba latente en todas partes.

La miseria por la inicua explotación del capitalismo.

La idea del anarquismo, que como siempre en España luchó en primera linea del sindicalismo revolucionario, era bien definida y clara y

debía ser comprendida como lo fue siempre por todos los militantes sindicalistas, sin excepción. La lucha del sindicalismo contra el capitalismo y el estado, había sido dura y sobre todo muy larga. Era comprensible en estas circunstancias que una serie de militantes de la primera promoción que había sufrido el peso de una lucha sin precedentes, al llegar la República creyeran que el nuevo régimen les daría la posibilidad de una prolongada normalidad de actuación y que a la par que los sindicatos lograrían poco a poco consolidar sus posiciones y conquistar su personalidad de lucha obrera, dentro de la legalidad, ellos personalmente tendrían también un margen de reposo que les permitiría rehacer sus propios hogares. Por otra parte se produjo un hecho natural, que vino a trastocar poderosamente las cosas en el seno del movimiento sindical en el plano nacional. Los nuevos enrolados que habían surgido de la anormalidad, es decir de la prolongada situación clandestina, así como de la emigración, se incorporaron a la lucha activa con el deseo y la impetuosidad de ocupar los puestos de responsabilidad que les estaban reservados en relación a sus conocimientos. A más de eso, sin que hubiera aún llegado el momento del relevo, pues todos eran útiles y necesarios ante el volumen del movimiento en si, una serie de sólidos valores habían hecho su aparición demostrando en la tribuna, en la prensa, en las asambleas de los sindicatos, y no importaba donde, que la C.N.T. contaba con una promoción grande de hombres capaces como no importaba qué partido político para afrontar una situación de responsabilidad en la vida pública de la nación. Donde se demostró en el seno de la C.N.T. en el plano nacional, fue en su segundo congreso nacional celebrado en Madrid en el Teatro del Conservatorio.

Toda la España Confederal estuvo allí representada. Regional Catalana, Regional Levantina, Aragón, Rioja y Navarra, Regional del Norte, Asturias, León y Palencia, ambas Castillas, Regional Galáica, Regional Extremeña, Regional Andaluza, Regional del Centro y los diarios C.N.T. y Solidaridad Obrera.

Todas las Federaciones Locales de España estaban representadas, directas o por delegación. Habían varios centenares de delegados. Más que espectacular fue un recuento de efectivos en presencia. Los Sindicatos mandaron al Congreso entre los militantes, los más competentes. Se hi-

cieron exposiciones valiosas, demostrándose la competencia y madurez de un porcentaje muy crecido de los allí reunidos. El respeto mutuo y la ponderación fue el lema de todos. Las Delegaciones Campesinas, muy numerosas, tuvieron intervenciones emocionantes. «Basta ya —decían por ejemplo los campesinos andaluces— estamos cansados de esta vida perra que nos imponen los señoritos. Solo comemos aceitunas y bellotas y eso aun porque vamos a robarlas, exponiéndonos a las palizas de la guardia civil».

Los mineros de Ríotinto, de Almadén, de Puertollano, de Asturias, y en fin de todas las cuencas mineras de España decían lo mismo. No podemos más. Esperamos que la C.N.T. nos saque de la esclavitud. No hubo una sola voz que se levantara para condenar al Régimen Republicano, pero hubo muchos delegados que de manera airada, con datos estadísticos en mano, demostraron que con República y libertad de reunirse, de hablar y escribir, no había suficiente, ya que ello solo representaba la libertad de pasar Hambre y Miseria.

Aparte de esa nota de tragedia, de desesperación de ciertas delegaciones, el ambiente de fortaleza de espíritu, el ansia del mañana inmediato, del congreso del Conservatorio fue magnífico. Magnífico a pesar de que había algunos compañeros que, seguramente por haber pasado ya con antelación por el estado inquietante que allí se manifestaba, no consideraban a la organización con la suficiente madurez para cortar en lo posible la tragedia de esa parte considerable de componentes de la C.N.T. que pedían soluciones efectivas e inmediatas.

Confiaban aún en el «milagro» del régimen republicano el cual ciertamente no podía dar ninguna solución, cosa que demostró en la práctica.

En la cuenca minera del Alto LIobregat y Cardoner, los mineros de Suria, Cardona, SalIet y Figols eran tratados por las mercenarios de las empresas como vasallos. Se había hecho tabla rasa de todo reglamento de trabajo y la menor protesta por parte de los trabajadores era reprimida por la guardia civil.

Toda la cuenca minera, más que un centro de producción natural parecía una gigantesca penitenciaría donde la misión de los guardianes era la de domesticar a los condenados a trabajos forzados. En esas condiciones las cosas naturalmente tenía que estallar la sublevación.

Fueron los mineros de Figols los que rompieron el cerco. Lo hicieron concienzudamente. Sin esperar órdenes ni previo aviso de nadie. Un día del mes Febrero de 1932, con la herramienta de trabajo, es decir, la dinamita y algunas armas que poseían, se lanzaron a la calle e implantaran el comunismo libertario. No hubo termino medio. Fue indudablemente un hecho simbólico, sin continuidad; duró breves días solamente a causa de su espontaneidad. No obstante eso, los hombres de la C.N.T. habían por primera vez en la historia revolucionaria de la misma puesto la primera piedra de su propio templo. Toda la organización anarcosindicalista de España se solidarizó con los revolucionarios de Figols, dispuesta a imitar su gesto en la primera ocasión que se les presentara.

En los primeros meses de 1932 cuando menos se esperaba, una noche fueron embarcados en el puerto de Barcelona, en el «Buenos Aires», barco retirado de servicio por inservible, y por tanto peligroso, más de 100 militantes de la C.N.T. que fueron llevados a la deportación, entre los que figuraban Ascaso y Durruti.

La Organización Confederal en el plano nacional permanecía en estado de alerta cuando se enteró de la deportación de sus militantes. El Comité Nacional era asediado de todas partes, con el interrogante de lo que se debía hacer.

Se acordó una huelga general limitada de protesta, cosa que fue secundada incluso por muchos núcleos de trabajadores que no pertenecían a la C.N.T.

Al correr del tiempo todo fue complicándose y la pausa deseada por todos había quedado definitivamente rota. Rota por incapacidad de los gobernantes republicanos, que más que nadie debían tener interés en mantenerla para lograr la consolidación del nuevo Régimen.

Un grupo de militantes, algunos de ellos de gran prestigio de la C.N.T., interpretando a su manera el desarrollo de los acontecimientos en relación con la lucha sindical, creyeron oportuno salir al paso públicamente de lo que ellos consideraban un error de táctica para proclamar su desconformidad con la actuación masiva en el plano nacional de la organización, a la cual hasta entonces vivían unidos e identificados.

Sin plantear préviamente el problema en sus respectivos sindicatos, cosa natural y lógica, apareció un día en la calle un manifiesto avalado

con 30 firmas, varias de las cuales eran de compañeros muy conocidos y responsables que hasta aquel momento no habían sido objeto del menor reproche sino todo lo contrario.

El manifiesto de los 30, de una manera tímida, velada, y sin argumentos, se levantó contra la ingerencia del grupismo en el seno de la C.N.T., la cual, según ellos, había torcido la marcha o pretendía forzar la marcha de la lucha sindical sin tener en cuenta muchas veces los intereses de los propios trabajadores.

Por haber hecho ya referencia repetidas veces en nuestra exposición actual, no repetiremos los conceptos ya vertidos en relación a la actuación y el cometido desempeñado por los grupos en todos los tiempos en el seno de la C.N.T. A más de eso en su día ya dijimos en un folleto titulado «los 30 Judas» lo que del manifiesto y sus firmantes teníamos que decir.

Lo cierto fue que los trentistas, clamando en su manifiesto contra el grupismo, ellos no tuvieron ningún inconveniente en recurrir al grupismo para publicar el manifiesto.

No pretendemos a más de 30 años de distancia, renovar la querella, ello sería insensato y lo sería mucho más aun por no tener en cuenta que dicho problema fue ya resuelto en el propio seno de la C.N.T. por los propios interesados en el Congreso Confederal Nacional, celebrado en Zaragoza en el mes de Mayo de 1936.

No obstante eso, hubo problemas anexos al trentismo explotado por pescadores de río revuelto, que no eran firmantes del manifiesto de los 30, los cuales afectaron mucho más a la organización confederal que el trentismo en si.

La mayor parte, mejor dicho, la inmensa mayoría de los firmantes del manifiesto trentista eran trabajadores y militantes de la C.N.T. y continuaron siéndolo sin apartarse de la misma. Pero hubo otros arrivistas políticos sin electorado que, aprovechándose del ambiente confusionista se constituyeron en Sindicatos llamados de oposición, que no eran otra cosa que la justificación morbosa de ambiciones inconfesadas, pero que salieron a la superficie tan pronto se presentó la ocasión de quitarse la careta y descubrirse ante sus compañeros. No era una reforma política lo que necesitaban los trabajadores españoles. La República, en tanto que institución política, podía y debía llenar todas las necesidades institucio-

nales. Lo que necesitaba el proletariado español era una transformación social de todas las formas de la vida ciudadana en el sentido de mejoras prácticas de subsistencia, de la cual había estado siempre carente, de eso no se intentaba nada desde los sitios de dirección económica del país.

Que los obreros buscaran la forma de mejorar su situación económica era una cosa natural y justa, lo que no era natural ni justo era que los poderes públicos en la República continuaran las viejas costumbres de los regímenes caducos convirtiendo los problemas de lucha de clases en problemas de orden público. No eran los llamados extremistas de la F.A.I. los provocadores de situaciones de perturbación social, eran las autoridades las que motivaban las perturbaciones con la provocación constante por medio de la intervención de la fuerza armada en los conflictos de trabajo.

Los extremistas lo que hacían era aprovechar la coyuntura de la intervención del Estado en los conflictos de trabajo en favor del capitalismo, para afirmar ante los trabajadores su posición hostil hacia el capitalismo y a la par contra el Estado, su fiel defensor.

Mientras el Estado Republicano se entretenía en las cosas, que para él sólo debían ser secundarias, los problemas de fondo que afectaban a la entraña de la vida de la nación quedaban sin la más pequeña atención por el mismo.

A los hombres de la República no se les ocurría pensar que España era una nación eminentemente agrícola y que había que abordar con preferencia los problemas del campo, los cuales estaban en compás de espera sin resolver, se hablaba de la reforma agraria, pero la reforma agraria no se concretaba en nada : Proyectos, solo proyectos, pero ninguna solución práctica. Por tanto, no eran iniciativas ni planes en perspectiva a realizar lo que faltaban en ese sentido. Tanto Joaquín Costa, como Julio Senador Gómez , dos verdaderos expertos en cuestiones agrarias habían dejado escrito un verdadero arsenal de proyectos, todos apreciables en aquella época, que quedaban en los archivos sin que nadie interesado los desempolvara para hacer un estudio acabado de todas las posibilidades a realizar, y realizarlas. Los terratenientes, los latifundistas, el caciquismo, lustroso, continuaban imperando en los tiempos de la República igual que en la monarquía. El Duque de Veragua, El conde de Romanones y

hasta el contrabandista nº 1, Juan March, continuaban imponiendo su ley, la ley de los millones, contra toda reforma de la vida social de España.

Y mientras tanto los campesinos de Andalucía y de Extremadura y demás regiones feudales de España continuaban sin tierra y sin pan. Un país como el nuestro, de tierra y clima magnífico, cuya superficie de tierra cultivada era insignificante con arreglo a su extensión geográfica, cosa que no podemos precisar por falta de estadísticas, la poca tierra que se cultivaba en las zonas consideradas pobres, como la Mancha, Castilla, incluso Aragón, por falta de abonos químicos y sobre todo de agua, las tierras de secano solo se sembraban cada dos años, quedando en lo que se llamaba barbecho, que equivalía a decir en descanso, pues de lo contrario no se recogía apenas la semilla.

Era más cómodo por lo visto importar del extranjero el trigo, maíz y cebada en una proporción voluminosa que no poner en condiciones de explotación y de rendimiento las tierras del país.

Y si cercados por el hambre, los campesinos sin tierra intentaban trabajarla sin el visto bueno de sus propietarios, es decir, de los terratenientes, por mediación de colectividades municipales o de simples grupos de cultivadores como ocurrió en Navalmoral de la Mata, en Puertollano y otros pueblos de Andalucía, la República, o sea, el Gobierno Republicano, les mandaba la guardia civil y los desalojaba por la fuerza de los sitios de trabajo.

Mientras continuaba la tragedia del campesino andaluz, sin tierra donde caerse muerto de hambre, se mantenían los cotos de caza, las grandes propiedades ganaderas, donde las razas bravas constituían la riqueza y el placer del señorito insultante, esos señoritos que en los días de fiesta lanzaban puñados de monedas de cobre a la «chiquillería», hijos de los pobres, para regocijarse viendo como se lanzaban los unos encima de los otros en busca del vil metal.

El problema del campo continuaba como nunca, latente en España, sobre todo en las regiones pobres, pues en Cataluña por ejemplo, donde la propiedad de la tierra estaba mejor repartida por no existir grandes terratenientes, y a más de eso por un sentido práctico de comprensión, se instituyeron leyes, y más que leyes, convenios que armonizaron la vida del campo catalán con la vida de la ciudad. Por ejemplo «Los Rabasaires»

hablaban de la llamada «Ley de Correos» como cosa ventajosa para el campesino de Cataluña, el cual se sentía ligado a la tierra, convertida en pequeña propiedad, que permitía al cultivador vivir trabajando con cierta decencia y dignidad. Lo mismo ocurría en Levante, donde la propiedad, a más de estar repartida en el campo, el grueso de su producción era de mercancía de exportación, como por ejemplo la naranja, el arroz, la cebolla, frutos en general.

Pero todo esto último no era obra de la República, era una cosa de madurez, de comprensión, de sentido común, de ciudadanía, cosa que no existía aún en las regiones retardatarias de España donde imperó siempre el absolutismo, el oscurantismo y el despotismo de los de arriba contra los humildes. Sería desleal por nuestra parte no querer reconocer que la República tuvo cosas buenas. En materia de instrucción pública el esfuerzo fue considerable. Marcelino Domingo, ministro del Ramo, fue un hombre de una competencia indiscutible. Su programa de construir 27.000 centros de enseñanza en España fue para él, una verdadera obsesión.

No sabemos en realidad cuantas escuelas se construyeron, si fueron votados los créditos necesarios. Lo que sí sabemos es que a partir de la instauración de la República la Enseñanza cambió por completo de fisionomía. Que los padres que lo deseaban y estaban en condiciones de enviar a sus hijos a la escuela podían hacerlo, seguros que sus hijos podrían ser acogidos en los centros de enseñanza creados al efecto.

Desgraciadamente habían muchas familias pobres que, en vez de mandar sus hijos a la escuela, ya de muy corta edad, a los 10 o 12 años los mandaban a trabajar, a veces jornadas agotadoras como aprendices, como domésticos recaderos o simplemente como pastores o algo parecido.

Marcelino Domingo, un verdadero artesano de la Cultura en España. La historia lo recordará a través de sus páginas como uno de sus hijos predilectos.

El caso del Ministro de la Guerra, Sr. Manuel Azaña, que luego fue Presidente de la República, tuvo, mejor dicho, hubiera podido tener, una efectividad magnífica.

Conocedor como el que más que el ejército estaba infectado de enemigos de la Nación y por tanto de la República, tuvo la idea, que hubiera

podido ser genial de haber dado el resultado que él esperaba, de proponer una ley que fue votada por el Parlamento, de autorizar a todos los jefes y oficiales del Ejército que lo desearan retirarse del mismo con el sueldo íntegro.

Con ello buscaba el Sr. Azafia limpiar la República de conspiradores y enemigos, pues no estando en activo y por tanto en contacto directo con los presuntos sublevados de los cuarteles, les tendía un puente que aunque costoso, les aislaba, poniéndolos al otro margen.

Pero como hemos dicho más arriba, no tuvo suerte, y el efecto fue casi contrario, fue contrario porque los únicos que se acogieron a dicha ley fueron los jefes y oficiales liberales no complicados en las múltiples cuarteladas y hasta cierto punto enemigos de los manejos turbios, de los siempre prestos a la sublevación.

Los otros, los enemigos de la ley, de todas las leyes, esos permanecieron en activo esperando el momento de saltar encima de la joven República para apuñalarla por la espalda. Así se ha escrito siempre la historia de la reacción en España. Una vez más triunfaron los cretinos.

En materia religiosa, la república se mostró liberal, decimos liberal en la parte que concernía a los ciudadanos no creyentes. El clero de España, como seguramente ningún otro del mundo, intervenía en la vida pública y privada de los ciudadanos de manera verdaderamente escandalosa. Esa intervención se hacía extensiva a las instituciones públicas y particulares.

A más de eso, las empresas y compañías de explotación más importantes de España estuvieron siempre controladas o simplemente en manos del jesuitismo.

San Ignacio de Loyola fue siempre el inspirador de todo el judaísmo usurero español.

Cuando las circunstancias les fueron favorables a la Iglesia española, cosa que ocurrió sin interrupción, ésta impuso su ley que siempre resultó ser inquisitorial a los no creyentes, herejes, era esa la palabra de odio a sus semejantes, que no se postraban de rodillas ante los fetiches de su altar. Más tarde, después de la República, no se encendieron las hogueras purificadoras de la Santa Inquisición pero se formaron los piquetes de ejecución que la Iglesia bendecía con fingida resignación sin la menor queja humanitaria y mucho menos con la repulsa del crimen, de los crí-

menes en estado de permanencia. Herejes, esa era la palabra, muchos de los fusilados eran católicos, apostólicos y romanos.

Las cosas eran así en España, y como los extremos haciendo una circunferencia se tocan, los republicanos españoles de antes de la II República no eran herejes pero eran ateos. Un republicano de solera en España lo era todo, un católico fanático, también lo era todo en sentido contrario.

Por eso decimos que la República en materia religiosa fue comprensible, comprensible porque trató de hacer compatible la conducta de la Iglesia con el sentido magnánimo de los Republicanos que sin ser herejes querían vivir libres del yugo clerical.

En cuanto a los jefes y oficiales del ejército que habían jurado fidelidad y acatamiento al régimen republicano, estos continuaban conspirando, si no con la desenvoltura que lo hacían en la época de la Monarquía, con la debida discreción por ser para ellos algo más complicada la nueva situación política.

Marruecos era el foco de la conspiración. Todos los jefes y oficiales que eran la inmensa mayoría, que no simpatizaban con el régimen republicano se consideraban caídos en desgracia. La República para ellos era un sistema de gobierno importado del extranjero.

No se concebía en la jerarquía militar española un jefe u oficial del ejército que en la calle o en los lugares públicos fuera considerado como otro ciudadano cualquiera. En cuanto a su relación con la Sociedad, él se consideraba superior. El ordenanza debía limpiarle bien las botas, el sable y el caballo bien peinado. Debía lavarle los pies, hacer las compras y la cocina, pues muchos de ellos ahorraban la criada y la cocinera, para tener más medios económicos para las «juergas».

Cuando se paseaban por la calle su principal preocupación era de comprobar si los soldados que los cruzaban les hacían el saludo tal como marcaba el reglamento, pues de lo contrario el castigo era automático para los infractores. Todo ello no era disciplina, era humillación, odio a los de abajo.

En el ejército español no entró jamás el liberalismo ni mucho menos la democracia, el trato de los llamados por ellos mismos «superiores» a los «inferiores» fue déspota y humillante, se castigaba muchas veces de

obra a un soldado incluso delante de sus propios compañeros. Claro que esa odiosa conducta tuvo infinidad de veces consecuencias trágicas en campaña. Los odios engendrados en retaguardia se saldaban en las acciones de guerra. No fueron pocos los oficiales y jefes que murieron atacados por la espalda y el caso era que esa liquidación de cuentas siempre se hacía de manera muy discreta. Se hacía generalmente por recomendación. Jamás por el propio interesado.

El grupo «Nosotros» vivía absorbido por la lucha sindical. Sus componentes, en gran parte, eran solicitados por las diferentes regionales de España para intervenir en los actos de propaganda. La mayor parte de ellos, boicoteados de los trabajos por los patronos del oficio estuvieron obligados a concentrarse en el sindicato fabril y textil de Barcelona, en su sección llamada «ramo del agua», la cual tenía establecida la bolsa. Es decir, que cuando un patrono de dicha sección tenía necesidad de obreros, este venía obligado a pedirlos al sindicato por mediación de los delegados de fábrica. En ningún caso era admitido al trabajo ningún obrero que no llevara el aval del sindicato, aval que era presentado por el interesado al delegado de la fábrica en el momento de emprender el trabajo.

La conducta observada en las asambleas generales por los componentes del grupo «Nosotros» era siempre con arreglo a las exigencias de las necesidades de los trabajadores del ramo. En su sección hacían lo propio, jamás ningún miembro del grupo aceptó ningún cargo retribuido, salvo el caso de Francisco Ascaso que fue nombrado redactor de «Solidaridad Obrera», diario de la regional catalana, en un pleno regional, en cuyo caso pasó a formar parte de la redacción del diario como un obrero más del mismo.

Las asambleas generales del sindicato fabril y textil de Barcelona, muchas veces se convertían en verdaderos parlamentos sociales, siempre muy concurridas estas asambleas, a más de plantear y discutir en principio las cosas que afectaban al trabajo diario, los reunidos tenían la satisfacción de escuchar a muchos militantes de probada capacidad, que en la discusión derivaban sobre aspectos latentes que afectaban al conjunto y que por ser así eran de palpitante interés para todos.

Las conferencias patrocinadas por la Comisión de Cultura del sindicato, se sucedían las unas a las otras.

Los temas siempre de actualidad eran desarrollados ya por afiliados al sindicato o por personas competentes en el plano intelectual. Desde luego todas ellas eran muy concurridas.

En ese trabajo constructivo de capacitación se lanzó la idea de la formación de una escuela de oradores. Los alumnos debían escogerse, previa selección, de entre los jóvenes que prometieran una posibilidad de rápida adaptación. El ensayo, muy interesante, por tratarse de maestros en potencia de los muchos españoles que no sabían leer ni escribir, no llegó a realizarse inmediatamente. Solo después, en los patios de la cárcel de Barcelona, entre los presos se ensayó con cierto éxito dicho proyecto.

La cosa no era complicada. Se escogían los temas a debatir, cada presunto alumno escogía el de su preferencia, lo estudiaba y a la mañana siguiente debía desarrollarlo en voz alta ante sus compañeros, sin interrupción, los minutos asignados.

Excusa decir que ello resultó en principio un motivo de regocijo, dentro del debido respeto, naturalmente. Poco a poco las cosas se formalizaron, a tal punto que muchos de los que habían hecho el aprendizaje en la cárcel y que seguramente jamás hubieran subido a una tribuna llegaron a ser excelentes oradores.

El grupo «Nosotros» estaba al corriente del movimiento sindical y revolucionario de toda España. Sus componentes desplegaban una gran actividad. Los unos acudiendo a donde eran solicitados por la organización para asistir como oradores en mítines, conferencias y reuniones de información. Los otros en misión de organización de grupos y busca de medios de combate para un futuro inmediato.

Había que aprovechar en lo posible el tiempo, pues la situación en general tendía a complicarse cada día más.

En una ocasión Francisco Ascaso y Ricardo Sanz tuvieron que desplazarse a Bilbao, donde tenían que tomar parte en un mitin con José María Martínez, de Gijón. El acto se celebró un primero de mayo en el Frontón Eukalduna. Fue un éxito sin precedentes en todos los sentidos, dejando una impresión de seriedad y responsabilidad, que valorizó mucho a la C.N.T. precisamente en Vizcaya, donde ésta comenzaba a tomar cuerpo. Aprovechando ese viaje los compañeros aludidos se desplazaron a Eibar donde visitaron a los fabricantes Garate y Anitua y les hablaron de la

posible solución de la entrega de las armas, o sea, de los mil rifles que aun continuaban depositados en su casa.

Como siempre, los visitantes que ya eran conocidos, fueron bien recibidos, y después de comprobar que las armas estaban aún en inmejorables condiciones, los fabricantes reiteraron una vez más que les serían entregadas en el momento que hubiera autorización para ello. La cosa dependía solamente del Gobernador de San Sebastián.

Como es natural, al día siguiente los delegados se presentaron al Gobierno Civil de San Sebastián y pidieron una entrevista con el Señor Aldasoro, Gobernador de la Provincia.

Momentos después fueron recibidos por el Gobernador. Al requerimiento de Ascaso y Sanz, el Gobernador les contestó muy amable, después de haberles pedido el nombre, que si bien era él el que debía dar la autorización de la entrega de las armas, él no podía hacerlo si el Ministro de la Gobernación no le daba la orden expresa y por escrito de hacerlo.

Pónganse en relación con el Ministro Don Miguel Maura, les dijo y la cosa quedará resuelta en su favor. Se hizo la gestión en Madrid, ante el Ministro de la Gobernación, y éste, si bien dijo que no podía autorizar la entrega de las armas a los sindicatos, no obstante en el momento que la Generalidad de Cataluña se encargara del orden público en la región autónoma, él no tendría ningún inconveniente que los rifles pasaran a manos de las autoridades de Cataluña.

Reunido el grupo al efecto trató la cuestión y se convino que de momento no había otra solución que la de ceder las armas a la Generalidad. De esa manera era muy posible que los rifles fueran a manos de los trabajadores en un momento dado. La Generalidad de Cataluña formó una milicia armada, sin uniforme, llamada «los escamots». Fue la fuerza de choque que se sustituyó al Somaten. «Los escamots» fueron armados con los rifles cedidos por el grupo «Nosotros» a la Generalidad.

En el curso del próximo capítulo se verá como el grupo «Nosotros» no se había equivocado, al pensar que estando los rifles en poder de la Generalidad de Cataluña, era muy posible que en un momento dado estos fueran a parar en manos de los revolucionarios de la C.N.T.

CAPITULO XII

El año 1932 se saldó de manera deplorable para los Gobernantes de la República. Los hechos desarrollados en la cuenca minera del Alto Llobregat a principios del mismo y la deportación a Rio de Oro y Fuerte Ventura de un centenar de militantes de la C.N.T., el 10 de febrero, colocó al Gobierno de la República frente al anarcosindicalismo español.

El hecho de ciega represalia de los gobernantes contra la militancia confederal se manifestó de manera evidente, puesto que muchos deportados no trabajaban en las minas y algunos de ellos no habían estado jamás en Figols. Ascaso y Durruti no habían tenido ninguna intervención en los hechos de Figols, pero ello no impidió que igual que varios otros fueran deportados en el Buenos Aires.

La organización confederal, que desde el principio del régimen republicano, venía sufriendo toda clase de persecuciones por parte del poder constituido, igual que en los Gobiernos Monárquicos, no creyó oportuno contemporizar más con los ciegos servidores de la reacción capitalista gobernando en república.

Solo los cansados o los inadvertidos no podían darse cuenta que el tiempo trabajaba en favor de los enemigos de la República. Camuflados en todos los rincones de la vida política del país, esperando su hora.

La manifestación del trentismo fue una carta hábilmente jugada por el radicalismo estraperlista, que intentaba atraerse a ciertas ovejas descarriadas. No se podía decir públicamente «que la C.N.T. no estaba preparada para hacer triunfar una revolución social y que si en último caso ello llegaba a convertirse en realidad, la C.N.T. se vería obligada a entregar la revolución en manos de un partido político o en otro caso gobernar ella misma como un partido político más». Hemos dicho ya que la C.N.T. contaba con un contingente de hombres capacitados para no importaba qué empresa de carácter económico y social. Los compañeros trentistas confundían una revolución política y de carácter institucional con una revolución social que era lo que preconizaban los nuevos valores del anarcosindicalismo.

La C.N.T. ya lo había hecho una vez más, eso de entregar la revolución a un partido político, lo hizo el 14 de abril de 1931, pero no era la revolución social, que era de lo que se trataba esta vez; era la revolución sin revolución. El clima y el ambiente a partir de 1932 era francamente revolucionario entre la clase trabajadora y lo era porque los gobernantes republicanos no supieron vigorizar a la República a partir de su implantación por cuyo motivo los obreros se consideraban engañados.

Si a más de eso la República, en vez de mostrarse comprensiva con el proletariado se mostraba severa e inflexible, naturalmente la bola de nieve iba aumentando en volumen, como consecuencia de las deportaciones, las prisiones gubernativas y los registros domiciliarios.

Una vez más, el grupo «Nosotros» se encontraba en plena actividad. Después de pulsar constantemente el ambiente nacional de las fuerzas revolucionarias, se hacían a la par sondeos y consultas de muchos hombres que aun no siendo propiamente de la C.N.T. eran de probada solera republicana, demócratas de verdad, pero defraudados por la República o sea, por sus gobernantes, estaban descontentos y deseaban una salida airosa de aquella lamentable situación.

Se había hecho un recuento de fuerzas y de elementos de combate para constatar las posibilidades de éxito de un posible ensayo general revolucionario. El ambiente había sido preparado en el transcurso del año 1932 y los hechos de Figols eran bien patentes e invitaban a la reflexión.

El grupo «Nosotros» tomó una parte muy activa en la preparación y ejecución del movimiento revolucionario del 8 de enero de 1933.

Sin tener la pretensión de dominar la situación en las primeras de cambio en toda España, había una gran posibilidad de que en Cataluña el movimiento triunfara en muchas partes. A continuación la realidad aconsejaría la conducta a seguir. Se había estudiado un plan de ataque, que comprendía en principio inutilizar las fuerzas represivas concentradas en Jefatura Superior de Policía en la Vía Layetana y las de la Guardia Civil en la Plaza Palacio, es decir, en el Gobierno Civil.

Los dos centros Oficiales debían ser volados a la dinamita. Esas dos explosiones que debían producirse entre las 9 y 10 de la noche serían la señal para que los grupos de ataque, concentrados en sitios estratégicos, se lanzaran al asalto de los objetivos marcados a cada uno de ellos.

Una patrulla de vigilancia revolucionaria era la encargada de comprobar por mediación de taxis si cada grupo revolucionario se encontraba en su sitio momentos antes del ataque. Las armas a emplear eran bombas de mano y pistolas. Las armas largas quedaban preparadas pero en reserva para intervenir en el momento oportuno.

Nadie sabía el día y hora exacta del golpe revolucionario, pues ello dependía de los trabajos de mina de los edificios que debían desaparecer, Jefatura y Gobierno Civil, dos tubos de soldadura autógena de 1,20 m de altos por 70 cm de diámetro fueron rellenos de dinamita para la operación, uno para cada edificio.

El día 8 de enero a las 8 en punto de la mañana, en la calle Mercaders «dos albañiles y un peón» se detenían tirando un carretón de mano cargado con ladrillos, cemento y yeso, camuflando los dos artefactos, y en menos de un cuarto de hora la operación quedó terminada.

Sin que nadie pudiera sospechar nada, los dos tubos fueron deslizados dentro de la cloaca, quedando los ladrillos y el cemento en el carretón, junto con uno de los tres hombres, el cual cuando creyó que nadie podía haber sospechado nada, metió la tapa de la cloaca y se marchó con el carretón y el material sobrante.

Los dos hombres que habían penetrado en la cloaca acompasados de los tubos se unieron a otros dos que ya los esperaban y eran dos expertos

conocedores del trazado de desagüe que les guiaron hasta el punto exacto donde debían ser colocados los «petardos».

Excusa decir que el trabajo fue titánico. Los tubos pesaban 90 kilos cada uno. El de la Vía Layetana fue colocado fácilmente debido a la altura de la bóveda de la cloaca, que mide más de 2 metros.

El más difícil, el terriblemente difícil, fue el de la Plaza Palacio. A partir de la Plaza Antonio López hasta el edificio del Gobierno Civil, la cloaca no mide más de 1 metro cincuenta, de alto. A más de eso, por ser la parte baja de Barcelona, el contenido o densidad de las aguas es muy crecido y sobre todo molesto para la maniobra, con agua más arriba de la cintura, se tuvo que transportar desde la Plaza Antonio López a la de Palacio, solo a dos .personas, pues no había sitio para maniobrar un peso de 90 kilos, muy poco manejable por lo delicado del caso.

Fue necesario más de 8 horas para lograr instalar los aparatos. Finalizada la operación de puesta en batería, de los cuatro hombres que habían dentro de la cloaca, tres salieron a la superficie por sitio reservado y el tercero quedó dentro, por ser el que debía meter fuego a las mechas.

En el intervalo que se realizaban los trabajos mencionados, aproximadamente entre 8 y 9 de la noche, en la Plaza España fueron detenidos García Oliver y Gregorio Jover. Iban en un taxi en misión de control de los grupos de ataque situados en los puntos estratégicos de Barcelona.

García Oliver y Gregorio Jover, iban bien armados y podían defenderse contra la policía, pero no lo hicieron a causa de no conocer aún el resultado de la colocación y puesta a punto de las máquinas infernales. Por tanto no podían ser los primeros en romper el fuego, ya que con ello hubieran comprometido muy seriamente el resultado definitivo del dispositivo de ataque que era, como hemos dicho, el serial de las explosiones en los Centros Oficiales. Los dos detenidos fueron llevados a la Jefatura de Policía directamente, donde se encontraron en los sótanos con varios otros detenidos.

Excusa decir los momentos de ansiedad de todos los que sabían lo que iba a ocurrir y sobre todo de García Oliver y Gregorio Jover que se encontraban prisioneros en los sótanos de un edificio próximo a derrumbarse. Y por tanto, dichos detenidos para salvarse de una muerte segura

no podían avisar a la policía que el edificio iba a volar inmediatamente. El caso de Sansón iba a repetirse.

Efectivamente a las 9,30 de la noche, tal como se había convenido, con los 3 últimos revolucionarios, que momentos antes habían salido de la cloaca, el último que quedó encargado de meter fuego lo hizo saliendo a su vez de aquel infierno, A las 10 aproximadamente se produjo la primera explosión, que fue la de la Jefatura Superior. La segunda explosión, que era la del Gobierno Civil, no tuvo efecto a causa de un defecto técnico, pues la mecha lenta de yesca, que iba atada a la mecha rápida, se desprendió antes de llegar el fuego a su punto y falló el resultado deseado.

El edificio de Jefatura de Policía no se vino abajo tal como se esperaba, por una causa natural. Dicho edificio está retirado de más de 6 metros de la línea recta de los otros, por una acera muy espaciosa, aunque los hombres que colocaron el artefacto tuvieron en cuenta esa anomalía y procuraron hundir todo lo que les fue posible el tubo en la derivación de desagüe, no lograron alcanzar los cimientos de la fachada que era el objetivo deseado. Dijeron, los que presenciaron de cerca o de lejos, que la explosión fue algo aterrador. Los compañeros que estaban detenidos dijeron que la explosión les hizo el efecto de un terremoto. Los guardias de asalto salieron en pijama o en calzoncillos a la calle creyendo que había llegado la fin del mundo.

Hubo lucha en la calle y alrededor de los cuarteles. En la Rambla Sta Mónica fue muerto el anarquista Joaquín Blanco. Los compañeros detenidos en Jefatura fueron apaleados bárbaramente por los bravos Guardias de Asalto, que momentos antes huían como gamos, ante la acción de los revolucionarios.

Hubo docenas de detenciones y se instituyeron varios procesos por tenencia de armas y explosivos. El 8 de enero de 1933 marcó la ruptura del compás de espera porque la Organización, y con ella los revolucionarios, no podían contemporizar más, con los mediocres gobernantes republicanos.

Como antaño, se llenaron las cárceles de presos gubernativos; las garantías constitucionales no servían para nada, pues la policía se presentaba en los domicilios a registrar sin mandato judicial, igual como siempre.

Era bien notorio, y ello lo sabían todos los gobernantes de las diferentes épocas, que se podía gobernar sin el anarcosindicalismo, pero no contra él. Los gobernantes de la República no habían aun aprendido y lo iban a aprender. A la par que Cataluña, España entera iba a movilizarse o ya estaba en plena movilización, más que por sentimiento solidario, por propia necesidad.

En las ciudades españolas la presión de los sindicatos y el entrenamiento de la lucha de clases hacía muchas veces retroceder o detener simplemente la acción represiva de los gobernantes. En las aldeas no era lo mismo; en los pueblos todo continuaba igual que antes de la República, con esto está dicho todo.

No serían solo Figols, Barcelona, Zaragoza y otras ciudades. A continuación serían los sin pan de Casas Viejas, Castilblanco, Arnedo y otros. La República, o sea, los Gobiernos Republicanos estaban en deuda con todos los que de la República esperaban el remedio de sus males.

La leyenda negra de la guardia civil se afirmaba con todo el vigor de su gravedad en plena República con la matanza, el incendio de Casas Viejas, con la caza de los pobres de Arnedo y con la destrucción ciudadana de Castilblanco. Nosotros hemos visto poco después en Arnedo, en aquel pueblecillo Riojano, a lo largo de las paredes de las casas y a la altura de la cintura de una persona, como las balas de los mausers se alineaban clavadas en los muros.

Los ciudadanos, aun aterrados, nos enseñaban lo que había servido como muro de ejecución y nos decían: allí fue donde murieron. Aquello era la República de la Guardia Civil.

Las cárceles estaban de nuevo abarrotadas de trabajadores. Corno siempre, la mayor parte de ellos gubernativos. Le era mucho más fácil a la policía detener a los militantes de los sindicatos a la salida de la fábrica donde trabajan o en su casa cuando dormían, que no cuando se cometían los actos de sabotaje, pues los autores de esos hechos no estaban dispuestos a dejarse detener.

Hubo un momento en plena República, que era tan grande el número de presos gubernativos en la cárcel de Barcelona, que una gran parte de ellos fueron trasladados a las prisiones de Valencia y Burgos entre otras. El grupo «Nosotros» fue afectado también por esta especie de deporta-

ción de gubernativos; Aurelio Fernández, Francisco Ascaso y Gregorio Jover, Buenaventura Durruti, los tres primeros fueron trasladados a la cárcel de Valencia y el último a Burgos. El abogado y asesor jurídico del grupo «Nosotros», Señor Juan Rosiñol, con la República tuvo muchas más dificultades para conseguir la libertad de sus defendidos que durante la monarquía. En ese ambiente de desconcierto político y de impopularidad gubernamental se planteó el problema de una nueva consulta electoral.

Era evidente que el Gobierno Republicano no representaba nadie en el poder. La reacción, como las derechas, habían estado siempre contra él. Por otra parte las clases populares le negaban el apoyo y los sindicatos lo atacaban de frente. Se imponía una nueva consulta electoral que sancionara aquella caótica situación que no podía continuar un momento más.

Fue decidido que las nuevas elecciones generales, se celebrarían el 19 de septiembre de 1933.

En el momento de abrirse el período electoral el anarcosindicalismo tomó posición frente a los políticos. Una vez más la C.N.T. consideró que no solamente debía permanecer al margen de la contienda electoral sino que debía aconsejar a la clase trabajadora la abstención.

No votar —esa fue la consigna.

No votar a nadie. El anarcosindicalismo sabía bien lo que esa consigna representaba. Si los obreros y las clases liberales habían votado la República sin presión de ninguna clase, motivo por el cual dicho Régimen había triunfado, el hecho que los sostenedores del nuevo régimen no le ratificaban la confianza era tanto como su propia condena. La condena pues era implícita, no contra el régimen no contra la República, era contra los malos gobernantes.

No se podía ratificar la confianza a unos políticos cuya gestión desde el poder había sido tan funesta como las más funestas de la monarquía.

No votar no quería decir que la C.N.T. abandonaba la República, entregándola en brazos de sus enemigos.

No votar era el signo de protesta, de condena a una serie de reaccionarios emboscados en las instituciones republicanas haciendo de la República un trapo sucio. Los mismos que proclamaban fuerte, gallardamente NO VOTAR, eran los más dispuestos para sí en un momento

dado alguien se levantaba contra la República ellos serían los primeros en defenderla, sin ahorrar sacrificios para salvarla.

Los campesinos y ciudadanos de Andalucía sabían bien lo que quería decir NO VOTAR. Ellos conocían lo ocurrido en Casas Viejas, en Medina Sidonia, en el Parque de María Luisa y en Casa Cornelio. Ellos conocían las brutalidades de la guardia civil, las cuales no habían disminuido en intensidad durante la República. En Cataluña las cosas habían empeorado considerablemente desde que el poder central había pasado a la Generalidad los servicios de orden público. El titular de la Conserjería de Orden Público, un tal Dencas, que nadie conocía, se creía poco menos que un virrey de las Indias. Con su pretensión ridícula de dominar a la C.N.T., que ellos llamaban siempre la F.A.I. y los marcianos, por ser ésta más vulnerable que la primera, las cosas llegaron a un punto tal de tensión que no había manera no ya de contacto ni de relación alguna.

Antes que llegara lo inevitable la C.N.T. determinó que una comisión de la misma se entrevistara con el Presidente Companys para plantearle la cuestión de confianza. Una especie de ultimátum. Formaban la comisión Eusebio Carbo, Tomás Herrero, Juan Peiro y Ricardo Sanz, solo éste último pertenecía a la F.A.I.

La entrevista fue larga y provechosa, Companys estaba al corriente de todo lo que ocurría, por tener un buen servicio de información. Sin dar toda la razón a los comisionados les dijo que, a pesar de sus esfuerzos, hasta el momento no había podido conseguir sus propósitos que no eran otros que los de evitar en lo máximo posible las rivalidades entre la policía de la Generalidad y los Grupos de la F.A.I.

Pidió a su vez a los comisionados, a los cuales conocía personalmente desde hacía muchos años, que ellos le prometieran a su vez que intervinieran acerca de los responsables de la F.A.I. para que se abstuvieran de provocar a los hombres de Badia. A partir de entonces las cosas se suavizaron un poco, no pudiendo llegar a evitar lo peor.

Bruno y el Sentim, dos componentes de un grupo de la F.A.I. fueron muertos a tiros por la policía de la Generalidad que capitaneaba Badia. Poco tiempo después Badia y un hermano suyo eran muertos a tiros por

un grupo de desconocidos. En aquella ocasión se podía aplicar la sentencia de, ojo por ojo y diente por diente.

En ese ambiente de verdadero desastre, se vivía en casi toda España en el momento que iba a ser consultado el pueblo español en unas elecciones generales.

La C.N.T. había dicho : No votar, y todos los ciudadanos conscientes de España habían comprendido la razón de tal toma de posición. Si los gobernantes republicanos tenían aún alguna duda de ello, pronto iban a comprobar el resultado definitivo de su gran error. Por otra parte los partidos de las llamadas derechas republicanas sabían bien el significado de la toma de posición del sindicalismo revolucionario español, y aun sabiendo las grandes ventajas que para ellos representaba el abstencionismo organizado del anarcosindicalismo la cosa quedaría circunscrita solo y exclusivamente a la operación electoral. Más allá todo sería problemático ya que la C.N.T. históricamente había demostrado su mayoría de edad y de ello haría honor en lo sucesivo.

Tal como estaba anunciado, las elecciones se celebraron el 19 de septiembre de 1933. El porcentaje de abstenciones fue del orden del 30 por ciento. Ello demostraba que la clase trabajadora y los hombres de espíritu cívico habían escuchado la voz de la razón. Los cavernícolas votaron como es muy natural a la reacción.

La abstención solo afectó a los llamados republicanos de izquierda. Con ello las derechas tuvieron un resonante triunfo si bien el triunfo quedaba solo limitado a la importancia de la abstención. De esa manera pasaron las derechas republicanas a la Gobernación del país. Fue Lerroux el que formó el nuevo Gobierno. La C.N.T. por su parte no arrió bandera, como siempre se encontraba en primera fila, no permitiéndole a nadie que le tornara la calle, la cual le perteneció siempre por derecho propio.

El 8 de diciembre del mismo año 1933 se fue a un movimiento general nacional por parte del anarcosindicalismo; con el premeditado propósito de advertir a los nuevos Gobernantes que la C.N.T. se encontraba dispuesta a no importaba qué eventualidad para hacer fracasar no importaba cual fuera el intento de derribar el régimen republicano. El Comité Nacional directivo de dicho movimiento esa vez se encontraba en Zaragoza, entre otros Durruti formaba parte del mismo. Por tanto el

Gobierno Lerroux sabía a qué atenerse sin equívoco con respecto a las intenciones en lo futuro de la C.N.T.

El Gobierno Lerroux no fue más tolerante con los sindicatos de la C.N.T. que lo habían sido los Gobiernos anteriores; hubo solo una variante. Los Gobiernos anteriores de la República, llamados de izquierda, se creyeron con el derecho y el deber de perseguir y combatir a sangre y fuego a la C.N.T., mientras se dejaba en libertad de acción a los enemigos de la República.

Lerroux sabía que no podía ni debía seguir la misma táctica que sus antecesores gobernantes con la C.N.T. exclusivamente. Ello hubiera sido su caída vertical como Gobernante. A más de eso tenía sus enemigos políticos a combatir y sus amigos políticos que contentar.

El Partido Socialista desde la implantación de la República se había instalado cómodamente en todas las poltronas del estado capitalista. Fue una verdadera «merienda de negros». Sus dirigentes y allegados contaban los «enchufes» por partida doble. Dichos señores vivían como en país conquistado. Claro que eso seguramente lo habían aprendido durante la colaboración con la dictadura de Primo de Rivera.

Las regiones autónomas, en particular Cataluña, era y había sido siempre el blanco de la reacción del poder central y Gil Robles era un cavernícola.

Por otra parte había que congraciarse desde el Ministerio de la Guerra con el ejército, siempre dispuesto a sublevarse, siendo así Gil Robles no tenía tiempo que perder, así principió el llamado «bienio negro».

El nuevo jefe del Gobierno republicano ya desde el principio demostró ser un hombre hábil en política. Él había observado la conducta de los gobiernos anteriores. Si dichos Gobiernos habían hecho un abuso del poder, sobre todo contra los de abajo, él se encontraba en condiciones, sin salirse del marco de la República, de hacer lo propio contra sus opositores.

Si unas circunstancias especiales le habían dado la ocasión de subir al poder, sin olvidar eso tenía solo un margen para conducirse desde el mismo, su tarea era más fácil que lo fue la de los Gobiernos anteriores, pues él era el Jefe poco menos que indiscutible de su partido y ello le daba a más de la autoridad, el margen suficiente la libertad de actuación.

Principió la operación de «quítate tu para ponerme yo», la cuestión intereses estaba planteada. En política es la cuestión principal la de los intereses, intereses bastardos muchas veces.

Los Socialistas, más afectados que nadie en esa operación de deshaucio, se sintieron atacados a fondo y ellos, que jamás habían protestado porque las circunstancias les habían favorecido en el largo período de 10 arios, comenzaron a inquietarse preparando el ambiente contra la nueva situación política.

La política catalana se consideraba también atacada en lo más íntimo de su propia existencia. El Gobierno Autónomo no quería perder ninguna de las prerrogativas conseguidas con los anteriores gobernantes del Poder Central, tanto si estaban como no consignadas en la ley del Estatuto Catalán.

Lerroux con el estatuto catalán en la mano, redujo a la mínima expresión las prerrogativas de la Región Autónoma. La Generalidad afirmaba la intromisión insolente del poder central en los asuntos interiores del Gobierno Autónomo, cosa que al parecer se confirmó en muchísimas cosas. Claro que la interpretación de la ley se presta siempre a torcidas interpretaciones y era a causa de eso que la ruptura de las buenas relaciones entre el Gobierno de Madrid y el de la Generalidad de Cataluña se había producido.

En cuanto a la actitud del Gobierno de derechas, frente a la C.N.T. no tuvo grandes variantes de los llamados Gobiernos de izquierda. Continuaron las prisiones gubernativas, el apoyo oficial a los capitalistas frente a los obreros organizados y muchos funcionarios que no habían sufrido las consecuencias de la prisión de los Gobiernos anteriores, tuvieron que formar a la hora del recuento.

Diez años después de su formación el grupo «Los Solidarios» y «Nosotros» tuvo que hacer un examen concienzudo de la nueva situación para sacar la consecuencia de los hechos y estudiar las perspectivas abiertas de cara a un próximo futuro ante la marcha de los acontecimientos.

Muchos hombres de gran prestigio y personalidad en el plano nacional y regional, que ayer consideraban poco menos que unos locos a los que ocupaban la primera fila de la revolución española, se acercaban a éstos buscando la manera, no ya de reanudar el diálogo, sino de un acer-

camiento. El peligro de algo peor que lo existente se acentuaba cada día más y no se podía proclamar el sálvese quien pueda, ya que todos estaban igualmente amenazados.

Se llegó a ofrecer a los hombres del grupo «Nosotros» todo lo que fuera necesario para hacer frente a una posible grave situación.

Éstos, que no habían pedido nada a nadie y que en otras circunstancias habían conseguido lo necesario por procedimientos revolucionarios, se mantuvieron en sus posiciones, no comprometiéndose a nada, declinando toda hipoteca. La respuesta fue categórica. Al anarcosindicalista, como siempre, en caso de peligro se le encontraba en la calle y la marcha de los acontecimientos políticos en el plano nacional demostraba que una vez más, al paso que iban las cosas, dentro de breve plazo se viviría de nuevo sobre un volcán.

Todas las fuerzas ultramontanas, militarismo e iglesia, aristocracia, capitalismo, a todo eso que en conglomerado se le llamaba las fuerzas vivas al amparo de la nueva situación política, sin recato ni decoro, conspiraban de nuevo a la vista de todo el mundo, disfrutando ellos y nadie más que ellos de la democracia republicana, pues el resto, con pretexto o sin ello, iban engrosando la población penal y las cárceles preventivas.

El pueblo español, y en cabeza el anarcosindicalismo, se encontraba de nuevo, lo que podíamos denominar, «al pié del muro», se trataba de hacer un nuevo intento revolucionario provocado por los de arriba. Esta vez naturalmente la cosa era mucho más grave que las otras veces.

De nuevo el anarcosindicalismo y a la cabeza el grupo «Nosotros» se pusieron en pie de guerra, armas habían pocas, y las que habían no estaban disponibles para no importa que eventualidad, continuaba el miedo de los políticos a los trabajadores revolucionarios. Muchos ofrecimientos, muchas promesas, pero las cosas no pasaban de ahí.

Los hombres de la C.N.T. por su parte, ya bien relacionados y dispuestos en el plano nacional de manera reservada, sin hacer ostentación de ninguna clase, seguían el camino de la preparación, de su propia preparación, que no era la misma de los políticos de izquierda pues los intereses de ambos no fueron jamás los mismos.

La bola de nieve lanzada en la pendiente por las derechas republicanas aumentaba de volumen a medida que transcurría el tiempo. En un año

solamente de Gobierno Lerroux se encontraba ya en precario y más que en precario desbordado por amigos y enemigos. Cuando los medios represivos se emplean sin método, cuando la injusticia se ejerce permanentemente, la repulsa, la condena, se abre paso por encima de los obstáculos y hasta de la fuerza represiva.

En Asturias, los mineros movilizados por la U.G.T. se ponían en pie exigiendo mejoras materiales y respeto ciudadano. U.H.P. (Unión Hermanos Proletarios).

En Cataluña era el Gobierno de la Generalidad el que se enfrentaba con el Poder Central por rivalidades políticas. La regional catalana de la C.N.T. permanecía ausente de toda rivalidad política y por tanto se mantenía al margen de la querella entre políticos.

Enterado el Comité Nacional de la C.N.T. que los políticos de izquierda preparaban un movimiento insurreccional contra la forma de Gobierno empleada por las derechas en el poder, cursó las oportunas instrucciones de la conducta a seguir, que según dicho Comité Nacional estaría en relación con la marcha y desarrollo de los acontecimientos. Permanecer todos movilizados con todos los elementos de combate a vuestro alcance pero que ninguna regional intervenga colectivamente sin previo aviso del Comité Nacional.

La cosa era, pues, concluyente. La C.N.T. como siempre se pondría en acción cuando lo creyera oportuno y necesario.

La fecha del 6 de octubre de 1934 fue escogida por las izquierdas republicanas para la movilización nacional platónica contra los gobernantes del llamado «bienio negro».

Los mineros asturianos, como siempre, reaccionaron virilmente contra la opresión del Gobierno Cavernícola. Por eso el episodio del 6 de octubre de 1934 en Asturias merece un capítulo aparte.

Mientras que en Cataluña fue una cosa trágico-cómica, aparte de la muerte de los dos abnegados militantes separatistas, Pedro Conte y Gonzalez Alba, los cuales murieron batiéndose contra los mercenarios del Poder Central a tiro limpio en el local del Centro de Dependientes de Comercio en la Rambla de Santa Mónica, el resto, como veremos más adelante fue una mascarada.

Se ha hablado y escrito mucho sobre lo ocurrido el 6 de octubre en Asturias. Por eso nosotros seguramente no aportaremos nada nuevo a lo ya dicho. Solo nos interesa dar una opinión, que aun siendo particular no por ello deja de tener su interés.

La alianza obrera en Asturias, en nuestro concepto, fue una cosa natural y lógica y lo fue porque la U.G.T. y la C.N.T. en dicho centro de producción, más que dos centrales obreras rivales, eran un conjunto de trabajadores en franca hermandad. Entiéndase bien que decimos un conjunto de trabajadores. Y como trabajadores, los afiliados a la U.G.T. eran sin duda tan rebeldes como los revolucionarios de la C.N.T. Era ese el primero de los motivos que les unía para el combate común, de ahí nace la alianza obrera prerevolucionaria. Es por eso por lo que justificamos y aprobamos la alianza obrera en Asturias, pues de otra manera no habría tenido justificación.

Ahora bien, los compañeros de la C.N.T. de Asturias, León y Palencia no podían pronunciarse en cantón aparte, como no podían hacerlo los de no importa que otra Regional. El hecho de constituir la alianza obrera, los compañeros asturianos con la U.G.T., no quería decir que se habían declarado en rebeldía con su central sindical a pesar de que la C.N.T. no tuviera ningún acuerdo nacional en ese sentido. No obstante la regional aludida no podía ir más adelante; en tanto su Central Sindical no se pronunciaba en pro u en contra de lo ya hecho, pues de lo contrario con ello comprometía el conjunto orgánico. Los anarcosindicalistas de la Felguera, revolucionarios como no importa quien, ya señalaron a tiempo exponiendo sus dudas, pero a pesar de ello en el momento de la verdad no vacilaron un momento en seguir adelante.

El caso de Asturias estuvo a punto de repetirse en Cataluña, a pesar de que el Comité Regional de la C.N.T. vivía alerta para poder evitarlo. Pero no lo hubiera evitado, no lo habría evitado, si el General Batet, con mando de la IV Región, según decían los bien enterados, incondicional adicto a la política de la Generalidad, en vez de permanecer fiel al Gobierno Central de Madrid se hubiera declarado en rebeldía contra éste.

En dicho caso todos los revolucionarios de Cataluña se hubieran lanzado a la calle, a pesar de las consignas y hubieran confraternizado con los enemigos del Gobierno Lerroux-Gil Robles. El resultado definitivo

de ello lo hubiéramos visto a continuación, pero el absurdo se habría consumado sin que nadie, absolutamente nadie, lo hubiera podido evitar y por tanto en Cataluña la C.N.T. en aquellos momentos no estaba en buenas relaciones con el Gobierno de la Generalidad y en cuanto a Alianzas Obreras no había necesidad de hacerlas con nadie, pues la C.N.T. lo resumía todo.

A través de nuestra larga exposición, hemos manifestado con toda sinceridad lo que pensamos de los socialistas como políticos. Los hechos del 6 de octubre 1934 en Asturias no puede modificar en nada nuestra apreciación reiteradamente expuesta. Por el contrario una vez más afirmamos nuestra diferente apreciación en lo que se refiere a los afiliados a la U.G.T. en Asturias, con referencia a los afiliados de esa misma Central Sindical de otras regiones. Los trabajadores de Asturias pueden pertenecer tanto a la U.G.T. como a la C.N.T., el caso no tiene mayormente importancia. Y no la tiene porque los obreros asturianos tienen una conciencia de clase bien arraigada como no importa qué obrero anarcosindicalista. La experiencia de la lucha social en España demostró elocuentemente que el conformismo castrador del Ugetismo durante la Dictadura de Primo de Rivera fue una cosa forzada, impuesta por la voluntad expresa de los dirigentes socialistas. Hay que remitirse a las pruebas que nos dieron, tanto los trabajadores ugetistas de Asturias como los afiliados a la U.G.T. del Centro que, tan pronto llegó la primera oportunidad, los primeros se declararon en rebeldía y los segundos, sobre todo en Madrid, aprovecharon la ocasión para ingresar poco menos que en masa a la C.N.T., cuando se ha dicho que el 6 de octubre en Asturias los dirigentes socialistas fueron desbordados por los afiliados a la U.G.T. y que estuvieron obligados a aceptar el hecho revolucionario, como hecho consumado.

Viendo el desenlace final de dicho movimiento, y la nula participación que en ese mismo tuvo la U.G.T. en el plano nacional, no podemos por menos que pensar que quizás hubo alguna poderosa razón que jamás pusieron en claro los promotores de la matanza que les obligó a apechugar con el movimiento una vez éste en la calle.

El caso de la C.N.T. en dicho movimiento fue distinto. La C.N.T. se sumó al mismo por el hecho del pacto de alianza y a pesar de los muchos esfuerzos realizados por los representantes de la C.N.T. para concertar y

de común acuerdo concretar la marcha a seguir. Una vez los hechos en la calle, no les fue posible sacar nada en claro. No les fue posible sacar nada en claro, porque también por razones muy discutibles no hubo manera de establecer el contacto con el fantasma llamado Comité Revolucionario.

El Comité Regional de la C.N.T. de Asturias, León y Palencia fue al movimiento revolucionario del 6 de octubre sin contar previamente con su Comité Nacional, por tanto no podía esperar de éste nada en ningún sentido, por haberlo tenido en completa ignorancia.

Si resultó que el hecho consumado fue por partida doble, el Comité Nacional de la C.N.T. se vio imposibilitado de hacer nada práctico en favor de los revolucionarios anarcosindicalistas de Asturias, y con ellos de todo el movimiento insurreccional de la región, de no haber fracasado el plante en Cataluña. Si la Generalidad de Cataluña no se hubiera rendido antes de empezar el combate, seguramente que las cosas hubieran cambiado de aspecto, pues el movimiento revolucionario de Asturias duró 15 días; tiempo más que suficiente para poder coordinar la acción de manera nacional. Los escamots, revolucionarios de salón, abandonaron las armas, renunciando de manera cobarde a defender sus derechos y sus libertades en la calle.

Total, que la batalla emprendida en Asturias en octubre de 1934 fue el primer episodio que debía continuar en toda España a mediados de julio 1936.

Tres columnas de mercenarios fueron puestas en pie de guerra, no para dominar la rebelión, para aplastar al pueblo trabajador Asturiano.

La orden de Gil Robles, Ministro de la Guerra, a los Jefes de las tres columnas fue tajante. Hay que combatirles a sangre y fuego. Era lo que deseaban los Jefes de Tribu, Solchoga, Lopez Ochoa y Yagüe.

Llegados con sus huestes de energúmenos, legionarios, regulares y rifeños al campo de operaciones, empezó la matanza y la destrucción.

A la socialización de los medios de producción y de consumo, al comunismo libertario, a la transformación social de la clase trabajadora asturiana se respondió con la orden dada por el Ministro de la Guerra, corregida y aumentada.

A sangre y fuego sí, y la violación de las hijas de los trabajadores por moros y legionarios y robo y asesinato de los hijos de los obreros. Todo,

absolutamente todo, les estaba permitido a los llamados defensores del orden : del orden capitalista. Una vez más el ejército de los «menguados» de ese ejército adiestrado solo para ganar batallas en territorio español, contra los españoles indefensos, bien pertrechados, armados de cañones, de barcos de guerra e incluso de aviones, se cubrió de gloria en Asturias.

Ya lo hemos dicho. Fue el primer episodio, el ensayo práctico, táctico de lo que dos años después, en julio de 1936, tenía que ser la carnicería nacional.

Fue el bautismo de sangre que el sufrido pueblo asturiano recibió con dos años de antelación, de cuyo histórico hecho hablaremos con detenimiento más adelante.

En Cataluña, la cosa, más que trágica resultó cómica por no decir ridícula. El Gobierno Autónomo de la Generalidad se proclamó independiente. Se esperaba que el General Batet, Jefe militar de la IV Región —Cataluña— se sumaría al movimiento de «independencia» pues se aseguraba que a más de ser catalán era adicto incondicional del Gobierno Autónomo.

Los escamots, milicias civiles armadas, salieron a la calle luciendo los rifles de Eibar, al parecer dispuestos a no dejar títere con cabeza. Durante todo el día 6 la cosa parecía ir viento en popa para los políticos de la Generalidad.

El Comité Regional de la C.N.T. se mantenía a la expectativa, tal como había recomendado el Comité Nacional Confederal. Su Secretario, Francisco Ascaso estaba en relación permanente con todas las comarcales catalanas por mediación de enlaces y sobre todo por vía telefónica. Con Ascaso formaban parte del Comité Regional, entre otros, Patricio Navarro y Ricardo Sanz.

Algunos sindicatos de la C.N.T. de manera espontánea fueron al paro, sobre todo en Barcelona. Se afirmaba durante el día 6 que en Badalona estaba todo paralizado y a más de eso que se habían levantado barricadas y que los trabajadores eran dueños de la situación.

El Comité Regional mandó un delegado, que fue un componente del mismo, para comprobar personalmente lo que hubiera de cierto. A su vuelta, después de haberse entrevistado con los militantes de Badalona, aseguró que si bien el paro era general, no había otra cosa de particular,

y que la C.N.T. en Badalona permanecía en la espectativa y esperaba órdenes del Comité Regional.

En otras localidades de Cataluña el paro era completo, esperando los militantes de la C.N.T. las órdenes de su Comité Regional.

Todo el mundo en movilización esperaba el resultado definitivo, que no era otro que la decisión del General Batet de sumarse al movimiento, en cuyo caso la IV Región Militar de Cataluña se declararía en rebeldía con el Ministerio de la Guerra. Pero no fue así, el General Batet, Capitán General de la IV Región, no se sumó al movimiento de independencia de la Generalidad declarándose en guerra abierta con el Gobierno de Madrid, definitivamente la Generalidad de Cataluña había perdido la partida.

Companys, Presidente de la Generalidad, que durante todo el día 6 había estado exhortando a los Catalanes sin hacer mención una sola vez de la C.N.T. y mucho menos de la F.A.I., a las 9 de la noche de dicho día principió a cambiar de tono. Los mismos escamots armados, que durante todo el día se habían paseado por Barcelona con aire provocador llegando a insultar incluso a los militantes confederales, a dicha hora, 9 de la noche, principiaron a inquietarse de manera muy visible.

Luis Companys, que no había sido jamás enemigo de la clase trabajadora, que no era un reaccionario, que confiaba sobre todo con el temple revolucionario del anarcosindicalismo, cuando se vio fracasado, quizás traicionado, antes de gritar el sálvese quien pueda, intentó en un arranque sublime lo imposible.

Puesto por última vez ante el micrófono, dijo poco más o menos: Ciudadanos: Todos, Catalanes o no, políticos o apolíticos, revolucionarios de la C.N.T. y de la F.A.I. ha llegado el momento de la decisión. Todos juntos a la lucha por el triunfo de la justicia. Ahora o nunca. Esa exhortación se repitió muchas veces.

El Comité Regional de Cataluña que había estado reunido permanentemente durante todo el movimiento, llegado ese momento tomó las medidas oportunas al caso.

Conociendo la impetuosidad revolucionaria de sus militantes, el Comité Regional redactó una nota breve que un Compañero de dicho Comité, Patricio Navarro, dio lectura ante el micrófono de Radio Barcelona.

En la nota se aconsejaba a los militantes de la C.N.T. de no obedecer a ninguna otra consigna que no fuera de su propia organización, por tanto el Comité Regional ConfederaI recomendaba a todos sus afiliados de permanecer en sus sitios a la expectativa. Al conocer la decisión de la C.N.T. los escamots sin esperar más, principiaron a tirar las armas dentro de las cloacas, excusa decir que éstas fueron inmediatamente recuperadas.

Por otra parte, Dencas, Consejero de Gobernación, dicen, logró escaparse de la Consejería por una cloaca y como siempre, ¡Ay de los vencidos! se desencadenó una represión feroz contra el separatismo y las cárceles se llenaron de adictos a la Generalidad. Cataluña fue literalmente tomada por el Gobierno de Madrid, quedando en suspenso todas las prerrogativas del Estatuto Catalán.

El General Batet quedó en su puesto de mando, naturalmente, como adieto al poder Central, claro que ello no impidió que después, durante la sublevación militar de julio de 1936, fuera fusilado en Burgos por considerarle no grato a los sublevados.

El Gobierno Gil Robles logró dominar la situación sin que ello representara un triunfo para los del Bienio Negro. El problema quedaba planteado más latente que nunca, era de esperar que los vencidos momentáneamente prepararían la revancha.

Los militares traidores, que como siempre iban a lo suyo, aprovecharon todas las coyunturas para preparar el nuevo golpe. Una vez más la sublevación en marcha.

A principios de 1935 se decía que había en España más de 20.000 presos. La inmensa mayoría de ellos eran políticos sociales, en dichas condiciones el Gobierno Gil Robles se encontraba en situación precaria, pues nadie se mostraba contento ni aun conforme, en una situación ambigua que no aportaba ninguna solución de continuidad.

Comprendiéndolo así todo el mundo político, incluso el propio Gobierno, se pensó en la necesidad de una nueva consulta electoral que dirimiera la cuestión. Si el Gobierno no representaba la opinión pública, y la prueba estaba en la cantidad de presos, perseguidos y funcionarios cesantes, el Gobierno debía hacer una nueva consulta al país, decían las izquierdas.

Gil Robles que en realidad no podía gobernar ante la oposición y el vacío mismo de la reacción, que se mostraba insaciable y enemiga de la legalidad republicana del Gobierno de derechas, también consideró que quizás la mejor salida de aquella borrascosa situación sería pensar en una posible consulta electoral que, aunque no fuera inmediata, podían suavizar de cara a un futuro aun no determinado.

Por otra parte, el Gobierno de derechas no había sido más duro para la clase trabajadora que lo había sido el llamado Gobierno de izquierdas. Quedaba pues la incógnita de la actitud que adoptaría la clase trabajadora ante una nueva consulta electoral, de la cual podía depender en realidad un triunfo aun mayor de las derechas en las futuras elecciones.

Si los trabajadores toman la decisión de no votar, si concretamente los hombres de la C.N.T. aconsejan no votar como lo habían hecho en las elecciones anteriores, el triunfo aplastante de las derechas se afirmaría sin equívoco.

En ese compás de espera pasó algún tiempo y el clima general de las cosas se suavizó un poco. Una vez más tal como estaban complicadas las cosas en la política española, el sufragio universal iba a dirimir una difícil situación.

En esas circunstancias de incertidumbre se abrió lo que podríamos denominar el pre período electoral, otra vez los pescadores de votos se pusieron en acción.

A los partidos políticos ya formados se añadieron otros que estaban en formación. Después del partido comunista que no había sido nunca nada en España, salió a la luz el partido sindicalista.

Evitaremos ser «curia de la misma madera» al tratar la cuestión del partido sindicalista. El anarcosindicalismo no tuvo nunca nada que ver, ni de cerca ni de lejos con dicho aborto.

Solamente diremos que no fuimos demasiado duros al escribir el folleto denominado «Los 30 Judas». Naturalmente que no lo fueron todos, ni mucho menos, pero lo que quedó fuera de duda fue que los que movilizaron los 30 firmantes del manifiesto, ellos sabían bien lo que hacían y lo que pretendían. La evidencia se demuestra en el hecho que algunos firmantes del manifiesto de los 30 encabezaron con sus nombres las listas electorales del Partido Sindicalista.

El anarcosindicalismo sin grandes esfuerzos logró independizarse del Trentismo. Desgraciadamente algunos firmantes del manifiesto pudiéndolo hacer no supieron salvarse de su mal paso, que los llevó a la derrota.

La campaña electoral del 16 de febrero de 1936 se presentó muy animada, 20.000 presos, decían las izquierdas, abajo el Bienio Negro, Asturias y Cataluña repetían.

Las derechas en el poder no decían nada más que «todo para el jefe» — «A por los 300» — aspiraban sacar 300 diputados. El Jefe era Gil Robles.

Quien no decía nada, absolutamente nada, era la C.N.T. Por eso, izquierdas, como derechas se acercaban a los militantes más destacados del anarcosindicalismo; por medio de delegados acreditados, para saber la posición que la organización confederal tomaría de cara a la nueva consulta electoral. En esa busca de contacto, las derechas fueron muy insolentes en sus proposiciones. Ellos sabían bien que, colectivamente no lograrían nada, que todas las puertas las encontrarían cerradas, que nadie les haría caso. Pero buscar los contactos individuales por personas interpuestas para intentar incluso el soborno. Al margen de toda agitación política la C.N.T. más que en público en privado, los militantes se habían reunido para examinar concienzudamente la cuestión que planteaba a la organización la nueva situación política en vista de las próximas elecciones generales. A más del caso de interés como organización interesada en todo avance, se planteaba el caso de conciencia en el cual estaba implícitamente afectada la organización anarcosindicalista, 20.000 presos, entre los cuales se encontraban muchos militantes de la C.N.T., era una cosa muy digna de tener en cuenta de cara a una posible inmediata amnistía. Aconsejar no votar era tanto como condenar a los que estaban privados de libertad en cárceles y presidios dando así la razón al Gobierno del Bienio Negro. No, eso no lo haría jamás la C.N.T .

La amnistía era el clamor general de la clase obrera y liberal del país. Libertad para los presos, se repetía por todas partes. Esa era y es la consigna del sindicalismo revolucionario. No se dijo jamás a la clase trabajadora abiertamente que fuera a votar a las izquierdas, pero nadie, absolutamente nadie, pronunció en ninguna circunstancia la palabra: No votar.

Los que en alguna ocasión habían puesto en entredicho la capacidad, el sentido de responsabilidad, la seriedad y la madurez de la militancia confederal, podían darse cuenta que esta, cuando llegaba el momento decisivo sabía ocupar siempre el sitio de honor que le correspondía.

El resultado no se hizo esperar, dando una vez más la razón a los que la tenían. La derrota de la reacción en las urnas, en favor de las izquierdas fue patente. No cabía duda de que la C.N.T. era el arbitro de la vida pública española, con la cual había que contar en todos los momentos.

Lástima que el remedio, que podía ser eficaz, llegó demasiado tarde. Llegó demasiado tarde, porque una vez más los políticos de izquierda se durmieron en los laureles del triunfo electoral y continuaron siendo legalistas con los enemigos del régimen, menospreciando el valor y la lealtad del pueblo, y ello los llevó rápidamente al abismo.

Con cierta euforia en el ambiente general, el Comité Nacional de la C.N.T., después de previa consulta a las regionales, cursó el Orden del Día del tercer Congreso Nacional que se celebró el 1 de Mayo y sucesivos en Zaragoza.

La discusión del Orden del Día del Congreso Nacional en las asambleas generales de los sindicatos fue muy debatido. En el Sindicato Fabril y Textil de Barcelona, al cual pertenecían casi todos los componentes del grupo «Nosotros», se planteó seguramente como en muy pocas otras asambleas, de manera realista, el problema que podríamos denominar de seguridad nacional.

Por el contacto expreso que los componentes del grupo «Nosotros» mantenía con ciertos cuadros militares, se sabía, de manera cierta y segura, que se preparaba una nueva sublevación militar para un plazo más o menos inmediato.

En esas condiciones las cosas, se comprenderá fácilmente que la preocupación principal de los hombres del grupo «Nosotros» era la de airear en principio el peligro, y la de preparar el ambiente general de la opinión para hacer frente al mismo, esta vez con todas las consecuencias.

No había tiempo que perder. Por encima de todo lo demás estaba eso, el peligro «fascista».

Con el asombro de no pocos incrédulos se propuso y se acordó finalmente, ante la insistencia y la convicción con que se defendió dicha pro-

posición por varios asambleístas, de ir a la creación de milicias armadas en el seno de los Sindicatos de la C.N.T., para hacer frente de manera eficaz a una eventual sublevación militar de carácter fascista contra el pueblo español.

El Congreso de Zaragoza fue un éxito desde todos los puntos de vista, pues no era solamente la C.N.T. la que estaba en liza, era todo el pueblo obrero español y dependía mucho del resultado del mismo la orientación que tomarían las cosas. Por eso todos los amigos y simpatizantes de la C.N.T., e incluso sus mismos adversarios, daban una importancia extraordinaria al Congreso de Zaragoza.

Excusa decir que estuvieron representados todos los Sindicatos Confederales de España e incluso algunos Sindicatos Autónomos, con carácter informativo. También estaban representados directamente todos los Comités Regionales y toda la prensa Confederal, así como muchos corresponsales nacionales y extranjeros.

No relataremos todos los puntos del Orden del Día para definirlos uno por uno. Solamente señalaremos dos por su importancia. El uno fue el de la reconciliación con el trentismo. Este punto, que parecía un poco escabroso, a causa de las controversias y hasta de la virulencia que en un momento adquirió, se resolvió sin ninguna dificultad.

Si el gran filósofo Ateniense Pitágoras dijo «que las faltas del amigo debían escribirse en la arena, por ser donde se borran más pronto», los hombres del anarcosindicalismo, sin tener en cuenta nada de lo ocurrido antaño, dijeron: damos por zanjado el incidente con el hecho de la ramificación. Sin vencidos ni vencedores, por eso somos todos de la misma familia.

El otro punto, mejor dicho, el otro aspecto del punto del Orden del Día: orientación a seguir, lo planteó la delegación del Sindicato Textil y Fabril de Barcelona, compuesta por Juan García Oliver, Francisco Ascaso y Montserrat.

Se trataba del acuerdo tomado por la asamblea del Sindicato en Barcelona, que más o menos decía : el Sindicato Fabril y Textil de Barcelona, vista la posibilidad más o menos inmediata de un levantamiento militar de carácter fascista contra la República Española, propone al Congreso

acuerde: «la creación y formación de las milicias confederales armadas, para hacer frente a una posible e inaudita sublevación militar».

Dicha proposición, que en otra época hubiera levantado una protesta unánime, en el Congreso, por el carácter y sobre todo por la educación antimilitarista del anarcosindicalismo, la reserva de la mayoría de las mismas demostró que el terreno estaba abonado.

Se entabló una animada discusión en pro y en contra de la proposición. Los delegados del Sindicato Fabril y Textil de Barcelona defendieron la proposición, los argumentos fueron muchos y sólidos. A lo largo de la discusión hubo pasajes de la misma, con una buena dosis de broma.

Por ejemplo, dentro del más elemental respeto del compañerismo, la delegación del Centro, concretamente Cipriano Mera, desde la Tribuna, combatiendo la proposición, dirigiéndose a la delegación del fabril y textil de Barcelona, decía: Ya nos dirán los compañeros Ascaso y García Oliver, del color que quieren el fajín de general. Total, que finalmente la proposición del Sindicato Textil de Barcelona fue rechazada por mayoría de votos.

Desde luego no podía ser de otra manera y los delegados proponentes estaban convencidos de ello. No obstante, la impresión general de la asistencia al Comicio fue que los momentos eran muy difíciles y que la organización debía vivir más que vigilante con el arma al brazo.

Se organizó un mitin de clausura del Congreso, que se celebró en la plaza de toros. Varios trenes especiales llegaron a Zaragoza el día de dicho acto de diferentes regiones de España. Los maños decían que la C.N.T. había tomado por asalto Zaragoza.

Efectivamente, la ciudad del Ebro fue durante varios días, y en particular el día del mitin confederal, el centro neurálgico del movimiento sindicalista revolucionario español.

El grupo «Nosotros», casi al completo en Zaragoza, al margen del Congreso multiplicó anudando las relaciones entre las delegaciones de muchas ciudades y pueblos de España. Eibar, la Felguera y sobre todo los Centros Mineros y Campesinos.

Lástima que no hubiera tiempo material de organizar bien la defensa, pues dos meses justos después del Congreso llegó el hecho consumado.

Se fue a Francia, a Bélgica y a donde podía haber posibilidades de adquirir armas, pero esas cosas son muy lentas y complicadas y el tiempo apremiaba.

Internacionalmente entonces el movimiento revolucionario español no contaba en nada. Ninguna ayuda, ningún apoyo. Nacionalmente, igual. El miedo, siempre el miedo. Los más conservadores de todos se encontraban entre las llamadas izquierdas. Era una verdadera tragedia.

CAPITULO XIII

Después de las elecciones del 16 de febrero de 1936, en las que de nuevo, una vez más, la clase trabajadora para salvar la situación ratifica su confianza a los republicanos de izquierda, entre otros motivos, por conseguir una amnistía que ponga en libertad a los muchos millares de presos políticos y sociales, así como para cerrar el paso al fascismo, era de esperar que las cosas no quedarían tal y como alegremente y confiadamente las habían recibido de nuevo los políticos llamados de izquierda.

La sublevación en marcha, afianzada en el período del Bienio Negro, no se detendría en espera que los de abajo, que los trabajadores, acabaran definitivamente con el régimen de privilegio por medio de la revolución social.

Los hechos del 6 de octubre en Asturias habían hablado con suficiente elocuencia para considerar que, de haber sido una cosa bien organizada y bien coordinada en toda España, el sistema capitalista se hubiera venido abajo.

Hubo algún tiempo en que la revolución fue solo patrimonio de los hambrientos, de los descamisados. Después las cosas cambiaron de aspecto. La palabra orden y desorden se confundió entre sí, en el preciso momento en que los llamados a mantener en vigencia el orden del

propio capitalismo acudieron al desorden para afianzar sus prerrogativas ilegítimas. A partir de ese momento la revolución, que no está patentada por nadie, cambió de manos y ésta pasó inopinadamente de las manos callosas de los desheredados a las manos enguantadas de los servidores del capitalismo.

En éstos tiempos la palabra revolución no asusta a nadie y mucho menos a los que cuentan con medios para poder hacerla. La revolución cambió de domicilio, se ha vuelto burguesa. Antes habitaba en las chozas, en los bajos fondos, hoy habita en los palacios, en los cuartos de bandera, en los balnearios, en los hoteles de primera clase. Se volvió una ramera.

Una ramera en manos de Sanjurjo, de Mola, de Franco y de toda una caterva de mal nacidos en los cuatro puntos cardinales de la tierra.

Mientras la revolución no vuelva de nuevo a su punto de origen: a la Bastilla de París, al Kremlin de Moscú, a Figols, a Asturias, la razón y la justicia entre los humanos será una quimera.

Eso fue lo que quisieron evitar, y a fe que lo consiguieron una vez más, los militares sin honor ni vergüenza en la España de panderetas el día 18 de julio de 1936.

El pueblo obrero español en su conjunto no tuvo ninguna responsabilidad en la pérdida de la guerra. Los únicos responsables del fracaso de la defensa fueron los mismos de siempre. Los políticos que creyeron que una vez más, las cosas quedarían como siempre y que al fin y al cabo, si triunfaban los sublevados quienes pagarían los platos rotos serían los de siempre, los trabajadores.

Ellos pensaban ponerse a salvo y de nuevo a esperar tiempos mejores.

Por eso, ya desde un principio, se negaron a entregar las armas al pueblo para que aplastara la insurrección en el preciso momento de manifestarse. El peligro para ellos no eran los militares traidores, eran los obreros que estaban dispuestos a implantar la socialización y el comunismo libertario.

Una vez delimitados los campos por una cantidad enorme de pérdida de posiciones, de la manera más inconcebible del mundo, aun sabiendo que la guerra era totalitaria y sin cuartel, la pequeña y baja política era la que jugaba en todas las acciones de la turbulenta situación.

No estaban acostumbrados a perder y creían que otra vez las cosas quedarían arregladas amigablemente, haciendo meras concesiones. Como compadres, política marrullera. Mientras tanto, los de buena fe, los de siempre, sin vacilar un momento, con el entusiasmo por divisa, de cara al peligro, haciéndose matar porque habían comprendido claramente que esta vez se jugaban el todo por el todo. Por si fuera poco la gama que ya existía de partidos y partidillos, a la par de las circunstancias, con la benevolencia de los adversarios de la política, y gracias a los errores del Partido Socialista, que vivió ausente de la realidad social del país, nació otro partidillo, un siete mesino, el Partido Comunista.

La actuación del Partido Comunista durante la guerra fue funesta. Como no había sido nunca nada en España, por lo tanto no tenía nada que perder; su conducta fue insolente e irresponsable ante la enconada partida que se jugaba, como un ser inocente que no conoce el peligro, sin sentido común, se abrió paso por todas partes a codazo limpio, atropellando al antifascismo, abusando de la sensatez de los que, en principio como es natural, no le daban ninguna importancia.

Más tarde la cosa se agravó a tal punto que hubo que examinarla con detenimiento para tratar de evitar los efectos desastrosos. Pero era tarde.

La España leal era prisionera de una situación de circunstancias verdaderamente terribles. La circunstancia del miedo, de la cobardía frente al peligro nazi-fascista y también frente al peligro comunista. En el área internacional, el espíritu de Munich triunfante en toda la línea.

Falta de otra asistencia, falta de comprensión por las llamadas democracias occidentales, la España republicana estuvo obligada a inclinarse en vistas de una posible solución de los problemas urgentes que le planteaba la guerra civil.

La Rusia de Stalin, a pesar de las pocas simpatías que ésta tenía en el país, entró en España por la puerta ancha y se estableció en la península como en país conquistado.

El Partido Comunista de España, a las órdenes incondicionales de los agentes de Moscú, se impuso en todas partes. Era condición imprescindible llevar el carnet del Partido Comunista para ser considerado como un auténtico antifascista. Todos los demás eran sospechosos. La era de terror impuesta por el Stalinismo se entronizó en España. Si la guerra

hubiera tenido otro desenlace del que tuvo, es muy posible que el hecho del final en Madrid se hubiera repetido en toda España.

El grupo «Nosotros», que había estado reunido permanentemente durante ocho días antes de estallar la sublevación, que había permanecido día y noche en contacto con un grupo de sargentos de artillería, que tenía una delegación directa en el campo de aviación del Prat, que estaba al corriente de todo lo que ocurría con arreglo a la insurrección en España y Marruecos, por fin se reunió por última vez.

La última vez que se reunió el grupo «Nosotros» completo fue delante del cuartel de Atarazanas.

Habían sido reducidos uno tras otro todos los focos rebeldes de la ciudad condal. Solo quedaba la fortaleza de Atarazanas que aun resistía.

Esta vez, sin darse cita, todo el grupo se encontró reunido frente al Cuartel de Atarazanas de Barcelona. El estampido del cañón y el olor a pólvora los había reunido. El tableteo de las ametralladoras y fusiles automáticos, el zumbido de la bomba F.A.I., tan familiar, les reunió por última vez allí.

La reunión fue breve pero muy animada, Durruti estaba en su verdadero papel de Jefe de fila, Ascaso y García Oliver con el fusil ametrallador en sus manos a punto de sangrar, rojas como el cañón a pesar de los pañuelos que las envolvían, Ricardo Sanz con un cesto de bombas que iba enviando una tras otra a los sitiados. Aurelio Fernández, Antonio Ortiz y Gregorio Jover cumpliendo con su deber de auténticos revolucionarios.

Hubo una pausa, algo anormal. Paco, dijo alguien. Ni un tiro, ni un cañonazo, nada, ¿cómo? ¿qué dices?, si, acaban de matar a Ascaso. La lucha reemprendió de manera loca, como jamás hasta entonces. Sin que nadie diera la señal del asalto definitivo, todos los combatientes se lanzaron a pecho descubierto. ¡A por ellos! dijo una voz, pero no hubo necesidad. De un pequeño balcón una sábana atada a un palo anunciaba la rendición del enemigo. La última fortaleza había capitulado.

Sí, fue la última reunión del grupo «Nosotros», la trágica reunión de Atarazanas en la cual murió Francisco Ascaso,. Después, nada. Absolutamente nada, la ingratitud, la incomprensión por todas partes. Nosotros, los amigos, los íntimos de Paco, ya no nos fue posible reunirnos una sola

vez más durante toda la guerra. No pudimos ni acompañar a Paco por última vez el día del entierro.

Quizás la equivocación más grande que cometió el grupo «Nosotros» fue esa: la de disgregarse.

Durruti salió al frente de la primera columna que llevaba su nombre, hacia el frente de lucha. Ricardo Sanz, responsable de la organización de milicias, en el cuartel de Pedralbes; García Oliver, responsable de la Columna «Los Aguiluchos»; Gregorio Jover, Jefe de la Columna Francisco Ascaso; Antonio Ortiz, Jefe de la Columna de su nombre en el Sur de Aragón y Aurelio Fernández, de responsable de la sección de investigación del Comité Central de Milicias Antifascistas de Cataluña. Torres Escartín, por deficiencia mental no pudo ser acoplado. Fraccionadamente, el grupo cambiaba impresiones en los momentos en que podían encontrarse.

En el transcurso de la lucha se cometieron muchos errores, algunos de ellos fundamentales. Por ejemplo, Durruti salió de Barcelona pocas horas después de dominada la situación, en la primera columna que debía enfrentarse con los sublevados, donde fuera que estos se encontraran. Su misión en principio era Zaragoza. Allí ya lo esperaban un tanto despreocupadamente los antifascistas.

Al llegar a Lérida ésta estaba ya dominada por los fascistas y Durruti tuvo que enfrentarse con los rebeldes, los cuales se rindieron poco después. Continuó la marcha la columna Durruti, a la que se sumaban por doquier donde pasaba, todos los antifascistas que estaban en condiciones de ser útiles en el frente.

Así las cosas, en una especie de marcha triunfal llegó Durruti con sus hombres, después de pasar Fraga, a Bujaraloz, después de un breve alto en la marcha, la Columna se puso de nuevo en camino. Su objetivo era el primitivo: Zaragoza. En Zaragoza ya se esperaba a Durruti con su columna para la insurrección de la clase trabajadora y todo el antifascismo en general.

Pero como siempre, llegó lo imprevisto. Unos aviones de la base de Logroño, también sublevados, salieron al encuentro de la columna que marchaba confiada por la carretera general, contra la cual lanzaron unas bombas de escasa potencia, haciendo varias víctimas.

Durruti se detuvo a pocos kilómetros de Bujaraloz, estableció su campamento y no continuó su marcha hacia Zaragoza, que permanecía en compás de espera, de algo que no iba a llegar precisamente en el momento esperado.

En la guerra, más que en ninguna otra parte, el tiempo cuenta mucho. Los sublevados de Zaragoza aprovecharon esta pausa, esa desgraciada idea de la detención en el camino de la columna Durruti para preparar y consolidar su defensa.

Los hombres de Durruti avanzaron por los flancos derecho e izquierdo, logrando ocupar Gelsa, Velilla, Pina y Osera. Por el flanco derecho la Almolda, la Naja, Castejón de Monegros, Monegrillo, Alfajarín y algún otro.

Así lograron poner cerco a unos 30 kilómetros de Zaragoza. Y mientras tanto, la población civil de Zaragoza sin moverse, sin lucha, sin un tiro, se dijo en aquella época que el responsable de la pasividad de la ciudad fue el Gobernador, que no quiso hacer entrega de las armas a la población civil.

Pero ese no fue un caso único. Ese caso se dio en casi todas las provincias de España, porque esa era la orden cursada a los Gobernadores por el Ministro de la Gobernación. El miedo, siempre el miedo al pueblo. Ese fue el más grande enemigo de la República.

A más, se habló de la traición de Cabanellas, Jefe de la Guarnición, como si se pudiera esperar algo de un militar sobre todo en mando efectivo.

Nuestra opinión fue que la actitud adoptada por la población civil de Zaragoza fue desastrosa. Los antifascistas de Zaragoza, todos sin excepción, fueron responsables de la caída de la capital aragonesa en manos del fascismo, por su pasividad, por su falta de decisión.

Ellos no ignoraban lo que ocurría en Cataluña. Ellos sabían que Ascaso había muerto como un héroe frente a Atarazanas. Ellos sabían que Durruti se encontraba en camino. ¿Por qué, pues, no se lanzaron a la calle? Es cierto que estaban desarmados pero ese era el caso general de todo el antifascismo español.

Los cañones estaban en la calle. El ejército patrullaba con las armas al hombro. ¿Qué esperaban pues? ¡Que llegara Durruti con sus hombres por Torrero y por el puente de Piedra!

Si Zaragoza hubiera sido ganada por la República, con su importante guarnición, sin duda alguna que la suerte de la guerra habría cambiado de fisonomía de manera rapidísima.

La Rioja era adicta a la República. Álava se hubiera sentido respaldada por tener a su lado Guipúzcoa y Vizcaya. El peligro de Navarra quedaba neutralizado, cortada esta del resto de todo foco insurrecto.

Las demás columnas formadas a continuación se establecieron en la parte norte, frente a Huesca y la parte sur, frente a Belchite y Teruel.

A partir del otoño 1936 se estableció en todo el frente de Aragón la llamada guerra de posición. Aparte de algunas pequeñas batallas locales sin trascendencia en vistas a mejorar las posiciones establecidas, lo demás careció en realidad de importancia. La guerra de posición fue un hecho fatal en todo el frente de Aragón a causa de falta de medios para emprender una acción ofensiva, pues se carecía de armamento y de municiones. Por dicho motivo el frente de guerra permaneció inactivo cerca de dos años.

Hemos señalado con preferencia el caso de la columna Durruti en Aragón, porque a continuación se comprobó que la guerra debía de liquidarse rápidamente. La clave fue sin duda alguna Zaragoza. La guerra debía terminarse en favor de la República antes de la intervención de Rusia, más de 3 meses después de iniciada la sublevación. No eran víveres lo que necesitaban los defensores de la República para combatir al fascismo. Eran armas y municiones lo que hacía falta. Comprendiendolo así Méjico, aliado desinteresado de la España leal, tan pronto fue posible puso a disposición del Gobierno Repúblicano 30.000 fusiles con su dotación de municiones, armas que fueron transportadas por el «Magallanes» y que fueron desembarcadas en el puerto de Cartagena.

Mientras que la Rusia de Stalin se entretenía haciendo cálculos políticos para decidirse a mandar armas a España, armas que fueron pagadas al contado cuando fueron libradas al Gobierno Republicano, Alemania e Italia, hacía ya varios meses, según acuerdos secretos establecidos antes de la sublevación, estaban mandando no solamente los últimos modelos

de armamento de todas clases a las sublevados, sino que además de eso mandaban sus técnicos con unidades combatientes contra la República.

Y mientras en el campo republicano antifascista y proletario se continuaba en plena confusión con medidas dilatorias y conspiraciones de baja política. Los fascistas, que no discutían, que ordenaban y hacían cumplir las órdenes sin dilación de ninguna clase, se acercaban cada día más con sus escasas fuerzas combativas de mercenarios bien disciplinados a las puertas de la capital de España.

Madrid era su obsesión. Lástima que esa misma obsesión no fuera también en principio una realidad latente para los hombres de la República. No obstante, Madrid, a pesar de los repetidos combates enemigos se mantuvo invulnerable.

Zaragoza, una sola vez que el mando republicano pareció decidido a su recuperación, a pesar de los considerables medios puestos en línea y las posibilidades que ofrecían las propias circunstancias, todo quedó reducido en una absurda jugada política más.

Se trató de valorizar ciertas unidades obedientes a la política rusa en detrimento de las unidades de signo confederal del propio frente de Aragón, las cuales por falta de posibilidades como ya hemos dicho, quedaron estacionadas durante años en las trincheras.

Esas unidades, llamadas motorizadas, de maniobra, de choque y en fin de todo lo más extravagante, llegaron al frente de Aragón, con una cantidad de medios de combate capaces de emprender y realizar con posibilidades de éxito, sin duda alguna, la toma de Zaragoza.

Las fuerzas estacionadas en el frente, que conocían el terreno, que tenían establecido sus servicios de información periféricos, que iban cuando convenía a Zaragoza, que conocían el dispositivo enemigo, esas fuerzas deseosas de intervenir en la proyectada operación fueron poco menos que menospreciadas en el plan de operaciones. Sus mandos no fueron ni consultados en las partes más simples o esenciales.

No había necesidad al parecer de nada de todo eso. Allí había llegado lo mejor del ejército y los hechos pronto demostrarían que la realidad solo era una, desgraciadamente para el antifascismo español.

La realidad demostró todo lo contrario. Un derroche inmenso de medios y de energías que no sirvieron casi para nada. Dejaremos las cosas

así sin hacer ningún otro comentario pues ello nos llevaría demasiado lejos como actores que fuimos de dichas jornadas.

Y la fiesta continuaba — «no pasarán», «Madrid, tumba del fascismo»—. Mientras tanto el cerco se cerraba cada día más. Los moros, el tercio y toda clase de mercenarios encuadrados en el ejército fascista, cada día se acercaban más a la capital de España. Los «Junkers» alemanes descargaban sus toneladas de bombas sobre la capital mártir. Los ataques se hacían sentir cada vez más intensos. La situación se hacía insostenible por momentos. Se dio la voz de alarma. Hay que salvar Madrid. De todas partes salían voluntarios para ir a Madrid. Durruti fue uno de ellos. El Gobierno le confió el mando supremo de todas las fuerzas expedicionarias.

Madrid, que estaba a punto de capitular, rendidos, sin fuerzas para continuar el rudo combate, recibió aquella especie de transfusión de sangre como suprema inyección de nuevas energías. El combate continuó y continuó con la convicción y la certeza de que Madrid no sería tomado por los fascistas.

Centenares, millares de vidas humanas fueron segadas por el fuego y la metralla, pero Madrid se mantuvo como un gigante, en pie.

Mientras la lucha a muerte continuaba, en un momento de reposo, a la pregunta de alguien hecha a Durruti, éste respondió: "renunciamos a todo menos a la victoria".

Frase que se hizo histórica y que aún hay hoy quienes viven sobre el interrogante, porque no la comprendieron.

Esa frase en aquellos momentos encerraba sin verbalismo la tragedia de todo un pueblo.

No hay que buscar en esa frase ninguna intención no explicada supuesto que era la tónica de la calle en aquellos trágicos momentos.

En los frentes y sobre todo en el de Madrid, se vivía el espíritu de lucha, de defensa. Los combatientes no pensaban en otra cosa que en la «victoria». Si, la victoria, que les tenía que devolver la normalidad. De vivir en familia, de habitar una casa, de dormir en una cama, de comer sentado en la mesa y en fin la normalidad.

La retaguardia no conocía todo eso y los que lo conocían lo habían olvidado demasiado pronto. Los entonces milicianos voluntarios, cuando

les tocaba unos días de permiso y marchaban contentos a retaguardia a abrazar sus familiares y seres queridos, al contemplar la vida desordenada y hasta detestable de sus propias antiguas amistades se llenaban de indignación y volvían al frente renegando de lo que habían contemplado.

Los nuevos emancipados, a costa de los que morían en los frentes no tenían ni la delicadeza de disimular sus malas acciones y sus conductas detestables. Querían disfrutar, decían, de las posibilidades que les brindaba la revolución.

De la revolución ¿de qué revolución? Seguramente de la revolución que los fascistas estaban ganando un poco cada día en los frentes de batalla.

Desgraciados. No sabían que si se perdía la guerra era el fascismo que ganaría definitivamente la revolución, la revolución que ellos hacían todo lo posible para perderla.

En ese plan las cosas, se comprenderá fácilmente la frase de Durruti «Renunciamos a todo, menos a la victoria». Era la victoria la que debía ganar la revolución, por eso todos los enemigos de la revolución social, incluyendo entre ellos a los oportunistas y a los inconscientes aprovechados, contribuyeron en todo lo posible a que no se alcanzara la victoria tan querida por Durruti para que con ello, el fascismo ganara su revolución.

Durruti lo había dicho a sus hombres en el frente de Aragón, antes de salir a defender la capital de España. «La situación de Madrid es angustiosa, casi desesperada. Hay pues que ir allí a hacerse matar, hay que ir a morir a Madrid.

Una vez más no se equivocó. Todo lo que queda relatado ocurría a principios del mes de noviembre de 1936. El día 19 de dicho mes, cinco meses justos después de estallar la sublevación, Durruti era herido de muerte en la ciudad Universitaria por una ráfaga de ametralladora. La terrible noticia cayó como una bomba en la España antifascista. Jamás hasta entonces se había experimentado una expresión tan profunda de dolor en el pueblo libertario español.

La guadaña de la adversidad iba segando una tras otra, la vida de los mejores. El 6 de octubre de 1934 fue José María Martínez, en Asturias. El 19 de julio de 1936 era Francisco Ascaso quien moría en Barcelona, en la barricada, luchando contra el fascismo. Y el 19 de noviembre

de 1936 era Durruti, el ídolo del pueblo, el que sucumbía defendiendo Madrid. Nadie, ningún movimiento en España podía presentar una hoja de luto, de heroísmo y de sacrificio en lo más íntimo de su propia carne como lo hizo siempre el anarcosindicalismo español.

El grupo «Nosotros» no pudo reunirse. Las circunstancias impedían en aquellos momentos dejar los puestos que éstos ocupaban a grandes distancias los unos de los otros.

En Capitanía General de Barcelona, alrededor del Consejero de Defensa de la Generalidad, se reunieron los representantes de las fuerzas armadas para examinar la situación que planteaba la muerte de Durruti y designar la persona que debía reemplazarlo en el cargo.

A las diferentes propuestas que se hicieron, se acordó fuera Ricardo Sanz el sucesor de Durruti. Éste, que se encontraba en misión de inspector de los frentes de Aragón y Cataluña, fue localizado en la costa y se le notificó el nuevo nombramiento y la orden de incorporarse lo antes posible en el frente de Madrid. El día 21, dos días después, se encontraba en Madrid ocupando el sitio que había quedado vacante con la muerte de Durruti.

Esta vez sí que se podía aplicar en todo su valor aquella frase lapidaria. En la guerra como en la guerra.

Hacía algún tiempo que la columna «los Aguiluchos» había sido fundida con la columna Ascaso en el frente de Huesca. Con dicho motivo García Oliver se había reintegrado a la retaguardia. Su presencia y su intervención en los problemas importantes de retaguardia se consideró en aquellos momentos imprescindible. Batirse con las armas en la mano contra el fascismo en el frente era mucho más fácil que batirse con la realidad, inteligentemente, en retaguardia.

Por dicho motivo y los que le conocían íntimamente, más que aconsejarle, le rogaron mantenerse en retaguardia, lo que en realidad aceptó a regañadientes, pues como ya hemos dicho en otro lugar, García Oliver no fue nunca de los que se quedaban atrás.

Donde quiera que se encontrase García Oliver, el anarcosindicalismo se encontraba bien representado. Era una garantía, una de las más sólidas garantías.

En cuanto a las Brigadas Internacionales, se habló mucho entonces y a continuación del «rol» de las mismas como unidades combatientes de élite. Para nosotros, todos los respetos y simpatías a los que, desprendidos de todo interés particular, vinieron a España en aquellos tristes momentos a jugarse la vida por un sentimiento altruista.

En ese aspecto conocimos un grupo importante de antifascistas italianos que, en el cuartel de Pedralbes en Barcelona, al mando del Capitán Angeloni, organizaron una Compañía de Ametralladoras, la cual se incorporó a la columna Durruti en el frente de Aragón, donde se batieron como verdaderos patriotas. El Capitán Angeloni fue muerto en la trinchera y con él la mayoría de sus compañeros.

En el frente de Madrid y a las primeras de cambio, cuando aún no se hablaba de las Brigadas Internacionales, había igualmente varios grupos de centro y sudamericanos, argentinos, venezolanos, brasileños, mejicanos, colombianos y otros que, sin etiqueta de ninguna clase se habían presentado en España, muchos de ellos por sus propios medios y se encontraban en primera línea combatiendo al lado de sus amigos los españoles, que los consideraban como propios hermanos.

También la mayor parte de estos verdaderos amigos de España murieron en el frente de Madrid, a lo largo del prolongado asedio fascista, pues a ninguno de ellos se les ocurrió la idea de marchar a su país antes del fin de la guerra.

En las Brigadas Internacionales hubo mucho de bueno, pero no poco de «bluf». También la baja política se metió por medio, cosa que hizo mucho mal en todos los sentidos.

Tiene una lógica explicación que en los ejércitos mercenarios se enrole todo lo peor, toda la hez de la tierra, la guerra admite eso. El caso de España no era una guerra más. Los que estaban en la trinchera de enfrente, por regla general eran también españoles y forzados, y las poblaciones civiles eran españolas igualmente. La guerra de España era una guerra civil en la que «amigos» o «enemigos» eran todos de la misma tierra, de la misma nación.

Bien estaba que los fascistas pusieran por delante en primera fila frente a los republicanos moros, italianos y alemanes, con toda clase de prerrogativas y todo derecho como vencedores sobre los vencidos.

La intervención de las Brigadas Internacionales en la guerra civil española fue correcta, humana, altamente comprensiva. Lo fue por disciplina y por la conducta observada por todos en el campo republicano, no era afortunadamente la misma que la mantenida en el campo fascista. De lo contrario, hubiera podido en ciertas circunstancias producirse un verdadero caos. Los reclutadores de los combatientes de las Brigadas Internacionales, en muchas ocasiones no tuvieron nada en cuenta en lo que respectaba la moral.

Se hizo como hemos dicho más arriba, la baja política. La política de los irresponsables stalinianos.

Los que estaban en el frente del Centro saben que Madrid estuvo a punto de capitular entre los últimos meses de 1936 y primeros de 1937. Los mismos fascistas estaban convencidos de la toma de la capital por su parte, y a tal fin prepararon la opinión mundial diciendo que Madrid sería ocupado en un plazo muy breve.

Afortunadamente esta vez los imponderables estuvieron de parte de los defensores de Madrid. En la guerra hay fenómenos, que sin serlo, parecen inexplicables.

A medida que pasaba el tiempo, la guerra en sentido general se iba formalizando en los frentes en toda la zona republicana.

La defensa de Madrid en principio fue una cosa de despreocupación, por no decir de abandono. Se comprende que fuera así, si se tiene en cuenta que los defensores de Madrid eran todos milicianos voluntarios, desconocedores de la vida de campaña. Por ignorancia más que por mala intención, los defensores de Madrid, sin desertar del frente, sin abandonar el combate, se trasladaban de posiciones, sin tener en cuenta que ello constituía una grave falta, falta que muchas veces fue catastrófica a causa de las infiltraciones enemigas que obligaron al mando a modificar las líneas de defensa en perjuicio del propio dispositivo defensivo.

Todas esas faltas, algunas de ellas fundamentales, fueron corrigiéndose poco a poco. En principio, el sistema de defensa es decir el atrincheramiento, el camuflaje, los abrigos contra la artillería y la aviación estaba por completo abandonado.

Hubo infinidad de bajas y de pérdida de posiciones por imprudencia. Los milicianos llegaron a comprender que la guerra era como una escue-

la en la que se aprendía cada día un poco. Solo de esa manera llegaron a formalizarse las cosas sin necesidad de implantar una disciplina draconiana contra unos combatientes todos voluntarios y que por consiguiente podían abandonar la trinchera sin ninguna responsabilidad.

El cambio operado en muy poco tiempo fue muy considerable. Las trincheras se multiplicaron, así como las casamatas en todo el frente. Se constituyó en la periferia de la capital un sistema erizado de barricadas, de una solidez a prueba de cañón. Por todas partes se multiplicaba el sistema de defensa y de ataque también de la manera más ingeniosa. Ya los defensores de Madrid no abandonaban una posición para ocupar otra sin previa orden, cada uno se mantenía en su sitio. Al lado del refugio contra la aviación, pegados a la trinchera sin descubrir el cuerpo, sin hacer fuego ni fumar, por no llamar la atención del enemigo.

Todo eso lo habían aprendido los defensores de Madrid, después de haber sufrido muchos reveses y muchas penalidades que lleva la guerra en sí.

Se formaron en las grandes unidades los grupos de mineros, de dinamiteros, así como un servicio de información periférico que consistía en infiltrarse en el campo enemigo y cometer actos de sabotaje a base de voladuras.

Los dinamiteros, a más de su misión especial, que consistía en atrincherarse en los lugares susceptibles de esperar los tanques enemigos en espera que éstos llegaran a su alcance, para atacarlos por mediación de bombas de mano, tenían otro cometido; volar las partes ocupadas por el enemigo en algunos edificios de la Ciudad Universitaria después que los mineros les habían preparado las galerías subterráneas al efecto.

Todo esto ocurría cuando ya los ejércitos mercenarios se encontraban a las puertas de Madrid, cuando los cañones fascistas emplazados en Monte Garabitas mandaban sus proyectiles a los primeros edificios de la capital, cuando la mayor parte de las principales líneas de comunicación, tanto ferroviarias como por carretera estaban ya cortadas, cuando la asfixia se anunciaba en el campo fascista de manera cierta e inevitable.

Hacía ya algún tiempo que el Gobierno de la República como medida de prudencia o más bien de seguridad, había tenido necesidad de abandonar la capital para instalarse en Valencia.

Ello en principio causó una penosa impresión, sobre todo en la población civil. Los defensores de Madrid sin embargo, aun sintiéndose más solos, se sentían más libres.

Incluso el Estado Mayor encargado de la defensa de Madrid pudo sin interferencias penosas ni consejos inadecuados continuar la tarea de coordinar todos los esfuerzos con vistas a la resistencia, ya que otra cosa no se podía hacer en aquellos momentos.

La aviación alemana, los junkers trimotores, todos los días visitaban Madrid, sin interrupción, bombardeando con preferencia la población civil. Al principio fueron dueños del espacio casi en absoluto, ya que la DCA apenas les molestaba por ser casi inexistente. En cuanto a la aviación de caza republicana, ésta intervino con mucha eficacia bastante después.

Las voladuras de los edificios en construcción en la Ciudad Universitaria se sucedían continuamente. Se daba el caso insólito de que algunos de estos edificios eran ocupados en parte por los dos adversarios. Es decir que el Hospital clínico que era un gran inmueble, era ocupado por mitad de los dos enemigos en presencia. Al parecer los fascistas iban muy escasos de víveres en aquellos momentos. En una emboscada preparada por los hombres de Durruti lograron capturar dentro de la casa de campo, un camión marca «Diamond», el cual iba cargado con varias toneladas de pan y cebollas. Acompañaban al camión capturado tres soldados armados y un cura. Interrogados los prisioneros, dijeron que pertenecían al servicio de intendencia y en cuanto al cura dijo que iba en misión de prestar los auxilios religiosos a los heridos que no estaban en condiciones de ser trasladados a retaguardia. Esa fue la declaración oficial. Luego por separado uno de los soldados, antifascista y republicano, informó de lo que interesaba al servicio de información del Estado Mayor.

Madrid —tumba del fascismo— se decía en la retaguardia republicana ; pero el mando fascista aun no estaba convencido de ello. Habían sido un tanto fáciles las batallas ganadas en el frente del centro por los mercenarios al servicio de los sublevados. La marcha de los rifeños a partir de Talavera de la Reina hacia Madrid había sido casi triunfal. Las unidades republicanas que se les opuso, todas de reciente creación, entre ellas la columna Tierra y Libertad, organizada en el cuartel de Pedralbes, en

Barcelona por Ricardo Sanz, mandada por el joven anarcosindicalista Ramos, del sindicato ferroviario de Barcelona, llegó a Madrid agotada del viaje y tuvo que ser puesta en línea sin pérdida de tiempo.

Sin entrenamiento, sin conocimientos militares, en una llanura completamente pelada, sin un árbol, sin un arbusto, con un armamento deficiente, escasos de municiones y, en fin, en unas condiciones deplorables, tuvieron que enfrentarse con un ejército de élite, con el ejército marroquí.

Excusa decir que el choque fue terrible, fue difícil evaluar las pérdidas, pues no quedó nada. Empezando por el Jefe de la columna, que murió de los primeros, el resto era un campo sembrado de cadáveres. Los moros también se llevaron su parte. Acostumbrados a las victorias fáciles, a los paseos militares hasta entonces, atacaron confiados, convencidos de una victoria más, cosa que no fue así. Tuvieron que retroceder y hasta batirse en retirada. La prueba de su descalabro fue que tardaron varios días a reorganizarse y a volver de nuevo al ataque de cara a Madrid. Y mientras tanto, en retaguardia continuaba el buen humor «no pasarán» -«Madrid tumba del fascismo».

Mucho se había ganado desde aquellas tristes fechas. Madrid se sentía dueño de sí mismo, aunque inseguro, haciendo frente a los repetidos ataques frontales del enemigo.

El mando fascista, obstinado en la toma de Madrid, hizo un esfuerzo supremo para rendirlo. No pudiéndolo tomar de frente, intentó como último recurso el sitiarlo.

Puso en línea todo lo mejor de sus fuerzas de choque. Al amanecer de un día del mes de febrero de 1937, la artillería enemiga en una proporción desconocida hasta entonces, empezó a pilonar las posiciones republicanas en la parte donde se debía desencadenar la ofensiva. La aviación alemana, orientada por el fuego de artillería, principió al unísono a bombardear los sistemas defensivos republicanos. Hubo un momento que la tierra en el teatro de operaciones parecía un volcán en erupción.

El Estado Mayor Republicano, que conocía por confidencias seguras el plan de ataque enemigo, organizó el dispositivo de defensa para impedir a toda costa el éxito de los atacantes.

Varias horas duró el cañoneo y el bombardeo adverso. Ninguna figura humana aparecía en aquel infierno dantesco. Después de una pausa brevísima, aparecieron los tanques enemigos seguidos de la infantería. Los dinamiteros que habían permanecido al abrigo, esperando el momento de intervenir, de manera rápida saltaron a sus hoyos preparados de antemano esperando que los monstruos de acero llegaran al alcance de sus granadas ofensivas. La artillería propia tiraba sin cesar contra las fuerzas enemigas en movimiento. El tiro se iba corrigiendo a medida que el enemigo avanzaba lentamente para evitar ser víctimas de nuestras propias armas en acción.

Uno, dos, tres. Los tanques alemanes se giraban de lado o quedaban destrozados, completamente inmovilizados. Nuestra infantería en pleno combate fue ocupando las trincheras que habían sido casi completamente desguarnecidas momentos antes del ataque con vistas a evitar ser víctimas de las armas pesadas. Muchas trincheras habían sido completamente rellenas por la acción de los obuses de artillería y las bombas de aviación. Los defensores de Madrid en dicho caso se metían en las excavaciones hechas por el fuego de las armas enemigas. Los tanques enemigos seguidos de la infantería iban progresando a pesar de la resistencia republicana. Si alguna de las formaciones atacantes se rezagaba, su propia artillería tiraba sobre sus talones obligando así a los rezagados a avanzar.

La primera jornada de ataque fue indecisa. Ello sirvió al enemigo para conocer los núcleos fuertes de resistencia de los republicanos.

Al día siguiente al amanecer, nueva preparación de artillería con una correcta rectificación de tiro y con una precisión bien adecuada de los bombardeos de la aviación enemiga.

Ese segundo ataque hubiera podido ser fatal para las armas republicanas si no hubiera sido por la intervención masiva de nuestra aviación.

La DCA republicana también actuó intensamente. Cerca de 20 aparatos fueron derribados entre enemigos y propios.

El resultado del segundo ataque enemigo se saldó por una situación de indecisión en la batalla pues, si bien el manda fascista había lograda avanzar aproximadamente dos kilómetros en profundidad, por la configuración del terrena no se había aún roto el frente republicano.

Los tanques fascistas reducidos poco menos que a la mitad de sus efectivos, quedaron ese segundo día de ataque a la distancia de tiro de fusil de las primeras posiciones republicanas, que defendían el pueblo de Aravaca sobre la carretera de La Coruña.

Al día siguiente, tercer día de la batalla, el enemigo no atacó de frente Aravaca, derivó el ataque sobre el flanco izquierdo, en dirección de las Rosas y el Plantío. Así, alejándose de Madrid obligaban al mando republicano a modificar su propio dispositivo de defensa.

El primer objetivo enemigo, que no era otro que el corte de la carretera de La Coruña por Aravaca, fue logrado al tercer día, entre las Rosas y el Plantío. Claro que ésta no era una pérdida sensible para el ejército republicano. La carretera de La Coruña no era una vía de comunicación fundamental en aquellos momentos para la vida de Madrid.

Las pérdidas propias fueran indudablemente importantes, dados los efectivos de todas clases puestos en línea. Sin embargo las pérdidas enemigas fueron mucho más cuantiosas y ello no recompensaba el enorme esfuerzo realizado, a las ventajas y objetivos conseguidos por ellos.

Al llegar a la carretera de La Coruña los efectivos enemigos puestos en línea habían quedado completamente agotados. En esas circunstancias continuar el ataque emprendido no era posible sin un determinado período de tiempo de recuperación, de reorganización y de encuadramiento.

Así terminó lo que pudiéramos llamar la última ofensiva seria y de envergadura en el frente de Madrid.

La Junta Fascista se resignó a continuar en Burgos en espera de una circunstancia favorable que le permitiera de nuevo atacar la capital de España. A fuerza de recibir muchos reveses frente a la muralla madrileña habían llegado a convencerse de que aquella cantinela de la retaguardia de «no pasarán -Madrid tumba del fascismo» iba a convertirse en efectiva realidad.

Las fuerzas de élite estacionadas en zonas próximas a Madrid fueron desplazadas a otros frentes, en particular al Norte de España y Andalucía, para reducir, o mejor dicho, para liquidar dichos frentes. Los objetivos principales fueron Bilbao y Almadén.

Madrid fue dejado por los fascistas como presa imposible, con ello el pueblo madrileño y sus defensores pudieron respirar un largo período de calma y de tranquilidad.

Sin desguarnecer el frente por completo, con una reserva de hombres conocedores del frente y con material apropiado para cualquier eventualidad, en la primavera del año 1937 las unidades de los otros frentes, entre ellos la del frente de Aragón recibieron la orden de reintegrarse a sus puntos de origen.

Los hombres de Durruti, tristes y apesadumbrados por múltiples motivos, recibieron la orden, que fue cumplida automáticamente bajo la impresión de un desahucio o de algo peor, de una derrota en la ruda batalla de Madrid, que habían ganado.

CAPITULO XIV

Desde el principio de la sublevación, una vez ésta fue dominada en toda Cataluña, los antifascistas en general y sobre todo los revolucionarios del anarcosindicalismo, se dedicaron por entero a consolidar las conquistas derivadas de la lucha preliminar, que no era otra que desbrozar el camino de cuantos obstáculos se iban apercibiendo durante la marcha.

En las primeras de cambio todas las actividades fueron concentradas en el Comité de Milicias Antifascistas de Cataluña. Era dicho Comité el condensador de todas las iniciativas y el iniciador que mandaba todas las resoluciones.

Todas las fuerzas representadas en el Comité de Milicias Antifascistas, fueron leales y respetuosas entre sí, mientras no hubo interferencias y mediatizaciones extrañas, capaces de desviar el curso del buen entendimiento entre sus componentes. Nadie intentó jamás en su seno, no solamente de anular sino de minimizar tan siquiera la misión que cada uno tenía asignada. Era sin duda alguna en aquellos momentos la hora de la realidad, de la verdad y del respeto mutuo que jamás debió faltar en una empresa tan delicada como era la vida o muerte de un sistema de libertad y de civilización que entonces como jamás en el pasado se dirimía en España con las armas en la mano. Licenciado automáticamente el

ejército oficial a las primeras de cambio por el Gobierno de la República para desbaratar sin duda el juego indigno de los sublevados, el hecho no tuvo en realidad ningún eco efectivo en el campo enemigo. Los fascistas, no solamente mantuvieron en activo a todas las fuerzas armadas de su zona, sino que además de eso, faltos de material humano recurrieron a todo lo imaginable, hasta lo más vil, para oponer un dique al ejército del pueblo, el ejército de voluntarios.

La República no tuvo problema en principio en el reclutamiento de defensores de la legalidad republicana. Un contingente asombroso de voluntarios para el frente se presentó en todos los centros de actividad militar. Hubo incluso problemas de descontento y hasta de rebelión pasiva de los que pretendían marchar al frente de lucha y los encargados de la organización de milicias, citaremos un caso solamente.

Fue en Barcelona, en los primeros días de la sublevación. En los cuarteles de artillería de la barriada de San Andrés se habían concentrado varios centenares de voluntarios para marchar al frente de Aragón. Como en dicho cuartel no se les podía armar ni equipar para salir al frente, el responsable de dicho cuartel los dirigió al cuartel de Pedralbes que era donde se organizaban las columnas para el frente. Una llamada telefónica fue todo. «¿Cuartel de Pedralbes? Si. ¿Tu eres Ricardo Sanz? Si. Ahí te mando 300 voluntarios para el frente. ¿Están armados y equipados? No. Pues no los mandes. Aquí lo que nos hace falta son armas, no hombres. Mándame cañones, ametralladoras, fusiles, ambulancias, todo eso sí puedes mandarlo. De voluntarios hay aquí tantos como queremos. Lo siento pero los camiones ya han salido para allí. Pues has hecho muy mal, debías haberme consultado antes. Yo no puedo recibirlos porque aquí no tengo sitio. Arréglate como puedas, yo aquí no los podía tener más tiempo.

Efectivamente, los camiones llegaban momentos después con los 300 voluntarios a Pedralbes, con la agravante de que Pérez, el responsable del cuartel de artillería de San Andrés, antes de salir les había prometido que en Pedralbes se les armaría y equiparía para salir al frente.

No se trataba de dejar aquellos hombres en la calle. Una vez en Pedralbes formaron una comisión para entrevistarse con Ricardo Sanz para formalizar la cuestión de la salida al frente.

Ricardo Sanz les expuso claramente la cuestión. Les dijo que no podía mandarlos al frente sin antes armarlos y equiparlos, cosa que de momento no podía hacer por carecer de lo necesario.

Todos los Jefes de Columna me telefonean diciéndome lo mismo. Que les mande armas y municiones. De hombres tienen más de los necesarios. Al frente afluyen voluntarios de todas partes. Como podéis comprender yo no puedo mandaros al frente sin las condiciones necesarias, añadió Ricardo Sanz. Los comisionados estaban convencidos de que lo que les decía Sanz era cierto, pero éste, para que no quedara la menor duda, acompañó él mismo la comisión a los depósitos de armamento y de equipamiento para que se convencieran por sí mismos.

A requerimiento de los comisionados, Sanz les dijo que él no podía comprometerse a señalarles la fecha en que podrían salir pues ello dependía de la llegada de material. Así lo expusieron los comisionados a los compañeros que esperaban el resultado de la gestión, cosa que éstos no admitieron por considerarse engañados. Se produjo un verdadero motín que obligó a la guardia del cuartel a emplazar una ametralladora frente a los amotinados para intimidarlos y hacerles comprender que su conducta era desde todos los puntos de vista irresponsable.

Y todo ello porque aquellos hombres querían ir al frente a luchar contra los fascistas.

La cosa no pasó de ahí. Dos días después, armados, equipados debidamente, contentos, cantando, salían del cuartel de Pedralbes como lo habían hecho muchos miles de voluntarios antes que ellos, hacia el frente de batalla. Eran los tiempos heroicos, los tiempos venturosos de la verdad.

Ese mismo ambiente se respiraba en todas partes. En la organización de defensa instalada en Capitanía General García Oliver, Secretario responsable de la misma, asesorado por el Coronel Sandino del arma de aviación, procedía a la puesta en actividad de todos los recursos de combate. Secundado por Eugenio Vallejo procedieron rápidamente a la transformación de la industria de paz en industria de guerra.

No existía lo imposible. Nadie ponía inconvenientes a nada. Todo lo contrario, todo el mundo se desvivía para aportar su esfuerzo, su contribución por la causa común que era la causa del proletariado. Por enci-

ma de todo y de todos estaba el frente de lucha. Había que destruir el fascismo en el campo de batalla para luego consolidar la revolución social.

Esa era la única consigna de los hombres de responsabilidad de los revolucionarios de toda la vida. Desgraciadamente el sentido de responsabilidad, el entusiasmo, la convicción revolucionaria no privaba en todas partes. Los primeros meses todo el mundo siguió la corriente sin manifestar la menor oposición ni contrariedad. Todo se desarrollaba dentro de la más natural normalidad.

Fue ello un compás de espera, sin duda, que aprovecharon los dudosos, los emboscados, para captarse la confianza y a la par preparar la contrapartida.

A medida que los frentes de guerra se estacionaban en ciertas zonas para despertar en otras, en retaguardia, ciertos partidos políticos y movimientos dudosos de reciente creación, al amparo de la propia y confusa situación general, trabajaban de cara a su propio interés de clan. Como en todas las tempestades naturales y todos los desbordamientos, un aluvión irresistible de falsos valores, de arribistas, de aventureros y hasta de enemigos de la propia causa, fueron acoplándose en espera de obtener un beneficio o la ocasión de traicionar.

Naturalmente que existía un comité de investigación, cuyo responsable era Aurelio Fernández. Pero a este comité de investigación le estaba vedado proceder contra los enemigos de la República, cuando éstos eran respaldados por organismos o partidos que vivían dentro de la legalidad republicana que los avalaban.

El Partido Comunista fue el campeón en recoger y además valorizar los residuos de todo lo peor que logró salvarse de la tempestad en las primeras de cambio. Falta de personalidad, de arraigo y del propio sentido de responsabilidad, el Partido Comunista con tal de aumentar de volumen procedió a todas las estratagemas, desde la dádiva, la promesa, el soborno, hasta la amenaza o la eliminación moral y física.

Naturalmente que los demás partidos y organizaciones que formaban el Frente Popular no ignoraban los manejos y procedimientos empleados por el Partido Comunista en su papel de caballo de Troya, dentro de la fortaleza Republicana Española, no obstante ello había que tolerar sus

desmanes, en holocausto a la tan cara y condicionada ayuda rusa a la República Española.

García Oliver, hombre de voluntad inquebrantable, asistido del apoyo incondicional de la Organización Obrera que formó el cuadro a su alrededor desde la Secretaría de Defensa, multiplicaba sus esfuerzos para que no faltara nada en los frentes de guerra.

Sus actividades se veían coronadas por el éxito ante la colaboración y la asistencia prestada por los hombres competentes que él escogía en cada punto neurálgico de la actividad combativa.

En comunicaciones tenía a Torrens. En ferroviarios, Sección Norte, Germán Horcajada. A Ramón Vaque en M.Z.A. y así en todas partes.

Para sincronizar las actividades del frente con la Secretaría de Defensa creó la Inspección General de los Frentes de Aragón y Cataluña, con el encargo de tenerle al corriente de todos los nuevos problemas que se presentaran, nombrando como titular a Ricardo Sanz.

Los fascistas eran dueños de las Islas Baleares. Había por lo tanto un problema de seguridad a vigilar, desde Pon-Bou a la desembocadura del Rio Ebro. Los Batallones de Costa debían estar situados en las sitios estratégicos para el caso de una eventual necesidad.

La línea llamada del Cinca debía ser el bastión donde se estrellaran todas las posibles ofensivas del fascismo en tierras de Aragón. No debía quedar nada imprevisto de cara a una guerra de posiciones más o menos larga.

En la Secretaría de Defensa de Barcelona no se pensaba más que en dos cosas. En el frente de lucha y en ganar la guerra. En Madrid ocurría lo propio, Eduardo Val, otro anarcosindicalista, desde el Comité de Defensa movía todos los resortes para confirmar que Madrid sería la tumba del fascismo.

Tiempos heroicos aquellos en que los hombres idealistas y revolucionarios no pensaban en otra cosa que en la victoria.

El Comité de Milicias de Cataluña se disolvió para crear el nuevo Gobierno de la Generalidad. La C.N.T. fue representada en dicho Gobierno por tres Consejeros: Domenech, Fábregas y Dionisios.

Cuando se hace referencia a la colaboración nosotros hemos creído siempre que ésta se estableció el primer día de la insurrección militar fascista.

Claro está que cuando existe algo que parece una imperfección o una fealdad, ésta se pretende cubrir con algo que la disimule. Colaboración política, colaboración militar y cordialidad revolucionaria, todo es colaboración. Cuando se colabora con alguien la palabra ella misma la define, es porque uno solo no puede llevar a termino una empresa determinada.

Si Durruti, en las primeras de cambio, cuando salió con su columna de Barcelona, en vez de detenerse a unos kilómetros de Zaragoza por las razones ya expuestas en otro lugar, hubiera continuado el avance y con la ayuda de los antifascistas zaragozanos se hubiera apoderado de la capital de Aragón, continuando por tierras riojanas y alavesas hasta entrar en contacto con los antifascistas vizcaínos, dejando así a los navarros arrinconados sobre el Bidasoa, la victoria de la guerra en favor de la República le hubiera sonreído a Durruti y a sus hombres, ya no solamente de todas partes de España sino de todos los pueblos libres de la tierra. En dicho caso, Durruti y lo que él representaba no hubieran tenido necesidad de colaborar ni de pedir la colaboración de nadie. Como en los buenos momentos del asalto al Cuartel de Atarazanas todo el mundo había formado al lado de Durruti sin detenerse a pensar como éste pensaba.

En el arte de la guerra eso se llama la explotación del éxito. El refrán lo dice sin equívoco. ¡Ay de los vencidos! Y nosotros lo sabemos bien por la trágica experiencia.

Una vez más insistimos en que no fuimos nosotros los que nos lanzamos a la revolución, fueron los fascistas, los revolucionarios, y nosotros no tuvimos otro remedio que afrontar la situación tal como nos la impusieron nuestros enemigos. Ellos sí que tenían un plan de ataque. Nosotros no lo teníamos. Es más. Nosotros por no tener nada, no teníamos ni un plan de defensa lo cual tuvimos que improvisar sobre la marcha.

A ningún componente del grupo «Nosotros» se le planteó asimismo el problema de colaborar o no con todos los organismos antifascistas después de la insurrección militar.

Era de sentido común pensar que si por si solo el movimiento libertario era incapaz de combatir y vencer al fascismo en todos los frentes de

lucha, había que mancomunar todos los esfuerzos para darle la batalla a fondo. A más de eso nosotros creíamos que debíamos ser aliados leales sin reservas de ninguna clase, sin intenciones malsanas. La partida en juego era demasiado seria, terriblemente fuerte para pretender triunfar por el engaño. Eso les estaba reservado solo a los irresponsables, a los lacayos de Stalin y a los fascistas emboscados prestos a la traición. Ese concepto de responsabilidad, esa seriedad en la actuación cimentó la confianza y la ponderación en el movimiento anarcosindicalista frente al antifascismo en general.

La colaboración en el Gobierno de la Generalidad de Cataluña como en el de Madrid no podía enturbiar la conducta de los apolíticos de la C.N.T., puesto que éstos no iban a los cargos oficiales con intenciones finalistas, para acomodarse en los mismos, sino que por el contrario los aceptaban con espíritu de sacrificio, por razón de las circunstancias anormales y como medio solamente de salir del paso de una situación que la intransigencia, la irreflexión o el sectarismo podían hacerla catastrófica.

El mundo entero y sobre todo las democracias, con las únicas que la República Española podía confiar en algo, miraban a España asustados, llenos de pánico, porque no sabían el resultado final que iban a tomar las cosas. Nadie ignoraba, porque nosotros teníamos ingenuamente abiertas las fronteras a todo el mundo, que a la par que en la zona Republicana se luchaba en las trincheras contra el fascismo, en la retaguardia se hacían ensayos de socialización, de colectivización y, en fin, se estaba edificando una nueva estructura de convivencia social.

Stalin, más que nadie, que era el único que podía con su ayuda efectiva a la República Española hacer inclinar la balanza del resultado final de la guerra en favor del proletariado en armas, se mantenía en la más cerrada reserva, pues no ignoraba que el movimiento social en España no era el mismo de Rusia dominado por la llamada dictadura del proletariado y en caso de un triunfo en la guerra y la revolución, España no sería jamás un satélite de los hombres del Kremlin.

De manera calculada, premeditada, todos los que podían y debían ayudar a la España Republicana, y en particular Rusia, esperaban que ésta se desangrara y se debilitara para, una vez moribunda, encadenarla, someterla sin condiciones a la más tremenda de las esclavitudes.

Stalin, naturalmente estaba bien informado de todo lo que ocurría durante la guerra en España y por saberlo no ignoraba que muchos de los llamados Consejeros enviados por Rusia, así como no pocos diplomáticos una vez en contacto con el ambiente, y las corrientes renovadas del movimiento social español, se hacían flexibles y hasta eran captados por ese ambiente saludable del cual ellos estaban tan carentes. Los que estuvimos en relación y hasta cierto punto convivimos por razones del frente de guerra con los técnicos o consejeros e intérpretes rusos, sabemos que Stalin durante nuestra guerra se encontró ante el problema español con dos frentes de lucha. El primer problema consistía en combatir al fascismo hasta su derrota. El segundo era el de la resistencia moral del antifascismo a aceptar más que el control, la dominación política e ideológica rusa en España.

Se supone que hubo casos en que Stalin tuvo que tomar resoluciones graves, contra sus propios compatriotas enviados a España, porque éstos o bien no ejecutaban sus órdenes con la rigurosidad que él las determinaba o porque el resultado concreto de sus determinaciones no era el deseado. De ello se ha dicho y escrito tanto que nosotros preferimos no insistir para evitar las redundancias.

Es posible que si los antifascistas españoles en general hubiéramos aceptado la sumisión, la entrega total que Rusia pedía a cambio de una ayuda masiva, como hacía la Alemania Nazi y la Italia Fascista en el campo contrario, que la balanza de la guerra se hubiera inclinado en nuestro favor con el retraso consiguiente.

Pero la cosa era clara. Si el antifascismo español había cogido las armas para combatir al propio fascismo, no aceptando el despotismo ni la dominación del totalitarismo español; naturalmente no podía resignarse a aceptar la dominación de otro totalitarismo, aunque éste se llamara proletario, el cual venía del exterior.

Ya lo hemos afirmado más arriba. La colaboración sin reservas con todos los antifascistas como posible tabla de salvación, sin hipotecar el futuro en nada ni por nada. Eso o ir a por el todo.

El problema escabroso de ir a por el todo, si que se lo habían planteado concienzudamente los miembros del grupo «Nosotros». Si colaborando, cediendo y haciendo concesiones todos los días, si manteniendo una

conducta ponderada y de responsabilidad frente a todos los múltiples imponderables, la situación en general, no solamente no avanzaba favorablemente, sino que por el contrario, las cosas iban en regresión. Si la insensatez de los irresponsables o enemigos de la nueva situación que no tenían nada que perder, multiplicaban sus audacias, hasta sus ataques más o menos encubiertos contra la vanguardia revolucionaria, confundiendo la tolerancia y el sentido de responsabilidad con la cobardía. Si un ambiente de asfixia, de insolencia, se abría paso por encima, no ya de los intereses de la propia guerra, sino del sentido común, motivo por el cual se vislumbraba ya un más o menos eventual desastre. Convencidos los hombres del grupo «Nosotros» y muchos que coincidían con ellos, que no se produciría el milagro, así como muchos militantes de la C.N.T., principiando por su Secretario General Mariano Vázquez, seguido de una mayoría arrolladora, el grupo «Nosotros» consideraba de manera seria y responsable que se debía ir a por el todo apechugando con todas las consecuencias.

¿Cómo ir a por el todo? Sí amigos y compañeros. El grupo tenía su plan a realizar, plan que no expuso jamás a nadie ante la posibilidad de que un día hubiera necesidad de ponerlo en práctica.

Su plan consistía en la siguiente operación. Descartada de momento la posibilidad de una ofensiva militar de cara a establecer contacto con las fuerzas del Norte, por haber sido reforzado el sistema defensivo en ese eje por el enemigo, había que estudiar o mejor dicho, había que poner en práctica otro plan.

Con el tiempo que las columnas confederales llevaban frente a Zaragoza, Huesca y Teruel, los servicios de información periféricos, es decir en el próximo campo enemigo, habían llegado a situar a todas las fuerzas enemigas en todos esos frentes.

Zaragoza, a causa de la lucha enemiga frente a Madrid, estaba completamente desguarnecida. Solo había una columna volante que se decía mandaba Solchaga, la cual tenía la misión de acudir en caso de urgencia a los sectores de Huesca y Teruel.

Por los pasos seguros y en combinación con los antifascistas residentes en el campo enemigo, había la posibilidad, con la debida discreción, de introducir armas y municiones, así como hombres conocedores del terre-

no para que, en un momento dado, cuando la situación fuera propicia dar el asalto a Zaragoza con toda posibilidad de éxito para tomarla.

Combinada con esa primera operación de la toma de Zaragoza, en la cual debían intervenir el grueso de las fuerzas confederales de la parte Norte del Ebro, las fuerzas confederales del Sur Ebro debían hacer movimiento sobre el eje Zaragoza-Madrid, cuyo objetivo inmediato, sin preocuparse de Teruel, debía ser Calatayud. A Teruel se le mantendría en el "quién vive", solo con un simulado ataque frontal sin exponer en principio a los atacantes.

En Levante la columna de hierro Tierra y Libertad se pondría en actividad para apoyar la acción del grueso de las fuerzas que una vez tomada Zaragoza continuarían hacia Calatayud.

Misión final del plan. Una vez tomada Calatayud, establecer contacto con las propias fuerzas del Centro, las cuales se pondrían en actividad para facilitar la conjunción.

La guarnición de Teruel, completamente aislada, no hubiera tenido medios de mantenerse y se hubiera visto obligada a capitular. Huesca con todo y quedar respaldada por la parte Norte por las fuerzas fascistas, su situación hubiera resultado muy precaria.

No se fue a por el todo por prevalecer el criterio de la mayoría, una mayoría esta vez muy discutible ante lo delicado del problema y ante la imposibilidad de consultar en debida forma a la base, y se continuó colaborando. Se continuó colaborando con toda lealtad, como siempre, pero cada vez más en precario, más en plan de pariente pobre. Sí, porque a pesar de pagar la ayuda recibida por la República en lingotes de oro y a precio de guerra, es decir sobrecargado, aun había que ser reverentes con los mercaderes y humildes con sus lacayos. A medida que transcurría el tiempo, como si ello fuera una fatalidad, el interés de ganar la guerra avivando los frentes, tomando la iniciativa, citando al enemigo al mejor estadio para podarlo vencer y destruir, era por el contrario éste, el que llevaba la iniciativa y la ventaja en la contienda.

La política, siempre la baja política sobre el tapete. El resto, lo más importante no interesaba al parecer. Parecía pie en las alturas había interés en prolongar la sangría, en agotar las fuerzas, en debilitar las energías y la resistencia. Se constituían comités para luego disolverlos, se nombraban

comisiones, que no llegaban a actuar. Nuevos organismos inútiles, nuevos engranajes sin acoplar. Todo ello para dar satisfacción a los recomendados y a los aprovechados, y hasta ciertas aves de rapiña se les emboscaba. Mientras tanto el enemigo, que no discutía, que estaba resuelto a ganar su revolución, con menos medios y posibilidades que la República, cada día un poco, iba ganando posiciones y consolidándolas en perjuicio del antifascismo. No bastaba en el campo republicano aquella profusión de propaganda interior, de periódicos, revistas, carteles y espectáculos públicos, para demostrar, para convencernos a nosotros mismos que éramos los más valientes, los más buenos y los más justos. De ello todos estábamos convencidos, pero debíamos demostrarlo sobre la marcha, no en retaguardia con desfiles a veces ridículos, con manifestaciones desprovistas de sentido práctico sobre todo útil.

Y mientras que en política continuaban las querellas, las zancadillas y las ambiciones del «Clan» en los Sindicatos Obreros, en las colectividades, en todos los centros de producción, pasados los primeros momentos, en que todo el mundo abandonó el trabajo para marchar voluntario a combatir al fascismo. Una vez reestablecida la calma, estabilizados los frentes de guerra, los trabajos orientados por la militancia consciente, no les fue difícil comprender que el frente no existía solamente en las trincheras, en el campo de batalla.

El frente existía en todas partes. En la fábrica, en el taller, en las colectividades campesinas, en la mina y en fin en todos los centros de producción. Había que alimentar a los frentes de guerra con todo lo necesario. Eso no se podría conseguir sin un esfuerzo interrumpido de la retaguardia. Los obreros no afectados por la movilización voluntaria del frente, se reintegraron a los sitios de trabajo. El aparato de la producción, poco a poco al principio, de una manera acelerada a continuación, se puso en plena actividad al efecto de conseguir el máximo rendimiento.

Fue en el trabajo donde se estableció la verdadera y sana colaboración, de compañero a compañero, de sección a sección, de Sindicato a Sindicato, de Federación a Federación y de Colectividad a Colectividad, de manera franca sin intereses bastardos, el apoyo mutuo se manifestó con toda intensidad y se aplicó como ley natural. Entre la Organización Sindical Obrera no había rivalidades ni regateos de ninguna clase. Todo

el mundo se desvivía para ser útil y servir a los compañeros que se encontraban en dificultad, se buscaban y explotaban todos los recursos naturales, en vistas a la aportación y a la franca y humana colaboración. La clase trabajadora, manual e intelectualmente hablando había encontrado en la Organización Sindical y Cooperativista su verdadera orientación hacia una verdadera transformación social. Los técnicos y hasta muchos de los antiguos patronos se pusieron al servicio incondicional de la nueva orientación de la vida de la producción y en general fueron unos verdaderos y leales auxiliares en la buena marcha económica de todas las actividades productivas.

En ninguna parte como en los sitios de trabajo reinaba la armonía, el desinterés, la tolerancia y la camaradería. No es de extrañar si se tiene en cuenta que en los sitios de producción no existían los partidos políticos y sobre todo el Partido Comunista. Precisamente por ser así, por estar esa arma de combate,poderosa como el «arma atómica», los Sindicatos en manos dela C.N.T. y de la U.G.T., cada uno en su zona de influencia,ello constituía el punto negro para los indocumentados llegados en el furgón de cola del último tren, digámoslo claro, del Partido Comunista, cuya constante preocupación no era otra que la de destruir el Sindicalismo constructivo e independiente que desde hacía más de medio siglo se había dado a los españoles para gloria y galardón de un pasado que se afirmaba y procuraba afianzarse en la última etapa de su larga existencia.

Si bien fue cierto que en el pasado, en algunas circunstancias, los hombres de la U.G.T. y de la C.N.T. se querellaron por razones más que fundamentales, interpretativas, en la actuación sindical, durante la guerra por el contrario, conscientes unos y otros de la responsabilidad que los momentos exigían estuvieron siempre en excelente relación y la colaboración fue recíproca y cordial.

Los unos y los otros sabían el volumen de los intereses en juego. La partida empeñada era dura y difícil y había que ponerlo todo, absolutamente todo en juego para ganarla.

Ambas organizaciones establecieron relaciones cordiales que les permitió en todas las circunstancias actuar de común acuerdo. El pasado no podía enturbiar el presente ni mucho menos comprometer el futuro. La U.H.P. de Asturias (Unión de Hermanos Proletarios) que llevó a la

revolución y a la muerte, entrelazados a los hombres de la C.N.T. y de la U.G.T. en las jornadas memorables de Octubre de 1934, era la divisa, el estandarte bajo cuyos pliegues latían una vez más los corazones de todo el proletariado consciente español, encuadrado en las dos únicas centrales sindicales nacionales: U.G.T. y C.N.T. Eso, tan humano por ser proletario, tan lógico por ser racional y tan positivo por brotar de la misma entraña del dolor colectivo, era lo que no comprendían los intrusos, los que llegaban de fuera con las alforjas cargadas de consignas y de prejuicios.

Y por no comprenderlo, no lo comprendían ni los propios políticos de la República, que jamás se plantearon el problema seriamente de la evolución y la toma de conciencia de sí mismo del proletariado español.

Habían transcurrido ya 20 años desde la Revolución Rusa a la subversión española. Pretender los rusos emplear en España los mismos métodos que habían empleado en Rusia para el triunfo de su revolución, sin tener en cuenta el tiempo transcurrido ni las distintas características que por temperamento racial y circunstancial ofrecía el caso español, era una locura.

Era mucho más absurdo aún pretender implantar en España la dictadura del proletariado, un país como el español, que jamás en su conjunto fue susceptible de soportar sin protesta, sin lucha, sin sangre, ninguna dictadura de carácter español.

Como queda dicho en otro lugar, en 1922 la C.N.T. de España que pertenecía entonces a la III Internacional Sindical Roja, de obediencia comunista, residente en Rusia, se dio de baja de dicha internacional por incompatibilidad ideológica. Desde entonces a 1931, que fue el advenimiento de la República, a pesar de los esfuerzos realizados por Rusia en esos 11 años el Partido Comunista no avanzó un solo paso en España. En ese sentido pues, no se podía especular con el caso español con posibilidades de éxito, aún a pesar de las circunstancias especiales en que se desenvolvía el pueblo anti-fascista.

Las colectividades campesinas de Aragón, Cataluña, Levante y otras muchas, más que ensayos esporádicos, fueron preciosas realizaciones de carácter social aún no superadas después de un cuarto de siglo en ninguna parte.

Los frentes de guerra estaban bien aprovisionados por dichas colectividades así como por los centros industriales que rivalizaban en sus esfuerzos para que nada faltara en las trincheras. Era la nueva Sociedad en marcha, La Sociedad del Trabajo y del respeto mutuo, dentro de la libertad individual y colectiva.

Solo faltaban armas y municiones, medios de transporte, gasolina, aviación, mucha aviación, para combatir y destruir al fascismo.

Stalin estaba convencido de que Rusia era la llamada a ser en un tiempo más o menos breve el árbitro en el conflicto dela guerra civil española. Los acontecimientos en el plan internacional se complicaban cada día más y las llamadas democracias,desmoralizadas, perdían el control y la confianza en todas partes. Hitler, cual caballo de Atila desbocado, daba saltos de uno a otro vedado, rompiendo por todas partes el equilibrio internacional. La audacia nazi-fascista había acobardado de tal manera a sus eventuales opositores, que éstos se replegaban cada vez más en posiciones que no estaban resueltos a defender.

Los repetidas golpes de audacia nazis eran encajados por las víctimas como hechos fatales, sin apelación. Tal era la degradación y la irresponsabilidad de decisión de los que, como amigos o aliados tenían el deber, la obligación, de detener a tiempo a los jinetes de la apocalipsis antes de que fuera tarde. De concesión en concesión, se llegó a la vergüenza de Munich y allí pudo comprobar el enemigo que no había nada que temer y que tenía la vía libre para continuar impunemente arrollándolo todo a su paso.

Rusia también estaba implícita en ese peligroso juego de ajedrez, aún a pesar de que procuraba mantener aparentemente cierta distancia.

El caso español, que en esa coyuntura parecía no tener internacionalmente ninguna importancia, era el primer episodio de la gran tragedia mundial que se preparaba.

Las democracias históricas dejaron abandonada a la República Española pensando que con ello evitarían lo peor, es decir, una intervención abierta de la Alemania de Hitler contra los posibles aliados de la Democracia Española. Fue sin duda alguna esa una de las más importantes concesiones hechas al fascismo internacional, el cual, dirigido por Hitler, creyó la hora llegada de ir al asalto definitivo del llamado mundo libre.

No se había equivocado Stalin. La España Republicana condenada por sus posibles aliados a desaparecer en manos del fascismo, no tenía otra salida que la de entregarse sin condiciones en brazos de Rusia, buscando así una posible puerta de salida a su dramática situación.

Las cosas tanto en el frente como en la retaguardia republicana, iban de mal en peor, a medida que transcurría el tiempo Stalin arbitraba la partida en juego caprichosamente, sin tener para nada en cuenta los intereses del antifascismo español.

Si bien la ayuda rusa en armas y municiones continuaba de manera muy dosificada, a más de eso, la mayor parte del armamento que servía Rusia, ésta por mediación de sus técnicos y consejeros condicionaban su entrega y manejo a las nuevas formaciones que se iban organizando o ya organizadas con los cuadros de mandas adictos al partido comunista.

Las unidades no controladas por los incondicionales del estalinismo vivían condenadas a una existencia casi de inmovilidad completa por falta de elementos de ataque, que por regla general los que iban llegando no iban directamente al frente sino a los centros de clasificación política creados por los servidores del partido comunista.

La política del partido comunista en el plano gubernamental más que incierta era sectarista y catastrófica. Como era dirigida por los rusos, cuya mentalidad no se acoplaba al carácter español, eso hacía que la intriga y a más de eso, la inestabilidad de sus representantes impidiera todo posible entendimiento.

Como los comunistas españoles no tenían iniciativa propia estando obligados a cumplir diariamente las consignas que se recibían de Moscú, ello hacía que lo que se acordaba un día se negara al día siguiente. La tela de Penélope estaba permanentemente sobre el tapete. El tejer y destejer era la norma, la regla de tres del partido comunista.

Mientras que el antifascismo español iba perdiendo posiciones en el frente. Mientras que los mejores hijos del pueblo pagaban con sus vidas la dura contribución de una libertad amenazada, el partido comunista, con su audacia y su carencia de responsabilidad, ganaba día tras día nuevas posiciones en retaguardia, porque la gravedad de las circunstancias aconsejaban prudencia y moderación a los que tenían un sagrado con-

cepto de la responsabilidad evitando a toda costa el mal mayor, ante la constante provocación.

Las jornadas de mayo de 1937, provocadas por ciertos elementos incondicionales del partido comunista, fue más que una insensatez, una locura. Tener la pretensión de dominar el anarcosindicalismo en su propia cuna, cosa que no lo había logrado nadie hasta entonces, era una aberración.

Una vez más los anarcosindicalistas dieron pruebas a más de serenidad y sangre fría, de una convicción y una seguridad de su valor moral que jamás fue desmentida en su largo historial de lucha revolucionaria.

Dominar a la C.N.T. en Barcelona podía ser solo el sueño de unos locos. Por eso la Confederación no se molestó ni a responder a la provocación.

El cese el fuego de García Oliver, entonces Ministro de Justicia de la República, no iba dirigido a los provocadores, a los cuales no tenía por qué temer. Iba dirigido a sus propios compañeros, a los hombres de la C.N.T. y de la F.A.I. porque los conocía bien y por conocerlos sabía que si estos se lanzaban a la calle, en unos momentos, en unas horas liquidarían la cuenta.

García Oliver sabía más que los que se habían lanzado a la aventura. Sabía que en los cuarteles de los Docks en la avenida de Icaria, en la barriada del Pueblo Nuevo, se encontraban esperando su salida para el frente de Aragón las fuerzas de la columna Durruti, que procedentes del frente de Madrid se dirigían a Bujaraloz. Al mando de dichas fuerzas bien armadas y bien aguerridas iba Ricardo Sanz.

Excusa decir lo que hubiera ocurrido si Ricardo Sanz, al frente de sus hombres se hubiera desplegado en orden de combate contra los aprendices a la revolución en las calles de Barcelona. También se intentó destruir manu militari las colectividades campesinas de Aragón. Todo porque eran obras creadas por la C.N.T. Muchos de los voluntarios enrolados en las columnas confederales eran campesinos aragoneses, dichos campesinos, cenetistas en los largos períodos de calma en el frente, se dedicaban a ayudar a las colectividades, aportando no solamente su ayuda personal sino también la ayuda mecánica, como eran tractores, camiones y otros útiles efectivos.

En cambio las colectividades campesinas ponían a la disposición de las columnas todo lo que éstas necesitaban para abastecer su Intendencia. Lo sobrante, que no era poco, tanto de cereales como de ganado etc., era entregado a Intendencia General sin otro interés que algún que otro intercambio de productos necesarios en la campiña. Tampoco esa obra creadora magnífica fue una cosa respetable para que los que eran incapaces de crear otra cosa que la discordia y el cisma.

Se disolvió el Consejo de Aragón, porque éste era obra de la C.N.T. y en su lugar se nombró un Gobernador delegado, un instrumento del partido comunista llamado Mantecón, un hijo de papá que, a pesar de la etiqueta republicana de que estaba investido, no era otra cosa que un redomado fascista. Una de esas aves de rapiña de que ya hemos hablado, que se emboscaron en la República para mejor traicionar al proletariado.

Fueron importadas de Rusia las instituciones llamadas Comisariado Político y Servicio de Información Militar (S.I.M.).

El Comisariado Político en las unidades militares no comunistas no tenía apenas ninguna misión, aparte de ocuparse en lo posible de las cuestiones más o menos domésticas de los combatientes.

Por el contrario, el Comisariado Político en las Unidades Militares Comunistas, o en vía de comunizar, era la institución clave del partido. Los activistas, los fanáticos, los sectarios servidores incondicionales, ejecutores ciegos de todas las consignas del partido comunista estaban enrolados en el Comisariado Político, con cargos y categorías equivalentes a los mandos militares. El Comisariado Político era el instrumento clave del partido comunista. El S.I.M. era una cosa parecida, si bien por ser una institución semisecreta era mucho más peligrosa.

El Servicio de Investigación Militar cometió muchos hechos verdaderamente vandálicos al amparo de la impunidad que le daba el Partido Comunista.

Cuando se trataba de personas encausadas fuera o no fuera comprobada la certeza de los hechos, que no pertenecieran a un partido político o a una organización sindical, que les avalara y respaldara, todo el peso de la injusticia, cuando no del sadismo, caía sobre las víctimas. Donde se aplicaba con todo el rigor inimaginable la fría venganza era cuando se trataba de auténticos marxistas que no aceptaban la disciplina ni las consignas

del partido oficial, manteniendo una posición de oposición y por tanto considerada por el partido como rebeldía a sus dictados inapelables.

Citaremos sobre el caso ocurrido en la 29 División. Esa División era 29 mandada por Rovira y Jordi Arques, Jefe y Comisario de la misma. El conjunto de los mandos de la misma así como el Jefe y Comisario pertenecían al Partido Comunista de inspiración catalanista, llamada Bloc Obrero y Campesino o dicho de otra forma Partido Obrero de Unificación Marxista (P.O.U.M.).

Cuando el Partido Comunista oficial se creyó suficientemente fuerte para atacar con éxito al P.O.U.M., que en Cataluña era la única fuerza comunista efectiva, buscó el pretexto, todos los pretextos inimaginables para que fuera disuelta la 29 División y fueran encarcelados el Jefe y el Comisario de la misma y dispersados todos sus mandos y efectivos.

A continuación podríamos relatar, por conocerlo con todo detalle, infinidad de casos individuales y colectivos cuya condena pronunciamos ya en su día de víctimas inocentes cuyo delito consistía solamente en no querer aceptar el carnet del Partido Comunista. También se usó a profusión el reverso de la medalla. Es decir, la persuasión y la adulación. La dádiva fue el arma contundente del partido. Verdaderas nulidades, gente dudosa, ambiciosos y ególatras que jamás hubieran sido nada en ninguna parte, a cambio de coger el carnet del Partido Comunista se les veía de la noche a la mañana ocupando cargos y luciendo entorchados que no se merecían y que no habían ganado en ninguna batalla. Como el Partido Comunista prometía el cuento de la fábula y no tenía río donde construirlo, tuvo que recurrir a recoger todas las aguas turbias para formar el río que no era precisamente el río gemelo del Jordán.

En ese plan de barrer hacia dentro, los comunistas se mostraron más que audaces, ridículos. En un momento determinado pretendieron conquistar la confianza o quizás la adhesión de Largo Caballero cuando éste era Presidente del Consejo de Ministros y Ministro de la Guerra. En su prensa, en la tribuna y por todos los medios de propaganda dirigida se emprendió una orquestada campaña de elogios en favor de Largo Caballero, llegando a afirmar con toda seriedad del caso que Largo Caballero era sin duda alguna el Lenin Español.

Por nuestra parte se había convenido y acordado que debíamos colaborar sin condiciones, naturalmente nuestra misión era concreta. Primero en el Gobierno de la Generalidad y a continuación en el Gobierno de la República. No había el por qué hacer caballo de batalla sobre si debían ser cuatro o cinco los Ministros del Movimiento Libertario en el Gobierno. Se trataba solamente de colaborar en las Instituciones Republicanas de cara a demostrar al mundo entero la unificación del antifascismo español y la firme voluntad de ganar la guerra.

«Renunciamos a todo menos a la victoria», se había dicho. Había pues que hacer honor a la palabra.

Si estábamos representados o llamados a ello en todas las actividades legales de la vida pública, había que cumplir con nuestro deber en todas partes. Se acordó y decretó la militarización de las milicias primero, a continuación la movilización de las quintas, la participación en los cuerpos armados en el cual estaban comprendidos los cuadros de mando, el Comisando, el S.I.M., Cuerpos de Policía y Seguridad y en fin todo el aparato.

Al principio de nuestra guerra se quiso presentar a nuestro movimiento, precisamente por quienes no lo conocían en realidad, como un conglomerado de gente indisciplinada. La realidad demostró todo lo contrario. El sentido de responsabilidad, la tolerancia, el respeto y la lealtad fue en todos los momentos nuestra única divisa. Fue quizás sin duda alguna el por qué se agruparon en torno a nosotros muchas personas que aún sin haber jamás convivido con nosotros, consideraban que de cara al porvenir, nuestro movimiento era una seria garantía.

Lástima para todos que el desenlace final de las cosas, fue desastroso, aún a pesar de la buena voluntad y el desinterés de haber renunciado a todo.

Fue demasiado tarde cuando los antifascistas españoles se dieron exacta cuenta que el problema español se ventilaba en las trincheras. Se puede asegurar que si todo el antifascismo español se hubiera interesado debidamente por el problema de la guerra, si cada uno, sobre todo de los políticos españoles, hubieran vivido la realidad del problema español ya desde el principio, la guerra hubiera tenido otro desenlace.

Mientras se hacía la guerra se jugaba a la política. No a la política de guerra, para ganar la guerra, a la política de la eliminación, del menosprecio, muchas veces de los colaboradores y de los interesados en ganar la guerra. Nuestro movimiento, el movimiento libertario, lo hizo todo, absolutamente todo para ganar la guerra. Renunció a todo, absolutamente a todo. Fue así porque mejor que nadie sabíamos a lo que estábamos expuestos. Solo nos queda la satisfacción del deber cumplido.

A medida que los frentes se derrumbaban uno tras otro después de haber sido dejados de lado, mejor dicho, abandonados por las llamadas democracias. A medida que Rusia especulaba con el antifascismo español por ser la única potencia que se mantenía en plan de amistad y de defensora de la República Española, las posibilidades no ya de la revolución, sino de la independencia de España como nación soberana desaparecían.

La política y la seguridad internacional se habían complicado a tal extremo que no eran pocas las personas que en la zona republicana llegaron a abrigar la esperanza que una posible inmediata declaración de guerra en la Europa Central viniera a trastocar todo el sistema en la guerra civil española.

Desgraciadamente no fue así Stalin, que tenía en sus manos las llaves de la puerta de salida que buscaba Hitler para lanzarse a la loca aventura, la misma guerra de España que permitía a Alemania y a Rusia el ensayo práctico de su armamento moderno, retrasaron la segunda conflagración mundial algún tiempo.

Los españoles, unos y otros, fascistas y antifascistas, fuimos sometidos todos a la condición de conejos de Indias. En España se hicieron toda clase de ensayos y experimentos con vistas a la guerra que iba a estallar, que todo el mundo llamado demócrata temía y por temor, por cobardía de no cortar a tiempo, haciendo la del avestruz, estalló.

Stalin mandaba a España solo el armamento imprescindible para alargar la guerra. El interés del antifascismo español no contaba para nada. Solo contaba en sus cálculos que iban mucho más allá que la guerra de España. Por eso las consignas eran contradictorias. Los domésticos de Stalin encuadrados en el Partido Comunista de España no tenían más que obedecer, tanto si comprendían como no, lo que les mandaban sus amos y señores desde fuera de España. Las órdenes eran órdenes y por

tanto no había que discutirlas. Los comunistas de España no hicieron nada para ganar la guerra, pero hicieron mucho para perderla. El Partido Comunista en España no tenía fundamento alguno, era una mercancía de importación, un reclutamiento de aventureros.

Stalin sabía todo eso y por saberlo sabía que España, aún obligada por la fuerza de las circunstancias a caer dentro de la órbita comunista totalitaria, jamás sería un satélite seguro. Quien apenas sabía nada de todo eso éramos los españoles, incluso los españoles que conocíamos de mucho tiempo lo que quería decir dictadura del proletariado, cosa que jamás los españoles con personalidad propia aceptaron.

Si en conclusión España, la España antifascista era una cosa perdida para la Rusia Colonialista, ésta no tenía por qué esforzarse en salvar el antifascismo español amenazando de muerte por sus enemigos.

La diplomacia rusa estaba en excelentes relaciones en 1938 con la diplomacia alemana, partiendo de este principio, había que esperarlo todo, todo lo malo naturalmente, para el antifascismo español y para la democracia internacional.

Era tanta nuestra preocupación por nuestro propio problema y tan grande nuestra ignorancia de lo que se tramaba en secreto en ciertas cancillerías que ello hacía que una espesa cortina de humo nublara nuestro entendimiento, no dejándonos espacio para ver claramente que íbamos precipitadamente de cara al abismo.

Así y solo así se podía explicar nuestra ingenua pero honrada conducta en la tragedia de nuestro pueblo mártir.

Fue sin duda alguna mejor que fuera así, siempre ocurre igual en casos parecidos. El más afectado directamente en un grave problema es por regla general el último en darse exacta cuenta de ello. Tenía que llegar y llegó el desenlace fatal.

El antifascismo español había sido condenado por todos y por tanto debía estar preparado para subir al cadalso. Por todos, incluso por la llamada patria del proletariado.

El balance no había podido ser más desastroso. Centenares de miles de muertos, toda España destrozada, centenares de miles de españoles a las puertas de las fronteras y un porvenir sombrío, muy sombrío, para los que sobrevivieran a la gran tragedia.

Iba a bajarse el telón del primer acto del gran drama que la historia registraría en páginas de sangre.

Lo demás todo ha sido ya escrito a profusión. Solamente seis meses después empezaba la segunda parte. El entreacto había sido corto. El tratado germanoruso de 1939 hizo posible y efectiva la agresión de la Alemania hitleriana contra la Polonia.

El sacrificio del Antifascismo Español no había servido más que para avivar la hoguera de las discordias y de las ambiciones. Todos, absolutamente todos los complicados en el sacrificio de la España mártir fueron responsables de su propio castigo, de su propia derrota, pues hablar de victoria sobre una enorme pirámide de muertos y de ruinas nos parece ridículo.

CAPITULO XV

Hay alguien que ha dicho que Franco no es un español. Compenetrados con esa idea, la cual compartimos a parte entera, desarrollaremos el tema para demostrar que Franco no es un español. Decir que Franco no es español no quiere decir que no sea hijo de españoles, ni que no haya nacido en España. La mayor desgracia que pudo caer sobre España no fue el hecho concreto de que los militares se sublevaran el 18 de julio de 1936 contra los españoles, puesto que la sublevación de los militares españoles, como ya hemos afirmado varias veces, fue permanente en España. Eso con ser una desgracia más, no fue la mayor.

La mayor desgracia fue que Franco quedara ya desde el principio de la sublevación como Jefe indiscutible, como Caudillo. Muerto Sanjurjo a las primeras de cambio, el rebelde, por derecho propio contra la República. Desaparecido a continuación Mola, considerado por la jerarquía militar como el político del Ejército, Franco encontró la vía libre para imponerse, si ello era necesario, pues Milán Astray era un guiñapo humano cargado de extravagancias y no intentaría siquiera hacerle sombra. En el terreno político no había ningún hombre que pudiera disputarle a Franco el derecho de continuidad una vez terminada la guerra, pues Calvo Sotelo había sido eliminado de la escena política por mediación

de un atentado perpetrado, dicen por los amigos del Teniente Castillo, de los Guardias de Asalto, que había sido asesinado por los elementos de Falange días antes. En cuanto al Jefe de Falange, José Antonio Primo de Rivera, que podía rivalizar con Franco en el plano político, éste se encontraba preso en Alicante por el Gobierno Republicano que le juzgó y ejecutó en el curso del año 1937, siendo entonces Ministro de Justicia Juan García Oliver.

Puesto a eliminar obstáculos, Franco eliminó sin contemplaciones a los que él consideraba no adictos y seguidores de sus turbios designios. No se detuvo ni ante los de su propia casta, la casta militar. Entre los muchos fusilados de categoría figuraban el General Batet y otros muchos. Haciendo honor a la máxima jesuítica de que el fin justifica los medios, Franco empleó todos los medios, hasta los más monstruosos, para llegar al fin, que no era otro que el de someter al pueblo español a la condición de esclavo. Falto de ambiente popular, Franco se apoyó en el clero y el gran capitalismo internacional, de los cuales obtuvo la adhesión incondicional desde el primer momento.

El nazi-fascismo, condensado en el llamado eje Berlin - Roma -Tokio, se había comprometido con el fascismo español a aportar todos los medios necesarios a los sublevados, sin los cuales la partida la tenían de antemano perdida los militares traidores a su propia patria.

Rodeado de sus incondicionales, entre los que figuraba toda la escoria africana, entre ellos Millón Astray, Varela, Yagiie, García Valiño, Muñoz Grandes, Solchaga y otros, incluso prescindiendo de la llamada Junta de Burgos, esa «cuadrilla de Rifeños» que queda anotada, que en Marruecos, en Anual, Barranco de Lobo, Xahuen y en fin por todo fueron cazados como conejos por los cabileños de Ab-el-Krim, se pusieron fácilmente de acuerdo para combatir no importaba por qué procedimientos a los ciudadanos españoles que habían cogido las armas para defender los derechos de ciudadanía. Y Franco fue aceptado como Jefe indiscutible de la banda.

Falta de ambiente y de recursos en la península, Franco que dícese católico, no tuvo ningún escrúpulo en traer a España a combatir a los españoles un gran contingente de moros. Las primeras fuerzas moras, rifeños bien aguerridos, enemigos ancestrales de los españoles, fueron

transportados de África a España por vía aérea. Los aparatos que los transportaron eran alemanes.

Concretamente Franco hacía la guerra a los españoles desde el principio con fuerzas y material de combate extranjero. A más de eso esas fuerzas mercenarias rifeñas, habían recibido órdenes y a la par carta blanca. Había que combatir y vencer a toda costa. La carta blanca consistía en no respetar nada en el avance en terreno enemigo. Todo, absolutamente todo, estaba permitido: el asesinato, la violación, el robo, el incendio. En fin, todo. Las órdenes eran dadas personalmente por Franco. En esas condiciones las cosas, los moros hacían en España, con los españoles, gracias a las órdenes que recibían por los que se reclamaban el título de tales, lo que ya habían hecho tantas veces en África con los soldados españoles y cuyos relatos y descripciones indignaron en otra época a todos los españoles.

La aviación alemana e italiana tenía por misión principal bombardear la retaguardia republicana. Rara vez ni los alemanes ni los italianos se dedicaron a bombardear las líneas de fuego republicanas cuando éstas estaban protegidas por la DCA.

Ramón Franco, hermano del Caudillo que por circunstancias aun no conocidas, se encontró en la zona fascista después de la sublevación militar, fue destinado como simple combatiente a la base aérea de Baleares. Se le asignó la misión de bombardear Barcelona, que como es sabido no era frente de guerra.

Nosotros que conocíamos personalmente a Ramón Franco, sabemos que éste no era fascista y sabemos más, sabemos que no era amigo de su hermano.

Todo el mundo sabe que Ramón Franco murió en un vuelo en misión de bombardeo a Barcelona. Pero el caso fue que el día que Ramón Franco cayó al mar con el avión que pilotaba él mismo, ese día Ramón no llegó a Barcelona y por tanto no fue derribado por la DCA. ¿Qué pasó? Nadie lo sabe. Es decir, nadie no. Seguramente su hermano sí que lo sabe.

Desde antes de la sublevación los rebeldes, y Franco en particular, fueron asistidos sin condiciones por la Iglesia. El Clero todo, salvo las contadas excepciones, estuvo en todos los momentos al lado de los fascistas, sin detenerse un solo momento a pensar si éstos tenían o no razón en su

destructora empresa. Es más. Infinidad de sacerdotes empuñaron las armas al lado de los fascistas contra el pueblo. Franco mendigó y aceptó la ayuda extranjera sin condiciones. No le fue difícil hipotecar o vender una España que no era suya. Así se explica que las unidades militares regulares alemanas e italianas entraran en España como en país conquistado.

Fue en la zona fascista de España donde por vez primera se levantó el espantajo del coco comunista. Ese espantajo que hoy en 1966 pone la carne de gallina al capitalismo imperialista mundial, dispuesto a vaciar sus cajas de caudales en manos de no importa quien para asegurar sus privilegios en peligro.

Franco, primer charlatán de feria, que presentó la droga anticomunista en el mercado internacional, fue generosamente recompensado por todos los tartufos de la corte celestial llevándolo del patíbulo de los criminales de guerra al pináculo de la salvación de toda una caterva de aspirantes al empleo de la bomba atómica.

Si la guerra entre naciones, entre razas distintas es desde todos los puntos de vista condenable, la guerra en familia en el seno de la propia nación no sería comprensible sin ver en la misma un signo de aberración mental.

La guerra de España fue eso, un exceso de aberración mental. Son los privilegiados los que se levantaron en armas contra el avance social, genuina representación de los miserables, de los analfabetos, de los hambrientos de pan y libertad. Fue el odio al esclavo, al vasallo, que no tenía otra remisión que vivir de rodillas ante el señor omnipotente.

Solo bajo esa concepción se comprende la forma draconiana dada al desenvolvimiento de la guerra en sí. Ni heridos, ni prisioneros. Hay que exterminar a los lobos y a los lobeznos.

Es la nueva cruzada de la guerra santa. La nueva inquisición que se levanta sobre las cenizas de un pasado de horror y vergüenza, que se renueva para que las nuevas generaciones tengan constancia de ello. Las revoluciones de abajo, por el contrario, son generosas. Solo están inspiradas en la idea de mejora, de justicia, de renovación, de altruismo y de sacrificio.

Franco es la encarnación, la síntesis de una explosión de odio y de desprecio de los de arriba contra los de abajo.

Las vidas humanas, la desolación, la miseria, la entrega al mejor postor. Todo eso no tiene importancia, lo que cuenta es el fin. El fin son las cadenas, la mordaza, la corrupción, más desenfrenada en todos los órdenes de la vida ciudadana.

La España antifascista conoce todo eso. Sabe por los evadidos del campo enemigo, por una serie de hechos conocidos, lo que ocurre en el bando contrario. Por eso lucha, por eso se defiende en la línea de combate y de resistencia.

Los no combatientes, llenos de odio y de pánico se repliegan, se refugian en retaguardia donde pueden. Cuando los fascistas toman un pueblo, no encuentran a nadie de sus habitantes. Todos han huido. Si queda algún rezagado es cazado a tiros, o sometido a pruebas brutales. La consigna dada «ni heridos ni prisioneros» es observada con todo rigor.

La liquidación del antifascismo determinada por Stalin, que era el único que podía salvarlo, le es asignada al Dr. Negrin. Al Gobierno Negrin se le saludó por el partido comunista como el gobierno de la victoria. En los medios políticos y sindicales nadie conoce a Negrin. Negrin es un aventurero más a las órdenes del Partido Comunista. El Gobierno Negrin fue el Gobierno de la liquidación. Después de más de dos años y medio de lucha, sin desmayos, sin flexibilidad, sin la menor duda de la victoria final, en los frentes de lucha y sobre todo en la retaguardia empezaron los síntomas del cansancio. En algunos frentes principiaron a escasear algunas cosas necesarias a los soldados. Estos, que en gran proporción habían reemplazado los voluntarios del primer momento, a causa de las bajas y de los trastornos sufridos tenían un concepto de la lucha en curso muy distinto que los voluntarios. No obstante estar bien encuadrados, sobre todo en las unidades de reciente creación, se notaba la deficiencia de combatividad. Eran las unidades viejas las que aguantaban el peso de toda resistencia eficaz.

En retaguardia el descontento aumentaba de día en día, pues era visible que al lado de las grandes privaciones, como en todas las guerras, habían favorecidos. Si se tiene en cuenta que nuestra guerra no era una guerra, que el antifascismo español luchaba por la abolición de los privilegiados, todo ello complicaba el normal desarrollo de la buena marcha de las cosas.

Después del corte de comunicaciones por los fascistas entre Cataluña y Levante, las cosas se agravaron de tal forma que el Estado Mayor Republicano se encontraba en precario en todos los frentes.

La batalla del Ebro, que fue en principio un éxito magistral, se convirtió a continuación en un descalabro por no contar el Estado Mayor Republicano con medios suficientes para explotar el éxito inicial.

Los constantes bombardeos de la aviación alemana e italiana, el empleo en los frentes por el enemigo de grandes masas de aviación y de tanques de gran tonelaje y de artillería pesada, colocaba a los ejércitos republicanos en un terreno de tal inferioridad capaces de romper la moral de los más fuertes y convencidos luchadores. Todo eran promesas, muchas promesas, iban a llegar cantidades asombrosas de material moderno que pondrían en terreno de inferioridad al enemigo, el cual se vería forzado a capitular.

Por una jugada política de prestigio internacional que no afectó a nadie, incluso al propio antifascismo español, pues no eran combatientes, sino medios de combate lo que hacía falta, se retiraron del campo republicano y del territorio leal las llamadas Brigadas Internacionales, cuyos efectivos eran muy insignificantes.

Sin que nadie se explicara el fenómeno. Era cuestión de alta política. Mientras los frentes se debilitaban cada día más hasta llegar al desmoronamiento de algunas unidades llamadas de élite, se iba de concesión en concesión y la fiesta continuaba en ciertas alturas.

Todo ello ocurrió a espaldas de los que luchaban con entusiasmo y buena fe, empeñados en ganar la guerra ¡Qué de ilusiones perdidas y de esfuerzos y sacrificios inútiles!

La aparente calma, el compás de espera fue roto brutalmente por el enemigo, dispuesto a terminar de una vez antes que se complicaran las cosas en el plano internacional.

Fue la ofensiva limitada a la ruptura de los frentes escogidos por el mando fascista de cara a explotar el éxito al máximo. La resistencia en principio en algunos sectores fue espartana. El enemigo tuvo que desistir y probar suerte sobre otros terrenos. Se empleó la táctica de la tierra quemada. La guerra de material, hasta lograr la ruptura.

Hundido el frente, vinieron las consiguientes «espantadas» de las unidades inseguras que ponían constantemente en peligro de cerco por la retaguardia de las unidades endurecidas en los combates, que permanecían en primera línea. En las primeras de cambio, el fascismo adoptó la táctica de no emplearse a fondo, seguramente porque no contaba con medios para hacerlo. Le fue mucho más cómodo de emplear el recurso de a enemigo que huye puente de plata.

La consigna dada por el Gobierno Negrin de resistir tuvo un límite. Límite que una vez sobrepasado todo fue inútil. Resistir no quería decir otra cosa que hacerse matar. Mientras que el Gobierno no aportaba ninguna otra solución para continuar resistiendo.

De cara a la frontera francesa, sin una línea de resistencia bien asegurada para poder resistir con los medios adecuados, el Gobierno Negrin, desde Figueras, no podía recomendar la resistencia por más tiempo a los combatientes de Aragón que se batían en retirada y que hacía cerca de tres años que estaban resistiendo y combatiendo sin desmayo al fascismo español.

Los supervivientes de la gran epopeya veían en la frontera un medio de salvar la vida, y a más de eso, una posibilidad de una posible tregua, para reemprender de nuevo el combate con más posibilidades de éxito.

Por otra parte el desfile de la población civil, en monumental caravana, acosados por la aviación fascista, era vía crucis que desmoralizaba los espíritus más templados. Los últimos días de Pompeya, comparados con aquel río humano en perdición resultaba un cuento de niños. Era la debacle, rayando en la locura. Franco podía darse por satisfecho de haber promovido el más grande cataclismo que jamás registró la historia en el mundo entero contra la raza española.

Liquidados los frentes de Aragón y Cataluña que eran los núcleos principales, la resistencia republicana en el resto de los frentes no podía prolongarse mucho tiempo. No obstante, una vez ya en Francia Negrin y unos cuantos incondicionales ensayaron dar un nuevo golpe de efecto. Uno de esos golpes de efecto ridículo sin ningún contenido práctico o eficaz para la marcha de la guerra de que Negrin estaba acostumbrado.

El hecho consistió en trasladarse al frente del Centro, donde aun continuaba la resistencia, no para ayudar a continuar la lucha frente al

enemigo, sino para continuar la política tortuosa que le marcaban los mentores del Stalinismo.

Una vez en Madrid, Negrín con su propio Estado Mayor Comunista intentó imponer una vez más sus consignas y designios tortuosos a los mandos del Centro, cosa que éstos no aceptaron por no ser comunistas, declarándose en rebeldía contra el aprendiz a Dictador.

El incidente estuvo pronto liquidado. Negrin y sus lacayos, derrotados por los antifascistas de Madrid no tuvieron otro recurso que salir de España precipitadamente ante la posibilidad de que les ocurriera algo, que les atafiara con respecto a su seguridad personal. Se formó una Junta Civil y Militar presidida por el Coronel Segismundo Casado al efecto de tratar con los fascistas las modalidades de rendición, ya que toda resistencia sería inútil y había que salvar en lo posible el nuevo sacrificio inútil de vidas humanas.

Ese fue el epílogo del Madrid heroico, del Madrid invencible, del Madrid que asombró al mundo entero con su resistencia sublime que superó a toda la historia del pasado.

Esparta, Troya, Numancia, todo, absolutamente todo eso fue superado por los defensores de Madrid.

Franco, el pretendido campeón del anticomunismo, no tuvo necesidad de enfrentarse en Madrid con los Molinos de Viento. Cuando sus huestes miserables de moros, italianos y alemanes llegaron a Madrid, cuyas puertas habían sido abiertas de par en par por sus propios defensores, en Madrid no existía ya ningún vestigio de comunismo.

A través de lo que queda dicho se ve claramente el interés que tuvo Stalin de controlar todos los movimientos del Ejército Popular, en el cual no tenía ninguno confianza. Poco importaba a Stalin que el fascismo ganara la guerra. Lo que le importaba mucho sin duda alguna era que la guerra la ganara el proletariado sin su control.

Franco lo recompensó más tarde mandándole la División Azul.

Terminada la guerra en los frentes de batalla comenzó la guerra contra los vencidos por los vencedores. Muchos millares de combatientes republicanos que habían pasado la frontera, una vez en Francia decidieron regresar a España. Pensaban que nada malo podía ocurrirles por el hecho de haber combatido defendiendo la República.

No fue así. La inmensa mayoría de dichos repatriados fueron aparcados en campos de concentración, siendo minuciosamente estudiado caso por caso. Bastaba la más pequeña duda para que el encausado fuera procesado y encarcelado, y la más leve acusación, que a veces no era otra cosa que rencillas personales, para que el acusado fuera automáticamente «paseado», asesinado o condenado a muerte y fusilado; cosas de esa índole se sucedieron a profusión en toda España por espacio de 10 años consecutivos, 250.000 ejecuciones.

En el momento de la sublevación fascista la Marina de Guerra quedó también dividida en dos bandos. La gran mayoría quedó adicta a la República.

En una ocasión el Crucero Libertad, afecto a la Marina leal, se enfrentó con el Crucero Baleares, afecto a los rebeldes. Se entabló batalla y el crucero Libertad hundió al Baleares después de ruda batalla. Finalizada la guerra, la Marina del bando Republicano se refugió en Bizerta, base militar francesa en aquellos tiempos en sus posiciones de África del Norte.

Pasado un corto período, el Gobierno Francés decidió restituir a España los barcos de guerra refugiados en Bizerta. Entre ellos se encontraba el Crucero Libertad. Como los soldados de tierra, los marinos de guerra en gran parte decidieron volver a España en los mismos barcos que tripulaban.

Los bravos fascistas, por orden superior, una vez en aguas territoriales españolas pusieron al crucero Libertad rumbo al lugar más o menos exacto donde había sido hundido el Baleares. Una vez allí escogieron una gran cantidad de marinos, formaron con ellos sobre cubierta una gran corona de «flores humanas» y la lanzaron al mar como castigo a la bravura de unos soldados que supieron defender el derecho a la libertad de su pueblo.

Los tripulantes de la marina de guerra española, demostraron a través de lo largo de la guerra que eran auténticos españoles. Caso digno de mención. La mayor parte de los componentes de la tripulación del crucero Libertad eran de la región gallega. Varios de ellos de El Ferrol. Así se escribe, así empezó la historia para llegar a los 25 años de paz.

Como la casta militarista española, una vez terminada en su favor no tendrían a quien combatir ni contra quien sublevarse, Franco inventó los Tribunales de Excepción, compuestos por sus domésticos para juzgar o mejor dicho para condenar a los vencidos. Docenas de miles de condenados a muerte por los Consejos de Guerra, la mayor parte de ellos ejecutados. Las condenas de muerte fueron la inmensa mayoría de ellas pronunciadas por el delito de rebelión. Delito de rebelión que solo los sublevados, los fascistas los habían cometido. Según propia definición del delito, todos los Jefes y Oficiales fascistas estaban implicados en el delito de la pena de muerte.

Por si eso no fuera lo suficiente, Franco dio carta blanca a los llamados Tribunales de Justicia Militar para poder condenar y ejecutar las penas de muerte con autonomía absoluta de los mismos.

De esa manera, los Jefes y Oficiales del Ejército asumieron ingenua o concienzudamente la grave responsabilidad del delito de asesinato colectivo en las personas ejecutadas sólo por el hecho de haber perdido la guerra.

Resultará muy interesante cuando pase este infinito período de terror en España revisar una por una todas las causas de los Consejos de Guerra, sobre todo de los 10 primeros años de dominación fascista, para comprobar el grado de responsabilidad de los condenados y ejecutados, y el de los acusadores y ejecutores morales de las sentencias de muerte.

En España la inmensa mayoría de los cuadros del ejército fascista está implícitamente complicada en el grado máximo de responsabilidad criminal, por el delito de ejercicio fraudulento de la Justicia Militar y de condena colectiva a muerte de millares de españoles inocentes que fueron ejecutados.

Es ese seguramente el secreto principal, el por qué de esa tan cacareada paz del fascismo español. Nadie de los complicados, que son legión, desea que se levante el velo de la verdad, para así quedar a cubierto de sus crímenes. Los unos se apoyan en los otros y el beneficiario máximo de esa cobarde tragedia es Franco, que supo implicados a todos en el gigantesco genocidio.

No habrá en España otra sublevación militar mientras exista Franco y no la habrá por miedo a las consecuencias. Todos están implicados, todos

son responsables del crimen colectivo, cometido contra el pueblo español. Ya no es Franco solamente el responsable de la tragedia española, como pretenden todos los complicados, eso lo saben todos los españoles.

De cara al futuro de España, los ciudadanos españoles tendrán que buscar una forma práctica infalible de inmunizarse de esa lepra, de ese cáncer que se denomina el ejército Español. España no necesita alimentar un nido de víboras para que constantemente la emponzoñen con su veneno. El ejército español tal como ha existido hasta nuestros días debe desaparecer.

Sería preferible, sería de desear no tener ejército en España, antes que continuar soportando el peso de la sublevación permanente. Les ha costado demasiado caro a los españoles, cuantos odiosos desplantes y cuantas criminales tragedias han provocado en España la casta militarista, la de 1936 debe ser la última.

En política Franco ha sido, como en todo, un caso original. Después de la sublevación no ha dejado que nadie le hiciera sombra en ese sentido. Se ha hablado y escrito con relativa extensión de la Falange Española. No se puede hablar del movimiento falangista en España antes de la guerra porque en realidad no existía. Existían sí unos grupos de señoritos holgazanes, que por no tener nada que hacer se agruparon alrededor de un Jefe que como se sabe fue el hijo del anterior dictador Primo de Rivera. Es posible que José Antonio Primo de Rivera tuviera en sí mismo un norte donde orientar sus ideas aun no bien definidas, dentro de un movimiento llamado de renovación. Su vida de hijo de un hombre que había desempeñado un papel preponderante durante cerca de 7 años en España, las convulsiones de carácter político en el mundo entero, pudieron influir poderosamente en el hijo del exdictador, joven y cultivado, a concebir ciertas ideas, que si bien en principio podían ser inconcretas y extravagantes podían no obstante orientarse hacia una finalidad concreta, aunque esta finalidad no satisfaciera más que a una clase determinada. Pero todo eso quedó reducido a una verdadera quimera, truncada por el estallido de la sublevación militar fascista.

Naturalmente, desde el principio de la rebelión los militares traidores mil veces a su patria tenían que justificarse, más que ante los españoles, ante el extranjero, que ellos se apoyaban en un movimiento de opinión

popular y que este se llamaba la Falange Española. Ello fue una estratagema verbal de cara a la galería sin ningún valor ni sentido de continuidad.

Desaparecidos de la escena política José Antonio Primo de Rivera como Jefe de Falange y Calvo Sotelo portavoz de la misma, el Falangismo quedó privado de toda dirección orientadora, de continuidad. No hubo sustitutos que los reemplazaran con personalidad propia.

Terminada la guerra el movimiento de continuidad del falangismo, fue cuestión de conveniencias de los vencedores, mejor dicho de Franco.

Franco, celoso, desconfiado, en todos los órdenes de la vida, para evitar una posible desviación del falangismo hacia derroteros imprevistos, optó por domesticarlo. Castrarlo de toda iniciativa, de todo movimiento propio, era la única solución de un Jefe indiscutible, de un dictador omnipotente; y fue eso lo que hizo Franco. Hizo más; para evitar complicaciones, se nombró asimismo Jefe de Falange. Con ello quedó yugulada toda posibilidad de complicación.

Todo cuanto se hizo en la España fascista en nombre de Falange fue Franco quien lo inspiró y lo ordenó. Falange es una entidad irresponsable colectivamente. Franco y Falange. Ello no es exacto. La realidad es otra. La denominación exacta debe ser y es la siguiente: La falange de Franco.

En cuanto al problema sindical obrero, nada se puede decir de interesante, pues si bien existen los llamados sindicatos verticales estos no tienen ningún carácter obrerista. Son los sindicatos oficiales del Estado fascista, donde se confunden en amigable concubinaje capitalistas y burócratas del régimen. Los obreros que trabajan no tienen ningún cometido a desempeñar en los Sindicatos Verticales. Los trabajadores en general odian al sindicato fascista capitalista, pues a más que éste no se ocupa de sus intereses de clase, les descuenta del salario la cuota sindical, cosa que voluntariamente se negarían a pagar.

Una fuerte y muy justa reacción se ha operado en España en la clase trabajadora y estudiantil contra esa modalidad de asociación en éstos últimos años. Si esa acción continua, ello podría constituir el principio del desmoronamiento vertical.

Las instituciones fascistas de Franco no han creado nada útil ni nuevo en España en 25 años de pervivencia; todos son plagios. Plagios del na-

zismo, plagios del fascismo y plagios del jesuitismo. Las concepciones ultramontanas recalcitrantes de Hitler, Mussolini y de Foster Dulles forma un cuerpo de doctrina que Franco no ha logrado condensar en ningún sentido concreto.

Haciendo análisis subjetivos hay quien se aventuró a decir que Franco procedía de la escuela maquiavélica. Nada más lejos de la realidad. El Príncipe de Maquiavelo, en su exposición de lo que podríamos llamar su cuerpo de doctrina, no llega a descubrir el caso bien singular de Franco. El caso de Franco es un caso sin precedente. De ahí viene la afirmación de que Franco no es un español.

Si Maquiavelo en su cuerpo de doctrina jamás desprecia a su pueblo y a su raza, si jamás incita al fratricidio, si Maquiavelo jamás reniega ni propaga la destrucción de lo propio, buscando por el contrario de engrandecerlo, de multiplicarlo a costa del presunto enemigo. Si Maquiavelo busca los flancos del presunto enemigo para combatirlo y vencerlo, por los procedimientos más intrigantes e inverosímiles, sin señalar jamás como enemigo al hermano. Sin propagar jamás el exterminio de su propio pueblo, entonces habrá que convenir que Franco ha superado todo lo que de perverso podía tener la escuela maquiavélica.

¿Qué es, pues, Franco? ¿Un rifeño? ¿Un asiático? No. Nada de eso. Estamos seguros que tanto los primeros como los segundos renegarían de su propia raza, de tener como hermano a un aborto de la naturaleza que se asimilara a ese caso único en la historia de los hombres. Declarada la segunda guerra mundial, mientras los ejércitos invasores en loca carrera arrollaban todo lo que se encontraba a su paso sin detenerse, Franco, en plan de seguro servidor, hacía la sonrisa a sus protectores del Eje Berlín-Roma-Tokio. Todo iba viento en popa, Franco se frotaba las manos de contento ante el mapa geográfico de África del Norte haciendo sus planes con vistas a edificar su nuevo y quimérico imperio.

Para principiar por algo, Franco comenzó por ocupar la zona internacional de Tanger, pensando que a continuación sería Marruecos, Argelia y Túnez. Todas las posiciones francesas de la zona de África debían pasar bajo su dominio. Por eso se consideraba por derecho propio como parte integrante del Eje Berlín-Tokio-Roma.

Franco ardía en deseos de poner a la disposición de sus protectores del Eje el millón de soldados bien aguerridos, que desde hacía tiempo les había pública y espontáneamente ofrecido. Pero no eran hombres lo que de momento necesitaban los ejércitos pretorianos. Más que combatientes lo que precisaban los nazi-fascista eran medios. Toda clase de medios para hacer la guerra en condiciones de ganarla. No obstante ello, Hitler aceptó como cosa simbólica que Franco mandara una División al frente del Este, a combatir al lado de los Alemanes contra los Rusos.

Franco, sin pérdida de tiempo, para complacer a Hitler como buen seguro servidor le mandó la llamada pomposamente «División Azul» al mando del general más prestigioso de su Corte, el General Muñoz Grandes.

Ignoramos en detalle la misión que la cacareada División Azul cumplió en el frente del Este, lo que sí sabemos es que dicha división se disolvió como un azucarillo al primer contacto que tuvo con el enemigo y ya nadie habló más de ella.

Ante esa acción concreta Franco se convirtió en beligerante contra el ejército aliado. Todo el mundo esperaba que ese hecho tendría la repercusión natural en su día. Que Stalin ajustaría las cuentas a Franco en la primera ocasión que se le presentara. Pero nada más lejos de la realidad.

Stalin que ya en el curso de la guerra, cuando la victoria sonreía a los Aliados impuso condiciones draconianas a sus propios amigos de armas, por hechos más o menos de fondo, cuando llegó el momento de la liquidación de los beligerantes no se acordó que entre ellos se encontraba Franco. Se esperaba lógicamente que Stalin pondría todo su empeño en que Franco fuera llevado a la fuerza por los vencedores en presencia del Tribunal de Nuremberg, para que fuera juzgado como un criminal de guerra más.

Nada de todo eso ocurrió. Y no solamente no ocurrió nada de eso sino que Stalin jamás emprendió en el curso de su dominio omnipotente, ninguna acción individual ni colectiva contra Franco. Nadie dudó jamás que si Stalin se lo hubiera propuesto después de la guerra, él solo, es decir Rusia, se bastaba y se sobraba para derribar a Franco y a su régimen sin que nadie hubiera intentado impedirlo. ¿Por qué no lo hizo? Otro enigma más muy difícil de descifrar. A todo eso se le llama «Secretos de

Estado». Es de suponer que Stalin, una vez más, consideró que el fruto español aun no estaba maduro.

Franco, fue beligerante en la guerra mundial contra los aliados, porque aparte del hecho viviente de la División Azul, estuvo ayudando con todas las posibilidades y recursos españoles a las potencias del eje y no tuvo necesidad de intervenir ostensiblemente en la guerra a causa del rápido desenlace fatal que la misma tuvo para los ejércitos invasores.

Hitler, engreído en sus irresistibles y victoriosos avances en todos los frentes, creyó que se bastaba asimismo para vencer a sus enemigos para luego imponer su ley en el mundo. Europa toda, incluyendo España, quedaría sometida bajo su bota. Hitler no quería, despreciaba los aliados. Italia como aliada suya representaba para él una pesadilla, un lastre que esperaba el momento oportuno para lanzarle por la borda.

Las cosas en esas condiciones, Franco quedaba fuera de concurso por voluntad expresa del más obcecado loco que conoció la historia, Hitler. Si, porque Hitler despreciaba y no quería mendigos a su alrededor. Por eso Franco no fue llamado a intervenir abiertamente en la guerra. Fue una fuerza de reserva inútil. Lo fue seguramente más que por diversos otros motivos por el desenlace fatal fulminante que tuvo la guerra en el frente del Este.

Los Ejércitos Alemanes al mando personal de Hitler llegaron con relativa facilidad a las puertas de Stalingrado, después de haberlo arrollado todo a su paso. La toma de Moscú era una cosa segura. No podían surgir imponderables que evitaran la caída de la presa codiciada. Tal pensaba Hitler.

Pero surgieron los imponderables. Los ejércitos alemanes que al mando de Paulus habían logrado casi el cerco de Stalingrado, fueron parados en seco por las defensas rusas y ya no avanzaron un paso más. No solamente no llegaron a Moscú que era el objetivo del mando supremo, es decir de Hitler, sino que ni lograron tomar la plaza fuerte, la plaza heróica de Stalingrado.

La derrota más grande que obtuvo jamás ningún ejército en el mundo la obtuvo el ejército alemán frente a Stalingrado. Se ha escrito ya lo suficiente sobre este particular y ello nos exime de insistir.

La derrota de Stalingrado se prolongó a la de Alemania, pasando a través de miles de kilómetros de países invadidos que fueron uno tras otros liberados, hasta la derrota final que fue la de Berlín, donde quedaron sepultados los principales gérmenes del mal calcinados por las llamas purificadoras.

El millón de hombres que Franco había ofrecido generosamente a Hitler no tuvieron necesidad de batirse en retirada. Afortunadamente para los Españoles, por una sola vez los imponderables habían obrado en su favor.

Franco metió en el archivo su quimérico proyecto del «nuevo imperio». A continuación plegó velas y su plan de dueño y señor de la posesión internacional de Tanger no tuvo más repercusiones que la de un ridículo más para la historia del fascismo español.

Terminada la guerra mundial Franco obtuvo una valiosa herencia. Su Estado Policial fue reforzado por todo lo peor que logró salvarse de la derrota nazifascista. La inmensa mayoría de los fugitivos de Alemania, Italia y también de la Francia de Petain se refugiaron en España, donde tuvieron una sentimental y excelente acogida por parte de sus hermanos en ideas y sentimientos, los fascistas españoles.

En España no había espacio para los antifascistas españoles que fueron cazados y perseguidos por los llamados humoristicamente nacionales. Estos debían reservar un sitio de honor sin duda alguna a los rufianes responsables de millones de muertos, conocidos con el nombre de criminales de guerra.

Si la lógica hubiera contado para algo en España, es indudable que la psicosis de guerra civil debía terminar cuando terminó la guerra mundial. Terminada ésta a favor de los aliados, el pretendido absurdo imperio franquista quedaba completamente destruido. Con más de siete años de dominación Franco no podía presentar un balance de realizaciones que superara en nada al transcurrido de 1923 a 1930 durante la dictadura de Primo de Rivera de cuyo fracaso ya se habló en otro lugar.

Una amnistía general. Un intento de reconciliación y de reconstrucción de España, bajo unas bases paralelas a las preconizadas por las Naciones Unidas, debían y podían ser un principio de solución del desbarajuste español. El Ejército Español podía en parte intentar reparar su

último gran crimen colectivo cometido contra los españoles. El momento era propicio y había que aprovecharlo.

El mundo entero hubiera saludado la medida, el intento de reconciliación, como una cosa saludable. En cuanto a los vencidos, éstos no hubieran puesto ninguna dificultad sino todo lo contrario, hubieran facilitado la tarea de los hombres de buena voluntad donde sean que estos hubieran surgido. Infinidad de veces se había dicho ya entonces por muchos refugiados políticos de honorable personalidad y de sentido de responsabilidad, de todas las tendencias, que había que liquidar la psicosis de guerra civil existente entre los españoles.

La sed de revancha, los deseos de segunda vuelta, la rabia del vencido contra el vencedor debía desaparecer. Esa era, ese ha sido y es aún el lenguaje de todos los vencidos conscientes, tanto exilados como del interior de España, donde los hay en gran proporción, en una proporción incalculable.

Nada de todo eso se intentó tan siquiera en el campo fascista. Todo lo contrario. La rabia continúa en casa del vencedor. La arrogancia, el desafío, la provocación y la venganza son la única moneda de cambio. Cuando los vencidos hablan de reconciliación, de convivencia fraternal, el vencedor contesta con la amenaza, con el castigo ejemplar, con el exterminio que practica aún hoy, después de 25 años, con todo el rigor y a eso le llaman los fascistas 25 años de paz. La paz de los cementerios, de los caminos solitarios, de las encrucijadas, de los centros policíacos, de los piquetes de ejecución, de los verdugos en función permanente y de jornadas extraordinarias. Esa fue la paz que nos ha ofrecido siempre a los vencidos el vencedor.

Todo eso ya lo sabemos nosotros. El caso del prestigioso abogado Eduardo Barriobero, hombre de edad que hospitalizado en Barcelona, no habiendo logrado ser evacuado cuando entraban los fascistas, aún enfermo fue ejecutado por el procedimiento del garrote vil. Su único delito había sido el de defender a los trabajadores en los procesos de carácter social. En Canals, provincia de Valencia, el caso ocurrido con los hermanos Enrique, José y Ramón Sanz. Tres hermanos que fueron condenados a muerte y ejecutados en el campo militar de Paterna. Su único delito fue ser primos hermanos de Ricardo Sanz, el cual había logrado

salvarse pasando la frontera francesa. No continuamos relatando más hechos de esta naturaleza porque se trata de docenas de miles de ellos.

No hay presos, se dice en España. Naturalmente, por lo visto, los fascistas consideran que están más seguros en el cementerio sus adversarios. Franco está en plan de moderno Faraón. Nada de amnistías. Nada de reconciliación. Los españoles no pueden abrigar la posibilidad de un nuevo abrazo de Vergara. Las nuevas generaciones están obligadas por el fascismo a continuar la guerra que les impusieron sus antepasados. El odio, el rencor, el menosprecio. Todo eso es oro de ley para el fascismo, que pretende perpetuar el odio entre españoles. Franco, el hombre sin escrúpulos, cambió la casaca cuantas veces le pudo ser beneficioso. Después que se erigió en amo indiscutible de España se mostró complaciente con todas las situaciones que vinieron del exterior con tal de recibir la indulgencia y el visto bueno de los que solo lo soportaron por cuestión de conveniencia. En tal de persistir, él y sus inmediatos vendió la nación por parcelas.

Incapaz de germinar en su mente una idea útil se convirtió en el enterrador número uno de la nación. Pensando que debía dejar constancia permanente de su paso por la vida, concibió el macabro proyecto de la muerte. El valle de los Caídos es su obra cumbre. Igual que los antiguos Faraones en el desierto de Egipto, hizo construir en plena sierra la gran pirámide. Una pirámide de huesos humanos que el gran trapero hizo recoger en una parte de la España diezmada por la casta

Encima de la pirámide de huesos humanos hizo instalar una cruz monumental y se guardó la clásica espada de la cruzada para sacudir con ella a todos sus adversarios. Adversarios y enemigos esparcidos por el mundo entero, cosa que él no ignora. Por eso hace 25 años que no ha salido de las fronteras de España; de la España crucificada.

Celoso como nadie más, no admite rivales de ninguna clase. Su hermano Nicolás, hombre obscuro y sin historial político fue sometido al ridículo de la época. Lo nombró Embajador en Portugal, donde lo mantuvo aislado durante infinidad de años. No había por lo visto en España o fuera de ella otro puesto menos ridículo por su insignificancia.

Su cuñado Serrano Suñer, que fue durante bastante tiempo Ministro de Negocios Extranjeros de su Gobierno, cuando intentó demostrar

que tenía personalidad propia, Franco lo puso automáticamente en paro forzoso haciéndolo dimitir del cargo.

Franco es el último Faraón de toda la historia presente. Mientras él exista no habrá amnistías, no habrá libertad, no habrá posibilidad de avanzar un paso en España sobre la vía del progreso humano.

Los colaboradores directos de Franco, una vez éste desaparecido de la escena política no querrán asumir la grave responsabilidad que como equipo les corresponde. Alegarán que fue el Jefe, el Caudillo, el responsable de todo lo ocurrido. Sin embargo Franco por si solo no hubiera podido hacer nada malo. Todos están implícitos en la responsabilidad criminal de lo ocurrido en el largo período de un cuarto de siglo. Por eso los responsables de ayer y de hoy no tienen prisa que se aclare el horizonte político español porque tienen miedo. Tienen miedo a la incógnita que les está reservada para el mañana, ese mañana de la rendición de cuentas. Ese es hoy el factor principal que mantiene a Franco en el poder.

Los otros, los que hasta ahora han vivido tranquilos cabalgando sobre los hombros del pueblo miserable español también tienen miedo, tienen miedo del salto en el vacío, de perderlo todo, y ese miedo de todos los cómplices de Franco es el que mantiene a éste contra toda lógica, contra el interés de la inmensa mayoría de los españoles, como jefe insustituible de la nación mártir. Franco sabe todo eso. Sabe más, sabe que después de él no quedará ningún vestigio digno de conservar como recuerdo. Sabe que nadie lo quiere ni dentro ni fuera de España. Sabe que el mundo es pequeño para él, que no puede ir a ninguna parte, por eso permanece en España, porque es donde se siente más seguro. Es una condena perpetua que le ha caído al pueblo español.

Hablar de franquismo y de falangismo a estas alturas es la cosa más ridícula del inundo. Cuando la balanza se incline de cara a la liquidación nadie querrá saber nada de todo eso, se considerarán ofendidos los ciudadanos españoles cuando se les trate de franquistas y de falangistas cuando Franco y su falange hayan desaparecido. Pero ¿cuándo llegará ese momento?

Ese es el problema neurálgico que les está planteado a todos los españoles decentes. Sobre todo los que habitan en España.

España, por motivos de salud pública no puede, no debe continuar por más tiempo en ese compás de espera, extinguiéndose cada día un poco más. Mientras los pueblos más atrasados del mundo, que ayer los españoles los contemplaban con compasión, poco a poco, un día y otro día, se reincorporan a la vida moderna, adoptan los sistemas de avanzada política y social, rompen con el pasado que los encadenaba, España, la España de Cervantes, hace 25 años que en vez de avanzar retrocede un poco más.

Los que se dan perfecta cuenta de esa regresión son los españoles que viven fuera de España. La España actual no crea nada nuevo, solo multiplica, multiplica lo malo, lo superfluo, lo falso. Y toda esa mercancía averiada se prodiga en España como lo único bueno, como lo mejor del mundo. Todo está controlado, todo está intervenido, todo está forjado a troquel por parte de los beneficiarios. También por este camino no llegaríamos jamás al fin y es por eso por qué desistimos de continuar anotando.

Seguramente que los españoles antifascistas, exilados y residentes en España, no hemos hecho lo posible, lo más elementalmente necesario, para combatir y derribar al totalitarismo español.

Tampoco consideramos sea ahora el mejor momento para plantear esa espinosa cuestión. A nuestro criterio es otra cosa la más interesante a plantear en estos momentos.

Si hemos llegado a la tardía conclusión que somos nosotros, los españoles de dentro y de fuera de España, los llamados a dar una viable solución al problema español, es decir, a nuestro problema, si en esa confrontación de pareceres y de interés común, hemos considerado que no podemos abogar como única solución una nueva guerra civil. Si por encima del interés de partido, de grupo, de sindicato o de creencia, lo que sea, está el interés de todos los españoles.

¿Qué hacer, pues, a la vista de todos los obstáculos que se oponen y que quedan enumerados más arriba para llegar a normalizar la vida en España?

No se nos escapa, que el problema planteado es muy difícil de resolver y sobre todo muy delicado, cuando hay una parte interesada que maneja los resortes que se oponen a ello.

Pero si por dicho motivo hay que renunciar a la operación que salve al paciente, en este caso España, tampoco eso es una solución.

El grupo «Nosotros» no se encuentra en estos momentos en condiciones de tomar la iniciativa individual para buscar la única solución.

Si la tuviera, es seguro que lo haría.

Índice